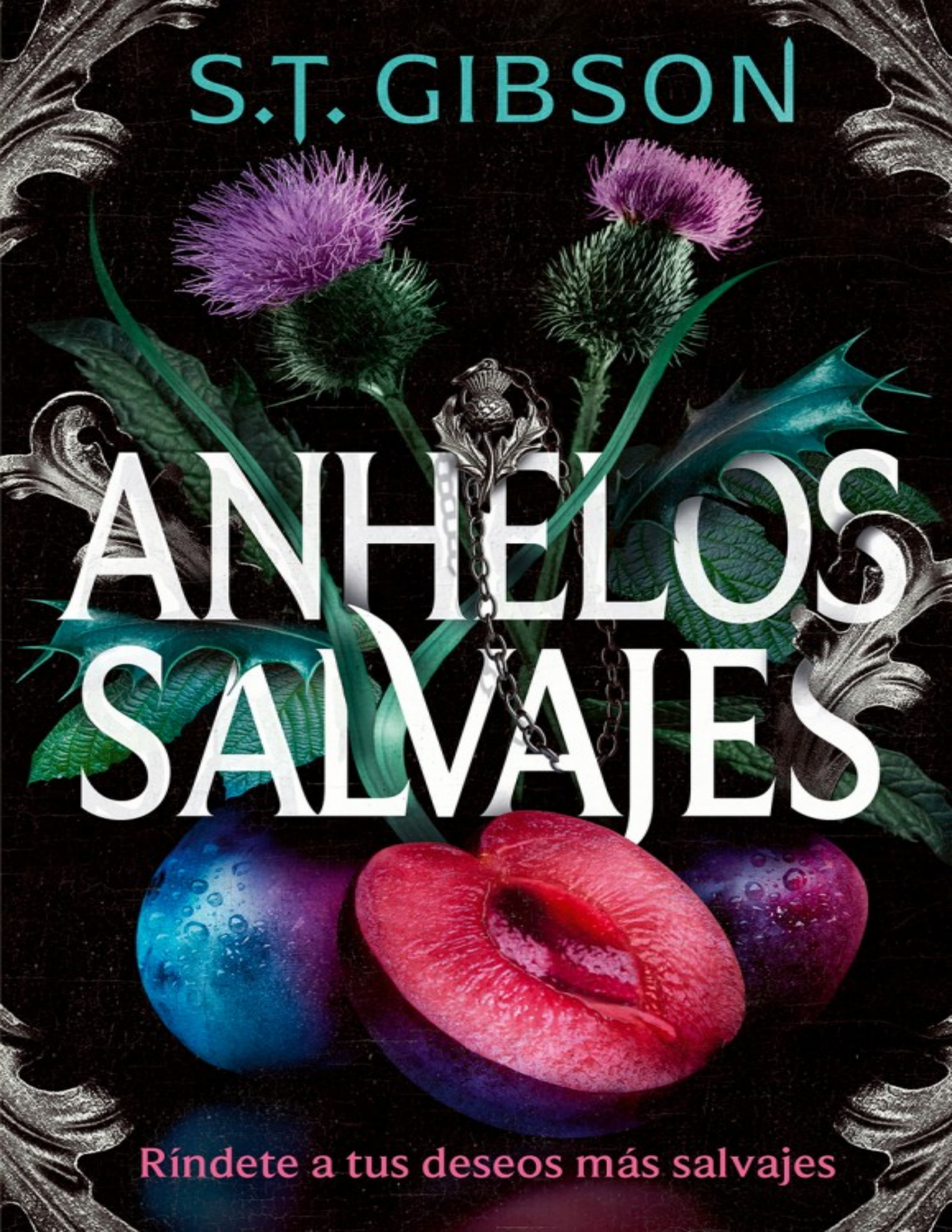
S.T. GIBSON

ANHELOS SALVAJES



Ríndete a tus deseos más salvajes

ANHELOS SALVAJES

ANHELOS SALVAJES

S.T. GIBSON

Traducción de David Tejera Expósito

SOMBRAS

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *Savage Blooms*
Traducción: David Tejera Expósito

1.ª edición: marzo 2026

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

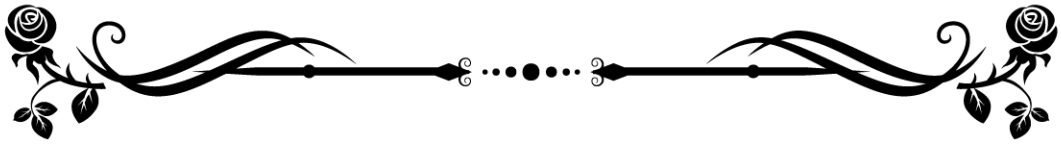
Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2025 *by* S. T. Gibson
Derechos de traducción gestionados por KT Literary LLC. y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL
All Rights Reserved
© 2025 de la traducción *by* David Tejera Expósito
© 2026 *by* Urano World Spain, S.A.U.
López de Hoyos, 92, Planta Baja Derecha – 28002 Madrid
www.leosombras.com

ISBN: 979-13-87899-27-1

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

ADVERTENCIAS DE CONTENIDO



Anhelos salvajes es una novela de romance oscuro para lectores a partir de 18 años. En la novela vas a encontrar representados ciertos temas que pueden ser sensibles para algunas personas. Si no quisieras leer sobre ellos o crees que pueden afectar a tu salud mental, quizá este libro no sea para ti.

- Relaciones tóxicas
- Exceso de consumo de alcohol
- Manipulación sexual
- Poliamor sin consenso previo
- Falta de consentimiento consentida
- Juegos sexuales de cambio de género
- Voyerismo y exhibicionismo
- Juegos de persecución sexual
- Juegos de impacto
- Dominación y sumisión en términos generales
- Abuso y abandono infantil
- Referencia a partos traumáticos
- Problemas de salud mental hereditarios
- Infertilidad
- Pensamientos suicidas

Por si eso fuera poco, y aunque no hay escenas explícitas de sexo entre miembros de la misma familia, también se habla de incesto y pseudoincesto.

Para todas las serpientes que han tenido la valentía de romper el bucle circular en el que nacieron, aunque para ello hayan tenido que arrancarse de un mordisco la punta de su cola

PRÓLOGO

Cuando llegó el joven, la tierra llevaba medio siglo a la espera. Medio siglo de inactividad, de ese sopor oscuro y profundo propio de las cosas antiguas.

Al bajarse del coche de alquiler con esas botas de senderismo maltrechas, un estremecimiento recorrió el suelo. Las liebres lo sintieron propagarse por la hierba alta. Los pinzones lo notaron cuando agitó las puntas de las ramas más estrechas de los árboles. Hasta las flores silvestres más pequeñas se percataron de él e intentaron enderezarse sobre sus raíces temblorosas.

Una magia antigua se agitaba bajo la tierra.

Era alto, rubio y de sonrisa fácil. Lo acompañaba una chica, de complexión robusta y con un bob de bucles caoba. Él le sonrió por encima del hombro, una provocación de gesto dorado y juvenil.

Cuando el joven, que apenas había superado la adolescencia en realidad, se agachó para atarse bien los cordones de las botas, la tierra pareció alzarse para saludarlo. Una brisa neblinosa le acarició el cuero cabelludo que se entreveía bajo el pelo rubio y casi rapado; unas zarzas le rozaron con insistencia las perneras de los pantalones y los juncos se inclinaron junto a sus pies, como soldados que saludaran a su príncipe. Respiró hondo para llenarse los pulmones con el aroma a sal y a prímulas.

Tierra, mar y aire se morían por prendarse de él.

Alzó el rostro hacia las nubes y cerró las pestañas rubias bajo el sol. La luz se proyectaba inclinada sobre sus labios curvados, sobre su recia nariz aguileña.

Había pasado mucho tiempo. Años de espera, de esa ansiedad lenta y putrefacta que consumía las raíces enmarañadas.

La pareja no dejaba de hablar, con buen humor, mientras compartían un trago de agua de una cantimplora. La tierra no hablaba el mismo idioma que ellos, ese tan confuso y propio de unas criaturas jóvenes, pero sí que sabía lo que buscaban ambas personas. Solo podían dirigirse a un lugar, porque la historia se repetía; era un remolino que no dejaba de girar en el cielo, uno que siempre volvía a aparecer y comenzaba una y otra vez.

El joven empezó a andar en dirección a la cueva, momento en el que la historia volvió a comenzar de nuevo, con el nombre de él grabado con sangre en la primera página.

CAPÍTULO UNO
ADAM

Adam Lancaster estaba eufórico. Sabía que llevaban caminando en círculos por aquel paraje rocoso desde hacía una hora, y se habían visto obligados a regresar al coche que habían aparcado en la entrada del pequeño pueblo llamado Wyke para volver a orientarse, pero aquello no lo había desalentado. La sangre le batía sin cesar en la venas por el simple hecho de estar allí, en el país y el lugar adecuados. Nunca había estado tan cerca antes en sus veintidós años de vida.

No obstante, Nicola parecía menos entusiasmada.

—Estoy muy segura de que hemos pasado junto a todas y cada una de las casas del pueblo —dijo al tiempo que soplaba para apartarse un mechón de pelo que el viento le había dejado sobre el rostro—. Y ninguna parece coincidir con esa dirección que tenemos. ¿Seguro que estamos en el lugar correcto?

—Muy seguro —respondió Adam, que se inclinó sobre el pequeño Volvo que habían alquilado en el aeropuerto. Después sacó la carta del bolsillo de la camisa, donde la llevaba presionada contra el corazón, caliente debido al roce de su piel y segura bajo su chaqueta de lana. El papel era suave al tacto, con esquinas afiladas que habían terminado por suavizarse debido al tiempo y a la manipulación.

Adam conocía muy bien la dirección del remitente: pertenecía a una casa de ladrillo de dos pisos en un barrio de las afueras de Michigan, el lugar donde había vivido su abuelo hasta su muerte, que había tenido lugar durante el primer año de universidad del

chico. Adam había dejado los estudios ese mismo año, principalmente porque había conseguido mejorar tanto con sus habilidades de diseño gráfico como para hacerse autónomo y dejar de perder dinero cada curso con la matrícula, pero también porque la muerte de su abuelo había sido un golpe inesperado para él. Había perturbado algo en su interior, algo que jamás había llegado a recomponerse del todo.

La dirección del destinatario era el misterio que había venido a resolver a Escocia. Iba dirigida a Arabella Kirkfoyle y el código postal era el de Wyke, un pueblo en la costa rocosa al sudoeste de las Tierras Altas. Pero en el sobre no indicaba el número de la casa ni el nombre de la calle. Solo había una palabra, escrita con esa caligrafía intensa y prolija del abuelo de Adam: «Craigmar».

Puede que Adam nunca hubiese oído hablar de Arabella, y que tampoco conociese Wyke, pero sí que le sonaba Craigmar de los cuentos que su abuelo le contaba antes de dormir. Acosaba a su abuelo con un apetito insaciable por los relatos de esas aventuras en lugares remotos. El recalcitrante de su abuelo era una persona gruñona en cualquier situación menos cuando estaba cerca de Adam, a quien malcriaba con sus historias. Cuando Adam no era más que un preadolescente desgarbado y difícil que estaba a punto de aceptar la bisexualidad que ya estaba haciendo que otros niños abusasen de él, su abuelo lo acompañaba en largos paseos por el lago Michigan y le contaba relatos de fiordos mágicos, bosques bávaros encantados y Craigmar, siempre Craigmar.

Craigmar no era solo una casa, le susurraba su abuelo a Adam bien entrada la noche, cuando él tendría que haber estado durmiendo pero se encontraba muy despierto ocupándose de la fogata. Craigmar era un lugar vivo, una casa majestuosa de la que rebosaba la promesa de la magia.

Llegados a ese punto, a Adam en realidad no le importaba si gran parte de los cuentos eran inventados. O si todos lo habían sido. Ahora había crecido y estaba más interesado en la geología y en las historias locales que en la magia. Estaba haciendo esto porque quería volver a sentirse cerca de su abuelo, cerrar el círculo de amor y comprensión mutua que se había roto cuando el hombre había tenido un derrame cerebral.

—Seguro que nos la hemos saltado —comentó Adam—. Probemos otra vez.

—Solo hay una carretera que entra y sale del pueblo. Y acabamos de recorrerla de cabo a rabo, los poco más de tres kilómetros. Sé que esto es importante para ti y de verdad que quiero ayudarte a encontrar la casa, pero ¿no podemos parar un rato en el pub y bebernos una pinta o algo así? Puede que haya alguien dentro que se digne a ayudarnos.

Adam se inclinó aún más sobre la capota del coche y empezó a tamborilear sobre el metal mientras pensaba. Se acercó a Nicola al hacerlo, con esa pose encorvada e inconsciente que había desarrollado durante la adolescencia, cuando pasó a medir un metro ochenta durante el verano. Comparada con Adam, Nicola tenía el tamaño de un dedal. Vamos, que media un metro sesenta.

—¿Y si no quieren que estemos por aquí husmeando? —preguntó él, que fingió preocupación. Todas las personas con las que se habían encontrado en sus viajes habían estado más que dispuestas a ayudarlo con las señales de tráfico o a encontrar leche para el té en los hostales. Lo cierto es que a Adam no le preocupaba ni lo más mínimo la posibilidad de encontrarse con un rostro poco amable. Lo que sí le preocupaba era tener que compartir su obsesión privada sobre Craigmar con otra persona que no fuese Nicola, su mejor amiga.

—¿Y qué van a hacernos, perseguirnos con horcas? —Nicola resopló—. ¿Quemarnos en una pira hecha de paja? Lo dudo.

—Eso ha sonado muy siniestro, Nikki.

Nicola sonrió, uno de esos gestos alegres que había hecho que una cantidad incontable de hombres y mujeres se rindiesen a sus pies en Estados Unidos. También había sido muy popular con los habitantes del lugar al llegar a Edimburgo, y había pasado una noche de fiesta en el casco antiguo antes de madrugar para dirigirse hacia Wyke. No había dejado de ir recopilando números de teléfono cada vez que se detenían durante el viaje.

—Venga ya. Podrían hacer cosas mucho peores —dijo ella, como si eso fuese a hacerlo sentir mejor—. Si estuviésemos en la Edad del Hierro, nos degollarían y luego tirarían nuestros cadáveres en una turbera en sacrificio. Pero estoy segura de que, si somos educados, conseguiremos escapar y quizá hasta resuelvan nuestra duda. Tú delante.

Nicola señaló al otro lado de la calle, a un pub que se encontraba a tres edificios de distancia, con una encantadora puerta con postigos rojos en un edificio de piedra. De él colgaba un cartel que rezaba: «El sabueso y el urogallo». El estómago de Adam empezó a resonar y traicionó el compromiso inquebrantable de no cejar en su empeño hasta encontrar la dirección.

—Muy bien. Compramos una cerveza, algo de comer y pedimos que nos den indicaciones —dijo él mientras empezaba a cruzar la calle. Nicola lo siguió, como hacía siempre. Desde que se habían hecho amigos el primer año de universidad, ella se conformaba con dejar que fuese él el de los saltos de fe. Ya fuese beber chupitos en las fiestas universitarias entre hermandades y sororidades, saltar de una roca muy alta en las frías aguas del lago Michigan o cruzar toda Escocia sin más información que una carta y los cuentos que le

contaban de pequeño, Adam siempre era el que tomaba la iniciativa.

Fingía que lo hacía porque era valiente, pero lo cierto era que el hecho de tener a su lado a Nicola le daba el coraje suficiente para intentar cualquier cosa, al menos una vez.

La luz tenue y agradable del interior del pub se proyectaba desde lámparas bajas que había sobre las mesas y de la chimenea que se encontraba cerca del fondo, que hacía brillar la larga barra de madera. No eran ni las tres de la tarde, una hora a la que no había muchos parroquianos bebiendo. Una pareja de ancianos daba buena cuenta de un plato de salchichas en un rincón, perdidos en sus recuerdos, y algunas personas con aspecto de hoscos granjeros se dedicaban a hacer los crucigramas y a hablar sobre las lluvias de primavera atrasadas en una de las esquinas de la barra. Un joven de pelo negro sostenía entre las manos una cerveza porter en el otro extremo.

El propietario los saludó al entrar. Era el camarero ideal que le gustaba a Adam: cincuentón, con muchos tatuajes y con un aire estoico que daba a entender que había visto lo mejor y lo peor de la gente y no le había afectado en ningún sentido.

Nicola pidió una red ale, encantada por llegar a probar una variedad local, y Adam algo que le resultaba familiar: una Stella Artois.

—Una bolsa de patatas fritas de cebolla y queso, por favor —añadió Nicola—. Y también teníamos una pregunta con la que quizá pudiese ayudarnos.

—Disparad —dijo el camarero mientras llenaba el vaso de Nicola.

Adam se inclinó sobre la barra y bajo un poco la voz, como si alguien pudiese estar interesado en oír la conversación.

—Intento encontrar a una amiga de la familia. Quizá ya no viva por aquí, pero a lo mejor tiene parientes que sí. No lo sé. Estábamos

intentando llegar hasta su casa, pero no hemos tenido suerte.

El camarero dejó un botellín de Stella Artois sobre la barra delante de Adam, quien se lo llevó a los labios automáticamente. Se dio cuenta de que estaba muerto de sed. Había estado tan emocionado que no se había dado cuenta de ello, ni tampoco de que no había comido nada en todo el día a excepción de cereales y unos albaricoques deshidratados en el hostal de Edimburgo.

—¿Cuál es la dirección? —preguntó el camarero.

—No tengo ni el nombre de la calle ni el número.

—Entonces, ¿cuál es su apellido? Llevo toda la vida aquí. Si es una chica del pueblo, puede que conozca a su familia.

—Kirkfoyle —respondió Adam con tono del todo despreocupado, como si no hubiese pasado noches en vela intentando desentrañar ese apellido durante el último mes.

El camarero asintió con gesto reverencial, como si aquello fuese algo que le había pasado en numerosas ocasiones. Un desconocido que llegaba a su bar apresuradamente buscando la más mínima información sobre una historia familiar enterrada entre los adoquines del pueblo.

—Pues creo que tenemos un problema. Los Kirkfoyle no viven en el pueblo, sino que son los dueños. Lo más probable es que estés buscando a Eileen.

Después del comentario y de la buena acción, el camarero le dio la espalda y empezó a limpiar la barra. Adam intentó procesar la información que acababa de recibir. La idea de que su abuelo podía haber estado en contacto con alguien que tenía en propiedad un pueblo entero le resultaba emocionante, pero no respondía a la pregunta de dónde vivían los Kirkfoyle. Y nunca había oído hablar de esa tal Eileen.

—La mujer a la que busco se llama Arabella —dijo Adam—. No

Eileen.

El camarero dejó de pasar el trapo al momento y le dedicó a Adam una mirada muy extraña, como si hubiese roto algún tabú social de tiempos pretéritos, como si hubiese comido carne humana, se hubiese casado con su hermana o hubiese tocado un cadáver con las manos desnudas.

—Arabella ya no vive aquí.

Fue lo único que respondió el camarero, que luego desapareció en la trastienda.

Adam se bajó del taburete y empezó a sentir que la derrota se apoderaba de él. Sabía que cabía la posibilidad de que Arabella se hubiese mudado, o incluso que hubiese muerto. Aun así, albergaba muchas esperanzas de conocerla, esperanzas que había llevado hasta allí igual que llevaría una planta exótica oculta debajo de la chaqueta para pasarla por las aduanas.

—Lo que estás buscando es Craigmar —dijo una voz de barítono con acento irlandés que pareció brotar de la nada. A Adam se le heló la sangre. Nunca había oído pronunciar ese nombre a otra persona que no fuese su abuelo.

Se dio la vuelta y se quedó mirando durante unos instantes al hombre que se encontraba en el extremo de la barra, quien se había terminado la porter y contemplaba fijamente a Adam. Era muy probable que no fuese mucho mayor que él, pero seguro que estaba más cerca de los treinta años que de los veinte. Sin duda, ya había cruzado la línea de los veinticinco años de vida. Llevaba un jersey de punto trenzado, el pelo castaño le caía en bucles descuidados alrededor de la cara y tenía el ceño y la boca fruncidos.

—La casa de la colina —continuó el desconocido—. Es la hacienda de los Kirkfoyle.

—¿Hacienda? —repitió Nicola, intrigada como un gorrión que

acabase de ver un comedero lleno de semillas—. Hola, por cierto. Me llamo Nicola Fairweather.

—Finley Buchanan —dijo el desconocido, que miró durante unos instantes a Nicola. Suavizó un poco el gesto, y la luz de las llamas se le reflejó en los ojos. Adam vio que no eran marrones, sino de un tono avellana muy oscuro.

—Adam Lancaster —dijo él, que sacó la mano para estrechársela. Finley se puso en pie y extendió el brazo por encima de la barra. Le estrechó la mano con una fuerza sorprendente. Era más bajo que Adam, como muchísima gente, pero tenía callos y la complexión recia de alguien que se dedicaba a los trabajos manuales—. ¿Sabes cómo llegar a la hacienda? ¿A Craigmar?

—Lo sé, sí —respondió Finley, que dejó sobre la barra dinero suficiente como para pagar tanto su consumición como la de Adam y Nicola—. Está a unos pocos kilómetros por la carretera. Es de un solo sentido, pero os puedo llevar hasta allí. De hecho, es adonde me dirigía. Podríais seguirme para no perderos.

—¿También ibas hacia allí? —preguntó Nicola, que ya había empezado a agarrar el bolso. Adam no las tenía todas consigo. Seguir a un extraño amistoso por una carretera de un solo sentido en dirección a una hacienda misteriosa le parecía una manera perfecta de acabar siendo víctima de un asesino en serie, cortado en pedacitos que luego desperdigaría por el bosque.

—¿Por qué? —preguntó Adam con tono de sospecha.

Finley lo miro de arriba abajo, como si Adam fuese el entrometido que aún tenía que granjearse su confianza. Después le dedicó una leve sonrisa, lo mínimo para que se le marcase el hoyuelo que le salía en la mejilla, y agitó una vez las llaves del coche que le colgaban de uno de los dedos.

—Porque vivo allí y porque ya se ha acabado mi descanso para

comer. Podéis acompañarme o quedaros aquí, lo que queráis. Pero os sugiero que toméis una decisión rápido, antes de que la lluvia empiece a arreciar.

Adam abrió la boca para comentar que no estaba lloviendo, pero luego se quedó en silencio al oír el tenue goteo en el tejado, uno que empezaba a incrementarse poco a poco.

Un poco de lluvia nunca había sido algo que le diese miedo a Adam, y obviamente tampoco le daba miedo embarcarse en una pequeña aventura. Seguro que podía controlarse en una situación así, como siempre hacía, y no había llegado hasta el punto en el que se encontraba ahora para rendirse a unos pocos kilómetros de su objetivo. Además, sabía que teniendo el apoyo de Nicola era capaz de cualquier cosa.

—Muy bien —dijo Adam, que le dio otro sorbo tonificante a la cerveza—. Te seguimos.

CAPÍTULO DOS
ADAM

Adam siguió diligentemente el Volkswagen abollado de Finley con su coche de alquiler, avanzando cada vez más despacio a medida que la carretera se estrechaba y que la lluvia empezar a caer con más intensidad. Le resultaba muy sorprendente la velocidad a la que podía encapotarse el cielo en aquel lugar. Finley no mentía cuando dijo que se trataba de una carretera de un único sentido, ya que a duras penas cabía un coche. Y encima estaba sin asfaltar y llena de baches. Adam no vio otra manera para dejar paso a los motoristas que salirse por completo de ella.

—¿Crees que estará muy lejos? —preguntó Nicola, que miró con detenimiento a través de la lluvia. Adam seguía el vehículo de Finley a tan poca distancia que hasta llegaba a ver al hombre tamborileando rítmicamente con los pulgares sobre el volante, mirando por el retrovisor de vez en cuando para asegurarse de que aún lo seguían.

—No tengo ni idea —respondió Adam. Había buscado Craigmar sin descanso durante los últimos meses, pero la casa no aparecía en ningún mapa público y, cuando se nombraba en unos pocos artículos de periódico, no incluía dirección ni fotografía alguna. Era como si el propietario no quisiese que encontrasen Craigmar, algo del todo habitual entre las familias ricas y misántropas.

«Sería casi imposible de encontrar —le había dicho su abuelo en una ocasión, una que parecía haber transcurrido hacía eones. Adam tenía diez años en aquel entonces y acababa de suplicar que le contase otro cuento, a pesar de que se le había hecho muy tarde—.

Pero si alguien puede hacerlo, estoy seguro de que serás tú».

—Llevamos quince minutos conduciendo —comentó Nicola, que se asomó por la ventana mientras a su lado pasaban aulagas y árboles desaliñados—. ¿Eso es lo que significa «Está a unos pocos kilómetros por la carretera» para un escocés?

Se mordió el labio, una señal muy clara de que estaba nerviosa.

—¿Te parece bien lo que estamos haciendo? —preguntó Adam—. Si te sientes mal, siempre podemos marcharnos.

—Prefiero enfrentarme a lo que quiera que haya en las colinas a aguantarte haciendo pucheros durante el viaje de vuelta a Estados Unidos tras no haber encontrado lo que buscabas —comentó Nicola, al tiempo que se ponía un poco de bálsamo labial y se colocaba bien el flequillo mirándose en el espejo de pasajeros—. Además, ese rarito del Volkswagen está bueno.

—Por muy bueno que esté, aún puede ocultar tu cadáver debajo de la tarima —comentó Adam—. Y no creo que esté tan bueno como para morir por él.

Nicola resopló.

—Claro, como si tú no tuvieses ojos y no supieses de qué te hablo. Pero bueno, mi guía de viaje eres tú, ¿recuerdas? Yo me limito a ir donde me lleves.

Adam sintió que algo le atenazaba el pecho. Durante la universidad, había pasado todo el tiempo que había podido estudiando en otros países o, al menos, yéndose de fiesta a otros países durante las vacaciones. De alguna manera, había conseguido pisar cinco en dos años, todo gracias a las becas o a su voluntad inquebrantable de vivir a base de arroz y judías, lo que le permitía comprar billetes de avión sin pensárselo. Nicola dependía de la experiencia viajera de Adam para que los llevase por el buen camino, y él no quería asustarla mostrándose preocupado.

Finley giró a la izquierda de repente y desapareció detrás de un seto descuidado lleno de bayas color sangre. Adam hizo lo propio detrás de él, maldiciendo en voz baja, y luego Nicola soltó un grito ahogado.

Una estructura gigantesca se alzaba sobre ellos en el extremo de un camino de gravilla, de tres pisos y piedra gris erosionada por el viento. Todas las ventanas de marcos blancos que se abrían en aquella estructura mastodóntica estaban sumidas en la oscuridad, y las varias chimeneas que sobresalían por el tejado se ocultaban en las sombras que proyectaba la luz del sol cubierto de nubes. La casa estaba situada en lo alto de una colina ondulante y, cuando Adam detuvo el vehículo frente a la gigantesca puerta frontal de madera, vio que daba a unos pastos verdes y sin árboles llenos de ovejas. El verde se extendía por todas partes hasta el océano agitado de la costa, que en ese momento parecía sin duda el fin del mundo.

Adam salió del coche, incapaz de hablar al contemplar la grandiosidad del paisaje que lo rodeaba. Unos árboles retorcidos se alzaban en la linde de los pastos, como si la espesura se afanase por penetrar en el claro para apoderarse de él a la fuerza. A pesar de la lluvia, vio que la hacienda debía extenderse a lo largo de muchas hectáreas.

De alguna manera, le pareció más bonito y más grande de lo se había imaginado su delirante imaginación infantil.

La botas de Nicola crujieron en la gravilla, y se bajó la capucha para protegerse de la lluvia al tiempo que alzaba la vista para ver la parte superior de la casa, que parecía hendir los cielos con sus cúspides góticas. Parte de la mampostería había empezado a desconcharse, y los arbustos y flores que recorrían la entrada estaban muy descuidados. La placa de metal que había sobre la puerta y que rezaba «Craigmar» estaba oxidada a causa del paso del tiempo, pero

aún era innegablemente hermosa.

—Un mamotreto viejo y maravilloso, ¿no os parece? —comentó Finley, que se acercó a ellos con las manos metidas en los bolsillos—. Vayamos dentro antes de que os resfriéis. Algo me dice que el lord de la mansión estará encantado de veros. No solemos recibir muchas visitas por aquí.

—¿Lord de la mansión? —repitió Adam, que empezó a seguir a Finley. Sabía que aún seguían existiendo los «lores», sobre todo en la campiña escocesa, pero no podía evitar que le diese la sensación de que era algo sacado de los libros de cuentos de Nicola.

—No os preocupéis —continuó Finley, que dedicó una sonrisa por encima del hombro a Adam mientras se acercaba a la enorme puerta de roble—. No muerde demasiado.

Antes de que Adam tuviese tiempo de pensar a qué se refería, apareció un galgo empapado y enorme de detrás de un arbusto, trotando en dirección a Nicola a una velocidad alarmante. Soltó un ladrido mientras una lengua roja se balanceaba entre los dientes relucientes. Nicola dio unos pasos hacia atrás.

—¡Smoo! —llamó Finley—. ¿Quién te ha soltado? Estás calado hasta los huesos.

—Le dan miedo los perros —dijo Adam, que se colocó rápidamente entre Nicola y el sabueso. El animal, que tenía el pelaje del mismo color que una nube de tormenta, se alzó sobre sus patas traseras debido a la emoción, y Adam, sorprendido por el tamaño de la criatura, también dio unos pasos torpes hacia atrás—. Dile que se vaya.

—Abajo —gritó Finley, con tanta autoridad que hasta Adam estuvo a punto de obedecerlo—. ¡Abajo ya! Debería darte vergüenza. Mira que saltar sobre los invitados. Vuelve a casa. Y nada de destrozar el jardín bajo esta lluvia, ¿entendido?

El perro agitó la cabeza, lo que hizo que le tintinease el collar de cuero y también manchó de barro los vaqueros de Adam. Después se marchó a trote ligero.

—Perdón —dijo Finley, que empujó la puerta delantera—. No es más que un bebé tonto y grande, pero pensaba que se iba a comportar. Entrad y calentaos un poco.

Finley cruzó un vestíbulo con panelado de madera tan grande como el apartamento de Adam, mientras dejaba huellas húmedas sobre unas losas que pasaron a convertirse en un suelo de madera dura a medida que se acercaba a unas escaleras enormes. Adam se quedó maravillado por el trabajo de carpintería que se había llevado a cabo en ellas: vio una especie de dragón de caoba retorcido que se enroscaba sobre sí mismo para formar un rellano antes de dirigirse hacia la oscuridad del piso superior. El lugar no contaba con una decoración opulenta, y quizá incluso podría haberse llegado a considerar rústico para los estándares de una casa grande de un barrio de las afueras, pero todos los detalles que veía Adam, desde la mesa con incrustaciones de madreperla a los gigantescos cuadros al óleo de paisajes que colgaban de las paredes, parecían rezumar un valor tan antiguo que era probable que la mayoría de la gente hubiese olvidado su origen. No obstante, en las paredes faltaban algunos de los cuadros de paisajes, y también había zonas vacías en la repisa de la chimenea, donde quizá antes hubiese relojes o joyeros intrincados. Era la prueba de que hasta las familias más ricas necesitaban vender parte de sus tesoros para mantenerse a flote en los momentos difíciles.

—Os advierto que el lord es un poco excéntrico. —Finley se quitó el abrigo y lo colgó de un gancho metálico, para luego extender la mano a la espera de que Adam y Nicola le pasasen los suyos—. Tampoco tenéis que ser demasiado protocolarios. Sed educados y

estoy seguro de que vuestro anfitrión estará encantado de hablaros sobre Arabella.

Nicola dedicó a Adam una mirada cautelosa, pero él se limitó a apretarle un poco el hombro para luego seguir caminando. Que los invitasen a entrar había sido un poco raro, sin duda, pero los ricos eran extraños y la cultura hospitalaria de Escocia era diferente a la de Estados Unidos. Además, puede que fuese la única oportunidad de su vida para conseguir respuestas. Finley parecía relativamente inofensivo, y era muy probable que Adam fuese capaz de plantarle cara en una pelea si era necesario. De hecho, hasta Nicola podría hacerlo llegado el caso. Era bajita, pero tenía el centro de gravedad muy abajo y se le daba muy muy bien pelear sucio.

La pareja siguió a Finley por un pasillo de iluminación tenue, para luego pasar por un pequeño salón y adentrarse en la biblioteca de la casa. Un fuego chisporroteante y tentador, a pesar de las circunstancias un tanto inquietantes en las que se encontraban, resplandecía en una chimenea enorme flanqueada por tallas de liebres en mitad de un salto. La habitación estaba pintada de color salvia y panelada con madera oscura, con partes cubiertas con papel de pared estampado con flores blancas y enredaderas. Una de las paredes se había usado como galería donde colgar fotos enmarcadas y pequeñas postales, y también había estanterías que iban desde el suelo hasta el techo en la pared contraria. Les llamó la atención un sillón usado y de tonos color coñac, así como un mueble para bebidas portátil sobre el que destacaban un cubo cubierto de condensación y lleno de hielo y un decantador con un licor marrón.

Había una mujer en pie contemplando el fuego y dando sorbos a un vaso tallado.

—Finley —saludó con una voz de contralto gutural, sin molestarse siquiera en girarse para mirarlos—. ¿A quién me traes?

—Amigos, espero —respondió él—. Se llaman Adam y Nicola, milord. Estaban en el pub y preguntaban por Arabella.

En este instante, la mujer se giró, con un brillo extraño en la mirada de sus ojos oscuros. Llevaba unos pantalones de montar y un chaleco de *tweed* verde sobre una blusa blanca y botas también de montar. El pelo denso era negro azabache, algo que contrastaba con su piel pálida, y llevaba una parte de él recogida en un moño y la otra suelta de manera muy cómoda.

—¿Este es el lord? —susurró Nicola a Adam—. A mí me parece una estudiante de posgrado.

El lord no se parecía a ninguna estudiante de posgrado que Adam hubiese visto, pero él se había especializado en diseño gráfico, mientras que Nicola tenía una licenciatura en literatura, lo que siempre atraía a personas mucho más melodramáticas.

—¿Arabella? —repitió el lord, que luego se tomó su tiempo para mirar a Adam de arriba abajo. No sintió que lo estuviese analizando, ni tampoco que lo estuviese mirando lascivamente, cosas que al menos le hubiesen resultado familiares. Se le antojó como si la mujer estuviese guardando en su memoria todos y cada uno de los detalles que lo conformaban, algo que de alguna manera le resultó más incómodo todavía—. ¿Te refieres a Arabella Kirkfoyle?

—Sí —respondió Adam, que notó cómo el alivio se apoderaba de él. Estaba casi convencido de que no quedaba nadie con vida que recordase ese nombre. Nadie para responder a sus preguntas. Nadie para ayudarlo a pasar página—. Sé que puede sonar un poco raro, pero he venido en una especie de… ¿peregrinaje? Mi abuelo era una persona muy importante para mí, y murió el año pasado, pero lo cierto es que no sé demasiado sobre su vida. Lo que sí sé es que pasó años viajando durante su juventud y que me contaba historias sobre este lugar. Sobre Craigmar, quiero decir. Pero nunca supe en qué

parte de Escocia se encontraba. Hace poco, encontré esto…

Adam se metió la mano en el chaleco y sacó la carta. Siempre la llevaba encima por el día y, cuando se iba a dormir, la dejaba en un lugar donde pudiese alcanzarla con facilidad.

—Es una carta de mi abuelo dirigida a esta casa y a Arabella Kirkfoyle. Me dio por pensar que, si ella seguía viviendo aquí, podría contarme más cosas sobre quién era mi abuelo.

Adam tragó saliva a duras penas mientras el rubor le coloreaba las mejillas. Le dio la impresión de haber compartido demasiados detalles íntimos, pero también de no haberse explicado lo suficiente como para que su historia tuviese sentido.

—¿Habéis venido desde tan lejos para eso? —preguntó el lord—. Menuda aventura.

—Pues supongo que sí… Tampoco tenía mucho que hacer ahora mismo.

El lord de la mansión se acercó a Adam, a quien le llegó un aroma a whisky turboso y a perfume de lirios. Llevaba una insignia de clan muy desgastada en el pecho, con el lema y la forma del emblema de la familia. Era una liebre en pleno salto, rodeada de un círculo de metal en el que habían grabado las palabras «*Vivere militare est*».

—¿Puedo? —preguntó la mujer, que extendió el brazo hacia la carta.

Adam pensó en negarse, ya que era la única pista que le quedaba para desempolvar la vida de su abuelo, pero la mujer tenía un tono imponente por naturaleza. Sonó como si le estuviese pidiendo a Adam que le entregase algo que le pertenecía a ella y que él le hubiese estado guardando. Y también estaba el hecho de que lo mirase con esos ojos negros, más oscuros que cualesquiera que Adam hubiese visto y que no titubeaban ni lo más mínimo.

—Es muy delicada —dijo él, que intentó reunir el coraje suficiente

para negarse.

—Las cosas valiosas suelen serlo, sí —comentó ella, con la más leve de las sonrisas formándosele en los labios. Entre el hecho de que bebiese en pleno día, los pantalones de montar y el título anticuado que ostentaba, Adam había dado por hecho que la mujer era mucho mayor que él. Pero, ahora que la tenía tan cerca, vio que como mucho llegaría a los treinta, y quizá ni siquiera eso. Finley y ella podrían haber sido hermanos, si no fuese por la obvia diferencia de estatus social y el aspecto de la mujer, de tono de piel alarmantemente pálido y ribeteado de venas azules, algo que contrastaba demasiado con la olivácea y saludable del hombre—. Solo quiero echarle un vistazo. Te prometo que te la devolveré.

Adam respiró hondo y luego colocó la carta sobre la palma de la mano abierta de la mujer.

Esta canturreó por lo bajo al hacerse con ella, como si estuviese muy complacida con él. Adam notó que algo le atenazaba el estómago, algo parecido a la agitación o a unas ansias muy peligrosas. No lo sabía a ciencia cierta.

—Sentaos ambos, por favor —dijo ella, que hizo un ademán en dirección al sillón—. ¿Os sirvo una copa? Seguro que venís con hambre. Puedo decirle a Finley que caliente el pastel de carne de venado de anoche. O que prepare un té con escones si queréis algo más ligero.

—No, no —respondió Adam—. No tenemos…

—A mí me encantaría un té con escones —comentó Nicola al tiempo que se dejaba caer en el sillón. No parecía estar del todo tranquila, pero se le daba muy bien fingir naturalidad en situaciones incómodas. Finley abandonó la estancia, y Adam se sentó junto a Nicola mientras contemplaba una colección de juegos de mesa de aspecto antiguo y muy complicado que estaba amontonada con

mucho cuidado en medio de la mesilla.

—¿De dónde la sacaste? —preguntó el lord mientras desdoblaba la carta y la sostenía a la luz de la chimenea. Adam notó el pulso acelerado en el cuello, pero ella no la tiró a las llamas, sino que se limitó a examinar la caligrafía con gesto arrugado de curiosidad—. ¿Te la dio alguien?

—Sí —respondió Adam—. Mi madre siempre me da las cosas de mi abuelo cuando las encuentra. Supuse que nadie más estaría interesado.

—Pues yo estoy muy interesada —aseguró la mujer, que empezó a darle la vuelta al papel como si pretendiese confirmar su veracidad.

Luego, con una entonación extraña que a Adam le sonaba a una propia de las historias que se cuentan junto a una hoguera, la mujer empezó a leer la carta en voz alta:

Mi Arabella:

Es primavera en Michigan, y nunca había visto una luz del sol tan brillante. Se refleja en el lago Huron como si este fuese un espejo y llena tus ojos de estrellas. La gente de esta parte del país es muy amistosa y respeta el trabajo duro y la sinceridad. Creo que podría quedarme aquí, al menos durante un tiempo.

Anoche soñé con Craigmar, en Pascua en esta ocasión. Echo de menos el asado de cordero que preparaba tu madre y las hogueras que encendía tu padre, pero lo que más echo de menos es salir de excursión por la mañana contigo a recorrer las colinas. Me pregunto si alguna vez llegaré a soñar con un lugar mejor que ese.

Espero que te vaya todo bien. Y también espero que estas cartas no te parezcan inapropiadas. Sospecho que las leerás y que se te dibujará una sonrisa en los labios, aunque no las respondas.

Siempre tuyo,
Robbie

Adam había leído la carta incontables veces, pero oírla de labios de otra persona hizo que se le formase un nudo en la garganta. Podía pasar semanas sin llorar por lo de su abuelo, pero luego era como si el mismísimo cielo cayese sobre su cabeza. Se quedó mirando las llamas con la esperanza de que el calor le secase las lágrimas antes de que alguien se diese cuenta de que empezaban a brotarle.

—Gracias por compartir la carta conmigo —dijo el lord mientras se la devolvía. Le dio un apretón en el hombro antes de apartarse, un inesperado gesto de calidez humana que lo sorprendió y lo ayudó a superar la aflicción—. Me acabo de dar cuenta de que no me he presentado. Soy Eileen Kirkfoyle, la nieta de Arabella. Estas tierras me pertenecen, y el hombre que os ha traído hasta aquí es mi guardés.

Adam sintió una quemazón en la parte del hombro que Eileen le había tocado. Había llegado a pensar que la carta de su abuelo podía ser una de amor y que, si Arabella se parecía en algo a Eileen, comprendía la atracción que desprendían las mujeres de la familia Kirkfoyle.

—Encantado de conocerte —dijo Adam, con toda sinceridad.

—Me temo que no sé mucho sobre mi abuela. Murió antes de que yo naciese, pero he vivido aquí toda la vida y mi familia cuenta con documentos hereditarios muy exhaustivos, por lo que quizá pueda ayudarte de igual manera. —Eileen se sentó en la silla que quedaba frente a Adam y Nicola, inclinada hacia delante y con los codos apoyados sobre las rodillas de sus piernas extendidas. Había algo masculino en sus gestos, algo propio de un caballero rural atrapado en el cuerpo flexible de una joven—. Me encanta saber más cosas

sobre mis ancestros, o sobre cualquiera de sus amigos. Y lo cierto es que me ha dado la impresión de que tu abuelo y mi abuela eran muy buenos amigos.

Finley apareció con una bandeja de madera sobre la que había una tetera de té humeante de desayuno, tres tazas de porcelana tan usadas que la pintura había empezado a borrarse, un plato de escones esponjosos partidos por la mitad, un tarro de mermelada de frambuesa y otro plato con *clotted cream*. Adam se preguntó en ese momento si Eileen tendría más trabajadores además de Finley, pero después el hambre se apoderó de él y empezó a llenarse el estómago de escones a toda velocidad, intentando que no diese la impresión de que lo habían criado en un granero.

—Adam finge estar tranquilo —dijo Nicola, cuya lengua rosácea salió despedida entre sus labios para lamer un poco de mermelada que le había quedado en el pulgar—. Pero lleva hablando de venir aquí desde hace meses. Agradecemos mucho tu hospitalidad y que hayas accedido a hablar con nosotros. Es muy emocionante estar al fin en Craigmar.

—Tienes que ser muy buena novia para haber venido hasta aquí con tu pareja —dijo Eileen, que sonrió mientras le daba un sorbo al té—. Si fuese tú, yo le hubiese dicho que me dejase tranquila en el hotel.

—Ah, no. No soy su novia —comentó Nicola mientras el rubor se le extendía por la nariz. Siempre corregía al instante a cualquiera que creyese que eran pareja, algo que ocurría más a menudo de lo que a Adam le hubiese gustado. No era que no hubiese pensado empezar una relación con Nicola, de hecho, lo pensaba más de lo normal cuando estaban juntos, cuando estaban separados o cuando él estaba solo por la noche en la cama… El problema era que no podía hacerlo. Era guapa, sin duda, y también eran buenos amigos, pero sabía que

tenían unas personalidades que no terminarían por encajar a la larga. Por lo que Adam nunca había querido estropear la relación convirtiéndola en un ligue temporal—. Solo soy una amiga que ha decidido acompañarlo en este viaje.

—Por supuesto—dijo Eileen, como si no se creyese lo que acababa de oír.

Nicola pareció ofenderse con la respuesta. Adam sabía que Nicola era capaz de darle una torta a cualquier miembro de fraternidad que se pasase de sobón, o de tirarle del pelo a una zorra en un bar. No tenía gana alguna de ver qué sería capaz de hacerle a una pija de pueblo como Eileen.

—Nicola me ha ayudado muchísimo —dijo para calmar un poco los humos—. Y se dedica a estudiar el folclore escocés…

—Es una afición que tengo —interrumpió ella.

—Te sacaste una licenciatura en literatura medieval —la corrigió Adam, que se negaba a que hiciese de menos lo lista que era—. Lo que quiero decir es que sabe mucho de todo esto, por lo que me alegra que me haya acompañado.

—Qué encantadores —dijo Eileen—. Bueno, ¿y cómo puedo ayudaros?

—Cualquier información que tengas sobre mi abuelo sería bien recibida. Nunca has oído a nadie de tu familia hablar de Robert Lancaster, ¿verdad?

—La verdad es que no lo sé. ¿Lo invitaron aquí en algún momento? ¿O quizá vino a nuestra hacienda para trabajar en algo?

—Pues no estoy seguro —admitió Adam—. Nunca mencionó para qué vino a Escocia ni por qué se fue. Solo hablaba del tema como si fuese algo salido de un cuento, como Ávalon o algo así. Supongo que era un lugar especial para él. Cuando le llegó el momento, quería volver, pero ya estaba demasiado enfermo como para viajar. Le

prometí que yo vendría a verlo en su lugar.

—Finley, tú has vivido aquí tanto como yo —dijo Eileen—. ¿Te suena de algo?

—No, milord —dijo Finley, que la miró con gesto serio. Había empezado a morderse la uña del pulgar, como si algo lo incomodase, como si prefiriese estar en cualquier sitio menos en el que se encontraba ahora—. Yo me encargo del exterior. Las idas y venidas de la casa nunca han sido asunto de mi familia.

—¿Cuándo vino tu abuelo a Craigmar? —preguntó Eileen.

—Tampoco estoy seguro —respondió Adam, que empezó a ruborizarse al darse cuenta de lo poco preparado que estaba para esa conversación. ¿Había sido acaso un estúpido por venir hasta aquí con poco más que un cuento de su abuelo, un nombre y algo de esperanza? ¿Estaba haciéndole perder el tiempo a Eileen?—. Hace décadas.

—Entonces no quedará viva mucha gente capaz de recordarlo —dijo Eileen con tono críptico—. Yo tengo veintisiete. Y también Finley.

Antes de que Adam pudiese insistir, se oyó un estruendo ensordecedor encima de la casa que hizo que todos pegasen un brinco. Finley se acercó a una de las ventanas para mirar al exterior, sin duda calculando la cantidad de lluvia que les esperaba y cómo iba a afectar a su trabajo. Pero Eileen se limitó a llevarse la mano al corazón y soltar una carcajada.

—Está lloviendo muy fuerte —comentó Finley, que miró fijamente a Eileen. Se hizo el silencio durante un breve instante, como si estuviesen teniendo una discusión silenciosa.

—¿Cómo de fuerte? —preguntó ella.

—Puedes verlo por ti misma.

Eileen se acercó a la ventana y empezó a chasquear la lengua.

Adam, que sabía que aquello no presagiaba nada bueno, se colocó junto a ella detrás de esa ventana que iba desde el suelo hasta el techo y luego Nicola hizo lo propio.

Más que estar lloviendo podía decirse que caía un diluvio. Adam había esperado taxis bajo la lluvia en Berlín y también había ido de excursión por Islandia en mitad de una tormenta de nieve, por lo que en general el clima no era algo que lo echase para atrás. Pero lo que tenía ante sí era una lluvia fría y gris que caía con una fuerza imparable contra la casa.

—¿Eso que está ahí fuera es vuestro coche? —preguntó Eileen.

—Sí —respondió Nicola—. Es de alquiler.

—No parece estar preparado para el barro —dijo Eileen—. La carretera por la que habéis venido se inunda siempre que llueve así. Creo que no es seguro que volváis en coche.

—¿Cuánto tiempo se supone que se va a pasar lloviendo? —preguntó Adam.

—Hasta mañana después del mediodía —comentó Finley, con la sabiduría de un agricultor que tenía muy en cuenta la climatología.

—¿Mañana? —repitió Nicola con la voz constreñida—. No puede durar tanto, ¿no?

—Otras veces que ha caído así he tenido que empujar un coche que se había volcado y sacar otro del barro —comentó Finley, que miró a Nicola. Ahora que Adam se fijaba, le parecía que se había acercado a ella más de lo estrictamente necesario—. Da igual la fuerza con la que agarres el volante, las lluvias primaverales no perdonan a nadie.

—Habéis elegido el peor momento posible para venir a las Tierras Altas —aseguró Eileen—. Os prepararemos dos camas, obviamente. No hay problema con que os quedéis hasta que amaine la lluvia. Nos permitirá conocernos mejor y hablar sobre nuestros antepasados. ¿Os parece bien?

—Oh, no —respondió Adam, que no quería ser una molestia—. No podemos…

—¿Vas a dejar que nos quedemos en esta casa maravillosa con vosotros? —preguntó Nicola. Y Adam pensó «Oh, no» al ver cómo le brillaban los ojos. No podía negarle nada cuando ponía esa cara, cuando parecía embelesada con la belleza misma de la vida—. Pero si acabas de conocernos.

—No creo que dos turistas estadounidenses vayan a estrangularme mientras duermo, pero si se os pasa por la cabeza os hago saber que tengo un fusil en mi habitación.

Finley soltó un gruñido exasperado, y Adam pensó que Eileen iba a reprender a su empleado por ello, o al menos a mirarlo con desaprobación. Pero ella prácticamente ni se dio cuenta.

—De verdad que no hay ningún problema —continuó—. Esta casa está pensada para albergar invitados, pero ahora vivo prácticamente sola. Un poco de compañía tampoco me vendrá mal.

Adam tuvo que admitir que era difícil decirle que no.

—Gracias —dijo cuando se rindió a aquel extraño giro de los acontecimientos. Llevaba soñando con Craigmar desde que era pequeño y ahora que estaba allí prefería no tener que marcharse, al menos hasta que hubiese explorado cada rincón, recorrido todas las habitaciones y hasta haberse empapado del más mínimo retazo de la historia de aquel lugar. Si Eileen estaba dispuesta a permitírselo, ese era todo el permiso que necesitaba. Además, tampoco es que tuviesen otro lugar al que ir. Tendrían que coger un vuelo para volver a casa en algún momento, sí, pero Adam había dejado el calendario mayormente desocupado para excursiones, viajes de un día inesperados y, con suerte, un compromiso intenso y significativo con aquel lugar que su abuelo le había dejado como si de una herencia se tratara.

Adam miró a Nicola, que prácticamente había empezado a brincar de la emoción. Parecía del todo embelesada con Eileen y con aquel mundo privado de opulencia decadente que le pertenecía.

—Finley os llevará a vuestras habitaciones —dijo Eileen, que parecía haber empezado a distanciarse, como si aquel fastuoso alarde de generosidad no tuviese nada que ver con ella, como si fuese parte de su trabajo diario—. También os recomiendo que saquéis vuestras cosas del coche. Tomaos vuestro tiempo para poneros cómodos. No tengo pensado ir a ninguna parte.

—Te lo agradecemos mucho —aseguró Nicola—. Si hay algo que podamos hacer para devolverte el favor, o si podemos ayudarte con…

Eileen emitió un ruidillo como si Nicola hubiese dicho algo ridículo.

—Claro que no. Estoy siendo hospitalaria y no me cuesta nada. ¿Finley?

—Voy a ello —dijo él, tras lo que añadió, como si se hubiese olvidado—: Milord.

Finley señaló la puerta para indicarle a Adam que se adelantase. Adam salió de la biblioteca seguido de cerca por Nicola, a quien tenía pegada a la espalda, pero no pudo evitar echar un último vistazo por encima del hombro a la estancia enorme de la que acababa de salir. Vio de reojo al guardés agarrar al lord por la muñeca, con dedos llenos de callos que dejaron marcas en aquella carne lechosa.

Con prisa, y con una voz muy tenue que bien podría haberse estado imaginando, oyó que Finley decía con urgencia:

—Isla.

El lord miró a su trabajador con llamas en los ojos. Después, se zafó del agarre de Finley.

El gesto rompió el encantamiento y la tensión que parecía haberse apoderado del lugar. El guardés salió detrás de Adam y de Nicola y dejó a la mujer sola en la biblioteca.

—Por aquí —comentó con cierta brusquedad.

Adam y Nicola lo siguieron obedientes por un tramo de escaleras de caoba que ascendían para luego recorrer una serie de pasillos serpenteantes por los que seguro que Adam no hubiese sido capaz de orientarse sin un mapa y sin la luz del día.

—Esa de ahí será la habitación de Nicola —comentó Finley, que se detuvo en seco en un pasillo enmoquetado mientras señalaba hacia un dormitorio—. Adam, tu habitación está justo al final del pasillo. Supuse que, después de pasar tanto tiempo de viaje juntos, querríais algo de intimidad.

A Adam le dieron ganas de quejarse. Nicola y él siempre dormían en habitaciones de hostal mixtas cuando viajaban, pero eso no era lo mismo que compartir una habitación privada, y mucho menos una cama. No tenía muy claro cómo hacerle saber directamente que no quería separarse de Nicola, por lo que se limitó a decirle:

—¿Podrías dejarnos un momento para hablar y para ir a por nuestras cosas? Después estaré encantado de que me enseñes mi habitación.

—Claro —dijo Finley, a quien no pareció molestarle el comentario —. Bajad cuando estéis listos.

Y luego se marchó. Adam siguió a Nicola al interior de la habitación.

El dormitorio de invitados era pequeño pero acogedor, con una cama con dosel decorada con rosas talladas y una pequeña chimenea en un rincón. El papel pintado estaba cubierto de enredaderas elegantes y verdes y flores rosadas y pequeñas, lo que hacía que el lugar pareciese un jardín rural.

—¿Te lo puedes creer? —preguntó ella, con el mismo tono de voz que usaba para cotillear sobre quién dormía con quién en el equipo de voleibol—. ¡Menuda casa! ¿Qué será, de mitad del siglo diecinueve? Seguro que está construida sobre unos cimientos más antiguos. ¿Y has visto la cantidad de libros que había en la biblioteca?

—Es fantástica, sí —convino Adam—. Pero no me gusta estar encerrado en ella.

—A ti no te gusta estar encerrado en ninguna parte —comentó Nicola, que se dejó caer en la cama—. Pero solo será una noche.

—La verdad es que no esperaba acabar el día así. Y estamos muy aislados. No creo ni que haya cobertura para los móviles. No puedo evitar sentir que estamos molestando a Eileen.

—No es más que una excéntrica solitaria con demasiado tiempo libre, y nosotros somos un entretenimiento gratuito que ha aparecido en la puerta de su casa. Lo comentó ella misma: aquí solo están Finley y ella. Y la verdad es que él no está nada mal.

—No confío en tu juicio en lo referente a la gente que te gusta. Sin ofender.

—¿Ahora no me puede gustar nadie?

—Claro que sí —comentó Adam, que se puso a la defensiva de inmediato. No tenía derecho a sentir celos por Nicola. Sabía que no le pertenecía. Y se había asegurado de que así fuese una y otra vez. Así todo sería más fácil. Menos doloroso—. Solo digo que deberías asegurarte de que ese tipo no sea una especie de Ted Bundy antes de meterte debajo de sus sábanas.

—Tú déjame fantasear con un guardés inofensivo y yo te dejaré seguir mirando a esa aristócrata buenorra como si quisieras que te pisase con sus botas de montar —le respondió Nicola con una sonrisa en el gesto.

—No quiero que me pise —dijo Adam, que se enfureció. La manera en la que se le había acelerado el pulso ante la mera mención de Eileen no casaba con sus palabras—. Además, ¿has oído cómo hablan? Es muy raro, como si cada par de frases pronunciasen una que parece sacada de un libro de historia. Es como si no hubiesen hablado con nadie de esta época en mucho tiempo. Ella lo hace más que él, eso sí. Vamos a ir a lo seguro, ¿te parece? Si notas algo raro, coméntamelo.

—Claro —dijo Nicola, que suspiró—. Pero esto es lo que querías, ¿no? Respuestas y algo de aventura.

—Supongo que sí —dijo Adam, que intentó no sonreír. Sabía que tenía que tener cuidado, que los desconocidos podían ser peligrosos, pero en aquel momento le costaba no sentir que el universo estaba de su parte. Era muy fácil rendirse a la llamada del destino que había notado en el momento en el que había visto la casa.

—Puede que estés cerca de conseguirlo, Adam —comentó Nicola, que se puso algo más seria. Sabía mejor que nadie lo que aquel viaje significaba para él. Al fin y al cabo, había sido ella la que había respondido el teléfono aquella mañana de domingo temprano en la que había muerto su abuelo—. Ojalá lo estés. De verdad.

—Gracias, Nikki. Sea como fuere, deberíamos volver a bajar antes de que empiecen a pensar que les estamos robando la plata o algo así. —Se giró para marcharse e hizo una pausa en el umbral de la puerta. A veces le costaba hablar con sinceridad, mucho más que reírse o que pasar un buen rato junto a alguien, pero en ese momento consiguió hacerlo—: Me alegra que hayas sido tú la que me ha acompañado. En serio.

—Sí, la verdad es que soy genial —comentó Nicola, que se alisó el jersey como un pavo real orgulloso mientras salía al pasillo tras pasar junto a él—. Venga, vamos. Quiero más té.

CAPÍTULO TRES
NICOLA

Cuando Adam y Nicola sacaron las cosas del coche y se pusieron ropa que no estaba arrugada y oliendo a humedad debido al viaje, eran más de las cinco y el estómago de Nicola había empezado a rugir. Ya se había comido la barrita de cereales que había cogido en el hostal aquella mañana, así como todos los escones que les habían servido con el té, por lo que Finley empezó a calentar el pastel de carne de venado. Tenía un sabor intenso y profundo a carne de caza, con una corteza de hojaldre que se desconchaba con facilidad y que a Nicola le dieron ganas de dibujar para capturar su belleza. Cuando Finley le pasó un plato, en la biblioteca donde habían decidido montar una cena informal, el cálido pulgar del hombre le había rozado la piel sensible de la cara interna de la muñeca.

Nicola esperaba que Adam y Eileen empezasen a teorizar sobre historias familiares en común durante la cena, pero ella no parecía tener prisa por ponerse a ello. Se dedicó a sacar temas del día a día y se mostró encantada con todos los detalles del negocio de diseño gráfico de Adam y del club de *running* al que iba. O sobre el trabajo de Nicola como ayudante en una floristería, mientras se pasaba las noches escribiendo libros de fantasía infantiles que esperaba publicar en un futuro. Eileen ni siquiera comió demasiado, sino que se limitó a dar algún que otro sorbo a otro vaso de whisky mientras escuchaba embelesada los detalles mundanos de las vidas de Adam y Nicola.

Finley había cenado con ellos, pero comió de pie junto a un aparador, como si fuese alérgico a estar demasiado cómodo. No

dejaba de buscar excusas para quedarse por el lugar: quitarle el polvo al reloj de pie que había en la estancia o recoger la vajilla, y no dijo gran cosa, aunque seguro que lo escuchaba todo. Nicola lo vio mirándola más de una vez, y ella no fue capaz de evitar fijarse en el contorno de sus fuertes antebrazos y en los rizos tan tiernos de su pelo.

Se preguntó si estaría mal visto intentar ligarse al único trabajador con el que contaba su anfitriona. Y también si Finley estaría interesado.

No es que ella fuese del todo incorregible a la hora de dar rienda suelta a sus deseos, pero le gustaba mucho conocer personas nuevas, y el flirteo (o algún que otro ligue amistoso) era su manera favorita de conocerlas.

Y en aquel instante, con el sol poniéndose detrás de las nubes de tormenta que se negaban a marcharse, Eileen se centró en lo que habían ido a tratar. El pastel de carne de venado que había pellizcado con los cubiertos yacía olvidado sobre la mesilla, mientras ella apoyaba la barbilla en la palma de la mano con gesto reflexivo.

—¿Qué te dijo tu abuelo que había aquí, exactamente? —le preguntó a Adam—. ¿Algo interesante además de mampostería antigua y ovejas?

—Va a sonar un tanto estúpido —empezó a responder él, antes de dar buena cuenta de lo que le quedaba de pastel. Puede que Adam fuese esbelto, pero comía bastante.

—Vamos a ver.

Adam soltó el plato y se preparó para hablar.

—Era un relato que cambiaba cada vez que lo contaba. Decía que era el lugar de descanso de caballeros, que había todo tipo de tesoros enterrados debajo de la casa y también que era el sitio donde se reunían las brujas…. Cosas típicas para dormir a un niño. Pero lo

cierto es que parecía creer de verdad que había algo especial en este lugar, como si hubiese en él algún tipo de energía extraña.

—Puedo confirmarte que, efectivamente, Craigmar es un lugar extraño —aseguró Eileen, que colocó los pies debajo del cuerpo sin levantarse del sillón. Estaba acurrucada como una gata y había dejado las botas junto a la chimenea.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Nicola. Siempre le habían gustado las historias misteriosas, desde que era una niña pequeña que asustaba a sus hermanos adoptivos con creepypastas. Daba igual que fuesen sobre fantasmas o demonios, sobre hadas o extraterrestres, sobre alienígenas o jinetes sin cabeza…, a Nicola les gustaban todos. Y cuanto más antiguos mejor.

—No quiero aburrirte con los detalles. Además, me temo que la mayoría de las historias no son demasiado felices —respondió Eileen, quien regaló a Nicola toda su atención, que era embriagadora, como un buen trago de brandy con el estómago vacío. Eileen era guapa, de una manera brutal e implacable, y tenía una elegancia innata—. Fui feliz mientras crecía en este lugar, pero es cierto que muchos de los Kirkfoyle tuvieron una vida dura dentro de estas paredes, y algunos incluso murieron en Craigmar. Esta región solía portarse mal con mi familia, pero ahora soy la única que queda. Mis padres se ahogaron en un accidente de barco al zarpar cuando tenía dieciséis años.

—Dios. Lo siento —comentó Nicola con la voz constreñida. No podía imaginarse lo que era perder a todos los miembros de su familia, ya que ella ni siquiera había conocido a su madre ni a su padre, pero sí que sabía muy bien lo que era estar sola en el mundo.

—Cosas de la vida —comentó Eileen con tono neutro—. Eso me ha recordado una cosa. Adam, me gustaría enseñarte algo.

Eileen se puso en pie y agarró un libro grande y encuadernado en

tela de una de las estanterías, para luego colocarlo en un atril que había sobre el enorme escritorio de roble junto a la ventana. Nicola casi ni se había fijado en él, pero ahora que lo hacía se percató de que era el tipo de escritorio que formaba parte de una familia durante generaciones, lugar donde probablemente se habían firmado todas las escrituras de propiedad, los documentos matrimoniales y los certificados de defunción.

Eileen empezó a pasar las páginas del libro con pellizcos delicados de las uñas, pintadas de tono perlado.

—Acercaos —dijo con esa voz tan intensa que no dejaba lugar alguno para la discusión.

Tanto Adam como Nicola se pusieron en pie de inmediato y se dedicaron miradas disimuladas entre sí mientras caminaban hacia el escritorio. De alguna manera, sin alzar la voz ni exigirlo, Eileen ya los tenía a su merced.

Finley los miraba fijamente desde la chimenea y había dejado de hacer como si no estuviese atendiendo a la conversación.

Nicola se acercó y entrecerró los ojos para mirar el libro, tan cerca que sintió el calor de los cuerpos de Adam y Eileen cuando ellos hicieron lo propio.

La anfitriona pasó los dedos por una lista de nombres escrita con una caligrafía de aspecto antiguo.

—Son mis registros familiares. Todos los integrantes de la familia Kirkfoyle, un linaje pequeño pero orgulloso. Este es mi padre. Y este el padre de su padre. Y aquí estoy yo.

Eileen señaló su nombre. Eileen Elizabeth Kirkfoyle, nacida hacía veintisiete años y sin hermanos conocidos. Solo cinco años mayor que Nicola, y ya con título y tierras.

—Y esta —continuó Eileen, que pasó un par de páginas hacia atrás antes de tocar el nombre— es mi abuela.

—¿Arabella también era hija única? —preguntó Nicola.

A Eileen pareció ensombrecérsele el gesto.

—Sí. No solemos tener muchos hijos en la familia. Las mujeres suelen tener… complicaciones.

—Nacida en 1960, casada en 1977 y fallecida en 1981 —leyó Adam en voz alta—. Solo tenía veintiún años cuando ocurrió.

—Todas las familias tienen sus tragedias —explicó Eileen, con tono algo ominoso. Adam parecía haberse tragado por completo la interpretación de la anfitriona, pero Nicola había salido con bastantes alumnos de teatro como para saber cuándo alguien estaba actuando y cuándo no. Los gestos dramáticos de Eileen estaban bien estudiados. Era como si hiciese lo que todo el mundo esperaba de ella. Pero quizá era algo que hacía sin querer—. Es lo único que sé sobre ella. Mi padre nunca hablaba de su madre, en realidad. Supongo que entenderéis la razón, teniendo en cuenta que falleció de manera repentina cuando él tenía dos años. El marido de Arabella, mi abuelo, no aguantó mucho después de que ella muriese. Era un extranjero y no estaba hecho para Craigmar. Dicen que murió de pena. Yo digo que fue por hipertensión pulmonar.

—¿Crees que tu abuela podría haber invitado al mío a este lugar?

—Es probable —respondió Eileen, que cerró el libro—. Pero no lo sabremos con seguridad a menos que encontremos aquí algo que le pertenezca. Por suerte, mi familia siempre ha tenido mucho tiempo libre y mantenemos unos registros muy meticulosos: genealogías, fotografías, cartas, libros de invitados… Todo. Mañana podrás revisar lo que te apetezca.

Adam pareció quedarse sin aliento a causa de la emoción. Hasta Nicola tuvo que admitir que era una oferta magnífica.

—No nos gustaría obligarte a revisar todas esas cosas —dijo ella—. Quizá podrías indicarnos dónde está la biblioteca del pueblo para

consultar allí los registros.

—Los registros de los Kirkfoyle son privados —aseguró Eileen con una sonrisa ladina que hizo que Nicola se derritiese por dentro, como le ocurría siempre que se topaba con algo confuso, aterrador y sexi al mismo tiempo. Era como si Eileen fuese la gata que estuviese vigilando a un pajarillo llamado Nicola desde el otro lado de la ventana, soñando con comérsela de un bocado—. No encontraréis registros de mi familia en el pueblo.

—¿Y qué conseguirás? —preguntó Finley. Era una de las primeras cosas que había dicho desde la cena y, cuando Nicola se giró para mirarlo, se percató de que le dedicaba a Adam una mirada extraña e intensa—. Cuando encuentres lo que buscas, quiero decir.

Adam le devolvió la mirada y lo sopesó con ese gesto tan masculino que Nicola había aprendido que significaba que dos hombres estaban a punto de pelearse, de estrecharse la mano con agresividad o, en menor medida, desaparecer juntos en una habitación oscura durante una fiesta.

—Me conoceré mejor —respondió Adam—. Y también conoceré mejor a mi abuelo y quizá sea capaz de pasar página.

Era una de las cosas más sinceras, espontáneas e irresponsables que había dicho Adam durante todo el viaje. Finley se lo quedó mirando durante un momento más, para luego asentir y agachar la mirada en gesto sumiso.

—Es una oportunidad para ambos —aseguró Eileen, que agarró a Adam por el hombro—. Yo nunca conocí a mi abuela y tú conociste a tu abuelo tan bien que no eres capaz de olvidarlo. Podríamos descubrir muchas cosas sobre ellos. Juntos. Qué suerte que hayas venido hasta aquí.

—Es una suerte, sí —convino Adam, que contempló a Eileen con rubor en las mejillas y brillo en los ojos. Parecía más vivo de lo que

Nicola lo había visto desde la muerte de su abuelo, lo que la molestaba un poco. Puede que ella no fuese tan misteriosa como esa rica rarita que vivía en un castillo, pero Adam también tenía suerte de haberla encontrado a ella, ¿no?

—¡Pues decidido! —dijo Eileen, al tiempo que daba una palmada brusca como las que se dan para llamar a un perro de caza—. Os quedaréis esta noche, descansaréis y os daréis una ducha caliente. Después, mañana todos nos pondremos manos a la obra para investigar. Finley, tú también nos ayudarás.

—Tengo que arreglar unas vallas —dijo él, taciturno. ¿Se lo estaba imaginado Nicola o le estaba dando la impresión de que a Finley también le importunaban las chispas que parecían haber saltado entre Adam y Eileen?—. Podar algunos arbustos. Y también darles de comer a los perros.

—Pues ve a casa, dales de comer esta noche y vuelve mañana con ganas de ponerte a ello —comentó Eileen—. Ahora creo que todos necesitamos irnos a dormir. Es muy probable que estéis agotados por toda esta emoción inesperada.

A Nicola le dieron ganas de quejarse y decir que aún era muy temprano, que podía quedarse despierta otra hora hablando, bebiendo otra taza de té o incluso un whisky escocés. Pero, ahora que lo pensaba, lo cierto es que estaba agotada de verdad. El viaje también parecía haber dejado hecho polvo a Adam.

—Puede que tengas razón —dijo—. ¿Estás cansada, Nikki?

—Más o menos —dijo ella, que reprimió un bostezo.

—Os llevaré de nuevo a vuestras habitaciones —comentó Finley—. La casa puede resultar muy confusa si no estáis acostumbrados a ella. Hay muchos recovecos.

Adam y Nicola se despidieron de Eileen tras darle las gracias efusivamente por enésima vez y luego siguieron a Finley por un

tramo de escaleras ascendente que no se parecía en nada al que habían usado hacía un rato. Era como si el lugar estuviese diseñado para confundir a las visitas.

—Esta es la tuya, Adam —indicó Finley, que se detuvo junto a una puerta—. Buenas noches.

—Lo mismo digo —respondió Adam, que luego miró a Nicola con nerviosismo. ¿Por qué de repente actuaba como si no supiese cómo darle las buenas noches, como si no hubiese sido algo que habían hecho todos los días del viaje?

—Qué duermas bien. Y no te mueras —dijo ella, despidiéndose con la frase con la que lo hacía siempre.

—Que duermas bien. Y no te mueras —repitió él, para luego mirar otra vez a Finley antes de encerrarse en su dormitorio.

Finley le dedicó una leve sonrisa al oír la cerradura. La expresión de su gesto se suavizó considerablemente, lo que hizo que tuviese un aspecto casi juvenil. Unas leves y curtidas patas de gallo se le formaron cerca de las comisuras de los ojos, único indicativo de su edad.

Nicola se olvidó de hablar por unos momentos.

—¿Mi habitación? —consiguió pronunciar con torpeza.

—Doblando la esquina, la tercera puerta —respondió Finley—. Y te voy avisando de algo: la mansión puede desorientar un poco por la noche. Te sugiero que te quedes dentro a menos que sea una emergencia.

—Entendido —dijo Nicola, consciente de que aquella era la parte de la conversación en la que tenía que despedirse de él. Abrió la puerta de su dormitorio de invitados mientras Finley se quedó a unos pocos metros, como si se estuviese asegurando de que encontraba el interruptor de la luz. Solo era unos pocos centímetros más alto que ella, algo que le encantaba, y olía a pino y a leña

encendida.

—¿Algo más que deba saber? —preguntó ella.

Pareció como si, por unos instantes, Finley fuese a añadir algo. Pero luego se limitó a asentir.

—No. Que duermas bien.

—Y tú —respondió Nicola, que se sintió algo desanimada.

Y luego Finley se marchó y la dejó sola en aquella habitación oscura.

En el silencio posterior, oyó los crujidos y los movimientos de la casa, como si fuese un ser vivo que respirase.

CAPÍTULO CUATRO
ADAM

Adam no dejó de dar vueltas en la cama durante toda la noche. Dormía en intervalos irregulares y, cuando lo hacía, lo asolaban pesadillas extrañas y siniestras. Cuando despertó al fin y vio que eran las tres de la madrugada al mirar el teléfono, no recordaba muy bien con qué había soñado. Estaba seguro de haber oído a alguien pronunciar su nombre, una y otra vez, con una voz que no era capaz de reconocer. También rememoró la sensación de haber notado un líquido frío, como si lo hubiesen arrastrado bajo agua helada. Y también una presión en los pulmones, por haber estado llorando, ahogándose o por ambas cosas.

Adam tomó aire e intentó olvidar lo poco que recordaba de los sueños. Le costaba dormir en aquel lugar antiguo y espeluznante, por muy bonito que fuese, y más le costaba ahora que estaba separado de Nicola y no sentía su respiración suave cerca de él. Había descubierto que lo tranquilizaba dormirse teniéndola justo debajo en la litera del hostal.

Apartó la sábana y salió de la cama; las pisadas de sus pies descalzos quedaban ahogadas por la moqueta gruesa y verde. La habitación era muy acogedora, con una cama de matrimonio cómoda que hacía algo de ruido y un escritorio junto a la ventana, pero Adam no tenía ni idea de qué hacer a esas horas de la noche. Había dejado el portátil cargando en uno de los pocos enchufes que funcionaban y no se había traído un libro. Siempre que viajaba lo hacía ligero, con un propósito y con la intención de ver lo máximo

posible el mundo que había fuera de los lugares donde dormía.

Decidió ir a buscar a Nicola, quien sospechaba que tampoco habría podido dormir. Quizá tuviese algunas pastillas de melatonina o, mejor aún, de marihuana. O quizá el suficiente sentido común como para convencerlo de que volviese a la cama e intentase dormir.

Abrió con cuidado la puerta y salió al pasillo. Se orientó por instinto en su mayor parte, intentando en vano desandar sus pasos. Pero, en lugar de llegar a la habitación de Nicola, se internó aún más en la casa. Bajó las escaleras y empezó a recorrer pasillos de los que colgaban cuadros al óleo de perros que perseguían a liebres con los ojos abiertos como platos. Las liebres alzaban la vista hacia el cielo, como si suplicasen a un dios inclemente que les perdonase la vida.

Terminó por ver una luz encendida frente a él, detrás de una puerta entreabierta. Creyó que había encontrado a Nicola y aceleró el paso, pero a medida que se acercaba se dio cuenta de que la puerta era demasiado grande como para pertenecer a un dormitorio. Oyó voces ahogadas que venían del interior, alzándose para luego contenerse, así como el chisporroteo intenso de lo que parecía una chimenea.

La curiosidad se apoderó de él e hizo que Adam empujase la puerta unos pocos centímetros.

La biblioteca estaba en la penumbra, iluminada solo por el fuego, que proyectaba sombras titilando en las estanterías. Finley se encontraba en pie frente a la chimenea y sostenía algo con fuerza en una mano. Iba descalzo, con vaqueros y una camiseta henley arremangada. Las sombras le marcaban los músculos del antebrazo y tenía los dientes apretados. Inclinaba la barbilla en gesto arrogante y parecía una persona del todo diferente al guardés malhumorado que Adam había conocido hacía escasas horas.

Finley se echó hacia atrás e hizo un ademán brusco hacia el suelo

con el objeto que tenía en la mano, lo que emitió el chasquido que Adam había oído antes.

El ruido recorrió las entrañas de Adam como si de una descarga eléctrica se tratara.

Se acababa de dar cuenta de que era una fusta.

Finley tenía una fusta en la mano.

Adam siguió la punta de la fusta hasta el suelo y, en ese momento, se quedó paralizado.

Eileen estaba echada sobre la alfombra persa, ataviada únicamente con unos pantalones de pitillo y el sujetador, con las mejillas coloreadas por el rubor. Tenía las manos atadas con una cuerda de seda y en su espalda resaltaban unas franjas rojas y palpitantes en los lugares que habían recibido el impacto de la fusta. Soltó un bufido y luego resopló cuando Finley volvió a golpearla, una y otra vez, mientras daba vueltas a su alrededor como un depredador que olisquease a su presa. La mirada de Finley seguía atentamente todos y cada uno de los movimientos de Eileen, desde la piel palpitante de su cuello hasta el agitar su pecho, pasando por la manera en la que retorcía las manos atadas. Hacía gala de una concentración que Adam solo había visto en la gente cuando rezaba, o cuando sus amigos académicos estudiaban para los exámenes finales.

Cuando Finley chasqueó los dedos, Eileen rodó para ponerse bocarriba, momento que el hombre aprovechó para examinarle los pezones de color rosa a través del encaje del sujetador. Había algo morbosamente atrayente en la imagen: Eileen con pantalones negros y poco más, amarrada como si fuese el plato principal de un banquete.

El pánico y la excitación empezaron a revolverse en el estómago de Adam.

No tendría que estar ahí.

No tendría que estar viendo lo que tenía delante.

Cuando estaba a punto de girarse para volver a su habitación, Eileen ladeó la cabeza e hizo contacto visual con él a través de la puerta entreabierta.

La mirada de ojos oscuros le chamuscó la piel como si fuesen unas brasas.

Adam sabía que tendría que haber tenido la decencia de apartar la mirada, pero no consiguió hacerlo. Estaba absorto.

Finley no pareció darse cuenta de aquel diálogo tácito. Soltó la fusta en un diván cercano y se agachó para meter los dedos entre el cabello de Eileen. El sudor le brillaba a la mujer en las clavículas, un indicio del agotamiento o del deseo que sentía, o de ambas cosas. Se le había corrido el pintalabios. Finley tiró de ella hacia arriba para acercarle la cara a su boca, con un agarre firme e intransigente, y luego le dio un beso dulce que se le antojó muy indecente por las circunstancias.

Eileen se lo devolvió, momento en el que desapareció toda la tensión de sus hombros y en el que se le relajaron los músculos hasta que su cuerpo quedó prácticamente flácido.

Adam se alejó de la puerta y se tambaleó por el pasillo.

Un sueño. Seguro que había sido un sueño. Una mezcla extraña de *jet lag*, agotamiento y no haber tenido relaciones desde hacía tiempo, todo conspirando en su contra al mismo tiempo y haciendo que se imaginase cosas turbias de sus anfitriones. Tenía que hallar el camino hasta su cuerpo, que sin duda seguía durmiendo en la cama.

Con la piel ardiendo y las tripas revueltas, se dirigió a trompicones hacia su dormitorio.

CAPÍTULO CINCO
NICOLA

Nicola se despertó con la luz tenue y plomiza de un día encapotado brillándole en el rostro. Rodó debajo del edredón de plumas y soltó un gruñido de satisfacción propio de un mamífero. Durante unos instantes creyó que volvía a estar entre las almohadas y las mantas de su estudio, pero luego recordó la aventura de la noche anterior y empezó a abrir los ojos.

Seguía en Craigmar, aún rodeada por aquellos sueños lúcidos y maravillosos. Se sentía como una princesa medieval que despertase para cepillarse el pelo cien veces antes de que sus damas de honor empezaran a anudarle el vestido.

Nicola salió de la cama y se estremeció justo al tocar la alfombra. Tenía ganas de ir a buscar a Adam, pero más ganas aún de beber una taza de café caliente, por lo que se puso la chaqueta acolchada de color rosa sobre la camiseta de tirantes y los pantalones de pijama y salió al pasillo.

A la luz del día, la mansión era mucho menos intimidante. El panelado de madera oscura brillaba de un tono castaño rojizo a la luz del sol, y las alfombras del suelo, que habían parecido oscuras como sangre coagulada durante la noche, resultaron ser de tonos carmesí acentuados por unos diseños geométricos azules y dorados. Nicola recorrió el pasillo sin dejar de mirar el océano a través de las ventanas. Desde el segundo piso se veía claramente el agua, como si Craigmar estuviese construido junto al precipicio de un reino marino.

Nicola siguió el ruido de un grifo y de la vajilla hasta una puerta abierta que llevaba a la cocina. Finley se encontraba frente al fregadero, dándole la espalda a Nicola y llenando un hervidor de cuello de cisne con agua del grifo. Cuando Nicola estaba a punto de darse la vuelta y volver al pasillo, él se giró y la vio. Llevaba un suéter grueso y tenía la mirada cansada por la falta de sueño; parecía una persona del todo diferente al hombre con el que había estado el día anterior. Seguía siendo guapo, con un aire más melancólico, y también daba la impresión de ser más cercano, afectado por el cansancio y amable.

—Buenos días —la saludó.

—Ah, perdón —titubeó ella—. Volveré a mi habitación y…

—No, ya estás levantada —comentó Finley, que le indicó con un gesto que entrase en la cocina—. Entra y tómate un té.

Nicola pisó descalza las baldosas de la cocina. La estancia no era tan grande como se había imaginado, pero sí más que cualquier cocina de todos los pisos de estudiante en los que había estado, adornada con cacerolas y sartenes de cobre que colgaban de un estante que había sobre la isla de madera maciza. Finley apoyaba la cadera en ella mientras la miraba con esa sonrisa tan suya.

¿Solo sonreía cuando estaban los dos a solas?

—¿Has dormido bien? —preguntó.

—Muy bien. ¿Adam ya está despierto?

—Diría que no —respondió él, mientras se hacía con una taza del mueble y sacaba una bolsita de té de una lata que había sobre la encimera—. No lo culpo. Tiene muchas cosas que asimilar, y Eileen también.

—Ahora la llamas Eileen, ¿eh? —comentó Nicola, que se acercó un poco más a él—. Creía que era «milord», como no dejabas de repetir anoche.

Finley le tendió una taza de té negro con mucho cuerpo. Nicola la aceptó, aunque solo fuese para calentarse los dedos. Le gustaba el café, pero podía llegar a acostumbrarse al té con el tiempo. Al té y a cualquier cosa. Estaba acostumbrada a vivir en casas mucho más concurridas y ruidosas que aquella, y también a tener que convivir con miembros de familia temporales mucho más desagradables.

Finley no pertenecía a su familia, claro, pero le gustaba la forma en la que la miraba, como si tuviese claro que hacerlo la reconfortaba por dentro, como si quisiese ver el aspecto que adquiría Nicola cuando la hiciese derretirse por completo.

—Perdón por lo de ayer —dijo—. Es muy particular en lo referente al protocolo, sobre todo cuando llegan nuevas visitas. Ladra mucho, pero no muerde. No tiene título nobiliario oficial siquiera. Creo que, técnicamente, es una baronesa no demasiado importante. Pero gestionar este lugar es complicado y hago todo lo que puedo para ayudarla. No te habrá asustado, ¿verdad?

—Fui a un colegio privado gracias a una beca cuando era pequeña. Conozco mujeres como Eileen y no me intimidan ni lo más mínimo.

—Bien. Te será útil. ¿Leche?

—Sí, por favor —respondió Nicola.

Finley se inclinó para abrir el frigorífico y, aunque Nicola era educada y sabía que lo correcto hubiese sido no mirar, no era tan casta como para no echar un buen vistazo al culo recio del hombre.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para Eileen? —preguntó al tiempo que se dejaba caer en un taburete cercano. Le gustaba pronunciar el nombre de pila del lord.

—Pues una pequeña eternidad. Los Buchanan, mi familia, han trabajado para la suya como guardeses durante tres generaciones. Mi padre llegó incluso a ir a la universidad y a mudarse a Glasgow antes de que lo llamasen para coger el testigo tras la muerte de mi

abuelo. Este lugar te clava las garras y no te suelta.

—¿Creciste aquí?

—Sí. Y tengo la misma edad que Eileen. Nos criamos juntos, armando jaleo como si ella no fuese nadie especial, subiendo a los árboles y arañándonos las rodillas.

—Suena muy bien —comentó Nicola—. Yo no crecí en un lugar como este. No me puedo imaginar cómo debe ser pasar la infancia aquí, libre para deambular por todos esos prados. Creo que solo hubiese entrado en la casa para dormir.

Nicola alzó la vista y vio a Finley mirándola con gesto intenso, con los labios un poco separados como si hubiese empezado a hablar en un idioma desconocido. De repente, se sintió prácticamente desnuda por llevar solo esos pantalones de pijama tan finos y deseó haber tenido la previsión suficiente como para peinarse el pelo corto y ondulado.

Finley pasó a mirar la ventana, como si la hubiese notado incómoda.

—Ha dejado de llover antes de lo esperado —comentó—. Si tenéis suerte, las carreteras serán seguras bien entrada la tarde.

—Ah —dijo Nicola, y se sorprendió al descubrir que estaba decepcionada. Quedarse allí atrapada había sido mala suerte, pero era difícil sentirse así cuando se encontraba sentada en la cocina acogedora de una casa rural hablando con un desconocido guapo e interesante mientras se tomaba un té.

—¿Quieres verlo? —preguntó Finley.

—¿Cómo? —respondió ella, que batió las pestañas.

—El terreno. No es que estés vestida para algo así, pero podría esperarte aquí abajo mientras te cambias. Eileen siempre se despierta tarde, y sospecho que Adam sigue dormido. Sería una pena no enseñarte el lugar antes de que os marchéis. Volveríamos antes del

desayuno.

Por una parte, era muy probable que lo más seguro fuese despedirse de este desconocido y volver a su habitación para esperar a que se despertase su amigo, la única persona en la que confiaba de aquel lugar. Pero también odiaba la idea de sentirse encerrada, y aquel hombre tenía una de esas voces ásperas y suaves por las que siempre había sentido debilidad.

—Me encantaría —respondió.



La tierra estaba empapada, y tanto Finley como Nicola se abrieron paso por el verde de los pastos rodeados por la niebla. Pero lo peor de la tormenta ya había pasado. Más cómoda ahora que llevaba los vaqueros, un jersey y unas botas bien atadas, Nicola avanzó detrás de Finley por el terreno irregular. Él caminaba con paso firme y parecía estar acostumbrado al lugar.

—¿Qué haces exactamente como guardés? —preguntó Nicola—. Si es que ese es el término adecuado para tu trabajo…

Finley soltó una carcajada alegre. Estaba más relajado ahora que había salido al exterior, lejos de la casa. Tenía los hombros un poco más encorvados y sus rizos se agitaban más vívidos con el viento. Contemplarlo era muy agradable: las partes más oscuras de su pelo junto al tono verdoso de sus ojos marrones, solo un poco más oscuros que las colinas ondulantes y ahora pantanosas. Nicola se quedó embelesada unos instantes mientras elegía lo colores adecuados para capturar la escena en su mente, ya que Finley merecía ser retratado con descaro y minuciosidad.

—Hago todo lo que haga falta hacer —respondió—. Planto flores, podo los arbustos, echo sal en la entrada si se congela, desentierro

los árboles que estén marchitos o a punto de ello, arranco las enredaderas de las paredes de la casa… También se me da algo la mampostería, la carpintería y hasta hago mis pinitos en la cocina cuando es menester.

—Un chico para todo, entonces.

—Algo así. —Finley señaló hacia delante, hacia la costa rocosa en la distancia y las profundas aguas azules detrás de ellas—. Esta franja de hierba se extiende hasta la costa, que está a más de un kilómetro. El bosque lo hace durante hectáreas y hectáreas sin cultivo alguno. En el pasado lo usaban para cazar o para cultivar setas y bayas para las cocinas, pero ahora todo se ha asilvestrado.

Finley mantuvo el ritmo y alejó a Nicola más y más de la casa. A medida que Craigmar se encogía en la distancia, pasaron entre unas pocas ovejas que no les prestaron atención y que se dedicaban a mordisquear las flores silvestres del suelo. Una de ellas soltó un balido inquisitivo, para luego apartarse y dejar al descubierto a una ovejita que se dedicaba a mamar de su madre.

Nicola unió las manos, cautivada por la imagen, y soltó un grito ahogado de deleite.

—¡Una cría! —exclamó—. Qué bonita. Nunca había visto una oveja tan de cerca.

—¿Ah, no? —preguntó Finley. Una sonrisa traviesa se perfiló en su rostro—. Quédate aquí.

Dio varias zancadas con las botas de goma en dirección al cordero más cercano. La madre soltó un balido de indignación, pero Finley la mandó callar como si fuese poco más que un bebé revoltoso y luego la rascó detrás de las orejas. Después agarró en peso al cordero y lo acercó a Nicola, quien prácticamente se había puesto a vibrar de la emoción.

—Venga, acarícialo —dijo mientras le tendía al cordero—. Cuidado

con los dientes, eso sí. Los pequeños pinchan un poco.

Nicola extendió las manos, momento en el que Finley depósito a la criatura que no dejaba retorcerse en sus brazos. La acunó con el mismo cuidado con el que se lo haría a un bebé recién nacido, asegurándola contra el pecho. Olía a tierra y a humedad, como a hierba recién cortada mezclada con el almizcle inconfundible de una granja. Nicola sintió los latidos acelerados del animal a través de su piel lanuda, un pequeño milagro con vida.

—Oh —dijo con tono reverencial—. Madre mía.

Alzó la vista para mirar a Finley, quien la miraba con una expresión extraña en el gesto. Era una a caballo entre la incomodidad y la reverencia. Nicola se quedó allí en pie rascando al cordero detrás de las orejas y dejó que él la contemplase a fondo.

Después, él dio un paso al frente para agarrar de nuevo al animal y rompió el embrujo del momento.

—Se te dan bien los animales —comentó Finley, incapaz de mirarla a los ojos—. ¿Seguimos con el paseo?

CAPÍTULO SEIS
ADAM

Adam se despertó oyendo a Nicola tocar tres veces con cautela en la puerta, como solía hacer. Parpadeó para quitarse las legañas, salió de la cama y se tambaleó en dirección a la entrada. Aún no había podido quitarse de la cabeza la imagen de lo que creía haber visto la noche anterior. Estaba ahí como en la distancia, borrosa como una visión onírica, pero cuando Adam empezó a intentar encontrarle sentido le sobrevino la nitidez mental suficiente como para llegar a la conclusión de que había ocurrido de verdad. La mano recia de Finley aferrando la fusta. Eileen medio desnuda en el suelo. Ambos compartiendo un beso cargado de pasión.

Adam intentó obviar los recuerdos, los sueños o lo que quiera que fuesen antes de que empeorasen la medio erección con la que se había levantado. Por la noche le había dado calor debido al edredón pesado de la cama, por lo que se había quitado la camisa, y aún tenía el pecho cubierto por una fina capa de sudor.

Sin dedicarle más tiempo a pensar en su imagen, se limitó a abrir la puerta.

Eileen Kirkfoyle apareció frente a él, con una muda de ropa recién planchada sobre los brazos y con el pelo negro recogido sobre la cabeza con unas horquillas doradas. Iba del todo vestida, con unos pantalones acampanados, atados con un lazo a la altura de la cadera, y una blusa simple y negra abotonada hasta el cuello. Pero verla en ese momento le hizo recordar su piel pálida desnuda y las marcas rojizas de su espalda.

Adam abrió la boca, pero no consiguió articular palabra.

Los ojos de Eileen se desviaron inconscientemente a su pecho desnudo, como si estuviese examinando un caballo antes de un desfile.

—Se te ha pasado la hora del desayuno —le dijo—. Venía a comprobar que no habías muerto mientras dormías.

—Qué va —aseguró Adam, con voz demasiado alegre—. Aquí estoy. Sigo vivo.

—Me alegro. Espero que hayas dormido bien. ¿Algún problema con la cama?

Hablaba con brusquedad, como si estuviese impaciente por algún motivo. Adam miró el reloj de su mesilla de noche. No eran ni las ocho. ¿Se habría saltado el protocolo social por dejarse dormir, o acaso las familias aristocráticas del campo eran de las que se levantaban cuando despuntaba el alba?

—He dormido genial —mintió.

—¿No has tenido pesadillas? —preguntó ella, con un deje despreocupado que podía interpretarse de muchas maneras.

Por primera vez desde que había llegado a la casa, Adam empezó a sentir que quizá Eileen se estaba burlando de él.

—No he tenido pesadillas, no —dijo mientras forzaba una sonrisa.

—Fantástico. Quedan sobras en la cocina si tienes hambre. Reúnete conmigo en la biblioteca cuando hayas terminado.

—¿Nicola está despierta? —preguntó Adam, que se sentía algo desorientado y más desnudo de lo que le hubiese gustado, pero también del todo incapaz de cerrar la puerta. Eileen le clavó la mirada como si fuese poco más que un insecto de laboratorio—. Me gustaría darle los buenos días, para comprobar que ha dormido bien.

—Podrás hacerlo cuando vuelva a la casa. He mirado por la ventana y la he visto con Finley dando una vuelta por el exterior.

Tardarán un rato si se pone a explicarle sus cosas. Te espero en la biblioteca a las en punto.

La rabia empezó a retorcerse en el pecho de Adam. ¿Quién se creía que era aquella mujer para darle órdenes? ¿Y quién se creía que era el Finley ese para salir con Nicola sin comentarle nada a él? ¿Y en qué estaba pensando Nicola para salir por ahí con un hombre que había conocido hacía tan solo unas horas? No es que ese tipo de vínculos con la gente fuese algo ajeno a ella; de hecho, eran muy habituales. Las noches de Adam habían acabado mal muchas veces, tras ver a Nicola colándose en el baño con alguna chica que acababa de conocer en el bar para pasar siete minutos en un paraíso sáfico, o cuando llevaba un nuevo novio al que aún no habían vetado en las noches de juegos de su grupo de amigos. Era buena persona y solía juzgar bien a la gente, pero también era impulsiva y hasta imprudente cuando había sexo de por medio. Adam había intentado hablar con ella al respecto en una ocasión, pero Nicola le había espetado que él no podía salir de viaje sin tener relaciones sexuales, lo que lo había dejado sin palabras.

A ambos se les daba muy mal controlar las ansias que ardían a todas horas en su interior, y siempre suplicaban por aventuras, por besos o por ese subidón de adrenalina propio de los romances vertiginosos que solo duraban veinticuatro horas. Habían accedido a permanecer juntos en este viaje, pero al parecer la promesa había durado hasta el instante en el que Nicola se había topado con la primera persona de ojos bonitos.

Eileen dejó la muda de ropa limpia en los brazos de Adam.

—No hace falta que te vistas de gala, pero sí que te recomendaría que te pusieses algo. ¿Te gusta tomar té o café por la mañana?

Eileen seguía siendo guapa ahora que había pasado la noche, pero en aquel momento Adam también vio las imperfecciones propias de

una humana: los pelos que se le habían soltado del moño, el pintalabios desgastado en las comisuras de los labios o la palidez enfermiza debajo del maquillaje. Tenía los ojos un poco hinchados, ya fuese por llorar o por la falta de sueño. De hecho, la luz inclemente que se proyectaba a través de la ventana de la habitación de Adam hacía que Eileen pareciese un espectro encantador, un fantasma de piel fina y venas azules condenado a vagar por la casa por toda la eternidad.

—Café —respondió él, que intentó ignorar todo lo que acababa de pensar—. Gracias por la muda de ropa.

—No ha supuesto inconveniente alguno —dijo Eileen con seriedad, para luego asentir con brusquedad, como si se hubiese olvidado de responder con modales. Adam volvió a quedar sorprendido por lo anticuado de su manera de hablar. Es como si fuese una niña que hubiese aprendido a comunicarse con los demás leyendo novelas de Frances Hodgson Burnett. Parecía un tanto pretenciosa, pero también sincera, lo cual resultaba muy extraño.

Y luego se marchó. Desapareció por el pasillo dejando atrás una ráfaga de aire que olía a lirios. Adam se quedó allí vacilante, pensando en si salir al exterior para buscar a Nicola o en si perseguir a Eileen por el pasillo y comprobar qué era lo que quería de él.

Al final, se dio cuenta de que en realidad no tenía elección.

Susurró un improperio, se quitó los pantalones de pijama y se puso la muda limpia.

La casa era más fácil de recorrer de día, y el camino a la biblioteca se le había quedado grabado en la mente debido a la excursión de la noche anterior. La imagen no había sido un sueño. Cada vez estaba más seguro de ello. Había visto cómo ocurría algo innombrable entre Eileen y Finley, lo que significaba que Eileen lo había visto espiándolos. Y ahora la mujer intentaba mantener la compostura y

hacer como si no hubiese ocurrido nada, ya fuese por cortesía o por jugar con Adam, como un gato que se burlaba de un ratón antes de matarlo. Sea como fuere, él lo odiaba.

Al menos, el odio era la explicación más sencilla para justificar el hecho de que su corazón latiese a toda velocidad cuando dobló la esquina y llegó a la biblioteca.

Al parecer, Eileen había llevado hasta allí, bien temprano por la mañana, varias cajas de cartón que había apilado sobre el escritorio. Eran de esas resistentes y con tapa, que Adam reconoció de los años que su madre había pasado trabajando como auxiliar jurídico. La pared que se alzaba sobre el extraño escritorio estaba llena de rostros antiguos que lo miraban rodeados por marcos dorados.

—Es todo lo que encontré en el ático de los años en los que es más probable que tu abuelo estuviese aquí —dijo ella, al tiempo que ponía los brazos en jarras para mirar el estropicio con ojos relucientes. Parecía incluso más emocionada que Adam—. Y también he traído algunas cajas más.

—Una búsqueda muy concienzuda —comentó él, que no estaba muy seguro de qué decir en realidad. A simple vista no había nada en todo aquello que fuese sospechoso. Extraño sí, pero en el buen sentido, como dinero que lloviese del cielo. Aun así, el instinto de supervivencia que había salvado a Adam de ser atracado, drogado o estafado en incontables viajes no dejaba de revolverse en su interior. Era algo muy tenue, pero ahí estaba.

Algo no encajaba en todo aquello.

—Revisar todo esto puede llevarnos días —comentó Eileen—. U horas si tenemos suerte. ¿Por dónde te gustaría empezar?

—¿Por comer algo? —sugirió. Necesitaba desayunar, pero pedirle a la mujer que le trajese algo de la cocina también era una buena manera de hacer que se marchase de la estancia durante unos

minutos—. Perdón. No soy capaz de trabajar con el estómago vacío.

—Sí, claro —comentó ella con tono abstraído, como si se hubiese olvidado de que comer era algo que los humanos necesitaban para sobrevivir—. Las gachas de avena seguirán calientes, supongo. También tenemos tostadas con beicon, si quieres.

—Suena muy bien.

Eileen asintió y desapareció por el pasillo, momento en el que Adam se llevó la mano al pecho para identificar de dónde le venían las ganas repentinas de salir corriendo. Se frotó en círculos el esternón para intentar hacer desaparecer la sensación. ¿Estaba Eileen actuando de manera extraña o, simplemente, a él le daba miedo que alguien lo acogiese en su intimidad, aunque solo fuese para ayudarlo y como amiga? Reaccionaba peor a las cosas y estaba más irritable desde la muerte de su abuelo. Más errático. Quizá solo estuviese intentando encontrar la manera de arruinar algo bueno que acababa de pasarle.

Alzó la vista al trío de liebres que había en una vidriera sobre la ventana, dispuestas en círculos y con las orejas rozándose. Tardó un momento en darse cuenta de que solo había tres orejas en total, compartidas entre las liebres en una especie de ilusión óptica.

Era muy bonito de ver, pero, al examinarlo con minuciosidad, Adam se sintió incómodo, algo que no dejaba de aumentar cuanto más lo hacía. Tenía la sensación de que lo había visto antes en algún lugar. O más inquietante aún: que estaba en presencia de algo muy antiguo que su rombencéfalo reconocía aunque su mente consciente no era capaz.

—Aquí tienes —dijo Eileen, que apareció por la puerta con una bandeja en las manos. El banquete estaba colocado con minuciosidad, y hasta contaba con un ramito de velo de novia en un jarrón púrpura estrecho. El estómago de Adam gruñó al verlo—.

Sírvete. Hay suficiente.

—Encantado —dijo Adam. Eileen le había traído un desayuno bien surtido, mucho más de lo que él iba a ser capaz de comer, por lo que preguntó—: ¿Quieres algo?

—Oh, no —respondió ella, que hizo un ademán para declinar la oferta—. Yo ya he comido.

Adam se sentó en el sillón y empezó a untar mermelada en una tostada sin quitarle el ojo de encima a Eileen. Había algo en ella, en toda aquella situación en realidad, que empezaba a hacerlo sentir como una liebre, acuclillada entre los dientes de un cepo y a la espera de ver si llegaba a activarse la trampa.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo él, que habló para evitar el silencio. Cuando Eileen estaba habladora, era muy parlanchina. Cuando no era el caso, desprendía una energía muy reflexiva. Nunca le habían gustado los silencios incómodos.

—Claro.

—¿Por qué te llaman lord cuando en realidad eres… una dama?

Eileen le dedicó una sonrisa intensa.

—Creo que lord me pega más.

—Muy bien —respondió Adam. Su relación con su género no era intrincada ni difícil, pero sabía que ese no era el caso de todo el mundo.

—¿Te gusta? —preguntó ella—. ¿Quieres más sirope de arce para la avena?

—Está perfecto —aseguró él.

—Me apuesto lo que sea a que está mejor que la comida de la cafetería de la Universidad Estatal de Michigan —se burló ella.

El comentario volvió a coger desprevenido a Adam. La sospecha que resonaba en su mente se intensifico un poco.

—Creo que jamás te he dicho que fui a esa universidad, ¿no?

—Anoche me tomé la libertad de hacer una búsqueda rápida en Instagram —explicó Eileen, que volvió a mirar las cajas mientras tomaba asiento en el otro extremo del sillón. Volvía a parecer impaciente, como si él fuese quien se había puesto a la defensiva—. No podía dormir.

—Creo que nos ha pasado a todos —comentó Adam, que sintió cómo la culpa por ser un mirón se apoderaba de él.

—¿Puedo hacerte una pregunta ahora que hemos empezado a conocernos mejor?

—Claro —dijo él, que le dio un mordisco a la tostada con decisión. No creía en las medias tintas. Iba a responderle a Eileen, fuese cual fuese la pregunta.

—Lo que viste anoche… —empezó ella, mirándolo sin titubear—. ¿Habías visto antes algo parecido?

—¿La lluvia? —preguntó Adam, que esperaba por Dios que la mujer estuviese hablando del clima.

—No. Me refiero a ese momento íntimo entre Finley y yo con el que te topaste.

Adam soltó la cuchara, apartó las gachas y le dedicó una mirada afligida. Eileen se limitó a sonreírle levemente, muy tranquila.

—No tan de cerca —respondió. No sabía muy bien si era la respuesta que ella esperaba, pero estaba siendo sincero—. Y tampoco era mi intención verlo. Estaba buscando a Nicola. Perdón por haber… invadido tu privacidad.

—Fue un error comprensible —dijo ella con tono magnánimo, como si fuese una reina que estuviese perdonando a Adam—. No ocurrió nada. No te guardo rencor. Debe haber sido muy bochornoso para ti. No quería que te sintieses mal por ello, ni que pensases que había algún problema. Todo lo que viste fue consentido.

Lo mejor que podía hacer era cambiar de tema en ese momento,

cuando aún tenía la oportunidad, pero solo había dos cosas más irrefrenables que el instinto de supervivencia de Adam: su curiosidad sobre cualquier cosa que no llegase a comprender y su libido inagotable propia de una persona de veintipocos años.

Además, de no haber querido que le hiciese preguntas, Eileen no hubiese sacado el tema, lo cual también le resultaba a Adam muy sexi y avivaba su curiosidad.

—¿Consentido? —repitió, mordiendo el anzuelo que ella había preparado con tanta minuciosidad.

—Sé que puede sonar inquietante, pero sé muy bien lo que hago. Y Finley también. Es como un juego.

—Como un juego… —repitió Adam, que intentó comprenderla. Él tampoco era una persona inocente. Sabía que lo que había visto la noche anterior era un fetiche de alguno de los dos en el que Finley era el amo y Eileen obedecía. No era la primera vez que Adam se topaba con algo así, aunque hubiese sido por accidente, pero lo cierto es que no tenía una opinión firme al respecto ni en un sentido ni en otro. En Bruselas, había conocido a un chico que quería que le diese tortas cuando mantenían relaciones, y Adam había accedido, aunque con torpeza. Cuando había pasado un semestre estudiando en Tailandia, su novia en aquella época había querido atarlo y usarlo como un juguete, y a Adam no le había importado probar. Obviamente, también había visto llamativas escenas BDSM durante su repaso a páginas web para adultos, pero tampoco había encontrado nada que le levantase el ánimo. No había nada que le hubiese hecho arder, que lo hubiese abrasado vivo y notar el pulso en el cuello, que le hubiese hecho sudar las palmas de las manos. Nada lo había hecho sentir como se había sentido la noche anterior, durante esos escasos momentos que se había quedado paralizado tras la puerta entreabierta de la biblioteca.

Solo había ido a ese lugar para pasear por los terrenos y mantener la promesa que le había hecho a su abuelo, y quizá para sacarle alguna que otra fotografía a la casa y presentarse a sus propietarios si les apetecía hablar. Ni en sus sueños más locos había llegado a imaginar algo así. Su intención era pasar página y poco más. Pero, de alguna manera y muy rápido, se había visto atraído no solo por el hogar de Eileen, sino por la confianza de la mujer, y ahora estaba tan interesado en la relación que había entre Finley y ella como lo estaba con lo ocurrido con su abuelo.

No estaba seguro de cómo se había internado tanto en las aguas turbias de Eileen Kirkfoyle sin darse cuenta siquiera de que había empezado a mojarse. Era como si la mujer fuese una sirena que, con su canto, lo obligaba a adentrarse más y más.

—Me gustan los juegos —continuó ella—. Me gusta competir y me gusta ganar. A veces, hasta me gusta perder. Es muy simple.

Adam emitió un ruido evasivo. No estaba seguro de si debía añadir algo, pero tampoco quería que ella parase de hablar. No es que la mujer hablase muy claro, y él aún no estaba del todo seguro de por qué ella había sacado el tema, pero no podía negar que el pantalón había empezado a apretarle por la entrepierna. Se movió en lo que esperaba que hubiese sido un gesto muy disimulado de ocultar su erección.

—Aunque… —continuó Eileen tras suspirar—. Supongo que ya no puedo ir por ahí fingiendo que Finley no es más que mi guardés, ¿no es así? Fue divertido mientras duró.

—¿Y entonces qué relación tenéis?

—Pues somos todo el uno para el otro —dijo ella con tono sombrío, unas palabras que parecían haberle arrancado a la fuerza, como un narciso arrancado de raíz.

—Ah —respondió Adam, que se miró las manos con gesto

reflexivo. Era difícil mantenerle la mirada a Eileen cuando coqueteaba con él. (Estaba coqueteando con él, ¿no? ¿O quizá intentaba intimidarlo? ¿Quizá ambas cosas eran lo mismo para ella?). Y se volvía más difícil aún cuando se ponía sería.

—¿Y qué relación tienes tú con Nicola? —preguntó ella, que colocó las piernas debajo de su cuerpo en el sofá. Los pies, aún con las zapatillas puestas, quedaron a escasos centímetros del muslo de Adam—. Y sé sincero.

—Ya te lo he dicho. Solo es una amiga.

—¿Has viajado hasta Escocia para ahondar en la historia de tus antepasados con alguien que no es más que una amiga?

—Eso mismo —dijo Adam sin titubear, pero notando el tono quejumbroso de su voz. Era difícil negarle a Eileen cualquier cosa cuando la pedía directamente, hasta la más sensible de las verdades. Lo que más preocupaba a Adam era que le costaba de verdad que le diesen ganas de negarle algo.

—El amor es complicado —comentó ella mientras asentía con gesto reflexivo—. Lo sé muy bien. Te entiendo.

Adam arqueó una ceja, incapaz de seguir evitando el tema del que estaban hablando en realidad.

—Perdón. No quiero sonar brusco, pero algo me dice que me estás preguntando algo. O intentando decirme algo. ¿No es así? Si me equivoco, dímelo.

—¿Y si te dijese que tu abuelo tenía razón? —preguntó Eileen, que bajó la voz hasta poner un tono conspiratorio. Unió las manos sobre el regazo y las apretó con emoción. Aquello no era lo que Adam esperaba. ¿No estaban hablando de sexo, amor o de las fronteras indeterminadas que había entre ambas cosas?—. ¿Y si te dijese que es cierto que Craigmar, esta casa, estas tierras, tienen algo mágico? ¿Y si te dijese que hay algo antiguo ahí fuera, algo de lo que la

mayoría de la gente se ha olvidado y no sabe ni cómo llamar?

—Pues te diría que me lo demostrases —comentó Adam, cuya racionalidad y escepticismo no lo abandonaban ni cuando su mundo se ponía patas arriba, ni cuando Eileen lo contemplaba con ojos ansiosos—. Y escucharía todo lo que me quisieses contar al respecto, claro.

—Y te lo contaré. Llegado el momento —aseguró ella. Señaló el mueble para bebidas, lleno hasta arriba de whisky y ginebra—. ¿Te gustaría que lo hablásemos como la gente civilizada, mientras nos tomamos una copa?

—Pero si no es ni mediodía —dijo Adam, pero una leve sonrisa lo traicionó. Se había quedado embelesado con Eileen, por muy descolocado que lo hiciese sentir. De hecho, esa sensación que provocaba en él era quizá una de las razones por las que estaba tan cautivado.

—Los estadounidenses toman cócteles cuando hacen un brunch, ¿no? —dijo ella, que se puso en pie y se dirigió hacia el mueble. Agarró una botella de ginebra de las islas Hébridas exteriores, destilada con kelp de azúcar—. ¿Te apetece algo ligero?

Zarandeó la botella y el líquido empezó a agitarse, sugerente.

Si Eileen quería jugar a ese juego, él no pensaba negarse. Pero Adam siempre había sido una persona competitiva y lo hacía para ganar.

—Con hielo, por favor. Y luego hablaremos.

CAPÍTULO SIETE
FINLEY

No quería apartarla de la casa, y menos aún durante tanto tiempo, pero las buenas intenciones de Finley solían irse al traste cuando había chicas guapas de por medio.

—Cuidado. No te resbales —dijo mientras extendía el brazo instintivamente para que Nicola se agarrase mientras bajaba por una cuesta traicionera. El césped ondulante del prado había dado paso a los abedules y a los robles, y las botas lisas de Nicola no estaban preparadas para aquel tipo de suelo.

—Gracias —dijo ella, que le agarró la mano con esos dedos cálidos y suaves. El estómago de Finley dio un vuelco. Olía a margaritas, a maquillaje y a lluvia primaveral. Y cuando le sonrió por haber bajado sin problema hasta el terraplén, Finley se derritió un poco por dentro.

Se tuvo que recordar que solo le estaba mostrando el lugar a una invitada. Le estaba haciendo un favor a Eileen manteniendo entretenida a Nicola, para que así le diese tiempo de hablar a solas con Adam. No había nada inapropiado en la situación.

Había estado a punto de creérselo. Quizá solo tenía que repetírselo más veces.

Se detuvieron al llegar a una pequeña casita de campo que había en el bosque, hecha de la misma piedra gris que Craigmar y decorada con las mismas molduras blancas. Smoo y Snug estaban atados en la valla del jardín delantero, flanqueados por narcisos amarillos. Finley miró a Nicola para ver cómo reaccionaba. Era una

casa modesta y tampoco podía decirse que fuese moderna, pero la mantenía limpia y estaba orgulloso de su propiedad.

Nicola se detuvo a unos tres metros de la estructura y se quedó mirándola con los ojos abiertos como platos. A Finley le dieron ganas de pegarse un tiro. Le había gustado el cordero, por lo que él había supuesto que también iban a gustarle los perros. Pero Adam le había comentado el día anterior que Nicola les tenía miedo. ¿Por qué había decidido enseñarle dónde vivía, como si eso fuese a interesarle? «Mira que eres estúpido, Finley».

—Les tienes mucho miedo, ¿verdad? —preguntó—. Lo siento. No me acordaba.

Smoo bostezó y mostró los dientes, que probablemente eran igual de largos que el dedo meñique de Nicola.

—Me mordió el perro de un vecino cuando tenía cinco años —dijo ella, que apartó la vista de los animales el tiempo suficiente como para mirar a Finley—. Nunca llegué a superarlo.

—Iba a traerlos para que paseasen con nosotros, pero puedo dejarlos aquí —aseguró él. Uno de los perros soltó un gemido, como si supiese que lo iban a dejar allí.

—Silencio, Snug —lo reprendió Finley—. Ese se llama Snug, el que solo ve por uno ojo. El otro es Smoo.

—Son unos nombres un poco absurdos para unos perros tan grandes.

—Unos bebés tan grandes, querrás decir. Los he criado con las sobras de las cocinas. Son mis mejores amigos.

—Seguro que están muy bien entrenados, si los tienes desde hace tanto tiempo.

—Se portan bien cuando quieren —comentó Finley.

—¿Vives aquí? —preguntó Nicola, que se giró hacia la casa ahora que había superado la sorpresa de ver a los perros.

Finley asintió, sin saber muy bien qué decir. ¿Sería demasiado invitarla a entrar? No estaba seguro de querer que ella viese todos los libros de bolsillo y de historia, que no cabían en las estanterías y habían empezado a apilarse en el suelo. Ni tampoco quería que viese el sillón de segunda mano que había tenido que arrastrar hasta allí desde una tienda de caridad. Ni el estéreo que había heredado de su padre colocado en el lugar donde tendría que haber una televisión. Puede que fuesen cosas que revelasen demasiado sobre él, partes de sí mismo que no quería que viese nadie más.

—Me gusta —continuó ella, que dio unos pasos cautelosos más hacia delante—. Parece muy bien cuidada.

Alabar el cuidado con el que Finley había limpiado la piedra, pintado las molduras y podado el jardín delantero era probablemente el mayor halago que Nicola podría haberle dedicado, pero ella no lo sabía. Finley hizo todo lo posible por evitar que se le acelerase el pulso. Se recordó que la mujer tan solo intentaba ser amable con un desconocido.

«Eileen es la protagonista de todo esto. Tú solo le estás haciendo un favor».

—¿Sabes? —dijo Nicola, con voz tenue y aguda—. Mi psicóloga dice que debería hacer cosas más arriesgadas. ¿Te parece si… saludo a Snug y a Smoo?

Finley le dedicó una sonrisa como un colegial incorregible.

—¿Segura?

—Segura —insistió ella, que dio dos pasitos más hacia delante. Ya casi había llegado a la cancela, que seguía cerrada y mantenía a los perros en el jardín. Los postes de madera eran lo bastante altos como para evitar que hasta el perro más decidido saltase sobre la valla, algo que Finley había aprendido a base de prueba y error. Los perros siempre se quedaban detrás, a menos que Smoo se pusiese a

perseguir a una ardilla.

Entró en el jardín y cerró la puerta al pasar. Después, agarró las correas de los perros, una en cada mano, y mantuvo a las bestias muy pegadas a él. Luego habló con voz grave y decidida:

—Tranquilos. Comportaos delante de la señorita, chicos. Sabéis saludar, ¿no?

Nicola se acercó a la valla muy muy despacio, como si algo pudiese llegar a explotar si no avanzaba con cuidado. Después, la rodeó con los dedos y miró a Snug, que ladeó la cabeza y le sonrió. La cola del animal rebotaba una y otra vez contra el muslo de Finley, un meneo entrañable.

—¿Cómo perdió el ojo? —preguntó ella.

—Ah. Nació ciego. Todos tenemos nuestras taritas, supongo. ¿No es así?

Con un leve temblor en los dedos, Nicola extendió la mano sobre la valla y la colocó a escasos centímetros del hocico de Snug. Él le olisqueó la palma con curiosidad, pero luego le lamió los dedos con toda la ternura que fue capaz.

Nicola soltó una risilla nerviosa, aliviada.

—Buen chico, Snug —dijo Finley—. Muy educadito.

Nicola fue lo bastante valiente como para dejar que Snug le lamiese la punta de los dedos unos segundos más antes de retirar la mano.

—Muy bien —comentó Finley, palabras que en esta ocasión iban dirigidas a Nicola.

Lo había hecho por instinto. Después de que la adrenalina recorriese las venas de Nicola, le dedicó un halago antes de darse cuenta. Se percató del tono de voz dominante que había en su voz, como si la mujer le perteneciese, como si le estuviese enseñando y recompensando. Le dieron ganas de encerrarse en la casa

avergonzado hasta que Nicola se marchase. No podía hablarle así a una invitada, y menos aún cuando hacerlo hacía que la mujer se pusiese roja como un tomate.

—¿Quieres que los deje aquí mientras seguimos dando una vuelta? —preguntó Finley, al momento y con toda normalidad, como un humano cuerdo y del todo normal.

—Sí, por favor —respondió ella—. Pero gracias por presentármelos. Y por enseñarme tu casa.

Finley le dio unas palmaditas a Snug en la cabeza, rascó a Smoo detrás de la oreja y luego salió por la puerta y se colocó junto a Nicola al otro lado de la valla.

—Es una casa, sí —aseguró él—, pero Craigmar es mi hogar. Los bosques, la playa… Todo.

—Debes conocerlo al dedillo.

—Pues sí. Como la palma de mi mano. —Se percató de la posición del sol en el cielo. Llevaban fuera un buen rato y aún tenían que regresar a pie a la casa. Tendrían que ponerse en camino pronto, antes de que Eileen o Adam empezasen a extrañarse. Pero el tiempo pasaba demasiado rápido ahí fuera entre los abetos, con Nicola sonriéndole mientras él, egoístamente, se afanaba por robarle unos momentos más a solas—. ¿Puedo enseñarte una cosa más?

—Me encantaría —respondió ella con una sonrisa de oreja a oreja.

No le hubiese costado nada caer rendido ante una sonrisa así, perderse en esa calidez tan deslumbrante.

Finley empezó a notar cómo le temblaban las rodillas.



Guio a Nicola hacia una cuesta rocosa que había en el extremo del prado. Subieron y subieron hasta llegar al afloramiento rocoso

preferido de Finley, aquel que daba directamente al mar. Bajo ellos, las olas del océano rompían contra las rocas negras y brillantes, en un agitar incesante de espuma y agua. Las gotas llenas de salitre les salpicaban en la cara. Nicola tenía las mejillas relucientes y rosadas a causa del agotamiento y de la alegría por haber llegado hasta allí arriba. Parecía tener el pelo aún más rizado que antes debido a la humedad.

Los extranjeros nunca duraban mucho tiempo en Craigmar. El ambiente les era hostil y se marchitaban como plantas ajenas enterradas en las profundidades del suelo rocoso de las Tierras Altas. Pero, por alguna razón, cuanto más caminaba Nicola con él por la espesura más florecía.

—Dios —dijo mientras tomaba aire y sin dejar de mirar el horizonte—. No tiene fin.

—Me gusta venir aquí para pensar —aseguró él—. No hay nadie que te moleste. Te quedas a solas con el cielo y el océano, juntos y tranquilos.

—¿Y en qué piensas cuando vienes aquí? —preguntó Nicola, medio en broma.

Finley sintió que el corazón se le constreñía con fuerza. Ya había hablado demasiado. Tenía que tener más cuidado.

—Pues en un poco de todo —respondió él, que fingió calma y evitó mirarla a los ojos. Había demasiado en juego como para echarlo todo a perder por irse de la lengua. Tenía órdenes y sabía cuál era su papel. Ceñirse al guion era lo mejor que podía hacer.

Pero aquello no era exactamente lo que había hablado con Eileen, y Finley sin duda no contaba con Nicola ni con esos ojos brillantes e inocentes que relucían en su gesto.

«Bueno —pensó, momento en el que vio que Nicola lo miraba de reojo con ansias—. Quizá no sean del todo inocentes. Pero ella no

forma parte del elenco de la representación del vía crucis de Eileen».

—Te agradezco que me hayas traído hasta aquí y me hayas enseñado todas estas cosas bonitas —dijo Nicola, que se acercó a él hasta que los hombros de ambos estuvieron a punto de rozarse. Finley se inclinó hacia delante, hundió las manos en los bolsillos e intentó no pensar en lo cerca que se encontraba la mujer—. Sobre todo, teniendo en cuenta que Adam y yo hemos venido sin avisar. No ha sido lo más respetuoso del mundo, la verdad.

Una leve punzada de culpa se deslizó entre las placas de metal que cubrían el corazón de Finley. Atravesó la carne que había debajo, que empezó a sangrar.

—No pidas perdón —aseguró él—. A veces las mejores cosas de la vida son las que llegan sin avisar.

Tenía intención de pronunciarlo con un tono amistoso, despreocupado y proverbial, pero su naturaleza ansiosa lo había traicionado. Se dio cuenta de que sus palabras habían sonado demasiado sinceras y demasiado bruscas.

Finley se giró para mirar a Nicola, momento en el que quedaron muy cerca el uno del otro, demasiado.

—Qué amable por tu parte —dijo ella en voz baja, al tiempo que bajaba la mirada para contemplar la boca de Finley, quien sintió cómo algo le atenazaba el pecho y un calor que se extendía por su vientre. Nicola acababa de coquetear con él y quería besarlo, tanto como él quería besarla a ella. El ambiente se puso tenso y peligroso, lleno de posibilidades muy excitantes. Le hubiese encantado robarle un beso a esa joven guapa e inteligente, algo que recordar en su intimidad, en ese acantilado que le gustaba más que cualquier otra cosa en el mundo.

Pero llevaba vivo el tiempo suficiente como para saber que rebajar la seguridad por conseguir algo de placer personal siempre

terminaba de manera desastrosa. Y no quería convertirse en el culpable de que todo se fuese al traste.

—Deberíamos volver a la casa —dijo.

La decepción brilló en la mirada de Nicola, y Finley bajó la suya mientras se alejaba para no tener que ver lo esperanzada que había estado ella hacía unos instantes. Pero, cuando empezaba a darse la vuelta, Nicola se puso de puntillas y presionó los labios contra la mejilla de Finley, desvergonzada a pesar de lo casto del gesto. Tenía los labios suaves como un pétalo de flor y también cálidos, con aroma a vainilla.

Finley se la quedó mirando, y ella le devolvió la mirada con un gesto un tanto eufórico y asustado. Había algo en esa mirada que conseguía romper la presa que contenía la riada que representaba los deseos de Finley.

Bajó la cabeza y le dio un beso a Nicola.

Fue breve, poco más que un pico, pero ella respondió como si la hubiese tocado por debajo de los vaqueros. Soltó un leve gemido de placer, arqueó la espalda hacia atrás y presionó sus pechos contra los pectorales de Finley.

—Te aseguro que lo que quieres no soy yo —dijo él, como si fuese un hecho en lugar de una opinión o una disculpa. Finley era un callejón sin salida para cualquier mujer lo bastante estúpida como para acercarse. Lo sabía.

—¿Cómo sabes qué es lo que quiero? —preguntó Nicola—. Quizá lo único que quiera ahora es que me vuelvas a besar.

Fue del todo imposible asegurar quién había sido el primero en acercarse. En un instante estaban separados y, al siguiente, Finley había empezado a besar a Nicola con ansias, y ella había empezado a clavarle las uñas en los hombros debajo de la tela del jersey. Emitió un gemido maravilloso, abiertamente lascivo, lo que hizo que a

Finley le diesen ganas de besarla con más intensidad y de tocarla aún más. Entrelazó los dedos en el pelo corto de la mujer y tiro un poco de él.

Solía contenerse cuando coqueteaba con algunas de las chicas del pueblo. Se recordaba que tenía que ser amable e ir más despacio. Eileen era la única que conocía y aceptaba esa parte más oscura de él, esa que ansiaba la intensidad del dolor mezclada con el placer. Pero, por alguna razón, le costaba fingir todo aquello con Nicola.

La agarró con más fuerza aún para que no se moviese ni lo más mínimo mientras la besaba, tanto que sabía que estaba a punto de hacerle daño. Esperaba que ella no se diese cuenta.

Nicola empezó a respirar con más intensidad y luego soltó un grito ahogado tembloroso mientras se apartaba.

Finley la soltó, con brusquedad, como si fuese un fuego encendido.

—Perdón —dijo mientras el pulso le latía desbocado. Dios, ¿por qué no podía besar a alguien sin arruinarlo todo?—. No quería…

Nicola ni siquiera lo estaba mirando. Y tampoco lo había soltado. Le aferraba los brazos y miraba con los ojos abiertos de par en par algo que él tenía por encima del hombro.

Finley se giró despacio para mirar hacia allí. Casi no lo vio, pero después de haber pasado toda una vida cuidando de los terrenos de Craigmar no le costaba nada fijarse en cualquier cosa que se saliese de lo habitual. Una figura pálida los miraba desde la linde del bosque, imposiblemente alta y angulosa. Se ocultó detrás de un árbol antes de que a Finley le diese tiempo de distinguir sus facciones, pero lo cierto es que sabía muy bien lo que era.

Y por si la imagen no había sido suficiente, quedó más seguro aún al ver que no volvía a salir por el otro lado del árbol, como si hubiese desaparecido en un abrir y cerrar de ojos. Esa fue toda la confirmación que necesitaba.

—¿Has visto eso? —preguntó Nicola con voz constreñida—. Había… Había una persona, o algo. En el bosque. Justo allí. La vi, pero luego desapareció. La he visto, Finley.

No había manera de que Finley negase lo que la mujer acababa de ver con sus propios ojos. La notaba aferrándose a él como si fuese un pedazo de madera a la deriva que la salvase de haberse ahogado. Pero no tenía respuesta alguna que darle. De haberlo hecho, hubiese acabado con todo lo que Eileen y él habían luchado por proteger.

Finley tenía que soltar a Nicola. Tenía a pedirle perdón por haberla tocado, por haberla llevado hasta allí en primer lugar. Pero, aunque su cerebro sabía que eso era lo que tenía que hacer, lo que hizo en realidad fue pasarle una mano tranquilizadora por la cabeza y luego abrazarla con fuerza por los hombros y apretar.

La respiración asustada de la mujer empezó a relajarse a medida que Finley la tocaba y los músculos de su espalda se calmaron, como si el tacto de Finley fuese suficiente para consolarla, lo que en realidad solo servía para complicar las cosas.

Aunque no hubiese sido un acuerdo permanente con Eileen, Finley sabía que no podía tomarse ese tipo de libertades con los invitados. Y aunque se había tratado de una distracción deliberada, no tendría que haber alejado a Nicola tanto de la casa. Y menos aún tendría que haberla besado.

Sabía que Eileen iba a saber lo que había ocurrido desde que le viese la cara. Había crecido y compartido con ella todas las torpezas propias de las primeras veces, por lo que Finley era para ella como un libro abierto.

Finley bajó el brazo y apretó la mano de Nicola, un gesto que bien podría haberse considerado una disculpa.

—Tenemos que volver a la casa —dijo.

CAPÍTULO OCHO
EILEEN

Por muy flaco que pareciese, el estadounidense había sido capaz de dar buena cuenta de un cuenco de gachas con pasas y almendras laminadas, beicon en dados, salchichas y una tostada, así como una ginebra doble con hielo. Eileen, como era habitual, se había despertado con dolor de cabeza y sin hambre, por lo que le dio un sorbo a un whisky de turba y ahumado mientras mordisqueaba una galleta y miraba a Adam como si ella fuese un halcón contemplando a su presa. Tenía la piel muy clara, con cejas rubias de tono blanco, pelo del color de las barbas del maíz y pecas desperdigadas por las mejillas. Eileen prefería a los hombres morenos y guapos, o a las mujeres morenas y bonitas, pero Adam era lo bastante atractivo.

—¿Podrías hablarme de él? —preguntó ella mientras pasaba el pulgar por el borde del vaso.

—¿De quién? —respondió Adam.

—De tu abuelo. Dijiste que sus cuentos fueron lo que te trajo aquí. ¿Cómo era?

—Un gruñón —dijo él, momento en el que una sonrisa le asomó en los labios—. Con todo el mundo excepto conmigo. Si me portaba bien, me llevaba a la tienda de cómics y, a veces, cuando me quedaba quieto y lo escuchaba con atención, me contaba algún cuento.

—¿Eras su único nieto? —comentó ella, con la decisión suficiente como para que sonase como una pregunta. Era esencial que él creyese que ella no sabía nada.

—Sí —respondió Adam—. En parte, es la razón por la que nos

llevábamos tan bien. No estaba muy bien de salud al final de su vida y necesitaba ayuda, por lo que yo lo llevaba al médico y esas cosas.

—Qué amable por tu parte —comentó ella, que tampoco le estaba prestando demasiada atención. Estaba examinando a Adam desde todos los ángulos, intentando imaginárselo en todas las estancias de Craigmar, de pie frente a todos los cuadros, echado sobre las sábanas húmedas de todas las camas. Ella estaba haciendo todo lo posible por imaginárselo fielmente, por descubrir algo que les permitiese intimar cuanto antes y de forma segura.

Adam era diferente de lo que Eileen había imaginado. Pero siempre le pasaba igual.

—Ya te he contado algo sobre mí —dijo él, que se señaló con el tenedor. Después le dio la vuelta al cubierto para hacer lo mismo con ella—. Ahora te toca contarme algo sobre ti. Es lo justo, ¿no crees?

A Eileen le dieron ganas de ronronear. Le había encantado el comentario. No había nada que le gustase más que alguien que tomaba la iniciativa en uno de sus juegos, pero aún no era el momento de mostrar toda su mano. Tenía que crear un poco de suspense con algún que otro farol.

—Estoy segura de que no querrías oír nada sobre mí. Pareces una persona muy racionalista. Estoy segura de que no hay lugar para los cuentos de hadas en ese gran cerebro tuyo.

Estaba probando a decirle la verdad, antes de lo que tendría que haberlo hecho. Pero había pasado demasiado tiempo desde la última visita, si no contaba a la doctora y a su contable, y le resultaba muy tentador compartir más de lo que debería con Adam, el imposible e interesante Adam, para hacer que se quedase en su casa y poder vigilarlo un poco más.

—Ponme a prueba —dijo él, mientras la curiosidad relucía en su mirada decidida. Era una de esas personas inquisitivas que roía la

información como si de un perro con un hueso se tratara, decidido a devorar cada bocado de verdad. Ella sabía que Adam estaba decidido a conseguirlo, aunque para ello tuviese que abrir de un mordisco a Eileen y luego empezar a chuparle el tuétano.

Eileen apretó los muslos el uno contra el otro y se movió para aliviar el latido que sentía entre las piernas. Le gustaba que la mirasen así, como si fuese un rompecabezas que había que resolver, aunque tuviesen que romperla para hacerse con los secretos que había en su interior. Lo de romperla era su parte favorita, en realidad.

—Has venido para encontrar algo más que una pequeña historia familiar, ¿verdad? —preguntó la mujer. Puede que se estuviese precipitando un poco, pero tenía que intentarlo. Eileen unió las manos y las apretó para evitar que le temblasen de la emoción. Era algo que nunca había compartido con nadie, bajo ninguna circunstancia. No había razón para ello. Finley lo sabía porque formaba parte de aquella historia tanto como ella. Pero Adam era la razón que Eileen había estado esperando. Adam era la clave—. Todas esas historias que te contó tu abuelo sobre Craigmar, no eran solo sobre la casa ni sobre el terreno. Sino sobre algo antiguo que habitaba bajo la tierra, algo que estaba vivo.

Adam puso un gesto de incredulidad, pero su lenguaje corporal lo traicionó. Estaba demasiado inclinado hacia delante, con los codos apoyados sobre las rodillas, lo más cerca que podía estar de Eileen sin tocarla.

—No he viajado hasta aquí para que me tomen el pelo. Y no quiero hacer de menos tu hospitalidad, pero esta es una conversación demasiado extraña para tener con alguien que acabas de conocer.

—Sé que nos acabamos de conocer —dijo ella, momento en el que dejó de fingir por unos instantes, lo bastante como para que se le

escapase una frase que no pensaba pronunciar—: Pero siento como si te conociese desde hace mucho tiempo. Y creo que tú te sientes igual.

Adam la miró, con los labios entreabiertos y provocadores, y con ese brillo ofendido en los ojos tan propio de los hombres cuando los sorprendías.

—¿Y qué pasaría si te dijese que tienes razón? —preguntó él.

Eileen nunca llegó a responder, porque un movimiento sobre el hombro de Adam y detrás de la ventana arqueada llamó su atención.

—Parece que tenemos invitados —dijo ella.

Adam giró el cuello para mirar. Había dos figuras avanzando por los prados en dirección a Craigmar, una con unas botas de goma de un verde reluciente y la otra con una chaqueta acolchada rosa.

—Nikki —murmuró Adam, con el afecto y la irritación de una persona perdidamente enamorada.

Estuvo a punto de conseguir que Eileen se sintiese culpable por lo que pretendía hacer con él.

Adam se sumió en un silencio incómodo cuando oyó abrirse la puerta en la lejanía, hasta que Finley y Nicola llegaron a la biblioteca.

—Nuestros intrépidos exploradores han decidido acompañarnos —comentó Eileen, que arqueó una ceja. Le había pedido a Finley que mantuviese alejada a Nicola durante una hora o dos mientras ella analizaba mejor a Adam, pero se habían ausentado durante muchísimo tiempo, y Finley tenía en el rostro un gesto de culpabilidad propio de un perro de caza que había matado al conejo mascota de su dueño.

—Finley me estaba haciendo un recorrido por el lugar —comentó Nicola. El viento la había despeinado, tenía la ropa arrugada y el rubor le llegaba hasta la punta de las orejas. Daba la impresión de que Finley y ella habían estado haciendo algo más que un recorrido por el lugar. No hacía falta tener el olfato de Eileen para detectar el

deseo ajeno para darte cuenta de que había ocurrido algo entre ellos.

—Ah —dijo Eileen, que alargó la sílaba hasta que Finley puso una mueca. Daba igual lo mayor que se hiciesen y lo mucho que se hubiesen prometido portarse mejor el uno con el otro, siempre había un placer inconfesable en ese gesto de retorcer el cuchillo en la herida. Eileen brindó en dirección a Finley con el vaso de whisky—. Conociéndola mejor, supongo. ¿No es así?

No es que le estuviese echando en cara que se diese ese tipo de paseos. Desde un punto de vista del todo evolutivo, era muy beneficioso que desfogase su exceso de energía con otras personas, y cuando lo hacía siempre volvía mucho más desesperado por Eileen, suplicándole que le permitiese hacerle daño, besarla y hasta que le diese el honor de desabrocharle los zapatos. Eileen también salía, cuando tenía algún motivo para hacerlo, o cuando esa ansiedad ancestral suya le permitía abandonar Craigmar durante más de unas pocas horas seguidas. Pero, por norma general, se mostraba muy impaciente con todos aquellos que no estaban tan acostumbrados a sus necesidades como lo estaba Finley, una persona muy bien entrenada para atormentarla y burlarse de ella.

Aun así, la puerta de su relación con él siempre quedaba entreabierta para que Finley saliese por la noche y regresase por la mañana temprano, oliendo como si esos perfumes empalagosamente dulzones o la colonia de otros hombres fuesen una concesión a su compromiso. Si llegaban a vivir mejores momentos, si conseguían permanecer juntos tal y como otras personas lo hacían, sin titubear a la luz del día, quizá Eileen fuese capaz de acaparar a Finley por completo para sí.

O quizá no.

—Te estaba buscando —le dijo Adam a Nicola—. En menuda aventura pareces haberte metido.

—Una aventurilla, sí —dijo ella, que miró de reojo a Finley. Él estaba analizando con gesto reflexivo los patrones del suelo, pero Adam conocía esa mirada.

Finley, gracias a Dios, intentó salvar la situación.

—¿Necesita algo más, milord? —preguntó, desesperado probablemente por volver a su casa y cortar madera, leer un libro, masturbarse o hacer lo que hiciese Finley para calmarse.

—Se ha descubierto el pastel, Finney —dijo ella, que usó el nombre por el que lo llamaban cuando eran pequeños para echar un poco de sal a la herida—. Ya no tienes que seguir fingiendo por mí.

—¿Se lo has contado? —exigió saber él. Luego extendió una mano con brusquedad hacia Adam, como si hubiese sido él y no Finley quien se hubiese sobrepasado ahí fuera en las colinas.

—Lo ha descubierto él solito —respondió Eileen. Finley se hubiese sentido muy humillado de saber que Adam lo había visto azotando a Eileen la noche antes y, más importante aún, esa era una información que quería reservarse estratégicamente por si la necesitaba más adelante. Además, si le preocupaba tanto que la gente los viese bien podría haberse contenido un poco y ya está—. Este es muy listo.

—¿Qué es lo que ha descubierto? —preguntó Nicola, que miró a Finley y a Eileen antes de fulminar con la mirada a Adam.

—Escuchad —empezó a decir este, que extendió las manos en gesto de indefensión—, nada de esto es de mi incumbencia…

—Eileen y yo tenemos una relación romántica —explicó Finley, que mostró una decisión admirable—. Desde hace años.

—Ah —dijo Nicola, que lo miró con gesto herido y frunció esos labios que parecían un capullo de rosa. Fue de admirar que no pareciese triste, solo ofendida. Eileen siempre había creído que las mujeres estaban más guapas cuando se encontraban al borde del orgasmo o de una indignación justificada, y al parecer la rabia le

sentaba muy bien a Nicola—. Pues no me habías dicho nada.

—Perdón —dijo Finley, triste como un nubarrón. A Eileen le dieron ganas de meter el dedo en la llaga de esa incomodidad, como si de una lengua que pasase sobre una muela dolorida se tratara, solo para ver si él hacía algo por evitarla. Pero se contuvo. Ya habría tiempo para eso más tarde, cuando estuviesen a solas.

—Nicola, cielo, ¿por qué no te acercas y te sientas a mi lado? —preguntó Eileen, que le dio unas palmaditas al sillón junto a ella. Nicola no hizo amago alguno de sentarse—. Dejemos de lado esos secretos absurdos. Ya estamos entre amigos.

—Eso es mucho decir —murmuró Adam. Eileen sintió que empezaba a retractarse de la confianza provisional que había depositado en ella, como una enredadera que retrocede ante un sol abrasador. Tendría que esforzarse mucho más para conseguirla.

—No hay razón para que no nos llevemos bien —insistió Eileen, que se terminó el whisky. Lo siguiente que se sirvió fue agua, para que Finley no le dijese nada.

—Tampoco hay razón para que Nicola y yo os creamos —aseguró Adam, que se había puesto en pie para sacudirse las migas de los vaqueros. Parecía dispuesto a marcharse, lo que hizo que el pánico atenazase el pecho de Eileen. No podía irse. Ahora no. Si tenía que atarlo a la barandilla de la escalera para conseguir que se quedase, estaba dispuesta a hacerlo—. Os agradecemos vuestras ganas de ayudar, y no quiero sonar maleducado, pero todo esto me está empezando a parecer un poco extraño. Es obvio que hay algo entre vosotros que hemos interrumpido, por lo que creo que lo mejor será que Nicola y yo nos marchemos.

—Pero si te marchas nunca descubrirás lo que sabía tu abuelo —dijo Eileen, que se había levantado sin darse cuenta.

Adam no respondió. Se limitó a acercarse a Nicola y a hablar con

ella en voz baja y rápidamente, como si estuviese pergeñando un plan o preguntándole si todo iba bien. Ella respondió tan bajo que Eileen tampoco fue capaz de oírla, mirando nerviosa a Finley y luego a Eileen.

Eileen se giró hacia Finley con desesperación, como si le estuviese diciendo: «Haz algo».

—Nicola vio algo —espetó Finley. Lo hizo con brusquedad, pero Eileen sabía que no era mentira—. En el bosque.

—¿A qué te refieres? —preguntó Adam, que le dedicó al tipo una mirada somera de desdén—. Nikki, ¿de qué está hablando?

—En realidad, no lo sé —respondió ella, con nerviosismo en el gesto—. Estaba allí y luego desapareció.

Ahora había conseguido acaparar toda la atención de Eileen, que dio un paso hacia ella. Adam se interpuso delante de su «amiga», por instinto, protegiéndola con su cuerpo.

Un caballero de brillante armadura, sin duda.

—¿Podrías intentar describir lo que viste? —preguntó Eileen.

—Estábamos junto al océano —explicó Nicola—. Y vi una persona en los árboles o… algo con forma de persona. No le vi bien la cara, pero estaba allí y nos vigilaba. Sentí que me miraba, con la misma claridad con la que la vi mirándome. Y luego se dio la vuelta y desapareció. Pero desapareció de verdad. Ni parpadeé siquiera y ya no estaba allí.

A Nicola le tembló un poco la voz, ya fuese por miedo, por euforia o por una mezcla embriagadora de ambas. Eileen recordó que tenía que respirar para no agobiar a los estadounidenses con tanta extrañeza al mismo tiempo. Pero aquello le iba a venir de perlas. No podría haber pensado algo mejor que el hecho de que Nicola viese algo así con sus propios ojos.

—Yo también lo vi —aseguró Finley—. Solo fue un momento, pero

estoy seguro.

—Nikki, venga ya —dijo Adam—. No estarás hablando en serio, ¿verdad? ¿Qué te dijo este tipo cuando estabais a solas? ¿Te convenció de que habías visto algo?

—Finley no ha hecho nada —respondió ella con rabia—. He visto algo extraño ahí fuera. Estoy diciendo la verdad.

Eileen vio la incertidumbre que ensombreció el gesto de Adam por unos instantes. Solo fue un momento de debilidad, una muesca casi imperceptible en su armadura, pero se abalanzó para aprovecharse de ella.

—No te estoy pidiendo que me creas a ciegas —comentó—. Puedo mostrarte algo real, algo que te hará comprender que Nicola dice la verdad. Y yo también. Es algo que no está relacionado con este lugar ni con las historias de tu abuelo.

Adam la miró con cautela, paralizado y aún de pie. Se negó a hablar y se limitó a sopesarla con la mirada.

—Acompáñame y te lo contaré todo —mintió Eileen.

—¿Y por qué ibas a hacer algo así? —preguntó Adam.

—Qué más da la razón. Eso es solo asunto mío. Y quizá solo esté intentando ayudarte, Adam Lancaster.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó Adam a Nicola. Aquello ya no tenía nada que ver con Eileen. Adam quería tener la bendición de Nicola para cualquier cosa que hiciese a continuación. Quería hacerlo por ella.

—Que me muera ahora mismo si no —respondió ella—. Nunca había visto nada igual antes. Era como…

—Magia —terminó Finley, con esa seriedad sucinta que hacía que fuese imposible discutir con él. Lo había dicho en el momento perfecto, tanto que a Eileen le dieron ganas de darle un beso.

Adam miró a Eileen durante otro rato largo, y ella se preguntó si lo

había juzgado mal. No era nada receptivo y no estaba listo. Aquello había sido la gota que colmaba el vaso para él y, sin duda, iba a volver a casa en el próximo vuelo y a dejar a Eileen sola y hundida.

Pero, milagrosamente, Adam la sorprendió.

—Si te sigo, ¿a dónde me llevarás?

—A la cueva —soltó ella, que no mintió por una vez en su vida. Tampoco tergiversó la verdad—. Es el principio de todo. Y también el final.

Adam miró a Nicola, que tenía los ojos abiertos de par en par y una sonrisa de oreja a oreja ante la promesa de otra experiencia sobrenatural, o quizá simplemente por la posibilidad de escuchar una buena historia. La noche anterior había mencionado que le gustaba mucho el folclore, y ahora Eileen había confirmado que aquello era mucho más que un pasatiempo. Era una auténtica pasión.

Adam terminó por ceder, quizá más por Nicola que por sí mismo.

—Vayamos donde vayamos —empezó a decir—, me gustaría volver y guardar nuestras maletas en el coche dentro de una hora.

—Sin problema —comentó Eileen, eufórica y triunfante.

—Espérame aquí, ¿vale? —preguntó Adam—. Iré a buscar mi abrigo y mis zapatos.

—Voy contigo —dijo Nicola, que se escabulló por las escaleras detrás de él, sin duda lista para empezar a contarle todas las teorías que se le habían ocurrido sobre lo que había visto en el exterior, o quizá sus teorías sobre Eileen y Finley. Lo cierto es que a Eileen le daba igual. Mientras consiguiese mantener viva la curiosidad de Adam lo suficiente para que se quedase un poco más, le valía.

En ausencia de los estadounidenses, Finley se acercó a Eileen, le agarró la barbilla con la mano y le giró la cabeza hacia arriba. La sostuvo con fuerza, no tanto como para hacerle daño, pero si para

dejarle clara la seriedad de la situación en la que se encontraban.

—¿Estás segura de esto, Isla? —preguntó Finley.

Le había hecho esa pregunta muchísimas veces. La respuesta de ella siempre era la misma.

—Por supuesto.

—Aún hay tiempo para cancelarlo y enviarlos a casa. Tiene que haber otra manera de solucionar esto, una en la que no sea necesario aprovecharse de personas inocentes.

Eileen resopló y agitó la cabeza como una yegua indisciplinada. Finley la sostuvo con más fuerza y la obligó a mirarlo. Ahora sí que le había empezado a doler, esa molestia esclarecedora que la ayudaba a pensar con más claridad. No le iba a dejar marca, ya que Finley conocía la presión exacta que había que ejercer para no amoratar la piel.

—Nadie es inocente, Finley —aseguró ella—. Ni siquiera estos turistas con ojos de corderito degollado. Y no hagas como que no tienes nada que ver con lo ocurrido. Una cosa sí que tengo que reconocerte: traerlos hasta aquí desde el pub fue toda una hazaña.

—No los conocía cuando lo hice. Solo estaba haciendo lo que me pediste.

—Y ahora tampoco los conoces. Son tan ajenos para nosotros como nosotros lo somos para ellos, y te advierto que no deberías confiar en nada de lo que te digan. A la hora de la verdad, los seres humanos solo se preocupan por sus propios intereses.

—Tiene que haber otra manera de gestionar todo esto. Podríamos volver a empezar de cero. Si investigásemos más…

Eileen giró la cara con brusquedad y le mordió la palma de la mano, con la fuerza suficiente como para sorprenderlo. Él soltó un improperio y la agitó, pero no cedió en su agarre.

—No hay otra manera y lo sabes —dijo Eileen, que bajó la voz al

oír el ruido de unos pasos encima de ellos—. Es lo que tenemos que hacer, Finley, por ti y por mí. Y, cuando hayamos terminado, al fin estaremos a salvo, tanto nosotros como Craigmar. Por favor. Quiero que acabe de una vez. Déjame hacer lo que sea necesario.

Finley le masajeó la mandíbula con suavidad para alisarle las marcas que habían dejado sus dedos. A Eileen siempre le arrebataba el aliento la manera contenida en la que expresaba su brutalidad y lo fastuoso de su ternura.

—Confío en ti, Isla. Hasta que me muera, de verdad. Pero esto que estamos haciendo es muy peligroso. No lo olvides.

—No lo haré —dijo ella, que le plantó un beso en el lugar donde acababa de morderlo. Una sonrisa siniestra se perfiló en sus labios—. ¿Vas a decirme lo que ha pasado con esa pequeña pelirroja? ¿Tan dulce sabía? Apuesto lo que sea a que se ha dejado manosear. ¿Se te puso dura?

—No quiero hablar del tema ahora mismo. Están en el piso de arriba…

Eileen cubrió la entrepierna de Finley con la palma de la mano, sobre los vaqueros.

—Mmm… Está empezando a ponerse dura. ¿Es por mí? ¿O quizá por ella?

Finley la miró con gesto impasible.

—Ha sido un beso por el calentón del momento, sin más. Ella me da igual y eso no ha significado nada.

—Entonces, ¿por qué de repente te muestras tan protector? —preguntó Eileen, que apretó un poco más fuerte—. Creo que ya tenemos edad para dejar a un lado las mentiras.

—Vale —consiguió articular Finley. Estaba fingiendo muy bien que las palabras de Eileen no lo afectaban, pero su entrepierna no mentía —. Me gusta. ¿Es pecado acaso?

—Ya te he dicho más de una vez que en Craigmar no existe el pecado. Si la quieres, y ella te acepta, no me voy a interponer. Mientras tú tengas la misma cortesía conmigo, claro.

Aquellos eran los términos y condiciones de su relación. Siempre volvían el uno con el otro, como estrellas binarias que orbitan la una junto a la otra atraídas por una fuerza gravitatoria innegable. Pero también podían disfrutar de otros placeres si así lo deseaban.

—¿Eso es que tú quieres a Adam para ti? —continuó Finley, que movió la mano de forma casi imperceptible sobre la de Eileen para tener más contacto con ella—. ¿Ese es el trato que quieres que firmemos?

—Haré lo que tenga que hacer para evitar que se marche de Craigmar. Pero no te preocupes, no me importa compartir. Hay para los dos: es lo bastante alto.

—Estás loca de remate —dijo Finley, pero por el tono parecía que acababa de decir «Te quiero».

Eileen tiró de la mano hacia atrás cuando las pisadas se acercaron más aún: se quedó ruborizada, y Finley muy erecto. El hombre soltó un gruñido irritado y se ajustó la parte baja de la camisa para ocultar sus partes.

—Todo listo —dijo Adam, que apareció en el umbral de la puerta con un chubasquero y unas botas de senderismo. Nicola lo seguía de cerca, muy abrigada y con mirada reluciente.

—Bueno…, ¿dónde está la cueva esa?

CAPÍTULO NUEVE
ADAM

Adam creía en la posibilidad de que lo estuviesen llevando hasta el bosque para asesinarlo, pero estaba seguro de que, si escapaba ahora, sin respuestas, se arrepentiría durante el resto de su vida. Era algo que Nicola le había dicho cuando habían subido al piso de arriba y mientras él se cambiaba el calzado, y también le había asegurado que, si no la acompañaba, estaba decidida a salir ahí fuera con Finley y Eileen de igual manera. Adam sabía que era estrepitosamente estúpido, pero lo que quiera que hubiese visto Nicola en el bosque la había impactado tanto que no iba a conseguir disuadirla.

Dio por hecho que tenían más posibilidades de sobrevivir si no se separaban, por lo que se rindió a la extraña atracción de Craigmar y se dirigió hacia la espesura con los demás.

«Esto tiene que ser un sueño —pensó Adam mientras aferraba el cesto de pan contra el pecho y subían por una colina—. Seguro que, en cualquier momento, despertaré en mi cama de Michigan con una resaca de las gordas».

Eileen abría la marcha, y Finley iba tras ella, con las manos en los bolsillos de su abrigo de hule mientras subía por la colina a grandes zancadas. Habían dejado atrás el bosque hacía unos diez minutos, siguiendo un sendero serpenteante entre los árboles y guiados únicamente por el conocimiento intuitivo del lugar que tenía Eileen y las correcciones ocasionales que daba Finley brújula en mano.

A medida que avanzaban y se alejaban de la casa, Adam empezó a

sentir el impulso de agarrar a Nicola, tirar de ella con fuerza y empezar a correr como locos en dirección al coche, pero no le gustaba la idea de poner a prueba la lealtad que Finley profesaba a Eileen. El guardés podría llegar a cambiar de opinión y dejarlos escapar, o bien podría tirar a Adam al suelo y arrastrarlo hasta la cueva, cautivo para que Eileen hiciese con él esa cosa siniestra que seguramente haría.

Adam sintió cómo el estómago le daba un vuelco al llegar a la conclusión de que no conocía a sus anfitriones. Es posible que Eileen lo hubiese embelesado con sus historias y con la luz que emanaba de sus ojos oscuros la noche anterior, y también lo era que Adam se sintiese muy agradecido por el hecho de que Finley les hubiese ayudado indicándoles dónde estaba la casa, llevándolos hasta sus habitaciones y cargando con las maletas, pero lo cierto era que no los conocía en realidad. No sabía qué ansiaban, quiénes eran y, mucho menos, de qué eran capaces.

Nicola pareció sentir la inquietud de Adam, porque extendió el brazo y le apretó la mano entre la suya. Le habían encargado que llevase una jarra de leche fresca de oveja, que aferraba contra el pecho como si fuese un bebé.

—¿Queda mucho? —le preguntó a Eileen, que avanzaba por la colina con zancadas cargadas de determinación.

—¡Ya casi estamos! —respondió ella a voz en grito. Sonaba muy cansada, y Adam se preocupó por su salud antes de tener que recordarse que podía estar llevándolo hasta allí para sacrificarlo a unos dioses primigenios o algo así. Tendría que haber priorizado su propio bienestar, así como el de Nicola.

Poco después, Adam sintió que el bosque volvía a devorarlos. Se sintió entre las fauces de los robles, de los fresnos y de la maraña de flores silvestres y espinas que había por debajo.

Eileen no les había explicado para qué necesitaban el pan o la leche, y a Adam le daba la sensación de que no era el tipo de persona que explicase muchas cosas. Pero le había dicho, con tono adusto, mientras salían por la puerta de la cocina:

—Como ese pan se te caiga al suelo, ni yo misma será capaz de ayudarte.

Justo cuando Adam empezaba a entrar en pánico al darse cuenta de que no iba a ser capaz de encontrar el camino de regreso a la casa o al coche de alquiler, subieron la última de las colinas y, al ver la cima, expulsó todo el aire de los pulmones. Había una grieta que partía por la mitad la piedra gris de una pared de roca, tan antigua que los árboles habían crecido a su alrededor y sus raíces se habían acercado a ella en busca de tierra fértil. La grieta medía el triple de alto que Adam, pero era estrecha, oscura y estaba húmeda a causa de la condensación y los líquenes. Había hecho mucha espeleología para principiantes durante sus viajes de placer, pero aquella cueva no se parecía a ninguna de las que hubiese explorado antes. No era un lugar que llamase a la aventura en ningún sentido.

Parecía un desgarro en el tejido de la realidad, un lugar despojado del telón de lo mundano para dejar al descubierto la imposibilidad desoladora que yacía debajo.

—¿Qué es este lugar? —preguntó él, incapaz de apartar la mirada de la cueva. En el exterior, el aire olía a ozono, a agua rica en minerales y a la posibilidad intangible de algo que bien podría haberse llamado magia, aunque Adam no creía en ese tipo de cosas desde hacía mucho tiempo, desde que había muerto su abuelo. Oyó el romper de las olas del océano en la distancia, pero aquel sonido era el único que arrastraba la brisa. No distinguió el repiqueteo de las patas de los animales, ni el piar de las aves, ni siquiera el agitar del viento en los árboles. Todo estaba demasiado inerte, como si todo

Craigmar contuviese el aliento a la espera de ver qué iban a hacer.

—Es la razón por la que mi familia construyó aquí la casa —respondió Eileen, que se llevó una mano al pecho mientras se esforzaba por recuperar el aliento. Finley le frotó los omóplatos para relajarla, con preocupación en el gesto—. Estaba aquí antes de que tuviésemos la hacienda. Antes de que se levantase el pueblo siquiera. Antes de que mi familia se asentase en estas colinas.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Nicola, en apenas un susurro, a pesar de que no había nadie alrededor para oírlos. Seguro que ella también se había percatado de lo extraño que parecía aquel lugar, de lo… cargado de energía que estaba.

Adam nunca había sido una persona supersticiosa, pero había algo allí que lo hizo comprender la razón por la que la gente derramaba sal por encima del hombro y se persignaba para protegerse del mal.

—Ahora es cuando hacemos las ofrendas —comentó Eileen—. ¿Te importaría derramar un poco de leche en la entrada de la cueva, pajarilla? Aún no estamos lo bastante cerca.

—Es una libación, ¿verdad? —preguntó Nicola. Aquella observación tan avispada pilló desprevenida a Eileen, y ambas compartieron una mirada chisporroteante de entendimiento. Adam se alegró mucho de que Nicola hubiese leído tanto a Joseph Campbell y a Richard Hutton, aunque él no entendiese nada—. Para los espíritus de la tierra, ¿no? ¿O para el espíritu de la cueva?

—Algo así —comentó Eileen.

Nicola se acercó para derramar un poco de leche en la entrada de la cueva, pero se quedó quieta en el último momento y luego empezó a quitarse el jersey. Antes de que Adam pudiese preguntarle qué era lo que estaba haciendo, se había quedado en camiseta de tirantes para luego darle la vuelta a la prenda y volvérsela a poner.

—Vaya, sí que eres lista, ¿eh? —comentó Eileen, que miró a Nicola

con una expresión a caballo entre las ansias y el orgullo, como si estuviese tan sorprendida que le hubiesen dado ganas de comérsela.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Adam.

—Para protegerme —dijo Nicola, como si fuese algo obvio. Adam intentó encontrarle una razón a lo que acababa de hacer, momento en el que recordó algo relacionado con llevar ropa al revés para protegerse. ¿No se suponía que aquello era para mantener alejado el mal? No, no era por el mal, sino por algo más específico.

Nicola levantó la jarra con cuidado a mucha altura y luego vertió un chorro de leche blanca en la tierra. A pesar de las salpicaduras, el suelo se tragó el líquido como si estuviese sediento después de una sequía.

Nicola tenía un gesto respetuoso en la mirada, centrado por completo en lo que estaba haciendo. Parecía una criatura mitológica, como si se tratara de una sacerdotisa con túnica griega o una druida cubierta de hojas en lugar ir ataviada con el jersey de T. J. Maxx.

—Muy bien —comentó Eileen, que se inclinó pesadamente sobre una roca cercana—. Ahora el pan, Adam.

—¿Me podrías repetir para qué estamos haciendo esto? —preguntó él. Notó cómo las manos empezaron a movérsele por cuenta propia y desenvolvieron la hogaza aromática del paño de cocina donde se encontraba.

—Es un ritual —comentó Eileen con un suspiro, como si pensase que Adam estaba haciéndose el tonto—. Los Kirkfoyle lo han llevado a cabo desde hace siglos. Se trata de una ofrenda a los espíritus que dominan estas tierras.

Adam ni siquiera creía en Dios ni en la astrología, y mucho menos en espíritus de la tierra. Pero algo en su interior se había agitado al oír la palabra «ofrenda».

Algo que yacía muy enterrado en su interior se había emocionado

al pensar que había poderes invisibles ahí fuera capaces de llegar a aceptar cosas como ofrendas o rituales o sacrificios, el tipo de cosas que siempre había leído en los cuentos.

Ese era uno de sus secretos: no es que Adam se negase a creer en algo que estaba por encima de él, sino que aún no había encontrado lo que le impresionase lo suficiente como para ser merecedor de su sometimiento.

Pero las dudas seguían ahí.

—¿Y qué pasará luego? —insistió.

—Ya lo verás —respondió Eileen.

Adam miró a Nicola, con esos rizos encrespados como si de la aureola de una santa se trataran, brillando a la luz del sol que se proyectaba entre los árboles. Le sorprendió el gesto maravillado que vio en su rostro. Se estaba tomando la situación con mucha filosofía, obnubilada por el hecho de formar parte de una costumbre folclórica, pero luego se dio cuenta de que le temblaban las manos. Nicola también estaba asustada.

Adam tenía que ser valiente. Por ella, al menos.

Se agachó junto al musgo y dejó el pan cerca de la entrada de la cueva. Al inclinarse, no solo olió el intenso olor a podredumbre de la hojas marchitas y de la tierra, sino también cierto dulzor. No el de la nata de la leche ni el de la harina, sino uno como a bayas que hubiesen empezado a fermentar para convertirse en algo meloso con alcohol. Se le hizo la boca agua al tiempo que sintió cómo algo le atenazaba el estómago, por instinto, como un ave que evitase un escarabajo de colores vivos que indicaban la presencia de un veneno.

La cabeza le dio vueltas durante unos instantes y, cuando se puso en pie, Adam se percató de que se había mareado.

—¿Y ahora qué? —preguntó—. ¿Lo dejamos ahí?

—Ahora tenemos que decirles que estábamos aquí los primeros —

respondió Finley. No dejaba de frotarse las manos, como si intentara limpiarse una mancha invisible.

Eileen sacó del bolsillo de su abrigo dos hilos entretejidos de los que colgaban unas campanillas doradas. Parecía un objeto simplón, barato incluso, algo que Adam podría haber encontrado en una tienda de cannabis junto a caramelos de THC e incienso nag champa, pero Eileen lo sostenía con reverencia.

Colocó las campanillas alrededor de la rama de un árbol cercano y estás tintinearon alegres, un tono que no casaba para nada con el ambiente serio del momento.

—Y ahora esperamos —dijo ella.

—Eileen… —empezó a decir Adam.

—Silencio —lo interrumpió ella con suavidad.

Él cerró la boca.

Esperaron. Durante cinco minutos o quince, en una quietud total y absoluta, hasta que a Adam empezaron a dolerle los pies y el frío empezó a calarle los huesos, hasta que se le agotó por completo la paciencia.

—Vale. Se acabó —dijo—. Voy a entrar.

—No puedes —espetó Eileen, con una vehemencia que lo sorprendió, como si fuese una madre que evitase que su bebé se dirigiese directo a una carretera atestada de vehículos.

—Yo no lo haría si fuese tú —comentó Finley, con un tono que de alguna manera sonó más ominoso.

—¿Por qué no? —preguntó Adam. Solo llevaba un día por allí, pero ya estaba cansado de la situación. Estaba claro que tanto Eileen como Finley le estaban mintiendo o se estaban aprovechando de él, o ambas cosas. El cielo se oscureció cuando el sol desapareció detrás de unas nubes que se movían demasiado rápido, lo que se le antojó como una advertencia—. Estáis empezando a enfadarme porque no

me explicáis nada. ¿Por qué no puedo…?

Una brisa intensa y cortante brotó de la cueva y arrastró una niebla fría que olía a esa podredumbre dulce.

«Tartaletas de cereza», recordó Adam. De las de harina de almendras que compraba en la cafetería del campus cuando llegaba temprano, esas que recordaba siempre que olía esa fragancia casi comestible que llevaban todas las chicas durante el primer año de universidad. Era un aroma que le resultaba tentador, o, más bien, podría decirse que olía a tentación. Pero también un poco a muerte, como el hedor empalagado del formaldehído propio de una morgue.

Las campanillas del árbol tintinearon, suave al principio, para luego hacer más y más ruido, como si una mano invisible las estuviese agitando con fuerza. El repiqueteo ya no tenía nada de alegre, y ahora parecía más bien un aullido de socorro. Una ventisca de aire marino se incorporó a la brisa que brotaba de la cueva, agitándose a su alrededor como si una tormenta hubiese empezado a formarse sobre sus cabezas. ¿Había nubes en el cielo unos momentos antes?

—Ya saben que estamos aquí —comentó Eileen, con gesto aterrador en la mirada. O se le daba muy bien actuar o estaba tan asustada como el resto. El pelo oscuro se le había soltado del moño y se le agitaba por la cara, y tuvo que gritar para que la oyesen por encima del viento—. ¿Me crees ahora, Adam? ¿Lo sientes?

Lo único que sentía Adam era electricidad, centelleante y caliente, recorriéndolo como si estuviese de pie en medio de una tormenta eléctrica. Y también sentía una llamada en las entrañas, una que era incapaz de explicar, una necesidad de arrebatarle a esa cueva todos sus secretos. Tenía tantas ganas de entrar que hasta le dolía, quería fusionarse con ese vacío y descubrir los misterios que ocultaba. Adam quería saber, más que cualquier otra cosa que hubiese querido

a lo largo de su vida.

Recorrió la distancia que lo separaba de la cueva antes de que alguien fuese capaz de detenerlo, para luego parar a escasos centímetros de la oscuridad.

—¡No! —gritó Eileen, que se abalanzó hacia delante. Lo habría tirado al suelo de no haber sido por la intervención de Finley, quien, con una fuerza sorprendente, la agarró por el bíceps y tiró por ella hacia atrás. Nicola se quedó paralizada y dejó caer a sus pies la jarra de leche antes de llevarse las manos a las orejas, y Adam supo que, si no aprovechaba aquel momento, jamás tendría otra oportunidad.

Lo cierto es que le daba igual qué demostrase o dejase de demostrar el hecho de entrar en esa cueva. Solo quería ver con sus propios ojos lo que había en el interior.

Metió la mano en ella y notó que la oscuridad era extrañamente fría, despiadada de alguna manera. Era como si hubiese metido los dedos en un lago helado en lugar de en el espacio vacío que tenía delante.

Abrió la boca para informar a los demás de que no pasaba nada y de que no se preocupasen, para asegurarles que solo iba a echar un vistazo y saldría al momento.

Justo entonces, una lengua larga y lisa le lamió la palma de la mano, poco antes de que una boca caliente y húmeda se le cerrase alrededor de la muñeca y le empezara a travesar la piel.

Adam quedó tan impactado que no gritó siquiera. Fue Nicola la que lo hizo, y Finley quien tiró de él hacia atrás mientras lo aferraba por la cintura. Adam soltó un grito ahogado y miró estupefacto la sangre que empezaba a manar de las heridas que se le habían abierto en la mano. Fue precisamente dicha sangre la que lo hizo recuperar la compostura, así como la adrenalina que empezó a fluirle por las venas mientras intentaba zafarse del abrazo de oso de Finley.

—¡Dejadlo! —gritó Finley, como si le estuviese ordenando a un perro que soltase un hueso. El cielo se oscureció rápidamente mientras las campanillas repiqueteaban tanto que parecía que iban a romperse—. ¡Dejadlo ya!

Eileen se arrancó la insignia de los Kirkfoyle del pecho, rasgando el jersey en el proceso, y la sostuvo frente a sí como si de un crucifijo se tratara. Se colocó en el espacio que había entre Adam y la cueva, enseñando los dientes. Luego espetó con rabia:

—¡Él no! Este no. ¿Me habéis oído? ¡Este es mío! ¡No os pertenece!

Finley extendió una mano hacia Nicola, quien se acercó a él a la carrera y dejó la jarra de leche tirada en el suelo. Después Finley empezó a arrastrarlos a los dos en dirección a la casa, lejos de aquella extraña brisa y de las campanillas recalcitrantes y del olor empalagoso que obnubilaba todos los sentidos de Adam.

—No —dijo al tiempo que apretaba los dientes debido al dolor que sentía en la mano herida. Seguro que su mente había empezado a resquebrajarse ante la idea de que hubiese algo allí que, simplemente, no era posible. Ya no sabía qué era real y no era capaz de distinguir lo que era arriba y lo que era abajo. Solo tenía claro que no podía marcharse ahora que algo tan absolutamente imposible había penetrado en la realidad con un mordisco que, francamente, también se le había antojado como un beso—. Quiero verlo. ¡Quiero saber qué hay ahí dentro! No me hagáis irme.

Pero no había nada que discutir al respecto. Eileen tiró de él, Nicola lo arrastró y luego Finley le dio un empujón firme en la espalda, y lo siguiente que recordó Adam es tambalearse colina abajo. Eileen se aferró de la mano de Finley como si le fuese la vida en ello, y Nicola agarró la muñeca ilesa de Adam mientras se afanaban por no caerse entre rocas y brezo, como dos criaturas mortales asustadas que escapan de un encuentro con lo sobrenatural.

Los pulmones de Adam se quejaron por la falta de oxígeno cuando pasaron de trotar a correr una vez alcanzaron los prados. Las nubes se agitaban con malicia sobre ellos, como si los estuviesen persiguiendo.

Por mucho que se alejasen de la cueva, Adam aún sentía ese dolor en los huesos que le suplicaba que se quedase. Y el olor a tierra removida y a hierba macerada le volvió a recordar las tartaletas de cereza y la nostalgia.

El cielo se resquebrajó sobre sus cabezas y empezó a llover con fuerza.

CAPÍTULO DIEZ
NICOLA

Nicola estaba empapada cuando llegaron a la casa. Le castañeteaban los dientes cuando cruzó la puerta y se quitó el jersey al momento. Cayó en el suelo de madera con un chapoteo, justo antes de que Adam también entrase.

Finley y Eileen iban rezagados, avanzando a duras penas por el sendero mientras la mujer hacía todo lo posible por respirar. El lord estaba inclinada sobre su guardés y, al final, Finley tuvo que cargar con ella como si fuesen unos recién casados durante los últimos quince metros. Eileen protestó en voz alta e hizo todo lo posible por zafarse de él.

—Qué me bajes. No hace falta que me lleves por ahí como si fuese un bebé.

Nicola cerró la puerta detrás de ellos y se tranquilizó un poco al comprobar que la madera sólida la separaba de lo que quiera que hubiese ahí fuera. Lo que le daba miedo no era no tener ni idea de lo que había pasado, sino el hecho de que lo sabía muy bien y eso la asustaba aún más.

Los cuentos de hadas eran divertidos cuando estaban impresos en las páginas de un libro, como poco más que un recuerdo cultural y tinta seca. Se suponía que no tenían cabida en el mundo real.

—Me estás dejando en evidencia —espetó Eileen, que empezó a pegar a Finley. Tenía un aspecto peligrosamente pálido a luz cálida de las lámparas de araña de Craigmar, con mechones de pelo pegados al cuello como si fuesen los tentáculos de un pulpo. No

había ni rastro de rubor en sus labios.

—Te estás dejando en evidencia tú sola —gruñó Finley—. Ahora, deja de moverte o te colgaré al hombro como si fueses un saco de patatas.

—Que te den —gritó Eileen.

—Te has excedido. Necesitas descansar.

—Puedo hacer lo que me plazca porque estoy en mi casa, en mis tierras. ¿Quién es el lord, tú o yo?

—El lord no sé, pero el único que tiene sentido común ahora mismo sí que soy.

Adam y Nicola, que estaban en pie y dejando que el barro gotease sobre las alfombras caras que tenían debajo, intercambiaron una mirada incómoda. El corazón de Nicola no había dejado de latir a toda velocidad. Iba a pasarse varios días oyendo en sueños esas campanillas.

Eileen y Finley discutieron unos instantes más antes de que él resoplase y la dejase en el suelo.

Adam se sacudió el agua del pelo como un perro, y Finley tenía el aspecto de un gato zarrapastroso que hubiese caído en una cuba de agua. Eileen empezó a arreglarse el moño meticulosamente mientras se enjugaba las gotas que le quedaban en la cara. A Nicola le recordó a una leona que acabase de terminar un enfrentamiento y se estuviese limpiando la sangre de las garras.

—Bueno —dijo la mujer mientras se dirigía a la cocina por el pasillo—. Espero que estés contento por lo que has conseguido, Adam. Ahora ya te han saboreado.

—¿Qué se supone que significa eso? —exigió saber Adam, que siguió a Eileen. Nicola hizo lo propio, mientras Finley caminaba a trompicones detrás de ella, malhumorado.

Una vez en la cocina, Eileen abrió el grifo y llenó el hervidor de

cuello de cisne. Cuando el agua empezó a burbujear, abrió un armario y sacó un botiquín de primeros auxilios, que colocó sobre la mesita de madera de la cocina. Era antigua y estaba machacada, lo que indicaba que probablemente se hubiese usado más para preparar comida que otra cosa.

—Sentaos —ordenó Eileen—. Todos. Adam, deja que le eche un vistazo a esa mano.

—Yo me encargo —comentó Nicola, que se sentó junto a Adam. No lo hizo porque creyese que Eileen fuese a hacerle daño, sino porque creía que él se sentiría más cómodo con ella.

—Pues muy bien —dijo Eileen—. Tampoco es que él quiera mi ayuda.

Nicola se limpió las manos con jabón de leche de cabra en el enorme fregadero de la casa y luego agarró con cuidado la mano herida de Adam. Tenía un semicírculo de perforaciones en el dorso, y unos pocas a la misma altura en la palma. Todas eran reales e innegables. Estaban rojas e inflamadas y aún supuraban agua y sangre.

No parecían marcas propias de un animal, ni tampoco de dientes humanos.

Era más bien como si a Adam lo hubiese mordido una boca humana llena de dientes de animal muy afilados, pero Nicola intentó no darle demasiadas vueltas.

—Lo que mantuvo al margen a esa cosa fue el hierro, ¿verdad? —preguntó Nicola mientras sacaba una toallita con alcohol y unas vendas. Miró a Eileen con cautela, intentando tener todo el cuidado posible. Puede que antes hubiese sido demasiado ingenua y se hubiese dejado llevar por la belleza y el romance de unas vacaciones en Escocia, motivos por los que no se había fijado en las señales de advertencia. Eileen sabía mucho más de lo que les había contado, y

había algo siniestro bajo la superficie de aquel lugar, como si algo podrido se ocultase debajo de los tablones de madera del suelo. Era muy probable que el resto de personas lo viese como una locura, pero Nicola creía conocer la enfermedad que afectaba los mismísimos huesos de Craigmar—. El del broche que llevas. Y dejó en paz a Finley por sus pendientes.

—Qué lista —comentó Eileen, que dedicó a Nicola una de esas miradas intensas y fulminantes que la hacían sentir como si le estuviese atravesando la piel con una aguja—. Has sabido desde el principio a qué nos enfrentábamos.

—No lo sabía, sino que pensé que era en lo que creíais vosotros dos —comentó Nicola, que empapó la palma de Adam en alcohol sin importarle los resoplidos de dolor—. Pero eso no es lo mismo que creerlo yo. Y ahora sigo sin estar segura.

—¿De qué habláis? —preguntó Adam.

—De hadas —respondió Eileen, como si fuese la respuesta más obvia del mundo. El corazón de Nicola se aceleró al oírla, una palabra a la que no había dejado de darle vueltas en su cerebro inquieto.

—Hablo en serio, Eileen —gruñó Adam.

—Y te aseguro que lo he dicho muy en serio —comentó ella—. ¿No querías conocer los secretos de Craigmar? Pues empecemos por este: este lugar está plagado de criaturas feéricas.

—Te he tolerado muchas cosas —dijo Adam, que se había enfadado de verdad. Intentó cerrar la mano mientras Nicola se la sostenía, pero ella hizo fuerza para que la mantuviese abierta. La herida volvió a rezumar—. Pero esto es demasiado. No me trates como a un tonto, por favor.

—Me encantará oír cualquier otra explicación que tengas para lo que acaba de ocurrir.

Adam se quedó en silencio ante el comentario y luego bajó la vista para mirarse la mano ensangrentada. Finley, que parecía como una presa a punto de romperse desde que habían puesto un pie en la casa, se resquebrajó al fin.

—Cuéntaselo, Eileen. Todo. O lo haré yo.

Al parecer, Finley también tenía sus límites, a pesar de lo fiel que había sido siempre. Eileen lo miró seria, con una firmeza capaz de hacer que el sol se avergonzase hasta de salir todas las mañanas. Él le devolvió el gesto, impertérrito.

Había algo muy sexi en aquel hombre cuando miraba a Eileen de esa manera, como si ella no tuviese poder alguno sobre él. A Nicola le resultó cautivador, a pesar del miedo y la confusión que imperaban en la estancia y del hecho de que ella misma estuviese empapada y calada hasta los huesos.

—¿Te refieres a personitas desnudas con alas de mariposa? —interrumpió Adam—. ¿Me estás pidiendo que yo, un hombre adulto, me crea que eso ha sido lo que me ha mordido con fuerza suficiente como para hacerme sangre?

—Eso no es una criatura feérica —comentó Nicola, que dejó a un lado la toallita ensangrentada para luego abrir con cuidado una tirita —. Esa imagen que tienes en la cabeza es una invención victoriana.

Todos los que se encontraban en la estancia se quedaron mirando a Nicola. Adam lo hacía como si estuviese hablando un idioma desconocido para él, Eileen como si la Navidad hubiese llegado antes de tiempo y Finley con miedo y sorpresa. Nicola se ruborizó y volvió a centrarse en curar a Adam.

—Continúa, gorrioncilla —dijo Eileen—. Parece ser que conoces la historia. Cuéntasela.

—En los cuentos más antiguos, las criaturas feéricas son vetustas, poderosas y del tamaño de los humanos —explicó Nicola con

cautela. No estaba segura de si el archivador mental de conocimiento folclórico que tenía en la cabeza podía llegar a ayudarle en aquel momento, pero supuso que no encontraría mejor oportunidad para comprobarlo—. Tienen su propia sociedad y cultura, y también sus normas. Los humanos son un entretenimiento para ellos, o una molestia. Disfrutan de jugar con nosotros. Pero los humanos pueden mantenerse al margen de las criaturas feéricas gracias a algunos rituales, como ponerse la ropa al revés o llevar joyas de hierro.

—Muy bien —comentó Eileen. Respiró hondo, como si se preparase para algo—. Pues Nicola solo conoce parte de esta historia, por lo que supongo que yo tendré que contaros el resto, ¿no es así?

Eileen agarró el hervidor humeante y sirvió cuatro tazas de manzanilla para que todos se relajasen. Después se sentó en el cuarto asiento de la mesita redonda de la cocina, con lo que creó un círculo perfecto, y empezó a hablar.

—Antes de que estas tierras perteneciesen a los Kirkfoyle, antes de que perteneciesen siquiera a cualquier humano, pertenecían a los faes. La expansión y la industrialización de los humanos hicieron que se viesen abocados a vivir bajo tierra, en estancias secretas subterráneas, pero no murieron. Siguen ahí, a la espera de que surja la oportunidad de reclamar las tierras. Salen de vez en cuando, por razones que solo ellos conocen. Nicola vio a una de esas criaturas cuando fue de excursión con Finley. Adam, tú acabas de conocer a otra en la cueva. Perdón por tanto dramatismo. Admito que me gusta y, además, es la única manera que se me ocurrió de que entendieses lo que estaba pasando. Soy de esas personas que creen que para conocer la magia a fondo hay que hacerlo a través de la experiencia. Nadie puede hacerte creer en ella con palabras. Tienes que sentir cómo te cala los huesos.

Adam abrió la boca para replicar, pero algo en esa última frase hizo que se quedase en silencio. Por unos instantes, al menos; luego parpadeó y negó con la cabeza.

—Eso no son más que cuentos infantiles —dijo—. Tienen que serlo.

—Entonces, ¿qué dirías que te ha mordido? —preguntó Eileen con ojos relucientes—. ¿Qué crees que ahogó a mis padres hace ya tantos años?

—Isla —advirtió Finley con tono amable. Eileen volvió a respirar hondo y luego se quedó en silencio. Agarraba la traza con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

—Los Kirkfoyle han vivido en esta tierra desde el siglo xv —explicó, sin dejar de mirar la mesa. Daba la impresión de que cada una de las palabras fuese un puñal que se estuviese clavando, como si no estuviese acostumbrada a hablar del tema en voz alta—. Sobrevivimos a rebeliones, invasiones y cambios de gobierno, y conservamos la mayor parte de nuestras propiedades en el proceso, gracias sobre todo a matrimonios bien pensados. Pero había otro enemigo en las colinas, uno que no eran los ingleses.

—Los faes —comentó Nicola, desesperada porque Eileen continuase con el relato. La rodilla de la mujer rozó la suya por debajo de la mesa cuando se inclinó un poco hacia delante, como si quisiese robarle a la joven parte del arrojo que parecía mostrar.

—Hace mucho tiempo, antes de que los Kirkfoyle fuesen una familia en términos legales, vivían en paz con los faes. Comerciaban con ellos y realizaban los rituales necesarios para mostrarles respeto. Y también había matrimonios entre especies de vez en cuando. Pero con el tiempo las cosas se fueron… complicando. Ambos grupos querían más poder, más tierras, y estalló la guerra. Lo único que detuvo la matanza fue el pacto. Los faes se mudaron bajo tierra y mi familia les cedió todo lo que había debajo de las colinas. A cambio,

los faes dejaron que los Kirkfoyle viviesen en la superficie sin ser molestados.

—¿Y qué ocurrió luego? —preguntó Adam. Había intentado sonar cínico, pero Nicola sabía que estaba intrigado de verdad. Lo tenía claro al ver cómo le latían las venas en la muñeca. No se la había soltado tras colocarle con cuidado las vendas. Y él tampoco había intentado zafarse.

—Los faes solo respetarán el pacto mientras haya un Kirkfoyle vivo gobernando en Craigmar. Si mi linaje muere o se muda de este lugar, el pacto se anulará y los faes reclamarán la tierra.

—¿Se harán con el control de la casa y de todo el terreno? —preguntó Nicola, que parecía estar haciendo cálculos mentales. Si Eileen no se estaba burlando de ellos, si lo que decía era cierto, esas criaturas podían llegar a conseguir muchísimo terreno.

—Cuando se firmó el pacto, los Kirkfoyle eran propietarios de una gran cantidad de los terrenos circundantes —explicó Eileen, que no dejaba de morderse la cara interna de la boca—. En caso de que se anule el pacto, los faes tendrán derecho a ocupar al menos cuatro de las aldeas y pueblos de los alrededores, así como Craigmar, claro. Y los faes cumplen con su parte del trato, pero solo de cara a la galería. Durante generaciones, mi familia se ha visto afligida por enfermedades inexplicables, por la locura y por la muerte. Los Kirkfoyle se han perdido en sus propios patios traseros, para luego aparecer a la deriva muertos en alguna playa. Otros se han intentado marchar, pero siempre terminaban volviendo aquí, aunque solo fuese para morir.

—¿Estás diciendo que matan gente? —preguntó Nicola, a quien se le había helado la sangre. Eileen había empezado a sudar a través de lo poco que le quedaba del maquillaje, como si estuviese desenterrando secretos familiares que era mejor dejar bajo tierra.

—Nuestros vecinos subterráneos son caprichosos y territoriales. Apostaría lo que fuese a que son peores que en tus historias, Nicola. He sabido toda mi vida que llegaría el día en que me despertase huérfana, pero supongo que creía que ese momento tardaría mucho más en llegar.

—¿Me estás diciendo que esas criaturas feéricas mataron a tus padres? —preguntó Adam, que sonó brusco e infantil…, maleducado. Nicola le dio un pisotón por debajo de la mesa y él siseó—. ¡Au, Nikki!

—Mis padres eran excelentes marineros, y el cielo estaba despejado el día que salieron a navegar. Pero el barco volcó de igual manera. —Eileen había puesto la mirada perdida. Parecía estar agotada, como si llevase atrapada en esa historia desde hacía cientos de años—. El agua es un portal, Adam, igual que la cueva. Es algo que hoy has aprendido por las malas, sin duda. Sea como fuere, soy la última de mi linaje. La última de los Kirkfoyle, alguien que no se ha tirado por un acantilado ni ha muerto al dar a luz ni ha fallecido en el piso de arriba por muerte natural. Así que perdonadme si no os di mucha información u os engañé deliberadamente. Pero nadie sabe nada de este lugar, absolutamente nadie. Los Kirkfoyle somos muy celosos con él y protegemos nuestros secretos a toda costa. Pero luego vas tú y apareces de buenas a primeras diciendo que tu abuelo había estado aquí y que conocía a mi abuela, que te contó durante años que Craigmar era un lugar mágico… ¿Ves por qué no podía dejarte marchar? No podía hacerlo hasta que comprendieses.

—¿Y qué se supone que tengo que comprender? —preguntó Adam.

—Que tienes que estar aquí, que tienes que ayudarme a desentrañar lo que tenemos que hacer para salvar este lugar.

Eileen bajó la barbilla como si estuviese a punto de llorar, pero

luego suspiró y su rostro se suavizó al instante. Finley jugueteaba con el pendiente de hierro de su oreja sin parar. Al parecer era un tic nervioso. Y Nicola agarró la mano de Adam, a la espera de ver cómo reaccionaba este.

—Lo siento —dijo él un buen rato después—. Es que no me puedo creer algo así.

Eileen resopló antes de ponerse en pie, demasiado rápido como para que Nicola la detuviese, y luego salió a toda prisa de la estancia. En el silencio incómodo posterior, Nicola creyó que jamás volverían a ver a la anfitriona hasta que se marchasen.

Pero luego, Eileen regresó con una cajita de peltre en las manos. Estaba abollada, como el joyero de una niña que ha sufrido muchos reveses a lo largo de los años.

—Si no me crees, al menos confía en mí con lo que te voy a decir —dijo.

Abrió el joyero y sacó un anillo grueso de hombre, cubierto con muescas que parecían hechas con el martillo de un herrero.

—¿Un anillo? —preguntó Adam mientras ella se lo entregaba y lo apretaba contra la palma de su mano.

—Es de hierro. La mejor protección que conozco. Mi familia lo lleva para protegerse de nuestros vecinos. Este anillo era de mi padre. Te mantendrá a salvo. Llévalo puesto, aunque solo sea para llegar hasta el coche antes de marcharte.

—Es una reliquia familiar —dijo Adam—. No puedes dármela sin más.

—No me queda familia —dijo Eileen, que se encogió de hombros —. Y prefiero que tengas una vida larga en la superficie a que te secuestren y te lleven a la tierra de los faes. Para ti también tengo algo, pajarita.

Eileen volvió a meter la mano en el joyero y sacó un collar con la

cadena larga con un colgante de hierro. Cuando se lo entregó, Nicola se dio cuenta de que era un cardo borriquero deslustrado.

—Me pertenecía cuando era niña —explicó Eileen—. Llévalo con orgullo y te protegerá. Os ayudaré a hacer las maletas si queréis marcharos. Y también le diré a Finley que os guíe hasta Wyke. Me pedisteis que os hablase de Craigmar y os he contado la verdad.

Nicola buscó algún indicio de mentira en el gesto de Eileen, pero no encontró ninguno. Parecía agotada y desesperada, mirando a Adam con los labios entreabiertos de alguien que llevase mucho tiempo sin beber agua y se acabara de encontrar con un oasis.

—Bueno. ¿Y qué quieres que hagamos? —preguntó Adam, que soltó una risilla de incredulidad—. No podemos quedarnos aquí contigo.

—¿Por qué no? —preguntó ella, con un tono esperanzado y vulnerable que estuvo a punto de romperle el corazón a Nicola.

—Pues porque tenemos reservas de hotel y un avión que nos llevará a casa dentro de una semana.

—Pues olvidad esas reservas y quedaos aquí toda la semana —aseguró Eileen—. Si decidís quedaros más tiempo, os compraré yo misma los billetes de avión cuando queráis.

Nicola se puso pálida. Sabía muy bien lo que habían costado los billetes porque había tenido que ahorrar durante seis meses para comprarse el vuelo de ida y vuelta.

—No podemos permitir que te gastes ese dinero —dijo Nicola.

—Nicola, soy rica. No supone nada para mí. Y mucho menos si lo comparamos con la ayuda que podríais prestarme. Está claro que tienes muchos conocimientos del tema al haber estudiado el folclore. Lo que demostraste en la cueva es justo lo que necesitamos. Y, Adam, creo que hay algo sobre tu abuelo en todo esto de lo que aún no nos hemos dado cuenta. Algo que podría librar a mi familia de

esta carga que lleva soportando desde hace siglos. Francamente, eres el primer cambio que ha habido con este tema desde hace años. Y esta casa grande y vieja se me antoja demasiado vacía en esta época del año, cuando todo vuelve a la vida en el exterior. Aunque lo de tu abuelo termine por no servirnos para descubrir nada, me gustaría estar acompañada durante un tiempo.

Adam y Nicola se miraron en silencio durante un rato, sopesando las opciones sin hablar. La elección era obvia: volver a la seguridad de sus vidas y a los desafíos del mundo normal o darse la mano y adentrarse en algo oscuro, extraño y, al mismo tiempo, emocionante.

Nicola no tenía nada que la estuviese esperando en Michigan, a excepción de los turnos de tarde en la floristería, el manuscrito de su libro infantil a medio terminar en el ordenador, que no iba a escribirse solo, y citas en Bumble que no iban a ninguna parte. Nada le garantizaba que lo que fuese a encontrar al quedarse en Craigmar fuese bueno, pero sí que cabía una pequeña posibilidad de ver magia de verdad, de conectar más con Adam, de regocijarse en la extrañeza maravillosa de Eileen, de descubrir lo que había debajo de los ojos amables y brillantes de Finley.

Nicola había pasado mucho tiempo sin lo que podía llamar un hogar, sin un lugar seguro donde descansar que no hubiese excavado ella con sus propias manos. Y aunque Craigmar no era ese lugar, sí que era uno donde se sentía bienvenida, querida incluso, y eso le resultaba más embriagador que cualquier cuento sobre faes.

Nicola ya conocía la respuesta, pero lo más importante era que conocía a Adam y sabía que, en el fondo, él quería ser un héroe.

—Di que sí —comentó en voz baja.

Adam suspiró y se rindió a la evidencia.

—Supongo que no necesito estar en Estados Unidos para seguir trabajando como autónomo. He traído el portátil, por si acaso, pero

sé que tú tienes un trabajo, Nicola, y no quiero…

—A la tienda le irá bien sin mí —comentó ella—. Y este es el lugar perfecto para trabajar en mi libro. Quizá hasta lo termine mientras tú ayudas a Eileen a repasar todos esos registros familiares.

—Os quedáis entonces, ¿verdad? —comentó Eileen, que soltó un suspiro de alivio.

Finley, que había estado observando la conversación en silencio y prestando mucha atención hasta ese momento, dijo:

—Si os quedáis, estoy seguro de que Eileen os hará un recorrido completo por la casa y por el terreno. Pero tenéis que prometer que vais a seguir sus normas al respecto del hierro, respetar nuestras tradiciones y, sobre todo, mantener contentos a nuestros buenos vecinos.

Nicola sintió una punzada de emoción inesperada al oír esas palabras. No se consideraba el tipo de persona a la que le gustase respetar las normas, así en general, pero había algo en seguir a rajatabla todo lo que dijese Eileen, la guapa y brutal Eileen con esos ojos oscuros e imposibles, que lo volvía más atractivo. Era muy probable que Nicola hiciese todo lo que le pidiera Eileen si la miraba tal y como lo hacía en ese momento, como si fuese una flor cuyos pétalos quisiese arrancar uno a uno.

—Lo prometo —comentó con entusiasmo.

—Lo prometo —dijo Adam, como si estuviese firmando un pacto.

—Gracias a Dios —dijo Eileen, que dio una palmada sobre la mesa. El rubor había empezado a regresar a su rostro poco a poco—. Finley, ¿podrías traer del coche el resto de sus cosas? Se quedarán un tiempo con nosotros.

—Yo te ayudo —dijo Adam.

Finley asintió con brusquedad y sin apartar la mirada de la mesa. ¿Por qué no miraba a Adam a los ojos?

—Cuando quieras —le dijo a Adam.

Adam y Finley se pusieron los abrigos y empezaron a hablar entre murmullos sobre el tiempo, sobre coches o sobre lo que quiera que hablasen los hombres, y luego dejaron a Nicola y a Eileen solas en la cocina.

Eileen se inclinó sobre la mesa con una sonrisa conspiratoria en el gesto.

—Me va a encantar que vuelva a haber otra mujer en la casa —aseguró—. Sobre todo si se trata de una tan lista como tú.

Nicola le devolvió la sonrisa y se sintió como un ave que acabase de caer en una trampa. Para su sorpresa, se percató de que a una parte siniestra y necesitada de su conciencia le gustaba sentirse así, sobre todo si era Eileen quien había preparado dicha trampa.

CAPÍTULO ONCE
ADAM

Adam no dejaba de darle vueltas a las posibilidades mientras seguía a Finley hasta el coche. El día anterior era poco más que un universitario que había abandonado los estudios para encontrar el origen de un cuento de hadas que le había contado un muerto, pero ahora era el invitado de honor de una aristócrata que lo trataba como un caballero capaz de liberarla de su torre. Y luego estaba Finley, el hombre que lo miraba a él como si fuese un intruso y a Nicola como si de una revelación se tratara. El instinto le decía a Adam que no confiase en él, por razones que hacían que se le revolviese el estómago cuando intentaba encontrarles sentido.

El suelo chapoteaba bajo sus pies, la gravilla suelta debido a la tierra empapada que había debajo.

Finley se mantuvo en silencio durante la mayor parte del paseo corto, con los hombros encorvados como si intentase evitar físicamente una conversación. Adam aprovechó para mirarlo bien y examinarlo de arriba abajo. Él era mucho más alto y tenía la complexión de alguien que se dedicaba a correr, pero Finley era más fornido, con la propia de una persona acostumbrada a trabajar a la intemperie.

Cuando Finley habló al fin, con un barítono suave que casi ni se oyó a causa del viento, la voz pilló a Adam por sorpresa.

—¿Lo sabías?

—¿Que si sabía el qué? —preguntó Adam, que redujo lo más mínimo el paso con el que intentaba disimular que estaba sumido en

sus pensamientos.

—Lo de la maldición de los Kirkfoyle.

—No.

Finley emitió un ruido sin abrir la boca y luego se detuvo frente al coche de alquiler, que seguía aparcado cerca de la entrada con las ruedas hundidas en el barro.

—Está claro que lo de la lluvia iba en serio, como dijo Eileen —murmuró Adam, que sacó la llave del bolsillo.

—Casi siempre habla en serio —respondió Finley.

—Pareces conocerla mejor que nadie —se aventuró a decir Adam mientras abría el maletero. Siempre intentaba sonsacarle información a la gente, incluso cuando a la otra persona le resultaba incómodo. Intentar encontrar la verdad sin ambages era algo que formaba parte de su naturaleza—. ¿Desde cuándo sois pareja?

—Desde que éramos adolescentes.

—¿Y habíais estado antes con alguien?

—No. Al menos no con nadie importante.

—Muy interesante —comentó Adam, que sacó la maleta de viaje para luego entregársela a Finley. Habían sacado los morrales con la ropa la noche anterior, pero Adam había dejado allí el portátil con su pasaporte por si acaso. Nicola había dejado su neceser malva con todas las lociones y las cremas, y Adam se hizo con él porque no le gustaba la idea de que otro hombre tocase sus cosas—. ¿De verdad te tomas en serio todo ese rollo de las hadas? ¿Y Eileen también?

—Los faes son una de esas cosas sobre las que Eileen siempre habla en serio —respondió Finley, que se colgó del hombro la mochila sin esfuerzo alguno—. Y he vivido en Craigmar el tiempo suficiente como para ver con mis propios ojos cosas con las que sería imposible soñar siquiera.

Adam cerró con fuerza el maletero, con más de la que era

necesaria, y luego empezó a dirigirse de nuevo hacia la casa. Había algo en Finley que lo sacaba de quicio. Adam no estaba seguro de si se trataba de lo brusco de su tono de voz, su relación con Eileen, la manera en la que miraba a Nicola o incluso el hecho de que, en otras circunstancias, Finley habría sido sin dudarlo su tipo. Había algo desconcertante en encontrar todas esas cosas en la misma persona, por lo que se limitó a mirar hacia delante sin prestarle atención.

Se percató de que Finley había captado el mensaje de que no quería seguir hablando, pero volvió a abrir la boca cuando se acercaron a las amenazadoras puertas de roble.

—Eileen puede llegar a parecer… —Finley se quedó en silencio, como si encontrar las palabras adecuadas fuese todo un desafío—. Impulsiva. Pero en realidad es una persona sensible. Me gustaría que no te aprovechases de su hospitalidad. Ni de su confianza.

—Jamás haría algo así —aseguró Adam. El tono de Finley lo había puesto de mal humor, aún le dolía la mano y el extraño olor dulzón de la cueva le había dado dolor de cabeza. Tenía ganas de tumbarse —. Nicola y yo estamos muy agradecidos porque nos dejéis quedarnos. Y también nos alegra ayudar a Eileen en todo lo que podamos.

La expresión de Finley se ensombreció aún más, si es que eso era posible, cuando Adam mencionó a Nicola. Él se mordió el carillo. No sabía cuándo iba a volver a quedarse solo con Finley, y esperaba no llegar a hacerlo nunca, por lo que tenía que aprovechar la oportunidad de dejarle las cosas claras.

—Diría que le gustas a Nicola —comentó, en un tono que esperaba fuese amenazador y agradable al mismo tiempo, de alguna manera.

—¿Ahora es cuando me vas a decir que me aleje de ella?

—Ahora es cuando te voy a decir que tengas cuidado. El año pasado una cabrona del equipo de lacrós le rompió el corazón. Si

fuese tú, yo le daría tiempo.

Finley le dedicó una mirada fulminante y afilada que hizo que a Adam le diesen ganas de pelearse con él, de acercarse, de compartir una violencia íntima que aliviase la tensión entre ambos, como si de una pompa de jabón al estallar se tratara.

—¿Por qué? ¿Porque te pertenece?

Por alguna razón sin sentido, Finley intentaba provocar a Adam, y este tuvo que admitir que lo cierto es que estaba funcionando. Siempre se ponía a la defensiva cuando la gente creía que Nicola y él eran pareja, pero se ponía más a la defensiva aún cuando ella empezaba a ir por ahí con otra persona. Sabía que no estaba bien, pero Finley, con sus vínculos extraños con Craigmar y sus líos con Eileen, era la última persona con la que quería verla.

—No, porque no quiero que nadie le haga daño —aseguró Adam.

—No tengo intención de hacerle daño —dijo Finley, que puso las cartas sobre la mesa—. Como mucho, tengo intención de hacerla sentir muy bien.

Adam sopesó empujarlo contra las antiguas puertas de roble, y quizá agarrarlo por el cuello de la camisa para luego estamparlo de nuevo contra ellas mientras le hacía… algo, pero aquello le pareció peligroso en más de un sentido. No quería enfadar a Nicola ni a Eileen pegándole a Finley, y tampoco confiaba en sí mismo en todo lo relacionado con acercarse tanto a ese otro hombre. Por si eso fuese poco, no podía evitar que Nicola hiciese lo que le viniese en gana, sobre todo en lo que a sus líos amorosos se refería.

—Soy lo más parecido a una familia que le queda —dijo Adam, que también puso sus cartas sobre la mesa junto a las de Finley.

—Si solo sois familia, no debería importarte que me acerque a ella.

—Ya veremos qué decisión toma ella —comentó Adam, solo para recordarle a Finley que él era quien la conocía desde hacía más

tiempo.

—Sin problema. Ella es la que tiene que tomar la decisión, ¿verdad? Me alegra que hayamos dejado las cosas claras.

Finley agarró el neceser de Nicola de las manos de Adam sin articular más palabra, abrió con brusquedad la puerta de la casa con el hombro y luego dedicó una última mirada hacia atrás, al lugar donde Adam seguía echando chispas.

—No deberías cargar nada con esa mano durante un tiempo —comentó Finley, que luego desapareció en el interior—. Bienvenido a Craigmar, Adam.

A Adam le dieron ganas de gritar en la tranquilidad posterior, esa en la que solo se oía el canto de los pájaros y el agitar de la hierba alta.



Hizo todo lo posible por ponerse cómodo en su habitación, intentando dejar a un lado la costumbre de no sacar la ropa de la maleta, ya que iba a pasar allí unos pocos días o más. Echó un buen vistazo por la estancia mientras guardaba la ropa doblada al estilo militar en la cómoda.

Pensó que podía llegar a acostumbrarse a dormir allí, una idea que le pareció algo peligrosa pero que también lo hizo sentir mejor, como meterse en un buen baño de sales Epsom después de una carrera larga y complicada.

Decidió aprenderse la disposición de la casa lo más pronto posible, para no tener que depender de Eileen o, peor aún, de Finley. Solo se perdió una vez antes de encontrar la habitación de Nicola, que la había marcado con un coletero de seda alrededor del pomo. Siempre pensaba en todo.

—Nikki —llamó Adam mientras tocaba a la puerta—. ¿Estás ahí?

Se oyó un rumor de tela al otro lado de la puerta y luego un grito agudo y sobresaltado:

—¡Sí, sí! Dame un minuto.

Adam oyó lo que se le antojó como si alguien estuviese recogiendo las sábanas y luego algo pequeño, como un tubo de pintalabios, que caía al suelo. Un instante después, Nicola abrió la puerta de repente. Parecía estar más despeinada aún que cuando había vuelto del paseo con Finley.

Debajo del olor a muebles antiguos y del perfume Daisy de Nicola, distinguió el olor inconfundible del sexo.

—¿Te estabas haciendo un dedo? —preguntó Adam, que disimuló con una risilla lo cachondo que lo ponía imaginarse a Nicola tocándose a plena luz del día debajo de esas sábanas caras, con la cara interna de los muslos reluciente y los dedos de los pies doblados mientras hurgaba en su interior—. Venga ya. ¿No podías esperar siquiera a que oscureciese?

—Puedo hacer lo que quiera cuando estoy en mi habitación —respondió Nicola con el ceño fruncido. Adam no se sorprendió por el hecho de que lo admitiese. Nicola era tan sincera que compartía más de lo necesario sobre su vida sexual, algo que a veces complicaba la relación de amistad que tenía con ella—. Es por toda esa adrenalina de la cueva. Necesitaba quitármela de alguna manera.

—Pues sí que te la has quitado a lo grande, sí —comentó Adam, que cabeceó en dirección al vibrador púrpura de viaje que estaba en el suelo detrás de ella—. ¿Desde cuándo te ponen cachonda las experiencias cercanas a la muerte?

—¿Desde cuándo te importa qué me pone cachonda y qué no? —espetó Nicola, que abrió más la puerta para dejar entrar a Adam. Se hizo con el vibrador con su habitual falta de vergüenza, lo lavó junto

con sus manos en el baño que había en la habitación y luego lo guardó en una pequeña bolsa de satén para volver a dejarlo en su maleta.

—Me da igual —dijo él, irritado—. Pero permíteme que piense que no es normal.

—Una vez vi cómo se te ponía dura porque una camarera en Nueva Orleans te pidió que le sujetases las bebidas mientras ella iba al baño. Creo que no eres quién para decir lo que es raro y lo que no.

—Tienes razón —dijo Adam, que se dejó caer en la cama. No quedó cerca de las sábanas arrugadas, pero sí lo bastante como para sentir una punzada de culpabilidad al disfrutar de lo que quedaba del calor corporal de Nicola en el colchón. Ella siguió con las cosas que, al parecer, había dejado a medias antes de rendirse a sus necesidades, como continuar con su rutina de cuidado facial, lavarse los dientes y colgar los jerséis en el armario.

Lo miró por encima del hombro con una ceja arqueada, esa que dejaba claro a Adam que estaba a punto de ser interrogado.

—¿Vas a contarme por qué era tan importante para ti venir a este lugar?

Adam se encogió de hombros.

—Ya te lo he dicho. Es una de las cosas que compartía con mi abuelo antes de su muerte. Siento como si le debiese venir a este sitio, ¿sabes?

—Sí, pero también ha sido por otra razón, ¿verdad?

Adam se quedó mirando la ventana, a un rebaño de ovejas que avanzaba por los prados que tenían debajo. Por alguna razón, siempre le resultaba más sencillo abrir su corazón a Nicola cuando no la estaba mirando directamente.

—Te va a parecer una locura —murmuró.

—No es la primera que te digo que las locuras no existen, Adam.

Al menos para mí.

—Me sentía agobiado en Grand Rapids, como si mi vida fuese a ser la misma durante el resto de mi existencia si no hacía algo para cambiarla. Trabajar, dormir, ir al mismo bar todos los fines de semana y vuelta a empezar. Intenté recordar la última vez que había sentido que llevaba una vida… no sé, ¿plena? Y me di cuenta de que había sido cuando escuchaba a mi abuelo contarme esas historias. Supongo que estoy aquí porque creía que sería capaz de revivir esa sensación. ¿No te parece estúpido?

—No —aseguró Nicola—. Y suena muy propio de ti, en realidad.

—Entonces sí que es estúpido —aseguró Adam, mientras una sonrisa asomaba por las comisuras de sus labios.

Nicola se hizo con una almohada y se la tiró, lo que resultó en un estallido de carcajadas por parte de Adam.

Pero luego ella se mordió el labio, una señal inequívoca de que quería contarle algo.

—¿Qué pasa? —preguntó Adam, que apartó la almohada para luego echarla hacia atrás, como si se preparase para golpear con ella a Nicola si no le respondía al momento—. Y no me mientas, Nikki. Tenemos que estar unidos en estas circunstancias.

—Es que… —Nicola siguió mordiéndose los labios, durante tanto tiempo que Adam empezó a impacientarse por su silencio—. Me preocupa que no me creas, que no creas lo que vi en el bosque. Era real, Adam. Me pareció algo salido de una pesadilla, pero sé que estaba despierta.

—Después de este temporal raro de cojones y de que un tejón o lo que fuese haya estado a punto de arrancarme la mano de un mordisco, tampoco es que lo descarte —dijo él.

—No era un tejón. Ya lo sabes.

—Pues un lobo. ¿Hay lobos por aquí?

—Tampoco era un lobo —aseguró Nicola, que cerró con fuerza el armario. Respiró hondo dos veces a través de la nariz, ese ejercicio que le había enseñado su psicóloga. Adam no entendía los detalles de los problemas de regulación emocional de Nicola, pero sabía que estaba haciendo todo lo posible por evitar los arrebatos.

Se quedó en silencio pensando con mucho cuidado en qué decir a continuación. Nicola era innegablemente propensa a las fantasías. En una ocasión, se había bebido dos copas de vino de un trago en un cumpleaños para luego ponerse a decir que veía ángeles bailando a la luz de un árbol de Navidad. Pero eso no quería decir que se equivocase con lo que estaba pasando ahora, y tampoco quería decir que todo lo que les había contado Eileen fuese mentira. Adam no creía en todo eso de los faes, pero sí que creía en lugares que podían albergar energía negativa, o en que existiesen familias que no pudiesen escapar de un bucle de desgracias tan innegable que llegase a parecer algo sobrenatural. Algo estaba pasando en aquel lugar, ya fuese un fuego fatuo, un efecto óptico de la luz o animales salvajes. O puede que incluso se tratase de algo sobrenatural. Algo que explicase la manera en la que se había sentido allí, en la entrada de la cueva, como si todos los átomos de su ser hubiesen estallado en llamas, como si hubiese empezado a tirar de él una energía a la que su cuerpo respondía positivamente, a pesar de que su mente se negaba a ello.

—Estaré muy pendiente por si veo algo rarito. Si tú ves otra cosa, no dudes en contármelo. Pero no saquemos conclusiones precipitadas hasta que estemos seguros, ¿de acuerdo?

—Muy bien —dijo Nicola, que volvió a respirar hondo—. Gracias por creerme.

—Siempre te creo —comentó Adam con un resoplido, como si lo ofendiese que Nicola dudase de él y del testimonio de su devoción

inquebrantable.

Ella le dedicó una sonrisa de oreja a oreja y, por un instante fugaz, Adam se sintió como en casa.

CAPÍTULO DOCE
EILEEN

La migraña impredecible de Eileen hizo acto de presencia, motivada por algo relacionado con la emoción de la mañana, por lo que se retiró a su habitación para dormir hasta que se le pasase y terminó por hacerlo durante cuatro horas. Cuando al fin salió de ella bien entrada la tarde, con los ojos hinchados a causa del sueño y el pelo alborotado recogido sin ton ni son en una coleta con un lazo, el sol había empezado a ponerse en el exterior. Se sintió como si fuese una Jesucristo femenina agotada que acabase de salir de la tumba después de un sueñecito tras su muerte.

Esperaba que sus invitados se hubiesen asentado y empezado a acostumbrarse a la mansión. Finley sin duda los habría ayudado, por muy cascarrabias que se pusiese siempre que llegaba sangre nueva a Craigmar. Solía ser un gruñón, por lo que era algo que no le importaba demasiado a Eileen. Siempre terminaba por obedecerla, de mala gana o no. Aunque a Eileen no le había gustado la manera en la que él había hecho todo lo posible por proteger a Nicola de sus planes ni la forma en la que había abrazado a Adam para sacarlo de la cueva.

Finley nunca había tenido a otra persona a la que defender que no fuese Eileen, ni ninguna persona en el mundo capaz de defenderlo ante ella. Solo se tenían el uno al otro.

Pero ahora ese mundo había crecido. El equilibrio de Craigmar, siempre al filo del cuchillo, que Eileen y Finley habían mantenido meticulosamente hasta entonces, empezaba a zozobrar debido al

peso de Adam y de Nicola.

Eileen había trabajado muy duro para crear una intimidad a prueba de balas en Craigmar, para que los dejasen en paz a Finley y a ella, pero en ocasiones se sentía sola. Sabía que a Finley debía ocurrirle lo mismo, debido a sus viajes ocasionales al pueblo para hablar con alguien en el pub e incluso para llevarlos a su casa al final de la noche. Que hubiese nuevas personas en la casa no era lo peor que podía pasarles, teniendo en cuenta lo que Eileen tenía pensado hacer, y mucho menos si eran tan guapas como los dos nuevos invitados.

En una de sus llamadas, el doctor Dasgupta le había preguntado que por qué nunca salía de Craigmar. Había intentado convencerla de que fuese a algún lugar más cálido una temporada, para respirar un aire más agradable y que le diese un poco de sol en la cara. Eileen había desechado la idea argumentando que estaba muy delicada de salud.

No es que Eileen no quisiese marcharse de Craigmar, ya que soñaba con navegar a algún país glorioso nuevo para ella, pero no podía hacerlo. De ser así, los condenaría a todos a la catástrofe. Estaba segura de que, técnicamente, podía salir andando de sus terrenos sin convertirse en polvo. Pero no lo había hecho desde la muerte de sus padres, porque no había otros Kirkfoyle que se quedasen a hacer guardia para evitar que llegasen sus vecinos subterráneos. Casi ni pasaba por Wyke, aunque técnicamente se encontraba dentro de los límites del territorio de su familia cuando habían firmado el pacto. No le gustaba arriesgarse y tampoco le gustaba demasiado la gente del pueblo.

Puede que el doctor Dasgupta fuese amigo de su padre y un buen hombre, pero no formaba parte de su familia. Nunca llegaría a comprender la verdad. Y por eso Eileen siempre le mentía.

Pero ahora, aunque seguía sin poder marcharse de Craigmar para distraerse, esas distracciones habían tocado en la puerta de su casa. Era como cuando enfermaba antes de su adolescencia, cuando pasaba días enteros tumbada y su madre hacía representaciones de sombras chinescas parecidas a marionetas sentada al borde de su cama.

Adam Lancaster no es que fuese una marioneta, precisamente.

Pero a Eileen le gustaba mucho mover los hilos para controlarlo.

Se quedó mirando en el espejo para limpiarse los restos de rímel que le habían quedado bajo los ojos, se colocó la insignia de hierro de la solapa y luego fue en busca de ese estadounidense imposible.

Lo encontró en las escaleras, mirando uno de los cuadros de su padre. Eileen había aprendido a deambular por la casa sin que nadie la oyese desde muy pequeña, y esquivó sin problema los tablones de madera que hacían ruido al acercarse. Cuando bajó la vista hacia Adam desde el rellano, se percató de que él aún no se había enterado de su presencia.

Eileen lo miró de arriba abajo, contempló ese perfil recio, las pestañas largas y rubias y la boca bien formada. Se le antojaba una persona muy diferente, muy distinta a Finley y a cualquier otra que viese a menudo. Podría acostumbrarse a mirar un rostro así, quizá durante mucho tiempo.

A pesar de su actitud despreocupada y de su acento del medio oeste, en ese momento, con los hombros echados hacia atrás y la barbilla alzada para contemplar el cuadro, tenía el aspecto de un príncipe. Era como uno de los caballeros del rey Arturo que había partido en busca del Santo Grial, pero se había encontrado con una mujer en su lugar.

—Ese era mi padre —comentó Eileen, que reveló al fin su presencia—. Era muy guapo. Y también muy amable.

Los ojos azules de Adam se giraron hacia ella, momento en el que el corazón de Eileen dio un vuelco. Era una persona guapísima, de esa manera arrebatadora e imparcial que pasaba más por escandinava que por escocesa. Eileen se reprendió a sí misma mientras bajaba los escalones para acercarse a él. Aquello no era más que un acuerdo que les reportaba beneficios a ambos, uno que ella le había planteado. Nada más. Tuvo que recordárselo para no perder el control de su corazón.

—Mi más sentido pésame —dijo Adam.

—Fue hace años —respondió Eileen, que se detuvo un escalón por encima de él—. Es una herida que ya ha cicatrizado. Pero agradezco tus condolencias.

—Finley dijo que te dolía la cabeza. ¿Te encuentras mejor?

—Todo lo mejor que podría encontrarme teniendo en cuenta el poco tiempo que ha pasado.

Eileen alzó la vista para mirar a su padre, con quién compartía esa piel de porcelana y el pelo negro, pero él tenía unos ojos castaños y una mirada amable que no se parecía en nada a la penetrante de ella. En una ocasión, su padre le había dicho que sus ojos eran como un pedazo de cielo sin luna de la mismísima noche en la que ella había nacido. No eran unos que se pareciesen a los de él ni a los de su madre, sino que eran solo suyos. Era la primera Kirkfoyle en varias generaciones que los tenía así. Desde que era pequeña, Eileen se habían preguntado si esos ojos la convertían en una persona diferente de alguna manera, en alguien condenado a una historia que había empezado mucho antes de su nacimiento. Esos ojos siempre le habían parecido un presagio, propios de una chica que había nacido con el legado y la carga mental de una familia moribunda.

—¿Qué te ha parecido tu habitación? —preguntó Eileen a Adam,

que tuvo que esforzarse por mantenerse presente y no empezar a divagar en sus recuerdos—. Espero que hayas estado cómodo.

—Muy cómodo. Te lo agradecemos.

—Entonces, ¿por qué me da la impresión de que estabas a punto de pedir perdón por algo?

Adam subió un escalón para colocarse a la altura de Eileen y, de repente, volvió a ser más alto que ella. Lo era más que Finley incluso, quien apenas sacaba a Eileen unos pocos centímetros, y se sintió amenazada cuando Adam bajó la vista para mirarla.

Para Eileen, aquella no era una sensación desagradable en ningún sentido. Se le aceleró el pulso.

—¿De verdad crees que el destino me ha traído hasta aquí? —preguntó Adam, que bajó la voz como si temiese que alguien fuese a oírlos—. ¿Crees que algo quiere que nos ayudemos?

—No lo creo. Lo sé. ¿No has tenido alguna vez la certeza de algo sin saber muy bien cómo explicarlo?

—Sí —respondió Adam en voz baja, con una vulnerabilidad tan sincera que a Eileen le dieron ganas de besarlo en aquel instante.

Finley pasó por la parte baja de las escaleras y luego se detuvo, como si le hubiese caído un rayo encima, antes de alzar la vista para mirar a Eileen y a Adam. Ella bajó otro escalón con naturalidad, para separarse un poco de Adam.

—¿Cómo va todo, Finney? —preguntó Eileen, como si no la acabase de ver coqueteando.

—Pues bien —respondió él, que miró a Eileen con seriedad antes de seguir avanzando con determinación en dirección a la biblioteca.

Ella soltó un suspiro intenso.

—Está de mal humor. Debería hablar con él.

—¿He hecho algo malo? —preguntó Adam, que extendió el cuello para mirar hacia el pasillo por el que Finley acababa de desaparecer.

—¿Además de tener la audacia de ser guapo y agradable? —preguntó Eileen, que le dio una palmadita amistosa en el hombro como si fuesen viejos amigos—. No, no has hecho nada. ¿Por qué no te das un paseo antes de cenar? Después nos pondremos a buscar entre los registros.

Y luego se marchó a la carrera por los escalones en busca de su querido amigo, a veces atormentador y amante, siempre amante.

Finley estaba de pie frente a la pila de cajas del escritorio del padre de Eileen, mordiéndose la uña del pulgar.

—¿Estás sopesando los misterios del cartón? —preguntó ella, que entró en la biblioteca para luego cerrar con cuidado la puerta. Solo había una forma de hacer las paces con Finley rápidamente, y requería intimidad—. Me han dicho que se compran sin problema en un Tesco.

—No se van a creer lo que les has contado —dijo él, que casi ni la miró a la cara. A Eileen no le hizo falta preguntarle a qué se refería. Era lo único de lo que habían hablado, y por lo que se habían peleado, desde hacía meses.

—Sí que lo van a hacer —aseguró ella con tono comedido. Era una voz del todo autoritaria, la misma que usaba para hablar con su abogado.

—Adam va a matarte cuando lo descubra.

—No, no lo hará —dijo Eileen, que se acercó al escritorio para echar un último vistazo a los documentos. Parecía desordenado sin querer, del todo accidental, que era justo lo que ella quería.

Finley se acercó y la rodeó con sus fuertes brazos para luego apoyar la barbilla en su hombro. Olía a lluvia, al dulzor del heno y a la marga del exterior, y quizá también a los bordes mohosos de los libros viejos que guardaba en su cabaña. Le resultaba sexi, tranquilizador y perfectamente propio de Finley.

Él soltó un suspiro, levemente tembloroso. Estaba tenso como un muelle.

—Con el pelo recogido así pareces un paje —dijo Finley, que frotó con la nariz el lazo que le colgaba a Eileen en la nuca—. O una de esas chicas que canta las partes masculinas de las óperas.

Eileen sabía muy bien que Finley conocía la palabra exacta, que era contralto, y que se estaba haciendo el tonto para hacerla sentir mejor por obligarlo por toda la eternidad a hacer trabajos manuales. Le había ofrecido pagarle la universidad después de que él hubiese regresado tras el primer año para cuidar a su padre enfermo, y también le proporcionaba todos los libros que se le antojaban. Pero la devoción que Finley sentía por ella, deprimente como era a veces, le impedía dejarla sola en Craigmar. En más de una ocasión, él le había dicho que, si iban a pasar allí el resto de sus vidas, tenían que aprender a convertir aquel infierno en su tierra prometida.

La culpabilidad que había sentido siempre empezó a afectar a Eileen, quien decidió acabar con ella de un plumazo con el método que siempre le había funcionado, antes de que terminase por atraparla entre sus fauces.

—¿Y cómo me follarías? —preguntó por encima del hombro con una sonrisilla en los labios—. Si fuese tu chico.

Le resultó muy seductor imaginarse la mano de Finley sobre su nuez, agarrándola antes de deslizarse hasta su pecho plano y agarrar lo que hubiese empezado a crecer en su entrepierna. Eileen se lo imaginó con mucha nitidez, tanto que la imagen le resultó más verdadera que la que veía algunos días frente al espejo. Era muy sencillo imaginarse qué aspecto tendría en caso de haber sido el heredero apropiado para Craigmar. El pelo ondulado de su padre, la piel blanca de su madre y esos ojos oscuros tan suyos, transformados por la gracia de la genética en los de un hombre digno del apellido

de la familia.

Finley no dijo nada, sino que se limitó a agarrarla por ambos lados para luego empujarla contra el escritorio mientras la besaba detrás de la oreja. Sintió el deseo que emanaba de él, en lo acelerado de su respiración y la insistencia con la que su cuerpo se presionaba contra el de ella, pero Eileen no sabía si iba a morder el anzuelo con aquel juego de rol sexual. A veces era una persona incansablemente creativa, un actor entre actores en el dormitorio, pero otras se volvía muy taciturno cuando ella le pedía interpretar algo e insistía que quería hacerlo con ella sin fingir ser otra persona.

—¿Serías más brusco? —Eileen presionó su cuerpo con más fuerza contra él. Tenía que intentar distraerlo de lo que lo preocupaba. Ambos lo necesitaban—. ¿O más dulce?

No estaba segura de qué prefería ella en aquel momento; imaginarse que Finley iba a poseerla con esa camaradería propia de los hombres o que iba a tratarla con más cuidado, consciente de los límites de Eileen a pesar de estar haciéndose pasar por otra persona. Ambas posibilidades hicieron que empezase a latirle con fuerza la entrepierna.

La respuesta de Finley fue usar una mano para bajarle los pantalones y las bragas por detrás. Ella se estremeció en el momento en el que su piel sensible quedó expuesta a la brisa que soplaba en la casa. Cuando Finley le apretó la parte superior del muslo, que aún tenía amoratada debido a la mordida que le había pegado la semana anterior en un momento de irritabilidad, Eileen soltó un gemido.

—Te follaría como he hecho siempre —dijo él, con cierto tono amable en su voz adusta, como si aquel fuese el único indicio de que estaba interpretando un papel. Eileen casi ni se habría percatado de que en realidad estaba sonriendo si no llevase acostándose con él durante prácticamente una década—. Con brusquedad y muy fuerte,

encima de todos los muebles de tu padre y rezando por correrme antes de que nos encontrase.

Eileen se inclinó aún más sobre el escritorio antiguo mientras Finley se desabrochaba los vaqueros. Oyó como se agarraba el miembro y lo meneaba un poco mientras no dejaba de hablar, creando la escena con solo unas pocas palabras.

—Si fueras un chico —continuó, humedeciéndose un poco la punta al pasarla por la entrepierna de Eileen. Sabía que solo iba a penetrarla cuando estuviese lista, cuando se encontrase al borde de la desesperación—. Sería más fácil para nosotros pasar desapercibidos. Podría haber salido contigo a beber algo sin que tu madre se pasase toda la noche esperando a que llegásemos, y también podría habértela chupado en los baños del pub mientras la gente no dejaba de tocar en la puerta. Podríamos haber hecho deporte juntos sin preocuparnos por si te rompía tus vestiditos y también podría haberte follado como premio por ganarte.

Eso era lo que quería Eileen, aquel talento casi diabólico de Finley por inventarse fantasías sexuales. Daba las gracias a los dioses porque al hombre le gustase leer, y también porque siempre intentase meterse en su cabeza hasta encontrar la fantasía perfecta que hacía que Eileen empezase a gimotear.

—Finley —dijo ella, sin aliento, pero él la silenció empotrándola contra la madera con una mano firme. Eileen casi no tuvo tiempo de darse cuenta de que el escritorio olía a la tinta de pluma estilográfica favorita de su padre, porque Finley no tardó en penetrarla. Una comunión impetuosa piel con piel.

Llevaban mucho tiempo sin molestarse siquiera en usar condón.

Finley empezó a follársela con el ritmo acelerado con el que ella solía verlo meneársela con la mano. Había cierto egoísmo en esa cadencia implacable, una indiferencia total por cualquier tipo de

caballerosidad que hacía que a Eileen se le retorciese la base de la espalda. Sabía que así era como más le gustaba: salvaje y egoísta.

—Un chico no suplicaría ni gritaría —continuó Finley con voz ronca, manteniéndola aferrada contra la mesa. Hizo más presión y le abrió un poco más las piernas para penetrarla con más facilidad—. Un chico se quedaría muy quieto, como estás ahora, y estaría muy agradecido por lo que le estoy haciendo.

Eileen ansiaba extender el brazo hacia su entrepierna y tocarse hasta llegar al orgasmo, pero Finley no le había dejado espacio para hacerlo y, además, en aquel momento parecía darle igual si ella estaba disfrutando o no. Paradójicamente (y seguro que tal y como Finley quería), aquel desprecio solo servía para excitarla aún más y no dejaba de jadear con cada uno de los embates.

—Podríamos haber sido mejores amigos y nadie hubiese sabido nunca nada —siguió, con la voz constreñida, al tiempo que apretaba los músculos de las piernas a medida que se acercaba al clímax, más rápido de lo que Eileen esperaba. Algo en aquella fantasía también estaba funcionando a la perfección para él, o quizá solo se debía al estrés de los últimos días, o quizá verla con Adam había hecho que desease más a Eileen—. Podríamos haber sido amigos y nadie hubiese intentado separarnos jamás.

El dolor empezó a hacer acto de presencia en el pecho de Eileen y a diluir la oleada de lujuria. A Finley se le daba muy bien, pero a veces se pasaba un poco. En ocasiones, cuando intentaba recrear una fantasía, llegaba a revelar las verdades más escabrosas que se ocultaban bajo ella.

—Dentro —ordenó Eileen. Habría casado mejor con la escena si le hubiese suplicado, pero tenía en la cabeza imágenes de vidas que jamás llegarían a experimentar, y la desorientación hizo que ansiase control. Superioridad. La poca autoridad que le quedaba como la

niña enfermiza que había heredado aquel legado de ruinas y podredumbre.

Finley volvió a embestirla una vez más, dos, para luego derramarse en su interior jadeante y obediente.

Eileen cerró los ojos con fuerza e intentó recuperar el aliento. Cuando Finley salió, ese vacío doloroso y antiguo volvió a crecer en su corazón.

A veces se preguntaba si no habría un sumidero en su interior, uno siempre hambriento que no llegaba a quedar satisfecho por mucha crueldad o placer que vertiera en él.

Finley agarró un pañuelo del escritorio y la limpió con cuidado. Eileen volvió a subirse los pantalones y se apartó de él.

—¿Por qué te molestas? —preguntó ella, a quien había empezado a agriársele el ánimo—. Tampoco es que vaya a pasar nada.

—Eileen —dijo Finley, con un suspiro largo y penoso. Era algo de lo que habían hablado muchísimas veces. Y nunca le era fácil hacerlo —. Ya sabes que no es culpa tuya.

Eileen lo sabía. Era consciente de que él tenía razón. El doctor Dasgupta se lo había confirmado. No obstante, seguía creyendo que ella era la raíz del sufrimiento de ambos.

—En una época menos respetuosa me hubiesen llamado infecunda —comentó ella, que soltó una carcajada mientras se apretaba la coleta del pelo para prepararse para el trabajo que Adam y ella tenían por delante—. Me compararían con una especie de erial.

Tras diez años de sexo, tres de ellos intentándolo de verdad, pero de la buena, no había conseguido quedarse embarazada. Finley había hecho todo lo posible, al principio, para fingir que era él quien tenía problemas. Intentaba mantener a Eileen de buen humor, insistir en que solo había que seguir intentándolo en posiciones nuevas y excitantes. Le había asegurado que no había otra persona en todo el

mundo con la que quisiese criar a un hijo, que no confiaría algo así a nadie más. Además, un bebé daría al traste con su maldición y mantendría el linaje de los Kirkfoyle durante al menos una generación más, lo que permitiría que Eileen y Finley disfrutasen de la felicidad que merecían, la que se les había negado desde su nacimiento y por antojo de la familia de Eileen. Podría pasar el resto de sus días persiguiendo a una niñita entre los brezos o ayudando a subir a un niño a los árboles para que arrancase las manzanas que estaban a más altura, sin preocuparse por la conquista de unos invasores sobrenaturales. Quizá incluso terminarían por casarse al fin, cuando ya todo hubiese acabado.

Pero Eileen nunca se había quedado embarazada, claro. El doctor Dasgupta había dicho que se trataba de endometriosis y una cantidad considerable de cicatrices en el útero.

Eileen solo llamaba a su enfermedad de una manera, lo que suponía para ella en realidad: una maldición.

—Espero que esto funcione —murmuró, mientras el latido de satisfacción que notaba entre sus piernas comenzaba a apagarse. Ya no había nada que la hiciese feliz durante mucho tiempo. Nada que la saciase—. No creo que pueda pasar otro año esperando a que la locura o la muerte me reclamen. Estoy cansada de preguntarme si voy a caer o a romperme el cuello cada vez que salgo de la casa, o si me tragará la tierra, o si sucumbiré a otra tragedia shakespeariana.

—Aún no han acabado contigo —comentó Finley, que repitió las palabras que ella siempre le decía cada vez que se preocupaba.

—Hoy en día los oigo más a menudo —aseguró Eileen, que desvió la vista hacia la ventana. No estaba segura de por qué le estaba contando algo así, ya que solo iba a servir para ponerlo más nervioso. Pero Eileen nunca había sido capaz de ocultarle nada, por muy desagradable que fuese—. Oigo campanillas a través de las

ventanas o voces que canturrean en mitad de la noche. Me llaman desde las profundidades. A veces, me dan ganas de pararme a escucharlas.

Finley no dijo absolutamente nada. Se limitó a pasar a su lado, rodearla con los brazos tan fuerte como siempre y apretarla contra su pecho. Eileen le clavó las uñas en la espalda y respiro hondo y entrecortado, para luego empezar a parpadear y hacer que se le derramasen esas lágrimas bochornosas.

—Encontraremos la manera de salir adelante —dijo Finley, con la boca apoyada contra su pelo—. Sea como sea. Te lo juro.

CAPÍTULO TRECE
ADAM

Adam intentó seguir el consejo de Eileen y entretenerse explorando la casa, pero no tardó en volver a perderse. Cuando se dio cuenta de que había vuelto a la puerta de la biblioteca, no estaba segura de cómo había llegado hasta allí, pero Eileen lo estaba esperando.

—Te doy la bienvenida —dijo, con esa retórica antigua que le salía a veces y mientras alzaba la vista de una pila de documentos.

—Hola —respondió Adam, que se quitó la mochila—. He traído el portátil, por si necesitábamos buscar algo en internet.

—Bien pensado —dijo ella.

Adam pasó junto a las estanterías, más despacio en esta ocasión, y examinó los títulos en los lomos. La mayoría eran novelas antiguas y libros de historia local con cartas de filósofos y políticos de los que nunca había oído hablar. Sacó uno de los de historia y empezó a hojearlo hasta que vio una ilustración protegida con papel vegetal en el centro del volumen. Estaba hecha a lápiz y era de las colinas ondulantes que se extendían por los terrenos de Craigmar; la casa no era más que una pequeña mancha en la distancia.

—¿Cuánto tiempo crees que tiene esta ilustración? —preguntó Adam, que dejó el libro abierto sobre la mesa junto a Eileen.

—Diría que unos cien años, más o menos.

—El paisaje no parece muy diferente del que se ve hoy en día desde la ventana.

—Craigmar cambia a paso de tortuga. Era exactamente igual cuando mi padre era pequeño y cuando el padre de su padre era un

infante. La industrialización mejoró la maquinaria que usamos y la velocidad a la que nos comunicamos con el mundo exterior, pero no cambió mucho más.

—¿De dónde sacáis el dinero? —insistió Adam, que se dio cuenta demasiado tarde de que su curiosidad estadounidense por la economía local podía llegar a confundirse con falta de tacto. Eileen no pareció molestarse.

—Inversiones: propiedades y ovejas en su mayor parte. Soy propietaria de la mayor parte de Wyke, el pequeño pueblo por el que pasasteis para llegar hasta aquí.

—Entonces eres arrendadora —dijo él. Una sonrisa empezó a perfilarse en sus labios mientras contemplaba otro boceto de la costa rocosa que había más allá de aquellos pastos verdes.

—Más o menos —comentó ella.

Adam alzó la vista y vio que Eileen estaba muy cerca de él, con los ojos oscuros fijos en su cara. Por unos instantes se dejó llevar por… ¿la esperanza?… de que le diese un beso.

Carraspeó y cerró el libro.

—Perdón. Se me ha ido el santo al cielo. ¿Por dónde crees que deberíamos empezar?

—Diría que lo mejor es hacerlo por mi abuela —respondió Eileen, que se apartó de Adam como si hubiese percibido su timidez. Eileen levantó un atizador de metal y apuñaló las llamas chisporroteantes, que seguían calentando la casa a pesar de que era bien entrada la primavera. Hacía más frío ahí fuera en la costa de lo que había hecho en el trayecto desde Edimburgo, y dentro había más corrientes de aire de lo habitual—. Desde su nacimiento hasta su desaparición.

—¿Desaparición? —preguntó Adam—. Me pareció oírte decir que había muerto.

—Estoy segura de que terminó por morir, sí.

—¿Y cómo desapareció? ¿Qué le ocurrió?

—No lo sé —respondió Eileen, que encogió solo un hombro—. Nadie lo sabe, en realidad. Quizá consiguiese escapar de este lugar sin verse obligada a volver, lo que sería toda una hazaña.

Adam pasó una mano sobre una de las cajas de los registros familiares, y Eileen asintió como para darle permiso. Él levantó la tapa y vio en el interior montañas de cartas escritas a mano, algunas bien protegidas en sus sobres y otras dobladas de forma irregular o arrugadas por los bordes.

—Creo que es una de las cajas de mi madre —comentó Eileen, que agarró una carta y deslizó un dedo por el nombre al que iba dirigida: «Jennifer Kirkfoyle».

—Todas huelen a flores —comentó Adam—. Y a… ¿frambuesas, quizá?

—Es Idylle, de Guerlain —respondió Eileen con una sonrisa afectuosa en el gesto. Se llevó una de las cartas a la nariz e inhaló hasta que su expresión pasó a parecerse a la de una niña sonriente—. Era el perfume que usaba siempre. Le gustaba mucho escribir cartas. Era su forma favorita de mantener el contacto con sus amigos en Inglaterra. Siempre les echaba ese perfume.

—¿Conoció a tu padre en Inglaterra? —preguntó Adam. Se había dado cuenta de que le interesaba de verdad la enrevesada historia familiar de Eileen, que su curiosidad no solo era fruto del vínculo que había entre su familia y la de ella. Esa mujer era todo un misterio, y una parte de él esperaba que descubrir cosas sobre su crianza le diese algunas pistas que le permitiesen desentrañarlo.

—En Cambridge —dijo Eileen, que empezó a sacar cartas a puñados y a ordenarlas en pilas diferentes. Al parecer, estaban ordenadas dependiendo de la persona a la que iban dirigidas—. Se enamoraron en la universidad. Mi madre no era escocesa, sino una

inglesa rubia, aunque te cueste creerlo. No me parezco en nada a ella.

Adam no fue capaz de desentrañar el tono de voz con el que hablaba ni la expresión de su mirada gacha, por lo que le preguntó:

—¿Y os llevabais bien?

—Siempre me parecí más a mi padre. Ambos nos enfadábamos con facilidad y nos encariñábamos con las personas en poco tiempo. No es que no me llevase bien con mi madre… Sé que me quería mucho. Creo que el problema era que no sabía qué hacer conmigo, la mayor parte del tiempo.

—Entonces, ¿durante tu infancia solo estabais aquí los tres? —insistió Adam, que agarró un puñado de cartas y empezó a colocar juntas las que iban dirigidas a su abuelo.

—Así es. El padre de mi padre llevaba muerto mucho tiempo cuando nací. Es un milagro que aguantase vivo hasta que mi padre terminó la universidad. Siempre tuvo el corazón frágil y murió de un paro cardiaco. O al menos eso fue lo que dijo el doctor. Personalmente, creo que una criatura subterránea lo asustó tanto que acabó con él. Les encanta hacerles eso a las personas con problemas nerviosos que ha habido en mi familia.

Adam no estaba seguro de cómo hablar sobre el tema de la maldición de la familia, ni sobre la convicción tan intensa de Eileen de que había criaturas mágicas en los bosques que querían matarla, pero intentó que la conversación siguiese por derroteros más mundanos.

—¿No te sentías sola? Por lo que has contado, parece como si no hubieses salido de Craigmar ni para ir a la escuela.

—No lo hice, no. No estaba lo bastante sana y no me gustaban mucho otros niños. Pero ¿cómo iba a sentirme sola? Tenía a Finley viviendo aquí al lado. No necesitaba más.

Adam dejó lo que estaba haciendo y se la quedó mirando. Hablaba con tranquilidad, como si fuese lo más normal del mundo. Adam no sabía si estaba fingiendo desdén o si realmente todo aquello le parecía normal.

—¿Has salido de Craigmar alguna vez?

—Claro. Cuando mis padres seguían vivos, uno de ellos se quedaba aquí mientras el otro me llevaba al pueblo o de paseo con el coche por el campo. Una vez fui a Glasgow, por mi décimo cumpleaños. Pero mi padre llamó a mi madre muy asustado y tuvimos que volver a casa antes de tiempo. Fue él quien se prestó voluntario a quedarse y vigilar las tierras, pero luego empezó a oír voces en sueños que le decían que saltase por la ventana del tercer piso.

—¿Tu padre tenía algún… tipo de problema de salud mental? —preguntó Adam con delicadeza. Era muy probable que fuese una pregunta demasiado invasiva, pero tenía que hacerla. Tenía que saber si Eileen había considerado al menos la posibilidad de que todo eso de los faes no estuviese relacionado con una tendencia hereditaria de su familia por la muerte súbita y la angustia emocional.

Eileen soltó una carcajada brusca y aguda, parecida al ladrido de un pomerania.

—Todos tenemos nuestras cosas, ¿no? Pasemos a la caja siguiente. No creo que encontremos nada importante en esta. —Guardó las cartas de su madre en la caja con cuidado y luego se sacudió el polvo perfumado de las manos—. Vamos a revisar fotos. ¿Qué aspecto tenía tu abuelo?

—Pues se parecía mucho a mí —respondió Adam, que se frotó los ojos. Le ardían después de haber repasado las cartas, y eso que acababan de empezar. Le había parecido ver ocho cajas apiladas

sobre el escritorio, y Eileen había dicho que tenía más guardadas—. Rubio y con los ojos azules. Pero no tan alto.

—Me vale —dijo ella, que dejó la caja con las cartas de su madre en el suelo y acercó otra con el nombre «Recuerdos». Abrió la tapa. Estaba llena de fotos sueltas y también de álbumes.

—¿Crees que habrá fotos de él entre las cosas de tu familia?

—Es probable que no, pero merece la pena echar un vistazo —respondió ella—. Como habrás visto en el retrato de mi padre, la genética de los Kirkfoyle es muy marcada, por lo que solemos tener el pelo negro en lugar de rubio. Da igual con quién nos casemos, el pelo nunca cambia. Si tu abuelo está en alguna de estas fotos, llamará la atención.

—¿Seguro que no te importa que revise las fotos contigo? —dijo Adam, quien tenía muchas ganas de ponerse a mirar esas fotos amarillentas.

—¿Por qué iba a importarme?

—No sé. Me parece algo demasiado…

—¿Íntimo? —preguntó ella con una sonrisa voraz—. Puede que me guste ponerme demasiado íntima contigo, Adam Lancaster.

Adam ignoró el rubor que empezó a enrojecerle las mejillas al oír esa frase. Luego asintió y metió las manos en la caja.

Eileen lo ayudó a organizar las fotos en pilas, deteniéndose ocasionalmente para presentarle el rostro espectral de un miembro de la familia impreso para siempre en una polaroid. Adam vio una cantidad incontable de fotografías de sus padres cuando eran jóvenes y estaban enamorados: Jennifer, joven, esbelta y sonriente con ese cabello largo de color miel agitado al viento; James, con los brazos alrededor de su esposa, de aspecto algo bohemio a pesar de las ropas caras, la sombra de la barba de un día y los bucles de pelo negro cayéndole por debajo de las orejas. También vio algunas

fotografías de una Arabella adolescente: una en la que se encontraba en una pose arabesca, con mallas y zapatos de balé en el rellano del piso de arriba; otra en la biblioteca, donde se había vestido para un evento formal, magnífica con un traje de brocados beis. Se parecía mucho a Eileen, si la cara alargada y ovalada de Eileen hubiese tenido forma de corazón, y también si hubiese sido muy femenina. Lo cierto es que Eileen hacía gala de una androginia muy seductora.

—¿Es que todos los integrantes de tu familia van a ser arrebatadoramente guapos o qué? —murmuró Adam, que se quedó mirando durante medio segundo una fotografía muy espontánea de James, con un traje de noche y sonriendo alegre tras el borde de una copa de champán a la cámara, que sin duda estaba en manos de Jennifer.

—¿Estás elogiando a los muertos de mi familia para camelarme?

—Puede ser.

Adam se había olvidado al momento de la razón por la que estaban revisando las fotos, sobre todo tras comprobar la manera en la que Eileen le miraba la boca. Pero luego dejó de fijarse en él y soltó un gritito de victoria.

—¡Ah! ¿Es ese?

En un primer momento, Adam no consiguió distinguir la foto entre todas las que había sobre la mesa. Pero luego Eileen agarró una polaroid, momento en el que a Adam se le formó un nudo en la garganta.

Robert Lancaster posaba de perfil en tres cuartos, mirando el prado con las manos en los bolsillos de un abrigo gris de lana que le quedaba grande, con la bufanda agitándose al viento. La fotografía no tenía fecha, ni tampoco había indicio alguno de quién la había tomado, ni se distinguía en qué época del año debido al perpetuo cielo plomizo que cubría Craigmar, pero estaba claro que era él. Era

joven en esa fotografía, quizá no llegaba ni a los veinte años. Tenía un cabello rubio y corto que no había empezado a ralear y los ojos color aciano claro, como Adam.

—Dios —comentó él, que apretó la foto entre los dedos, como si una brisa pudiese arrancársela de repente.

—Es él, ¿verdad? —preguntó Eileen.

—Sí que es él —respondió Adam, a quien empezaron a picarle los ojos de repente. Parpadeó para contener las lágrimas, algo que, más que tristeza, podía considerarse una respuesta psicológica al hecho de haber visto de repente a su abuelo—. Es mi abuelo.

—Estuvo aquí —dijo Eileen, que apretó con fuerza el bíceps de Adam. El roce hizo que este volviese al mundo real, a la calidez de tenerla a su lado. Lo agradeció—. Estuvo aquí, Adam. Tenías razón.

—Sí —dijo él, que asintió e intentó mantener la compostura—. Pero aún no sabemos por qué ni durante cuánto tiempo. Ni tampoco lo que sabía sobre Craigmar.

—Seguro que sabía lo de los faes. Algo me dice que sí. Estoy segura de que mi abuela se lo habría contado.

—Quizá —respondió Adam—. Pero me gustaría conocer los detalles, o al menos tener alguna prueba más.

—Y tenemos tiempo para eso —aseguró Eileen, cuyos ojos oscuros se habían relajado más de lo que Adam creía posible, de repente—. Pero no hay prisa. Disfruta de esta pequeña victoria por el momento.

Eileen se quedó en silencio mientras ambos contemplaban la fotografía y asimilaban hasta el más mínimo detalle.

—Parece feliz —dijo Eileen un rato después, dos palabras que fueron las que terminaron por hacer que una lágrima se derramase por la mejilla de Adam. Se la enjugó rápidamente con el puño y ella no dijo nada al respecto, por suerte.

—¿Puedo quedármela? —preguntó Adam—. Me aseguraré de

conservarla bien.

—Por supuesto —respondió ella—. Me alegra que al menos tengas esta foto, y que sepas que también me alegra que estés aquí.

Adam la miró y vio brillar los reflejos castaños de su pelo a la luz que se proyectaba a través de las ventanas. En ese instante, se permitió sentir la misma felicidad que probablemente había sentido su abuelo al descubrir aquel lugar y las personas extrañas que lo habitaban.

—A mí también me alegra —dijo.

CAPÍTULO CATORCE
NICOLA

Adam y Eileen permanecieron encerrados en la biblioteca durante horas, comentando con emoción sobre lo que quiera que hubiese en esas cajas. Nicola les dejó intimidad, ya que no quería inmiscuirse demasiado en aquel objetivo que compartían, pero sí que los interrumpió en una ocasión para saludar y otra para llevarles unas tazas de té con miel, que Eileen y Adam parecieron agradecer. Eileen la llamó «palomita» cuando le dio las gracias por el Earl Grey, lo que hizo que Nicola se ruborizase. Al principio, los nombres de aves con los que se dirigía a ella le habían parecido desdeñosos, como si se estuviese burlando de ella, pero no tardó en darse cuenta de que lo decía con cariño.

Después del té, Adam la invitó a sentarse con ellos frente a la chimenea. Nicola llevó el cuaderno y empezó a dibujar un boceto de las colinas ondulantes que se veían por la ventana mientras se calentaba junto a las llamas. La nueva historia que estaba escribiendo trataba sobre un goblin, el más pequeño de su familia, que quería ir a la escuela para aprender aritmética. Los prados que rodeaban Craigmar eran un escenario más que adecuado, y Nicola esperaba para sus adentros conseguir capturar un poco de la magia del lugar para que su próximo libro se convirtiese en una propuesta irresistible para las editoriales.

Finley no había estado muy presente de un tiempo a esa parte y, aunque Nicola sabía que tenía una vida y trabajo que hacer, no podía evitar sentirse algo dolida. No reaccionaba demasiado bien al

rechazo, y su psicóloga creía que tenía algo que ver con las veces que la habían abandonado durante la infancia, pero seguía preguntándose si la desaparición de Finley se debía a que Eileen le había cortado las alas. Tampoco le había gustado que este no le hubiese dicho que tenía una relación con Eileen, y bastante seria al parecer, pero lo cierto es que ella tampoco esperaba que terminasen dándose aquel beso tan intenso junto al mar.

Finley volvió a dejarse ver más tarde aquel día, con el pelo empapado por la llovizna tras recorrer el camino desde su cabaña, y les sugirió a todos que parasen para cenar. Aún quedaba algo de pan de la ofrenda de la cueva, y Nicola se sentó en la mesa de la cocina y se sirvió una rebanada con mantequilla, mientras Finley y Eileen iban de un lado a otro preparando una sopa. Le resultaba desgarradoramente tierno ver a esas dos personas, que se conocían mejor el uno al otro que a ellos mismos, discutir sobre la cantidad de sal y reírse por lo mal que se le daba a Eileen cortar las zanahorias. Nicola se puso un poco celosa al encontrarse en primera fila, contemplando aquel amor tan profundo y duradero. Pero había algo deliciosamente acogedor en que la hubiesen aceptado en aquella realidad tan íntima, como si fuese una niña que estuviese a salvo bajo el amparo del amor de sus padres, dejándose dormir en el asiento de atrás del coche mientras ellos hablaban y conducían. La presencia de Adam solo servía para mejorar la sensación, ya que estaba sentado a su lado y la rozaba con la rodilla, mientras repasaba con lápiz en una servilleta en qué momento podría haber viajado a Craigmar su abuelo.

En un momento dado, probablemente cuando creía que nadie lo estaba mirando, Finley se inclinó sobre Eileen y le mordió el hombro mientras ella removía la sopa. Fue un mordisco cariñoso y sonrió al hacerlo, pero eso no quitaba que hubiese sido fuerte.

La lujuria hizo que a Nicola se le revolviesen las tripas al verlo, pero Finley pasó al momento a picar perejil y la cosa quedó ahí.

Un silencio agradable se apoderó del lugar, como si se conociesen desde hacía dos años en lugar de dos días. Nicola tuvo que seguir conteniendo sus emociones mientras comía la sopa, emociones suscitadas por la domesticidad del momento. Iba a hacerlo otra vez. Iba a obsesionarse con personas que apenas conocía.

Nicola siempre había estado desesperada por acaparar para sí todo el amor del mundo, aunque fuese en detrimento de los demás o los irritase. Quería persuadir a Adam para que se acurrucase con ella en el sillón junto al fuego, aunque aquello complicase un poco su relación; y también quería meterse en la cama entre Eileen y Finley y dormir allí, abrazada por aquel amor que se dedicaban, pero sabía que estaría mal hacerlo.

Tenía que intentar ser normal, o al menos comportarse con normalidad.

—Esos perros me van a despertar mañana temprano —dijo Finley después de enjabonar y enjuagar los platos, cuando todos habían terminado de comer el pan con mermelada que se habían servido de postre—. Debería irme.

—¿Estás permitiendo otra vez que Snug y Smoo no te dejen descansar? —se burló Eileen—. Espero que no estén enfermos.

—No —respondió Finley—. Snug está teniendo pesadillas, aunque no te lo creas. Se pone a llorar y a rascar en la puerta hasta que lo dejo dormir conmigo en la cama.

—Ojalá alguien me quisiese tanto como tú a tus perros —dijo ella con tono jocoso.

Por toda respuesta, Finley se inclinó para darle un beso de despedida, pero Nicola se fijó en la manera en la que agarraba por detrás el pelo y tiraba con fuerza, lo justo para que fuese placentero.

Era la misma manera en la que había entrelazado los dedos en el cabello de Nicola el día anterior.

—Es un poco melancólico, ¿no? —preguntó Adam, sin hostilidad alguna, después de que Finley se marchase—. En general, quiero decir.

—A mí no me importa —comentó Eileen, que rio entre dientes—. Es algo que les gusta a las chicas. ¿No es así, Nicola?

Sintió cómo se ruborizaba al instante, y Eileen soltó una carcajada al tiempo que Adam sonreía. Por un instante fugaz, se sintió tan querida que casi le resultó insoportable.

Esa noche, mientras yacía tumbada en la cama oyendo los crujidos de la casa que provocaba el viento, intentó guardar en su memoria cómo se sentía: con una almohada suave bajo la cabeza, el estómago lleno de sopa caliente y la seguridad de tener a Adam durmiendo al doblar la esquina. No tenía ni idea de cuándo volvería a sentirse tan segura o tan como en casa. Había aprendido a disfrutar siempre que podía aquellos momentos que no creía que le perteneciesen.

Al día siguiente, Nicola se despertó cuando oyó un disparo.

Salió de la cama a toda prisa y miró por las ventanas, mientras se preguntaba si un cazador se había acercado demasiado a la mansión.

En lugar de eso, vio a Eileen ataviada con las botas de montar y una blusa de lino, apuntando hacia el cielo con un fusil.

Nicola se puso los zapatos, se abrochó el abrigo acolchado sobre el camisón y luego bajó las escaleras a toda prisa y salió por la puerta de la cocina, impulsada por la curiosidad y también algo preocupada. Cuando rodeó la casa, vio que Eileen se encontraba junto a un artilugio mecánico y oxidado.

La mujer tiró de una palanca y la máquina lanzó por los aires un objeto que no dejaba de dar vueltas.

—¡Va! —gritó, como si hubiese alguien a su alrededor a quien

avisar del disparo.

El lord siguió la trayectoria del objeto con el cañón del fusil, que sostenía en alto apoyado contra la mejilla y el hombro, para luego disparar con una puntería extraordinaria.

El objeto se rompió en mil pedazos en el aire.

Nicola se acercó y se cerró aún más el abrigo. Eileen la vio y le dedicó una sonrisa victoriosa.

—¡Buenos días, palomita!

—Hola —respondió Nicola, que contuvo las ganas de llevarse la manos a los oídos cuando Eileen alzó de nuevo el arma para disparar a otra paloma de arcilla. Había algo emocionante y estremecedor al mismo tiempo en el hecho de estar allí, tan cerca de los disparos. En realidad, era una sensación muy parecida a la que sentía estando cerca de Eileen, simplemente—. Estás de buen humor.

—No hay nada como respirar un poco de aire primaveral para sentirse bien —comentó ella, que bajó el fusil y se giró hacia Nicola. Tenía los ojos relucientes, frenéticos incluso, y el rubor del ejercicio se había apoderado de sus mejillas pálidas.

—¿Estabas enferma? —preguntó Nicola con delicadeza. No podía evitar ser una persona curiosa.

—Siempre estoy enferma. Es la definición de enfermedad crónica.

—Oh. Lo siento.

—¿Por qué? Es un hecho, y ni tú ni nadie tenéis por qué disculparos. —Eileen entrecerró los ojos y miró a Nicola como si fuese un objetivo de sus disparos, pero luego suspiró y se resignó a contarle la verdad—: Tengo fatiga crónica, endometriosis, asma y también migrañas. Soy todo un cóctel de enfermedades desde la adolescencia. Hay días buenos y otros no tanto.

—¿Y hoy es un día bueno? —preguntó Nicola.

Eileen sonrió y mostró todos los dientes.

—Sí, gracias a Dios. Creo que no sería capaz de pasar otra tarde encerrada en mi habitación. Adam y tú habéis venido en un buen momento. Antes de que llegarais llevaba un tiempo en cama. —Eileen extendió el brazo y le ofreció el arma a Nicola—. ¿Quieres probar?

—Nunca había visto un arma tan cerca —comentó ella, que negó con la cabeza al momento—. No. Gracias.

—Pero es fácil —insistió Eileen—. Te enseñaré. Colócate aquí, frente a mí. Abre las piernas a la altura de los hombros.

Nicola se planteó contarle alguna excusa del tipo que le temblaban las manos o que era pacifista, pero la confianza de Eileen era contagiosa. Además, había algo atrayente en el hecho de sostener un arma de verdad y en la sensualidad del olor a pólvora en el ambiente.

Dio un paso al frente entre la hierba cubierta de rocío y dejó que Eileen le colocase el fusil en las manos. Le resultó sorprendentemente pesado y cálido al tacto.

—Tiene el seguro puesto, por lo que no tienes que preocuparte por dispararle a nadie en el pie —dijo Eileen, que ajustó el arma entre la manos de Nicola. Era rápida y eficiente a la hora de corregirle la postura sobre la marcha—. El truco consiste en no tenerle miedo al arma. Notarás un poco de retroceso cuando la dispares, pero no lo suficiente como para caerte al suelo.

Eileen se colocó detrás de ella y presionó su cuerpo contra el de Nicola, que quedó envuelta en el aroma de la mujer. Olía a granos de pimienta y a lirios prensados, y el cabello largo del lord le hizo cosquillas en el cuello mientras la ayudaba a levantar el fusil.

—Tienes que confiar en la fuerza de tus brazos —murmuró Eileen. Los labios casi rozaron el lóbulo de la oreja de Nicola, que estaba más caliente de lo habitual—. Baja la vista hasta el cañón, a esa cosa

que sobresale de él. Esa será tu Estrella Polar. Y lo más importante: no le quites el ojo de encima al objetivo. ¿Quieres dar la señal?

—¡Va! —gritó Nicola, que se sintió un poco estúpida y eufórica al mismo tiempo.

Una de las palomas de arcilla salió disparada por los aires, y Nicola obedeció las instrucciones de Eileen y no le quitó el ojo de encima mientras giraba. Pasó un instante, dos, y luego el dedo de Eileen envolvió el de Nicola alrededor del gatillo y lo apretó.

Se oyó un estallido muy fuerte, y el retroceso hizo que el cuerpo de Nicola chocase con el de Eileen antes de que la figura de arcilla se hiciese mil pedazos en el aire.

Eileen soltó un gritito de triunfo y luego le quitó el fusil de las manos a Nicola y la rodeó con los brazos en un fuerte abrazo. Nicola, que se sentía aún un poco aturdida por tanto contacto físico, se limitó a dejarse llevar.

—¡Bien hecho! ¡Bien hecho! —dijo Eileen—. Parece que se te da bien.

Nicola entendió mucho mejor a Adam y a Finley en aquel momento, al menos en lo referente a la manera en la que parecían obedecerla siempre que decía algo.

—No sabía que la hospitalidad de Craigmar incluía clases de tiro —dijo alguien, momento en el que Nicola se dio la vuelta para ver a Finley apoyado en un árbol cercano, contemplándolas con un brillo extraño y severo en la mirada.

—¿Quieres probar, Finney? —preguntó Eileen, que le tendió el fusil.

—Sabes que no me gustan las armas. No dejes que te obligue a probar sus aficiones, Nicola. Si sigues así, lo próximo que hará será llevarte a cazar liebres con los perros.

Sonó un poco a broma, pero Nicola se oponía completamente a

matar a un animal de verdad, y mucho menos a esas libres enormes que había visto saltando por los prados desde la ventana de su habitación. Aun así, le había gustado conocer mejor a Eileen sin estar en presencia de los hombres.

—Quería aprender —comentó ella, mientras el viento le agitaba los rizos y se los apartaba de la cara. Levantó la barbilla en gesto imperioso, tal y como hacía cuando quería tener la última palabra. Finley casi no había hablado con ella el día anterior, a pesar de la cortesía superficial que había mostrado durante la cena. No la había ignorado, pero acababa de aparecer para ponerse a darle órdenes.

Finley frunció más el ceño, pero no le dijo nada a Nicola. En lugar de eso, se giró hacia Eileen.

—El doctor Dasgupta llegará dentro de una hora y va a preguntarse por qué no estás en la cama.

—Y yo le diré que ya no necesito estar confinada en mi habitación.

—Te ordenó descansar, Eileen.

—¿Qué sabrá él sobre lo que necesita mi cuerpo? Aire puro y ejercicio. Es la cura para todo lo que me pasa.

—Ha sido tu médico desde que eras niña —insistió Finley con tono neutro—. Diría que sabe bastante sobre lo que necesitas y lo que no.

—Bah —desdeñó Eileen, que luego volvió a levantar el arma y a apoyársela en el hombro—. Si fuera tú, me apartaría.

Y así fue como dio por finalizada la conversación. Eileen siguió disparando a sus palomas de arcilla, y Nicola se quedó allí de pie e incómoda con Finley, quien se mantuvo en silencio mientras le hervía la sangre.

Nicola se giró hacia él y abrió la boca para comentar algo, cualquier cosa, pero él se limitó a asentir con brusquedad y se alejó de ella a grandes zancadas.

Corrió para seguirle el ritmo. Si Finley se ponía a correr, estaba

dispuesta a perseguirlo, al menos hasta asegurarse de si quería estar solo o no.

—¿He hecho algo malo? —preguntó Nicola cuando lo alcanzó.

—No sé a qué te refieres —dijo él, sin mirarla a los ojos. A Nicola le dieron ganas de gritar. Al principio la había mirado como si fuese un regalo de Dios, pero ahora no se molestaba siquiera en aceptar su existencia.

—Me has estado evitando.

—He estado ocupado.

—Y también has sido maleducado —comentó Nicola, que empezó a enfadarse—. Mira, si me pasé de la raya con el beso, dilo. No quiero que te enfades conmigo. Quiero que todos nos llevemos bien.

Finley se detuvo de repente y se giró, lo que hizo que ella estuviese a punto de chocar contra su amplio pecho. Luego la agarró por los hombros para que no se desestabilizara.

—¿Crees que estoy enfadado contigo? —preguntó.

—Has estado actuando como si lo estuvieras, la verdad.

—Nicola… —Finley se pasó una mano por la cara y emitió un ruidito angustioso con la garganta. ¿Cómo era posible que le resultase más atractivo cuando estaba así de abatido?—. No estoy enfadado. No has hecho nada malo. Te evito porque es lo mejor para los dos. Ninguno de los que estamos en esta casa necesitamos que se compliquen más las cosas.

—Pero ¿y si me gustan las complicaciones? —preguntó ella, que se puso un poco de puntillas. Le costaba mucho controlarse estando junto a Finley, sobre todo cuando se le perfilaba esa arruga atormentada entre las cejas.

—Me estás complicando mucho la existencia —dijo él en voz baja, antes de dar otro paso hacia ella, como si sus cuerpos estuviesen unidos por un hilo invisible que tiraba de ellos para acercarlos poco

a poco.

—¿Es por Eileen? Porque si vuestra relación exige exclusividad, lo respeto. No quiero interponerme entre nadie.

—No. Los límites de nuestra relación son… flexibles. Ha habido otras personas. En mi caso, al menos.

—Entonces, quizá… —dijo Nicola, que notó el pulso en la garganta. Cuidado. Necesitaba tener mucho cuidado. Si se precipitaba, él podía llegar a rechazarla—. Quizá podríamos dar otro paseo en algún momento. Solos.

—¿Y Adam? —preguntó Finley, lo que hizo que Nicola se emocionase al darse cuenta de que no le había dicho que no.

—Adam no está interesado en mí.

—Yo no estaría tan seguro de eso.

La sorpresa estalló en el pecho de Nicola y estuvo a punto de tirarla al suelo. Empezó a plantearse muchas preguntas que estuvieron a punto de brotar de sus labios, como agua de un arroyo subterráneo.

—¿A qué te refieres? ¿Has hablado con él? ¿Qué te ha dicho?

—Ya he hablado demasiado —gruñó Finley, que se dio la vuelta y siguió el camino hacia su cabaña.

Nicola corrió para seguirle el ritmo de nuevo y entrelazó el brazo con el de Finley para empezar a caminar junto a él. Él bajó la vista hasta el lugar donde sus pieles entraban en contacto, como si el roce le hubiese dolido, pero no se apartó.

—Escucha, Finley. Perdón por besarte. Me pongo un poco impetuosa cuando me gusta alguien y muchas veces no pienso en las consecuencias.

—Me gusta que seas impetuosa —aseguró él, con una voz intensa y siniestra que hizo que el pulso de Nicola se acelerase aún más—. Me gusta que tengas claro lo que quieres. Y también me gusta hablar

contigo. Y me gusta besarte.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —preguntó ella en voz baja.

—El problema es que no sabes lo que supone tratar conmigo. Cuando intimo mucho con alguien hago cosas que… no están bien.

Si Finley intentaba convencerla para que no se acercase a él, la verdad es que lo estaba haciendo fatal. La curiosidad y el deseo estallaron en el pecho de Nicola, que tuvo que esforzarse al máximo para no suplicarle que le contase a qué se refería con todo lujo de detalles. Llevaba mucho tiempo sin obsesionarse con alguien como lo estaba haciendo con Finley y estaba decidida a conseguir su objetivo, a toda costa.

—¿Lo dices por la forma en la que tratas a Eileen? —preguntó Nicola, que tuvo que acelerar el paso. Le hizo gracia comprobar que Finley en realidad no se dirigía a ninguna parte. Se habían limitado a dar una vuelta alrededor de la casa y habían vuelto al lugar donde estaban un poco antes—. No, eso no me incumbe. Pero Eileen también parece una persona de armas tomar.

—Eres incansable, ¿verdad? —dijo él, que soltó un bufido.

—Es una de mis grandes virtudes, sí. Pero, si me dices que paré, lo haré.

—No quiero que pares.

—Entonces, ¿podríamos intentar ser amigos, al menos? —preguntó ella—. Es lo único que me gustaría pedirte por el momento.

—Puedo acceder a que seamos amigos, sí —comentó Finley, que le devolvió la sonrisa. A Nicola le resultaba maravillosamente satisfactorio conseguir arrancarle un gesto así.

—El doctor llegará pronto —comentó Finley, que miró en dirección a la casa—. Debería marcharme, pero gracias por seguirme hasta aquí. No estoy acostumbrado a ser la persona a la que persiguen. Es… agradable.

—Perseguirte es divertido —aseguró Nicola con una sonrisa coqueta—. Pero diría que perseguirme a mí también lo es.

Finley separó los labios como si fuese a decir algo más, pero luego se limitó a asentir con brusquedad, como solía hacer, y desapareció en el interior de la casa. Nicola se notó chispeante y efervescente, como si fuese una botella de champán en Año Nuevo. El viento le agitó los bucles de cabello en la nuca, que sintió casi como si fuesen los dedos de un amante.

Luego empezó a notar esa extraña sensación de que la estaban vigilando. Se giró hacia los árboles que rodeaban la pequeña cabaña, pero no vio nada. Se estremeció a pesar de que el sol de primavera comenzaba a asomar entre las nubes, para luego empezar a caminar de vuelta a la mansión.

CAPÍTULO QUINCE
FINLEY

Eileen siempre estaba presente en los recuerdos de Finley, por muy lejanos en el tiempo que fuesen. Eileen mirándolo entre la barandilla mientras sus padres discutían sobre ovejas, mientras él, que tenía diez años aunque se sentía mucho más joven, se preocupaba por si lo echaban de la casa en cualquier momento por manchar de barro las alfombras. Eileen en su decimotercer cumpleaños tirando piedras a la ventana de la habitación de Finley para hacerlo salir y jugar a las cartas sobre un mantel que había extendido sobre la hierba. Eileen con quince años, jadeando rabiosa debajo de él después de que Finley la persiguiese y la tirase al suelo margoso por haberle derramado el café aposta sobre el único jersey bueno que tenía. Estaba enfadada con él por algo, pero no recordaba el qué. Lo único de lo que sí se acordaba era de sentir el pulso de Eileen en sus muñecas mientras se las sostenía contra el suelo sobre la cabeza.

Ella había echado la cabeza hacia atrás para luego empezar a reír hacia el cielo, eufórica a pesar del barro que le manchaba el vestido. Estaba despeinada y con gesto asilvestrado, lo que hacía que pareciese más animal que mujer, y lo fulminaba con la mirada con ojos relucientes. Lo había retado a tocarla, a besarla, y, cuando Finley le había mordido con brusquedad el labio inferior, ella había soltado un gemido que consiguió acabar con todo el autocontrol que le quedaba a él.

Hicieron el amor rápido, devorándose entre ellos mientras empezaba a rodearlos una niebla dispersa. Finley había estado

embriagado y asustado a partes iguales, por Eileen, por su crueldad y, sobre todo, por la manera en la que la crueldad de él despertaba al entrar en contacto con la de ella. Había intentado ser amable, ir despacio, pero, cada vez que se alejaba un poco, ella le clavaba las uñas en la espalda y le suplicaba que no parase.

Más tarde, Eileen quedó con los muslos cubiertos de sangre y el pelo alborotado, mientras que Finley se sintió vacío y satisfecho, terriblemente consciente de que, ahora que había dado comienzo aquello entre los dos, no iba a terminar jamás.

Ahora solo quedaban Finley y Eileen, una liebre de dos cabezas que parecía extenderse hacia el infinito.

Habían nacido con unos pocos días de diferencia, él en un hospital medio en ruinas del municipio y con un peso de algo más de tres kilos y medio, y ella en la habitación de sus padres en la mansión, llorando, pálida y prematuramente enferma incluso entonces. Era como si no pudiesen estar separados ni un segundo de sus vidas, como si supiesen que estaban hechos el uno para el otro desde que se encontraban en el útero de sus respectivas madres. Era como si cada bocanada de aire frío en un mundo donde no se encontrase el otro fuese como una ráfaga de aire turbio y venenoso. Y Eileen, que nunca había tenido paciencia para esperar ni era una persona amable, había estado a punto de matar a su madre por haber salido demasiado pronto de su vientre.

Jennifer Kirkfoyle había perdonado a su hija en el momento en el que se la habían puesto en los brazos, pero Eileen nunca había perdonado al mundo. Había días en los que Finley creía que no era que Eileen no hubiese perdonado al mundo por el hecho de haber nacido lejos de él, a quien adoraba con locura, sino por la injusticia misma de haber nacido.

—¿Cuál es el diagnóstico? —preguntó Eileen, quieta como una

estatua mientras le sacaban sangre. El doctor Dasgupta parecía un poco incómodo con ella, pero había sido así desde que era adolescente, y a ella no parecía importarle demasiado. Estaba tumbada en un diván de la sala pequeña y oscura, rodeada de juegos de mesa y barajas de cartas. Finley solo había encendido una lámpara, con la esperanza de no provocarle otra migraña.

—No te estás muriendo, pero tienes que tener más cuidado —respondió el doctor, con un acento londinense pijo que no ocultaba del todo sus orígenes en Bangladesh. El doctor Dasgupta la conocía desde que Eileen era poco más que una niña de articulaciones protuberantes que se pasaba el día persiguiendo a Finley por los terrenos de la propiedad, y nunca la había llamado «milord»—. Tienes que descansar un poco más después de los días malos. Si sigues forzándote así, no te recuperarás del todo.

—Da igual, porque nunca me voy a recuperar del todo —dijo ella, que hizo un mohín cuando el doctor le sacó la aguja del brazo—. ¿De qué sirve tener tanto cuidado?

El doctor Dasgupta arrugó aún más la frente. Se había dejado el bigote después de casarse el año anterior, y el vello facial le daba un aspecto más serio de lo habitual.

—No puedes tener esa actitud. Hay personas en tu vida que se preocupan por ti y quieren verte lo más sana posible.

El doctor pasó a mirar a Finley, quien bajó la cabeza. No tenía razón para avergonzarse frente a Dasgupta, y estaba claro que el doctor sabía que llevaban años juntos y no podían engañarlo. Este había sabido de la relación antes incluso de que se enterase la familia de Eileen: le había recetado píldoras anticonceptivas antes de que Eileen supiese siquiera que no le hacían falta. Aun así, Finley nunca se había sentido muy cómodo en presencia del doctor. Y no era porque este no fuese amable, sino porque sabía que los juzgaba.

Lo hacía porque sabía muy bien cómo eran Finley y Eileen. Sabía que no eran dos enamorados desgraciados propios de un libro de caballerías, sino dos jóvenes atribulados que no podían separarse ni dejar de hacerse daño.

Finley solo había ido unas pocas veces a la iglesia de pequeño, antes de que su madre católica escapase con un guitarrista ambulante, pero mirar al doctor Dasgupta lo hacía sentir igual que cuando miraba al sacerdote: como si viese a través de él y detectase todos sus defectos.

—¿Podrías recetarme algo para las migrañas? —preguntó Eileen.

—Ya te he recetado todo lo que podía recetarte —respondió mientras guardaba con cuidado los viales de sangre oscura en su querido bolso de cuero—. Lo mejor que puedes hacer es dormir y no estresarte, sobre todo durante la menstruación. Y también evitar el alcohol.

—Pues no va a poder ser —murmuró Eileen.

El doctor se pasó la mano por el pelo, que siempre tenía peinado hacia atrás con un aceite perfumado, y respiró despacio.

—Escúchame, Eileen. Le prometí a tu padre que siempre cuidaría de ti, como doctor y como amigo. Sé que crees que me gusta reprenderte, pero lo hago porque me preocupas. Tú sistema inmunológico no aguanta esas largas noches ni los paseos por el exterior bajo la lluvia. Tienes una salud delicada y…

—Hemos terminado —dijo ella, que se levantó del diván. Se había puesto muy seria, un gesto que Finley conocía muy bien. No iba a haber forma de razonar con ella, al menos durante un tiempo—. Haz los análisis y envíame los resultados. Mientras, seguiré con mi vida.

Gregory Dasgupta y el fallecido James Kirkfoyle habían sido compañeros de universidad, y el doctor se había convertido en el único adulto con una presencia constante en la vida adulta de Eileen

después de la muerte de sus padres. Tras el accidente, había pasado por varios tutores, psicólogos y especialistas, pero siempre terminaba volviendo al doctor Dasgupta cuando los demás no conseguían ayudarla.

A Finley le preocupaba que, en ocasiones, era justamente esa devoción la que la hacía tratar mal al doctor. Eileen siempre había tenido problemas a la hora de confiar en personas que llevaban demasiado tiempo a su lado.

El doctor Dasgupta negó con la cabeza y empezó a guardar sus cosas.

—Como veas. O descansas o tu cuerpo te obligará a ello —comentó—. Es lo único que te puedo decir.

—Entendido —dijo ella, que sacó un puro del bolsillo del vestido y cortó un extremo con un pequeño cortapuros de oro. A Finley le dieron ganas de matarla. Prácticamente no fumaba, y mucho menos puros, pero estaba seguro de que lo había hecho para hacer enfadar al doctor. Se metió el puro en la boca y empezó a palparse el vestido con gestos exagerados—. ¿Tenéis fuego?

El doctor puso los ojos en blanco.

—Te veo el mes que viene —dijo mientras se colocaba el sombrero y se dirigía hacia la puerta—. Mientras, intenta no morir.

Cabeceó para despedirse de Finley al pasar, quien le devolvió el gesto. No hablaban mucho cuando el doctor pasaba por la casa, pero Finley tenía su número. Le había mandado mensajes a Dasgupta muchas veces, cuando Eileen se despertaba en mitad de la noche para vomitar a causa del dolor o cuando se quedaba en la cama por culpa de una migraña horrible que no le permitía tolerar ni el más mínimo resquicio de luz. Dasgupta siempre le respondía al instante y siempre le preguntaba a Finley si necesitaba ayuda o quería hablar con alguien.

Eileen esperó a que el doctor subiese al coche y se alejase por la entrada para quitarse el puro de la boca y guardarlo en una caja cercana con otros cinco que no había desenvuelto siquiera.

—¿Te has planteado alguna vez cooperar con él? —preguntó Finley, que se cruzó de brazos y se apoyó en el umbral de la puerta —. Las cosas podrían llegar a mejorar.

—El viejo e irritante Gregory es uno de mis grandes placeres de esta vida —aseguró Eileen, que extendió un brazo para indicarle a Finley que se acercase al diván—. Hablando de placeres…

—No —respondió él, brusco, sucinto y con algo de malicia en la voz. Le gustaba fingir que era Eileen la que se excitaba al dar órdenes y Finley quien lo hacía al hacerle daño, pero sin duda también disfrutaba al decirle que no y al ver cómo se enfadaba por ello. Le gustaba saber que aún tenía ese control sobre ella, al menos.

—No te estoy recompensando por haberte portado mal.

—¿Cuándo me he portado mal?

—Todos los días de tu vida.

—Venga ya, Finney. Intentaba ser amable.

Finley se sentó en el diván y cabeceó en dirección al suelo. Eileen, quien sabía muy bien lo que tenía que hacer aunque no siempre lo toleraba, se colocó de rodillas frente a él.

—Llevas todo el día evitándome —comentó ella, incapaz de ocultar por completo la petulancia de su tono de voz.

Finley llegó a la conclusión de que aquel no iba a ser un encuentro muy agradable. Si tantas ganas tenía Eileen de tocarlo, sería tal y como él quisiese y para darle placer únicamente a él.

—Pues muéstrame lo mucho que me has echado de menos —dijo él, que apoyó la sien sobre el puño mientras miraba cómo ella le bajaba la bragueta. Eileen rodeó su miembro con las manos y lo hizo estremecer.

—Con la boca —ordenó él—. Despacio.

Eileen obedeció y se metió la punta en la boca, lo que hizo que Finley se quedase sin aliento. Reprimió un grito, ya que no quería darle a Eileen la satisfacción de haberlo puesto a tono tan pronto. Era mejor para ambos que él fingiese que Eileen no era su punto débil.

Se la metió hasta la base y empujó hasta que empezaron a llorarle los ojos, todo mientras aplicaba la presión justa con la lengua.

—Despacio —insistió Finley, que le entrelazó los dedos por el pelo —. Vas a pasarte un buen rato ahí abajo.

Eileen gruñó a pesar de tener la boca llena. Calentarla sin complacerla era uno de los castigos favoritos de Finley, algo que disfrutaba inmensamente y que frustraba muchísimo a Eileen. Disfrutaba de que terminase con la mandíbula dolorida, con todos los botones de la ropa abrochados y de prohibirle que se tocase a sí misma. Lo usaba para reprenderla y dejarle las cosas bien claras.

Eileen se obligó a ir más despacio, a respirar por la nariz mientras movía la lengua arriba y abajo, en círculos alrededor del pene de Finley. Él abrió aún más las piernas y clavó con más fuerza los dedos entre el pelo de Eileen, para luego empezar a frotarle la nuca en círculos con el pulgar. Soltó un resoplido, para luego volver a caer en ese silencio propio de los cimientos que conformaban su relación con ella.

El sexo era como la aguja hilvanada que los unía, hueso con hueso. Cuando habían empezado a practicarlo, lo había usado para hacerse promesas entre sí, para burlarse, para hacer las paces después de las discusiones y, por supuesto, para torturarse de cientos de maneras. Cuando Finley no estaba seguro de nada, sí que lo estaba de Eileen. Estaba seguro de que ella lo quería y también de que él la quería a ella.

—Has pasado demasiado tiempo con los estadounidenses —dijo

Finley, que le apartó el pelo de la frente mientras ella movía la cabeza arriba y abajo, desesperadamente despacio. De haber ido más rápido, le hubiese tirado del pelo para obligarla a parar, hacer una pausa y empezar desde el principio—. ¿Has pensado que quizá no me guste ver cómo le pones ojos de corderito a Adam ni cómo te derrites cada vez que Nicola te sonríe?

—Los caprichos de la carne son incontrolables —dijo ella, que se apartó un momento para tomar el aire.

—¿Los caprichos de tu carne? —preguntó Finley, que la agarró por la barbilla y la apartó aún más—. ¿O los de tu corazón?

—No te pongas celoso, anciano. Sabes que no soy así. Y creía que tú tampoco.

—Quizá sí que esté celoso —dijo Finley, que le enjugó el labio inferior con el pulgar—. O quizá sea el único que está siendo cauteloso. ¿Te lo has planteado?

—Lo tengo todo bajo control.

—¿Todo? ¿A Adam también? ¿Qué te hace pensar que puedes conseguir que acepte lo que tienes en mente? No es imbécil, Isla. Lo descubrirá si le das tiempo.

Eileen puso los ojos en blanco y luego volvió a agarrar el miembro de Finley. Él abrió la boca para soltar una advertencia, pero luego soltó un gemido incontrolable cuando ella apretó un poco.

—Llévame a la cama —dijo Eileen, que insistió de repente—. No lo soporto. Te lo suplico.

—Eres horrible.

—Puedo ser peor aún si no me penetras de inmediato.

Finley la miró a los ojos durante un buen rato, mientras apretaba y relajaba la mandíbula.

—Pídemelo por favor —terminó por decir, en voz baja. De alguna manera, siempre terminaba así. Daba igual que Eileen se entregase,

la carne que le ofreciese para azotarla o lo mucho que lo obedeciese…, al final siempre daba la impresión de que era Finley quien terminaba por suplicarle.

Suplicar por un poco de humanidad por parte de su amante, por el más mínimo atisbo de dulzura.

Finley solía preguntarse quién llevaba en realidad las riendas de aquella relación: si él con sus órdenes, sus juguetes de cuero y sus expectativas inflexibles o Eileen con todo el dinero y el estatus social que rezumaba entre sus dedos. El chico con el comportamiento sádico o la chica que no quería que nadie le negase nada.

—Por favor —insistió ella. Lo dijo juguetona y breve, como un niño que le estrechase la mano a su oponente en la escuela tras perder haciendo flexiones.

Finley la agarró por la nuca sin decirle nada y tiró de ella para colocarla en el diván, como si estuviese agarrando a una gata por el pescuezo. Después la cubrió con su cuerpo y la penetró por completo.

CAPÍTULO DIECISÉIS
ADAM

La vida en Craigmar era idílica, como un borrón de acuarela similar a los de los cuadros que pintaba Nicola. Desayunaban con Eileen y Finley todas las mañanas; un desayuno pasó a convertirse en dos y luego en cuatro, hasta que Adam se dio cuenta de que llevaba casi una semana en Craigmar y el tiempo se le había pasado volando.

Hablaban con tono amistoso mientras untaban mantequilla en las tostadas y endulzaban las gachas con un chorrito de miel (Nicola) o le echaban un dedo de whisky (Eileen), y recapitulaban sobre lo que habían descubierto la noche anterior. Adam se pasaba el día explorando los terrenos, respondiendo correos electrónicos sentado en uno de los asientos de las ventanas o repasando documentos con Eileen en la biblioteca, que era lo que más hacía en realidad. Habían leído todas las cartas y visto todas las fotografías, para luego pasar a los documentos legales por si encontraban alguna pista. Nicola solía sentarse en la biblioteca mientras trabajaban, humedeciendo el pincel en las acuarelas con gesto pensativo para luego pintar en el cuaderno.

Finley, en un gesto muy caballeroso que Adam lamentó que no se le hubiese ocurrido antes a él, le había comprado a Nicola un pincel y un kit de pintura simple pero muy práctico en el pueblo. Ella había sonreído de oreja a oreja para luego besarlo en la mejilla, muy cerca de la boca, y Adam se había estremecido en el sillón donde estaba sentado. Pero luego Eileen se había inclinado sobre él desde atrás, con la mejilla muy cerca de la suya, para preguntarte si le gustaría

ayudarla a repasar con detenimiento unas concesiones de los terrenos, lo que había hecho que Adam sintiese un consuelo muy mezquino.

Finley llevaba unos días pasando más tiempo en la casa de lo habitual tras terminar sus tareas, para ayudar a ordenar documentos en la biblioteca o para preparar una comida rápida en la cocina que les permitiese seguir trabajando durante toda la noche. Adam se alegró al comprobar que, cuando no estaban jugando a ser ama y sirviente, Finley y Eileen se dividían las tareas del hogar de forma más o menos equitativa. Puede que aún no confiase del todo en Finley, y que tampoco le gustase nada que se acercase tanto a Nicola, pero tampoco quería que Eileen lo tratase mal.

La sexta noche que pasaron en Craigmar, estaban todos juntos en la biblioteca y casi había llegado la medianoche. La conversación había pasado hacía tiempo a convertirse en un silencio cómodo roto en ocasiones por el chisporroteo de la chimenea. Adam estaba ajustando el color de la cabecera de una página web para un cliente en su portátil, mientras Nicola se encontraba adormilada a su lado en el sillón, hecha un ovillo, con un libro de poesía pastoril sobre la rodilla y con los pies con calcetines sobre el regazo de Adam. Finley se afanaba junto a las bebidas para servirles una copa antes de despedirse, mientras que Eileen estaba sentada en el escritorio, con la barbilla apoyada sobre los dedos entrelazados y mirando con ojos entrecerrados algunas de las cartas antiguas de su abuela.

Parecía una imagen del todo normal. Agradable, incluso.

Adam se dio cuenta de que empezaba a sentir una comodidad demasiado optimista, pero consiguió contenerla debajo de una capa de sensatez. Puede que estuviese cómodo, pero dentro de un mes aquello no sería más que una historia que contar en el bar para conseguir copas gratis. Eileen se olvidaría de él; Finley se olvidaría

de él (y de Nicola, o eso esperaba Adam). Nicola y él volverían a estar como antes, a quedar con sus amigos para ver películas de miedo, jugar al voleibol y a honrar ese acuerdo tácito e irrompible de no querer nada más en la vida.

Pero una parte desleal que habitaba en su interior quería regocijarse con aquel momento, con disfrutar de Nicola medio dormida sobre él, con las mejillas ruborizadas y perfecta bajo la calidez de la chimenea. Se planteó extender el brazo para apartarle un mechón que le había caído sobre la cara, pero justo cuando estaba reuniendo el coraje para hacerlo, Finley dijo:

—Descansa, Eileen. Vamos a tomar algo y luego te irás a la cama.

—Estoy bien —aseguró ella, que reprimió un bostezo. Tenía los ojos enrojecidos.

—He dicho que descanses —repitió Finley, con un tono que no dejaba lugar a discusiones.

Adam alzó la vista del portátil con disimulo y descubrió que Nicola también lo estaba mirando. Era la misma mirada que habían compartido en más de una ocasión y que indicaba que tenían mucho de lo que chismorrear a solas. Eileen y Finley no les ocultaban la dinámica de su relación, y no era la primera vez que Adam los veía así. Pero Finley normalmente evitaba dar órdenes a su jefa cuando Adam o Nicola estaban presentes.

—Déjalo ya, Finney —dijo Eileen, que aceptó con un resoplido la copa que le tendía el hombre para luego darle un buen trago.

—Arriba —dijo él—. Llevas demasiado tiempo encorvada como una gamba frente a ese escritorio. Siéntate un rato en el sillón mientras te bebes la copa, al menos.

—Estoy bien…

—Que te sientes en el sillón, Eileen. Como te lo tenga que repetir te obligaré a quedarte una hora de rodillas.

Eileen arrugó la frente durante un instante angustiosamente largo. Adam estaba seguro de que iba a echarle la bronca, e incluso a echarlo de la casa y obligarlo a volver a su cabaña. Pero luego la mujer agarró otra vez el whisky con soda y se sentó en el sofá frente a Adam. No parecía estar muy contenta, pero había terminado por obedecer. Era como si Finley hubiese tirado del único hilo capaz de cambiar el equilibrio de poder en la estancia. Lo había conseguido sin alzar mucho la voz.

Finley terminó de servirle un brandy solo a Nicola y un gin-tonic a Adam. Después cabeceó en dirección a Eileen.

—¿Me dejas soltarte el pelo?

No sonó como una orden, sino más bien como una invitación, pero Adam no tenía muy claro a qué la estaba invitando exactamente. El ambiente se volvió más angustioso aún mientras Eileen sopesaba su respuesta y, cuando Adam volvió a mirar a Nicola, esta tenía más rubor aún en las mejillas.

¿La estaba excitando lo que quiera que estuviese ocurriendo entre Eileen y Finley? ¿Lo estaba excitando a él? Parecía imposible, ya que no era nada sexual, pero la reacción de su cuerpo no dejaba lugar a dudas.

Eileen asintió y luego se bajó del sofá para sentarse en el suelo sobre las piernas, con la espalda aún recta. Finley se sentó en el sofá que ella acababa de dejar y empezó a quitarle los broches de oro del pelo, tomándose su tiempo, como si fuesen las únicas dos personas del mundo. Luego, con más amabilidad de la que podían sugerir sus manos llenas de callos, el hombre empezó a peinar con los dedos los bucles de cabello negro, que luego recogió en una trenza medio suelta. Eileen, para su sorpresa, lo dejó hacer.

Adam no podía dejar de mirarla, sentada a la perfección y con ese cuello de cisne inclinado hacia delante. Había algo dolorosamente

bello en verla con una actitud tan… dócil. Eileen era una mujer indómita la mayor parte del tiempo, pero al parecer el tacto de Finley era capaz de domarla y ponerla a sus pies.

Adam no se consideraba una persona reacia a las experiencias sexuales de todo tipo. Le gustaba conocer a las personas a través del sexo e intentaba hacer prácticamente de todo, al menos una vez. Pero no había nada que lo hubiese hecho sentir tan vivo como se sentía ahora, mirando a Finley trenzándole el cabello a Eileen…, ni siquiera la primera vez que se había acostado con una chica o con un chico.

Nada lo había hecho cuestionarse anteriormente si quizá le hubiese gustado ser la persona de la silla, dando órdenes, o la que estaba sentada en el suelo, esperando ansioso a que se las diesen.

—Tengo una pregunta —espetó.

—Normal que la tengas —respondió Eileen, que puso los ojos en blanco sin encorvarse ni lo más mínimo—. Me ha quedado claro que las preguntas forman parte de tu forma de ser.

—Sé amable —ordenó Finley, que le tiró un poco de uno de los mechones.

Nicola cerró el libro en el sillón junto a Adam, un golpe seco que indicó a Finley que tenía toda su atención.

—¿Desde hace cuánto…? —empezó a decir Adam, que hizo un ademán con el que pretendía abarcar lo que quiera que estuviese ocurriendo entre Finley y Eileen. Le hubiese gustado tener palabras para describirlo, o al menos palabras que no lo hubiesen hecho sentir estúpido—. ¿Desde hace cuánto que tenéis está dinámica entre vosotros? Si no os importa que pregunte.

—Supongo que desde el principio, para algunas cosas —respondió Finley, que movía las manos con agilidad entrelazando los mechones de cabello—. Para otras, podría decirse que desde hace unos años. La estructura, las normas y los límites, es algo que

repasamos y consensuamos juntos. Pero la naturaleza en sí…, podría decirse que tiene vida propia. Y que viene de antes.

Eileen cerró los ojos y se dejó empapar por la conversación mientras Finley le trenzaba el pelo con maestría. Adam nunca la había visto tan mansa. Era como si fuese una de esas ilustraciones coloridas con acuarela de Nicola, borrosa entre las manos de Finley como si estuviese hecha de agua.

—¿Cómo aprendiste? —insistió Adam. Al fin y al cabo, podría decirse que era un académico de la vida. Y aquello no era más que un poco de curiosidad sociológica inofensiva.

—¿A cuidar de ella así? Una parte, por puro instinto —respondió Finley, que extendió el brazo para hacerse con el coletero que Eileen tenía en la muñeca—. Otra, investigación. Te recuerdo que tengo acceso a internet, Adam. Puede que parezca un paleto, pero sé leer.

Adam sintió el rubor apoderándose de él, y en esta ocasión no se debía únicamente a la excitación. ¿Por qué la vergüenza lo estaba excitando aún más? Si no tenía cuidado, iba a tener una erección, lo que solo serviría para hacerle pasar más vergüenza y empeorar aún más las cosas.

—No quería…

—Era broma —aseguró Finley con una sonrisa en el gesto—. No te preocupes.

—Vale. Pero responde la pregunta.

—Qué insistente —dijo Finley, como si no le gustase el comportamiento de Adam, como si se le hubiese ocurrido más de una manera de corregirlo. Y en ese momento Adam tuvo una erección, tanto que se vio obligado a recolocarse el portátil sobre las piernas para que no se le notase—. Normalmente, en una situación así, lo normal es buscar a alguien que te enseñe. Pero Eileen y yo no pudimos permitirnos ese lujo.

—¿Y tú podrías enseñar a otra persona? —preguntó Nicola.

Todas la miradas se centraron en Nicola en ese momento; Finley y Adam se giraron con brusquedad como si acabase de prenderse fuego, y Eileen la contempló con las cejas arqueadas en gesto de sorpresa. Nicola se limitó a encogerse de hombros y se negó a sentirse incómoda. Adam sabía que era imposible hacerla sentir algo que ella no quisiese.

—Pues nunca lo he intentado —consiguió responder Finley poco después—. ¿Me estás pidiendo…? ¿Me estás pidiendo que te enseñe?

—También podrías enseñar a Adam mientras yo miro —sugirió Nicola, con esa sonrisa pícara que se antojaba dulce y afilada al mismo tiempo—. Lo cierto es que aprendo mejor viendo las cosas.

Adam quería mantener la cabeza fría, quizá más que nunca en toda su vida. Pero los nervios se apoderaron de él.

—¿Qué? Pero, a ver… ¡Ni de broma! Yo no… Bueno, a menos que…

—Da igual —dijo Nicola al momento, para luego agarrar el libro y abrirlo por una página al azar como si fuese a ponerse a leer—. Solo era una idea, Adam. Si no te apetece…

—No es que no me apetezca —aseguró él. ¿Tanto miedo le daban las lecciones fetichistas que podía llegar a enseñarle Finley? Claro. ¿Iba a echarse atrás ahora que Nicola sin duda había intentado provocarlo? Tenía muy claro que no.

—No depende de Adam —dijo Finley, dirigiéndose a Nicola. Le habló con tono serio, como si también le estuviese dando órdenes. Y ella cerró la boca como si Finley la hubiese amordazado—. Depende de Eileen.

Finley se inclinó hacia delante y empezó a hablar con Eileen en voz baja y muy rápido, tanto que era imposible distinguir las palabras. Ella asintió y le respondió también entre susurros mientras alzaba la

vista para mirarlo.

Después Finley asintió y dijo:

—Eileen siempre duerme mejor después de hacerlo. Os podría enseñar algo breve y nada inapropiado, si ella quiere. ¿Os parece bien?

—Sí —comentó Adam, con demasiado ímpetu y ansias. No sabía que le apetecía tanto, pero ahora estaba muy claro que no había pensado en otra cosa desde aquella primera noche en Craigmar.

—Quédate en el suelo —dijo Finley a Eileen, presionándole dos dedos en el hombro de una forma que parecía deliberada, como si fuese alguna especie de mensaje en clave—. Adam, ¿podrías levantarte?

Adam obedeció, y Finley le tendió una mano para ayudarlo a ponerse en pie. El contacto fue breve pero inesperado, y los dedos de Finley seguían calientes tras llevar un rato recorriendo el cabello sedoso de Eileen. El roce hizo que respirar le costase aún más.

Pero ¿qué estaba haciendo?

Nicola dejó el libro a un lado y se inclinó hacia delante, analizando la escena que empezaba a desarrollarse frente a ella con curiosidad académica. Bueno, podría haber sido académica de no ser por la forma en la que los pezones se le marcaban en la camiseta tan fina que llevaba puesta.

Adam se detuvo a unos dos metros de Eileen, y Finley le presionó entre los omóplatos para que enderezase la espalda. Había estado encorvado, como siempre.

—Coloca los pies a la altura de los hombros —comentó Finley—. Estás al mando, así que tienes que actuar como tal.

Adam no fue capaz de responderle con una ocurrencia siquiera. Le resultaba muy fácil obedecer a Finley cuando le hablaba así.

—Isla —continuó el hombre, usando ese apodo que Adam

sospechaba que era un diminutivo que usaban en aquellas circunstancias—. Gatea.

Y Eileen gateó. A cuatro patas y muy despacio, hasta que volvió a sentarse como antes pero más cerca de Adam. Solo había recorrido unos pocos metros, pero los segundos se le antojaron a Adam como una eternidad. Ella alzó la vista para mirarlo, consciente sin duda del pánico de su mirada, y luego le dedicó una sonrisilla maliciosa, como si no tuviese la hombría suficiente para darle órdenes. Después, como si hubiese recordado su posición en la escena, bajó la mirada hasta el suelo.

Finley le dio unas palmaditas a Adam en el hombro y luego tomó asiento.

—Ahora estás al mando —dijo al tiempo que hacía un ademán hacia Eileen, como si pretendiese que Adam supiese qué hacer con ella—. Adelante.

Aquello le había parecido divertido unos diez segundos antes, pero ahora le dieron ganas de morirse allí mismo. Se sentía terrible e intensamente vivo, pero también quería morirse.

—¿Y qué hago? —preguntó.

—Lo que quieras —respondió Finley, con el mismo tono de voz con el que le diría que se diese prisa parar beberse una cerveza en el pub. Pero a quien tenía delante era a la novia de Finley, quien a su vez era la persona que estaba alojando y dándoles de comer a Nicola y a él—. No te pongas muy sobón, eso sí. Esto no es más que un ensayo, por si quieres hacer algo parecido en un futuro con otra persona. Lo importante es que te sientas cómodo teniendo el control. Venga. ¿Qué quieres hacer?

—Quiero… ¿Qué es lo que ella quiere que haga yo?

—Eso es muy sumiso por tu parte —comentó Finley, con una sonrisa que rozaba la condescendencia, una que hizo que a Adam le

diesen ganas de acercarse a él de una manera que se volvía más confusa a cada día que pasaba—. Pero tienes que dar un giro de ciento ochenta grados. Te puedo asegurar que lo que quiere Eileen es que hagas lo que tú quieras con ella. Quiere que la uses de la forma que más te apetezca. ¿No es así, Isla?

Eileen resplandeció a la luz de las llamas, sobre todo cuando giró la cabeza hacia Finley para asentir, con ojos brillantes y llenos de una confianza inquebrantable. Adam tuvo una epifanía en ese momento, una que le hizo descubrir que aquello no tenía nada que ver con él. Ni siquiera con Nicola, quien no les quitaba ojo de encima con un deleite muy pueril. La protagonista era Eileen, quien se estaba rindiendo a los designios de otro hombre porque Finley se lo estaba pidiendo, y Finley estaba ahí para asegurarse de que se sintiese segura y querida sin ni siquiera tocarla. Era un ejercicio de confianza entre ellos, otro juego en el que Adam era nada más y nada menos que otra pieza más del tablero.

Tendría que haberse sentido insultado al darse cuenta de que lo estaban manipulando para llevar a buen puerto aquel placer indescifrable.

En lugar de eso, Adam sintió que se le había puesto más dura que nunca.

—A Eileen le gusta que se sobrepasen un poco los límites —explicó Finley—. Pero si haces algo que no quiere, usará su palabra segura. ¿Cuál es la palabra, Isla?

—Geranio —respondió ella, obediente.

Adam abrió y cerró las manos, que le colgaban de los costados, durante un buen rato. Después reaccionó y levantó la barbilla de Eileen con la punta de los dedos. Esperaba que la mujer se resistiese, o quizá incluso que estallase en carcajadas para dejarle claro que aquello no era más que una broma muy elaborada. Pero, en lugar de

eso, se dejó hacer y expuso el cuello pálido y las venas que le latían en él. Adam no había tenido que hacer fuerza prácticamente.

Finley gruñó con aprobación desde el sofá, pero no dijo nada. El sonido, que había sido poco más que un ruido con la garganta, cayó a plomo en el estómago de Adam. Después, notó como si los dedos empezaran a moverse solos y recorrieron poco a poco el mentón de Eileen hasta llegar a rozarle los labios.

Lo único que quería era tocarle ahí, con mucha suavidad, en esa boca del color de un capullo de rosa. Solo tenía que pasarle el dedo índice por el labio inferior y memorizar esa sensación para recordarla una y otra vez en sus fantasías nocturnas más obscenas. Pero luego Eileen hizo lo impensable.

Separó los labios, le rodeó el índice con ellos y empezó a chupar. Adam oyó que alguien inhalaba con brusquedad en ese momento, y luego se sintió tan propasado por la lujuria y por esa sensación nueva y atenazante que notaba en el pecho cada vez que Finley le decía qué hacer, que tardó un instante en darse cuenta de que la que había soltado el grito ahogado había sido Nicola.

—¿Te gusta su boca? —preguntó Finley, y era imposible que no se estuviese poniendo cachondo al contemplar la escena. Todos los que se encontraban en la estancia sabían muy bien lo que estaban haciendo allí.

Por toda respuesta, Adam deslizó también el dedo corazón dentro de la boca de Eileen, lo que la hizo gemir de placer. El sonido vibró por la palma de su mano mientras la metía y la sacaba, primero una vez y luego dos veces. Usó el pulgar para embadurnarle los labios de saliva, lo que los dejó relucientes y húmedos. Después volvió a hacer fuerza y le metió los dedos a más profundidad en esta ocasión, hasta el fondo de la garganta.

Lo había hecho sin pensar, por impulso, y tardó un momento en

darse cuenta de lo que quería de ella, aparte de la más que obvia excitación que le provocaba el tacto de su lengua.

Sintió un escalofrío en el miembro y se dio cuenta de que quería destrozarla. Quería verla jadear hasta que no pudiese más.

—Muy bien —comentó Finley, y Adam se preguntó si podría llegar a correrse solo con eso, metiéndole los dedos en la boca a Eileen mientras la voz intensa y grave de Finley los elogiaba.

No tenía ni idea de lo que iba a ocurrir a continuación. Se suponía que era él quien tenía el control, como había dicho Finley, pero se sentía del todo indefenso en las aguas revueltas que habían empezado a acumularse bajo ellos.

Pero después miró por encima del hombro de Eileen y vio algo que lo hizo salir de aquellas olas oscuras para tomar el aire, algo que lo obligó a soltar un ruido desesperado a caballo entre un grito ahogado y un gemido.

—¿Qué pasa? —preguntó Nicola, que ya se había puesto en pie. La confusión del momento empezó a desvanecerse cuando se acercó a Adam por detrás y le puso una mano en el hombro. Eileen se levantó, un poco mareada, con las pupilas dilatadas y la boca húmeda, pero volvía a ser la de siempre. Hasta Finley se había puesto en pie al momento, con el ceño fruncido en gesto de preocupación.

Adam se quedó mirando la pequeña fotografía enmarcada que había en la pared detrás de Eileen, esa junto a la que había pasado tantas veces a estas alturas. Era una foto de la abuela de Eileen en Navidad, con edad de ir a la escuela, una sonrisa de oreja a oreja, el cabello negro y ondulado y abrazando contra el pecho una muñeca de porcelana. El fondo estaba borroso, pero había algo en una de las esquinas de la imagen que había dejado a Adam sin aliento.

Era un chico a la derecha del todo, que alzaba la mano para agarrar

un adorno protuberante del gigantesco árbol de Navidad. Tendría unos ocho o nueve años y podría haberse tratado del hijo de un invitado, pero era imposible no fijarse en el pelo extraordinariamente rubio, la nariz llamativa y esos ojos azules como acianos que Adam veía cada vez que se miraba en el espejo.

Eileen siguió su línea de visión, identificó la fotografía y luego se acercó a ella con determinación. La separó de la pared y al comprobar que el marco estaba grapado, lo golpeó contra el borde del escritorio de su padre para romperlo. Después sacó la fotografía de los restos de madera y cristales y la colocó a la luz.

Adam se acercó y se puso detrás de ella, seguido de Finley y Nicola. Era lo más cerca que habían estado todos, arremolinados junto a una fotografía para identificar a un fantasma del pasado.

Eileen le dio la vuelta a la foto. En el dorso, con una caligrafía anticuada y angulosa, alguien había escrito: «Arabella y Robbie, Navidad de 1970».

CAPÍTULO DIECISIETE
ROBERT

Robert se puso de puntillas para alcanzar el adorno navideño, que tenía casi al alcance de la mano. Era uno de ese azul que solo había visto en las cabezas relucientes de los ánades reales que nadaban por el lago cercano. Estaba muy cerca, tanto que las puntas de los dedos le rozaron con suavidad la franja áspera de purpurina plateada que cubría el cristal frío. Se había planteado pedirle ayuda a su madre, pero quería hacerlo solo. Además, ella estaba ocupada hablando con uno de sus amigos mientras bebía una copa de ponche de huevo. No quería molestarla.

—¡Pataaaaata! —canturreó Arabella mientras dedicaba una gran sonrisa al fotógrafo. Cuando la cámara emitió el chasquido y el hombre levantó el pulgar, ella se dejó caer hacia atrás con satisfacción, hacia Robert.

Él se chocó contra el árbol y el adorno cayó al suelo, donde se hizo añicos al romperse.

—¡Oh! —gritó Arabella compungida—. Lo siento mucho, Robbie. Yo…

—Robert.

Robert se tensó cuando vio acercarse a su padre, con los labios fruncidos bajo el bigote en un gesto de desaprobación. A Robert se le daba bien controlar el lugar de la casa donde se encontraba su padre, y hasta había memorizado el ruido de sus pisadas, pero en ese momento fue como si hubiese salido de la nada. Robert quería mucho a su padre y no le gustaba hacerlo enfadar, pero también le

tenía un poco de miedo, y el pastor había dicho que así era como tenían que sentirse los niños con respecto a sus padres.

—Papi, no es culpa de él —dijo Arabella, que hinchó el pecho hasta parecerse a un pequeño gorila con lazos en el pelo—. Me choqué contra Robbie y…

—Tienes que dejar que se responsabilice de sus errores —comentó el padre de ambos. No había alzado la voz, pero tampoco hacía falta que lo hiciese para hacer sentir mal a Robert—. Robbie, ¿has roto tú el adorno?

—Sí —respondió él, que se llevó al pulgar a la boca antes de recordar que un niño de ocho años era demasiado mayor para chupárselo.

—Pues vas a recogerlo. Arabella, ve a buscar la escoba y la pala en la cocina.

Robert esperó a que su hermana se marcharse corriendo por el pasillo antes de hablar.

—Perdón —dijo mientras le temblaba el labio.

—Tranquilo —le dijo su padre, con algo más de amabilidad y mientras lo agarraba por el hombro con una de sus manazas—. No hace falta que te sientas mal. Solo ha sido un accidente, ¿de acuerdo? Los hombres arreglan lo que rompen y no lloran por ello.

—Muy bien —dijo Robert, que reprimió las lágrimas—. Solo quería verlo de cerca.

—Son de cristal y purpurina. Nada más, Robbie. Recógelo y te compraré algo mejor.

—Muy bien —repitió Robert justo cuando su hermana apareció con la escoba.

Barrió con determinación los cristales rotos, sin dejar atrás ni la más mínima esquirla, e incluso arrodillándose debajo del mantel del árbol para comprobar que no quedaba ni una. La fiesta continuó a su

alrededor, sin que nadie prestase demasiada atención a aquel niño que cumplía con su castigo, al que parecían considerar poco más que otro adorno. Aun así, tenía el rostro ruborizado a causa de la vergüenza. Quería hacer todo lo posible por portarse bien, pero siempre terminaba equivocándose.

—Perfecto —dijo su padre, que le quitó la pala y la escoba de las manitas tan pronto como terminó de recoger. Le había dado la impresión de llevar haciéndolo una eternidad—. Ten cuidado la próxima vez, ¿vale? Belle, no vuelvas a empujar así a tu hermano. Es más pequeño que tú y podrías tirarlo al suelo.

—¡Vale! —respondió Arabella, que luego corrió para colocarse junto al regazo de su madre y le robó un sorbo de ponche de huevo. La madre la saludó al momento, para luego empezar a acariciarle el pelo mientras seguía cuchicheando con sus amigos. Robert se percató de que este año había menos personas en la fiesta, y de que el año pasado también había habido menos que el año anterior. ¿Acaso los adultos ya no querían ir en coche a ese caserón desde la ciudad? ¿O quizá sus padres ya no le caían bien a tanta gente como antes?

—Te prometí algo mejor, ¿verdad? —comentó su padre. Era un hombre alto y de complexión fuerte, con hombros anchos, la mandíbula prominente y algo de tripa. Robert, que era bajito para su edad y también flacucho, se preguntó si alguna vez llegaría a ser tan fuerte.

—Sí —dijo, mientras la esperanza se apoderaba de sus entrañas.

Su padre señaló con la escoba uno de los muchos regalos que había debajo del árbol, una caja grande y rectangular envuelta con un papel de regalo escarlata y decorada con un lazo de terciopelo.

—Ese es para ti.

—Pero aún no es Navidad —comentó Robert, confuso,

escandalizado y emocionado al mismo tiempo.

—Pero no queda mucho —aseguró su padre, que le guiñó el ojo con gesto cómplice—. Venga. Ábrelo.

No tuvo que decírselo dos veces. Robert se acercó al regalo con un entusiasmo descontrolado, rasgó el papel y levantó la tapa, tras la que encontró un osito de peluche que le hizo soltar un grito de júbilo. Robbie agarró a su nuevo amigo contra el pecho y se deleitó con su suavidad. El pelaje era de un tono acaramelado y rizado, muy parecido al que había visto en un escaparate cuando su padre lo había llevado a un viaje de negocios en Glasgow.

—¿Es para mí? —preguntó Robert, que sonrío lo máximo que le permitía la mandíbula.

—Es para ti —respondió su padre, que le despeinó el pelo rubio. Su hermana y sus padres tenían el pelo negro. Cuando la gente se confundía, él siempre los corregía rápidamente diciendo que Robert era adoptado y que era tan de la familia como Arabella—. Asegúrate de ponerle un buen nombre. Ahora, ve a disfrutar lo que queda de la fiesta.

Robert disfrutó de lo que quedaba de la fiesta, mucho, incluso cuando Arabella hizo trampas jugando a las cartas y su madre se puso de parte de ella. Siguió pasándolo bien cuando los adultos empezaron a ponerse las chaquetas y los abrigos de piel, para luego despedirse durante un buen rato en el recibidor mientras los coches se calentaban en el exterior. Y siguió haciéndolo cuando empezaron a cerrársele los ojos, y cuando subió las escaleras para luego esperar a que Arabella subiese a acostarse. No tenía sentido intentar dormirse antes de que ella terminase sus rituales femeninos nocturnos y ruidosos en la habitación contigua, en los que se dedicaba a tirar horquillas en cuencos de cerámica y a pasearse con los zapatos puestos por la estancia. Además, quería darle un abrazo de buenas

noches. Robert se dedicó a peinar el pelo rizado del osito de peluche con los dedos mientras esperaba. No había soltado al osito, al que le había puesto el nombre de Tammany, o Tam para abreviar, en toda la noche.

Su madre se paseó por el primer piso mientras suspiraba y se quitaba los pendientes. Su padre apareció unos instantes después y se detuvo junto a ella para rodearle la cintura con un brazo y darle un beso en el hombro. Robert estaba bien escondido detrás de la barandilla y tenía bastante claro que no podían verlo. Sus padres hablaron en voz baja, murmurando hasta que él se apartó y dijo, lo bastante alto como para que Robert lo oyese:

—Se adaptará. Solo necesita tiempo.

—Han pasado seis años —respondió su madre—. Me preocupa que no lo haga, que no llegue a adaptarse del todo.

—La agencia nos comentó que es algo que ocurre a veces. Es un individuo con personalidad propia, y no tiene nada de malo. Es muy listo y adora a Arabella. ¿Preferirías estar criando a un niño que no tuviese nada en la sesera?

Robert se quedó paralizado con el pulgar aún en la boca y sintió que un escalofrío le recorría el vientre. ¿Estaban hablando de él? ¿Estaban enfadados con él?

—Sé que lo quieres tanto como yo —continuó su madre tras suspirar—. Pero a veces me siento culpable. No es justo que atrapemos aquí al hijo de otra mujer.

—Esa mujer no podía ni cuidar de sí misma. Y mucho menos del niño —respondió el padre de Robert, con un tono brusco que solo le había oído cuando hablaba de los católicos o de los criminales—. Le hemos hecho un favor. Belle quería un hermanito, lo único que no podíamos darle por mucho que lo intentáramos.

La madre de Robert se quedó en silencio y se ciñó el chal sobre los

hombros. Sollozó, y el padre se acercó para abrazarla con fuerza.

—Nunca te he culpado por ello —dijo él en voz baja, tanto que Robert casi ni lo oyó—. Ya lo sabes. Estamos haciendo todo lo que podemos. Subamos y acostemos a los pequeños. Ha sido un día muy largo.

Robert subió por las escaleras de la forma más silenciosa que fue capaz y luego avanzó de puntillas por el pasillo hasta su habitación para que no lo viesen. Una vez dentro, se quitó los pantalones, la camisa de vestir y la pequeña pajarita, para luego ponerse una camisa de pijama que le quedaba grande antes de meterse en la cama.

Allí, tumbado en la oscuridad, rodeado por trenes de madera y una cantidad incontable de libros de aventuras, aferrando contra el pecho el nuevo osito de peluche y oyendo el ajetreo de pies de sus padres al otro lado de la puerta, se sintió el niño más solitario del mundo.

CAPÍTULO DIECIOCHO
NICOLA

A Nicola le pitaban los oídos mientras contemplaba a Adam, Eileen y Finley, hombro con hombro frente al escritorio, comentando teorías sin dejar de mirar la foto. Eileen había agarrado a Adam cerca del cuello y estaba inclinada hacia delante mientras hablaban en voz baja y apremiante. Lo hacían como si se conociesen de toda la vida, como si fuesen tan íntimos como lo eran Adam y Nicola.

El ambiente caldeado de la lección de Finley momentos antes se había evaporado por completo debido a problemas más acuciantes. Nicola no pudo evitar sentir que se habían olvidado de ella.

—Tiene que ser tu abuelo —dijo Eileen—. Se llama igual y se parece mucho a ti.

—Siempre pensé que había venido a Craigmar cuando era mayor —comentó Adam, con ojos relucientes a causa de la emoción del descubrimiento.

—Y eso hizo —continuó Eileen—. Pero no podemos descartar que también haya crecido aquí.

—Quizá visitase Craigmar unas Navidades cuando era pequeño —comentó Nicola en voz baja, aunque en el fondo sabía que no era verdad. Tenía muy claro lo que acababan de descubrir y la manera en la que afectaría a su amistad con Adam. Para él, sería un triunfo, la vuelta a casa del hijo pródigo. Y dejaría de necesitarla.

—Tu abuela y el abuelo de Adam tendrían la misma edad en esta fotografía —apuntó Finley, que tamborileaba con los dedos sobre el escritorio—. Casi parecen hermanos.

—Mi abuelo era hijo único —aseguró Adam.

—Eso es lo que siempre me han dicho sobre mi abuela también —dijo Eileen—. Si hubiese tenido un hermano pequeño, me habría enterado, ¿no?

—Puede que no —dijo Finley—. Las familias tienen secretos.

—Sí, pero Robert y Arabella no se parecían en nada en esta foto —continuó Adam—. Igual que yo tampoco me parezco a Eileen.

—Hay muchas adopciones —explicó Finley, que bajó la mirada a la moqueta. Era como si Adam le hubiese tocado la fibra sensible sin saberlo, pero, antes de que Nicola pudiese preguntarle qué acababa de pasar, Adam siguió intentando desentrañar la situación.

—Mi abuelo nunca mencionó que había crecido aquí. Y tampoco que tuviese una hermana. Dijo que no tenía familia.

—Todo el mundo tiene familia, sea de la clase que sea —dijo Eileen, que dedicó una mirada tan esperanzadora a Adam que hizo que Nicola sintiese náuseas.

Adam, que siempre era un poco más lento que Nicola a la hora de entender las cosas, terminó por captar lo que había querido decir Eileen.

—No creerás que somos parientes, ¿verdad? Primos separados hace mucho tiempo, o algo así.

—Primos segundos —dijo Nicola, que había empezado a morderse un carrillo. Intentó recordar que aquello no tenía nada que ver con ella y que tendría que alegrarse por Adam, pero sentía el estómago revuelto igualmente—. Si el abuelo de Adam era el hermano de la abuela de Eileen, sois primos segundos.

—Hemos pasado toda la mañana revisando los registros familiares —comentó Eileen—. No se mencionaba a Robert en ningún momento.

—Los registros genealógicos pueden anularse —respondió Finley.

—Pero las partidas de nacimiento no —discrepó Eileen, a la que le brillaron los ojos por la inspiración que acababa de venirle. Acercó otra de las cajas de cartón que había sobre el escritorio y sacó de ella una carpeta negra y polvorienta. Cuando la abrió, la pesada tapa cayó con estruendo sobre la superficie. En el interior, entre protectores de plástico, había muchísimas partidas de nacimiento y certificados de matrimonio.

—Las familias con historia se enorgullecen demasiado de su nombre como para destruir las pruebas de la existencia de sus integrantes —murmuró Eileen, que empezó a pasar páginas cada vez más rápido—. Aunque se hayan borrado los registros, tienen que haber dejado un palimpsesto.

Nicola tuvo que acercarse, como si fuese una polilla acercándose a una llama que le acabase de prometer iluminarla con la abrasadora verdad, aunque le quemase. Se colocó entre Finley y Adam, anclada a la realidad gracias al roce cálido de ambos.

Eileen siguió pasando las páginas, analizando los nombres de todos los niños, padres y recién casados. No encontró nada. Pero, cuando llegó al final de la carpeta y pasó la última página, Nicola vio un pedazo de papel detrás del certificado de nacimiento de Arabella Kirkfoyle.

—Ahí hay algo —dijo sin aliento—. Atrás, Eileen.

Eileen deslizó la uña con cuidado entre el certificado y el documento que parecía haber detrás, para luego sacar una hoja doblada de papel grueso. Cuando la desdobló, el mundo de Nicola dejó de dar vueltas.

Era un certificado de adopción.

—Robert Kirkfoyle —leyó Eileen en voz alta y temblorosa—. Adoptado con dos años por mis abuelos. Está firmado y registrado en un juzgado.

Eileen y Adam se miraron durante un buen rato, y luego Eileen, a quien Nicola nunca había visto abrazar a Finley, dio un paso al frente y envolvió a Adam con los brazos.

—Bienvenido a casa —dijo, con la voz amortiguada por el jersey de Adam.

Este alzó los brazos para abrazar a Eileen con fuerza por los hombros, y Nicola sintió como si su mundo acabase en aquel instante.



Nicola tuvo un sueño muy ligero esa noche, el poco tiempo que pasó dormida. Sabía que estaba actuando como una niña celosa que no quería que nadie se acercase a Adam, pero también sabía que la situación era algo inquietante. Lo que había ocurrido los días anteriores había pasado demasiado rápido, y la gran revelación parecía igual de precipitada. No era capaz de imaginarse al desgarbado e irritante de su amigo, el mismo chico que había suspendido cálculo el primer año de universidad debido a la cantidad de faltas de asistencia, como una especie de aristócrata. Puede que Adam fuese un Kirkfoyle sin consanguineidad, pero no se parecía en nada a Eileen.

Y luego también tenía que tener en cuenta el abrazo, fuerte y más prolongado de lo habitual. Eileen había aferrado a Adam como si llevase esperándolo toda la vida, y él la había abrazado como si le fuese la vida en ello. Eileen tenía los ojos llorosos cuando se habían separado y había empezado a reír, eufórica, y él le había puesto las manos sobre los hombros y le había dedicado una sonrisa, más feliz de lo que Nicola lo había visto jamás.

Nicola entendía la reacción de Eileen. Llevaba años sola en el

mundo, y Nicola, que nunca había tenido una familia propiamente dicha, sentía compasión por el lord de Craigmar. Pero Adam, a pesar de tener familia y a sus dos padres vivos, había agarrado a Eileen como si fuese su última esperanza, como si Nicola no llevase a su lado desde hacía años, tan incondicionalmente como lo estaría cualquier familia.

Nicola estaba tumbada en la cama, frustrada con Adam y preocupada también por lo que Eileen podía llegar a hacer con ella ahora que él era valioso y Nicola no. Y siguió así hasta que el día empezó a despuntar rosado al otro lado de la ventana.

Después, retiró las sábanas, se sentó frente al portátil que estaba sobre el escritorio y abrió JSTOR en una nueva ventana.

Puede que Adam hubiese quedado obnubilado por la euforia del descubrimiento, pero ella no se había olvidado del riesgo que corrían. La hospitalidad de Eileen tenía una condición: que ambos la ayudasen a descubrir una forma de anular el contrato sobrenatural que vinculaba a su familia con esos vecinos subterráneos.

Y Nicola tenía claro que iba a ganarse el pan antes de que a Eileen se le ocurriese la manera de echarla de allí.

Quizá al hacerlo encontrase algo que la hiciese sentir mejor con todo lo que estaba ocurriendo.

No levantó la vista de la pantalla en tres horas, hasta que le sonó la alarma de la pastilla anticonceptiva y le pegó un susto de muerte, hasta que se le pusieron los ojos rojos de repasar páginas escaneadas de libros con doscientos años de antigüedad, de pasar páginas rápidamente para contrastar la etimología de los nombres que se repetían de los símbolos que aparecían por aquí y por allá.

Nicola contempló el sol alzándose en los cielos y se resignó al hecho de que, si alguna de sus sospechas estaba en lo cierto, confirmarla no iba a hacerla sentir mejor.

Después se llevó las manos al rostro y respiró hondo tres veces. No estaba bien. Se había acostado muy tarde y había sentido muchas cosas al mismo tiempo: lujuria, nostalgia, miedo y envidia. Quizá estaba viendo cosas donde no las había.

O quizá era la única que había empezado a unir los puntos. Y, si ese era el caso, nunca podría perdonarse el hecho de no haber intentado contárselo a Adam al menos.

Nicola se puso unos vaqueros y un sujetador, se echó por encima un jersey y recorrió el pasillo para tocar en la habitación de Adam.

—¿Quién es? —preguntó él desde el interior, arrastrando las palabras a causa del sueño.

—Soy Nikki —respondió ella, que intentó sonar animada y muy tranquila—. Déjame entrar.

—Está abierta.

Nicola pasó a la habitación de Adam y lo encontró dormitando en una maraña de sábanas y almohadas de plumón, con las mejillas ruborizadas, como si se acabase de despertar de un sueño. Se colocó bocarriba y se frotó los ojos con una mano, mientras la luz matutina que se proyectaba por la ventana le iluminaba la curva del bíceps y el pecho desnudo, moteado por las sombras de su pelo rubio.

«Sí que se lo ve como en casa en este lugar —pensó Nicola mientras el sufrimiento le apuñalaba en el corazón—. Como un príncipe que descansa después de una batalla».

—Despierta. Tenemos que hablar.

—Estoy despierto —dijo Adam, que no hizo amago alguno de levantarse o vestirse—. Y estamos hablando. ¿Qué ha pasado?

Nicola empezó a caminar en círculos mientras hundía los pies en la moqueta que se extendía por debajo de sus calcetines. No sabía cómo contarle lo que había ido a decirle sin que pareciese que había perdido la cabeza por completo. O, peor aún, sin hacerlo enfadar.

—He estado investigando —dijo, tras decidir que empezar con una descripción neutral de los hechos era lo más adecuado—. El folclore local y otras historias de la región. Lo he comparado todo con lo que Eileen nos ha contado sobre su familia y sobre las hadas.

—Genial —dijo Adam, un poco adormilado aún—. Pero es muy temprano. Aún no he ni desayunado. Ya tendremos tiempo para hablar del tema más tarde.

A Nicola le dio mucha rabia que Adam pareciese creer que tenía todo el tiempo del mundo, que la languidez sosegada de los días largos de Craigmar nunca iba a terminar. Se suponía que solo iban a pasar allí una semana. Es lo que habían consensuado. Entendía el vuelco que podía haber dado la identidad de Adam de la noche a la mañana, así como sus prioridades, pero ella seguía allí con él y tenía intención de seguir el plan previo a rajatabla.

—Precisamente, me preocupa que no tengamos tiempo. Escúchame, Adam. —Nicola se sentó al borde de la cama, como había hecho muchas veces mientras se tomaban unos vodkas antes de salir, o cuando escribía informes literarios mientras Adam comía cacahuetes tostados con miel y diseñaba páginas web. Pero ahora no se iban a ir de fiesta ni tenían ninguna asignatura que aprobar. Solo estaban Adam, ella y aquel lugar con esa presencia agobiante que lo colmaba todo—. Me tienes preocupada. Algo va mal.

—¿A qué te refieres?

—Voy a decir algo que puede que te parezca raro, pero sígueme el juego, ¿vale?

—Vale —repitió él, que no parecía del todo convencido.

—Estamos de acuerdo con que este lugar tiene algo especial, ¿no? Que parece regirse por unas normas diferentes. Normas antiguas controladas por algo que Eileen llama magia.

—Así es —dijo Adam.

—No voy a fingir que entiendo todas esas normas, pero conozco algunas. Las joyas de hierro, ponerme el jersey al revés…

—Y también sabías lo que hacer con la leche en la cueva, sí —apostilló Adam, como para animarla a continuar.

—Cierto —convino Nicola. Quizá pudiese llegar a convencerlo. Quizá aún tenía tiempo de conseguir que se alejase del precipicio junto al que empezaba a tambalearse—. Esas normas se conservan gracias a las tradiciones, que a su vez lo hacen gracias a las historias. No es un sistema perfecto, claro: se pierde mucha información y se inventa otra tanta, pero aún nos sirven como una especie de… hoja de ruta para hacer frente a este tipo de situaciones extrañas.

—¿Hablas de cuentos de hadas? —preguntó Adam, que arqueó una ceja con escepticismo mientras le daba un buen trago al vaso de agua que tenía junto a la cama.

—Hablo de memoria ancestral —comentó Nicola, con tono más serio. Estaba haciendo todo lo posible por contener su frustración, que cada vez era mayor, ya que sabía por experiencia que enfadarse delante de Adam solo iba a servirle para que la conversación no llegase a ningún lado—. Escucha. Voy a ir al grano. Hay muchas historias que hablan de un héroe que se marcha de casa para correr aventuras, pero son pocas las que cuentan la parte en la que regresa. En esas, el hogar no suele ser lo que parece en un primer momento y, a veces, no es más que una ilusión. Una tentación. ¿Lo entiendes?

Adam parpadeó sin dejar de mirarla y con la frente arrugada. A Nicola le dieron ganas de tirarse de los pelos, pero consiguió mantener la compostura de alguna manera y continuar hablando.

—Es una trampa, Adam. El castillo en el que han preparado un banquete para darle la bienvenida al héroe siempre es una trampa. Es algo que ocurre siempre, si buscas bien. Galahad y el castillo de vírgenes, o Gawain en Hautdesert, u Odiseo en la isla de…

—Nikki, estás yendo demasiado rápido —dijo Adam, que extendió el brazo hacia ella. Nicola tenía las manos estrechadas con mucha fuerza sobre el regazo. No quería que Adam la tocase en ese momento. Solo quería que le hiciese caso—. Te estás poniendo muy académica para lo temprano que es.

—No me estoy poniendo académica. Me estoy poniendo seria —espetó ella—. ¿Quieres que te lo dé bien masticadito?

—Supongo que lo prefiero, sí —aseguró Adam, que levantó las manos como si empezara a hartarse, como si él fuese el marido inepto de una comedia de televisión y ella la sufrida esposa.

A Nicola le dieron ganas de estrangularlo con esas sábanas caras de color crema.

—¿No crees que es un poco raro que hace una semana Eileen no tuviese ni idea de quién eras y ahora le dé un vuelco a su vida para centrarse en ti? ¿Y no crees que es un poco raro que la foto de tu abuelo lleve en esa pared toda su vida y no se haya fijado en ella?

Se percató de la amargura con la que había hecho las preguntas. Y también vio que lo había dejado afectado al fijarse en cómo Adam entrecerraba ligeramente los ojos, pero le dio igual. A veces, tener razón era más importante que ser amable.

—Eileen ha tenido una vida complicada y está siendo muy generosa. Nos ha permitido quedarnos sin pagar nada, nos da de comer y hasta se ha ofrecido a comprarnos los billetes de avión para la vuelta. No creo que sea justo que…

—¿Y si Eileen no es la princesa encerrada en la torre que estaba esperando a que la salvases? —preguntó Nicola con voz quebrada. Temía que, si Adam no se percataba de eso como mínimo, estuviese demasiado afectado a estas alturas por el conjuro que Craigmar le había lanzado, fuera cual fuese—. ¿Y si es la bruja mala?

—Creo que no estás siendo nada justa con ella —dijo él, serio.

Nicola se desinfló como un globo de San Valentín olvidado en la trastienda de una floristería.

Se quedaron sentados y en silencio durante unos instantes; ella mirándose las manos y conteniendo las lágrimas, y él incorporado con torpeza en la cama mientras se mordía el labio. Después, justo cuando Nicola empezaba a plantearse salir a toda prisa de la habitación y dar un portazo, Adam habló.

—Esto no es uno de esos cuentos —dijo despacio, como si ella fuese imbécil, como si fuese un niña—. Es la vida real. Me parece normal que estés celosa. Sé que no llevas bien las cuestiones familiares y es muy probable que lo ocurrido anoche te haya abierto algunas viejas heridas.

Esa era la razón por la que Nicola no tenía una relación amorosa con Adam Lancaster. Actuaba de manera muy racional con todo lo concerniente a otras personas, pero cuando se trataba de él y sus caprichos siempre hacía lo que le venía en gana.

—Eso ha sonado muy condescendiente —dijo ella en voz baja. Las lágrimas empezaron a quemarle en las comisuras de los párpados. Un minuto más y hubiese estado a punto de venirse abajo, pero se negaba a dejar que Adam la viese llorar.

—Es que ni siquiera sé de qué la estás acusando. Te limitas a decir que te da mala espina —dijo Adam, que ahora era quien parecía frustrado. Apartó las sábanas y se puso en pie, para luego ponerse una camiseta de manga larga sobre los pantalones de chándal—. No eres la única que ha tenido problemas con su familia. ¿Podrías dejar que me encargue de esto y disfrutarlo por un día antes de empezar con tus objeciones?

A Nicola se le heló la sangre.

Tenía varias teorías sobre lo que podía estar tramando Eileen, y ninguna terminaba bien para Adam, pero en ese momento le

importaba muy poco lo que pudiera pasarle a él.

—Muy bien —dijo al tiempo que se ponía en pie para marcharse—. Venir ha sido una estupidez, de todas formas. Disfruta de ser el elegido, o de lo que carajo sea lo que está pasando. Me voy a dar un paseo.

—Nikki —llamó Adam con un suspiro exasperado. Afectada por esa rabia desmesurada, le dieron ganas de cortarle la lengua la próxima vez que la llamase así—. No vayas. Hace mucho frío.

—Mejor —espetó Nicola—. A lo mejor me muero congelada ahí fuera y Eileen y tú podéis celebrarlo follando en mi funeral.

Nicola dio un portazo al marcharse, con tanta fuerza que se estremeció el marco de la puerta, para luego recorrer los pasillos a toda velocidad. Unas lágrimas calientes empezaron a derramársele por la cara mientras contenía un sollozo, con los puños cerrados a ambos lados del cuerpo.

Decidió dejar que Adam descubriese por él mismo lo que iba a ocurrir.

Y si sufría en el proceso, que así fuese.

CAPÍTULO DIECINUEVE
ADAM

Adam no siguió a Nicola cuando se marchó por el pasillo, y se intentó convencer de que le daba igual si enfermaba con neumonía al salir al exterior. Si quería ponerse en plan depresiva en los páramos como hacían sus heroínas de las novelas románticas góticas que leía, pues allá ella. La presión que notaba en el pecho se debía a la rabia que sentía por lo insoportable que se había puesto. Y el dolor de mandíbula por apretar los dientes era el resultado de haber dormido tan profundamente después de acostarse tarde. Adam se vistió y bajó por la escalera principal, más despacio de lo habitual. Alzó la vista a los retratos que había admirado tantas veces, preguntándose por el aspecto que tendría el rostro de su abuelo si también le hubiesen dedicado una de esas pinturas al óleo; preguntándose por qué su abuelo se había marchado de aquel lugar y por qué él nunca había oído hablar de que tuviese una hermana llamada Arabella o familia siquiera.

Tenía la advertencia de Nicola grabada a fuego en la mente, recordándole que no sabía todo lo que estaba pasando allí. Seguro que había algo que se le estaba escapando.

Adam intentó dejar de darle vueltas al tema al llegar al pie de las escaleras. Había momentos en la vida en los que pasaban cosas buenas y ya está. No tenía por qué haber un motivo oculto ni que ocurrir un reequilibrio a escala cósmica. A veces, las familias se separaban para luego volver a encontrarse. Era una de las historias más antiguas del mundo y no tenía por qué tener un final retorcido.

Se dirigió a la cocina con la esperanza de encontrar allí a Eileen y a Finley terminando de desayunar, pero en lugar de eso encontró a Eileen sola, con la camisa arremangada hasta los codos y las manos llenas de harina. Intentaba despegar una masa gelatinosa de la encimera con una espátula.

—Bueno días —dijo Adam, que luego rio entre dientes—. ¿Qué haces?

Eileen soltó un grito ahogado y luego se llevó una mano llena de harina al pecho mientras recuperaba el aliento.

—Me has asustado. Creía que no te levantabas tan temprano.

—Son casi las diez —comentó Adam, que cabeceó en dirección al reloj—. Es bastante tarde, en realidad.

—Ah —dijo ella, que bajó la vista a las cosas que tenía desperdigadas por la encimera. Adam vio nueces en remojo en un cuenco de cerámica, mantequilla cortada en cubos irregulares reblandeciéndose en un plato y carne de ave descongelándose en el lavabo, aún envuelta en un papel de estraza y atada con cordeles. Y también había muchos utensilios por toda la estancia, como si de metralla de un disparo se tratara, y platos y tablas de cortar, de los que Eileen ya había ensuciado muchísimos—. Debo haber perdido la noción del tiempo. No estoy acostumbrada a cocinar tanto. Gracias a Dios que he empezado temprano.

—¿Qué se celebra? —preguntó Adam—. ¿Te apetecía algo que no fuesen huevos con tostadas?

—Te celebramos a ti —dijo ella, como si fuese lo más normal del mundo—. Hace años que abandoné toda esperanza de tener familia. Podría decirse que eres un milagro.

Adam se mareó de repente, como si Eileen le hubiese vertido media botella del vino que estaba usando para cocinar por el gaznate. Ya le había resultado muy embriagador que Eileen, una

persona consentida, guapa y difícil de complacer, aprobase su presencia. Pero que lo cuidase así, como si Adam fuese lo que había pedido en sus oraciones más secretas y fervorosas, le resultaba cautivador.

—Ah… —dijo—. Pues la verdad es que no se me ocurre nada que responder. ¿Quieres que te ayude?

—Claro —respondió ella, que le dedicó una deslumbrante sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué estás preparando?

—Pato al romero relleno de nueces picadas, bollos caseros y una ensalada con rábanos de la huerta. ¿Crees que será suficiente?

—Más que suficiente —dijo él, que se colocó junto a Eileen frente a la encimera de la cocina—. No tenías que preparar todo esto por mí.

—Es una celebración para todos. Al fin y al cabo, una solo se reencuentra con un primo segundo una vez, ¿no?

Cortó la masa en porciones y luego colocó en las manos de Adam un pedazo para que diese forma al bollo. Empezó a darle instrucciones de cómo hacerlo. Adam intentó no perder detalle de lo que hacía, pero no dejaba de verse atraído por esos ojos negros e intensos de Eileen, ni de mirar sus tentadores labios. Ella tenía la cadera pegada a su cuerpo, y el olor de su piel, del maquillaje y del perfume de lirios se sobreponía a los de la cocina. Adam sabía que si no tenía cuidado, o si quería ser un poco pícaro, podía ver lo que había debajo del cuello abierto de su camisa.

No tenía muy claro si el hecho de haberse enterado de que Eileen y él eran parientes, legalmente y no genéticamente, había incrementado o reducido su atracción por ella. Lo cierto es que no era nada agradable que sus sentimientos por Eileen, que no eran nada platónicos, se mezclasen con la alegría y el alivio que sentía por haber encontrado a un pariente perdido. Y, cuanto más la miraba,

más confundido se sentía. Quería agarrarle la mano y que le contase todo lo que había hecho en la vida hasta el momento en el que se habían conocido, y también quería levantarla en peso, colocarla sobre la encimera, levantarle la falda de tubo hasta las caderas y besarle la entrepierna hasta hacerla gritar. Pero lo que le resultaba más extraño, y también ansiaba con más intensidad, era apoyar su cabeza en el hombro de Eileen y ponerse a llorar.

No era incesto, técnicamente, tuvo que recordarse. Casi no tenían parentesco y no compartían ADN. Estaba bien. Todo iba a salir bien.

Consiguió meter los bollos en el horno sin quemarse ni cometer ningún crimen de carácter sexual, y Eileen parecía tan orgullosa de haber conseguido terminar de hacerlo que Adam no comentó que quizá hubiese sido mejor meter los bollos al horno al final y no al principio. Nicola entró en la cocina justo a tiempo para ver cómo Eileen y Adam le daban un bocado al relleno de nueces trituradas, que tenía demasiada macis, pero estaba muy bueno.

Se sacudió del pelo unas gotas de lluvia, que también acababa de empezar a repiquetear contra la ventana, y se quitó el abrigo.

—Qué bien huele por aquí —le dijo a Eileen, no a Adam—. Pero parece que se está quemando algo, ¿no? ¿Hay algo en el horno?

Eileen soltó un taco y abrió la puerta del electrodoméstico al instante, para luego inclinarse a rescatar los bollos. Adam intentó que Nicola lo mirase a los ojos, pero le fue imposible. No parecía enfadada, pero los tenía rojos de llorar y estaba ignorándolo adrede. Era algo a lo que Adam estaba acostumbrado y sabía que podía durar minutos o incluso días.

Esa era la razón por la que Adam no tenía una relación amorosa con Nicola. Le gustaba lamentarse y llorar porque la gente no era amable con ella, pero si la hacías enfadar, aunque fuese sin querer, se convertía en alguien muy cruel.

—¡No os preocupéis! —dijo Eileen con tono animado, como si todos los presentes estuviesen conteniendo el aliento por los bollos —. ¡Se pueden comer! Solo han quedado un poco más hechos de lo normal. Hola, gorrioncita. ¿Has salido a tomar el aire?

—He ido hasta el océano —comentó Nicola, que se sentó en la mesa de la cocina. Seguía contemplando a Eileen con mirada de sospecha, pero una más contenida, como si hubiese llegado a la conclusión de que se había apresurado demasiado a la hora de considerarla una villana. ¿Qué clase de villana horniearía bollos para sus invitados, al fin y al cabo?—. Necesitaba estirar las piernas y pensar.

—Los paseos son muy buenos para esas cosas. ¿Has visto a Finley ahí fuera?

—No, no lo he visto en toda la mañana.

—Mmm… —dijo Eileen, con tono reprobatorio—. Yo tampoco.

—¿Te puedo ayudar? —preguntó Nicola—. Parece… interesante.

—Es muy divertido —la corrigió Eileen—. Y sí, claro que puedes. Corta esos rábanos, ¿te parece? Y luego lava las cebollas. Te toca encargarte de la ensalada con Adam. Yo iré a ver si Finley está en la biblioteca.

Salió de la estancia en busca del guardés y dejó a Adam cortando verduras con Nicola en un silencio sepulcral. Podían haber seguido así toda una eternidad si él no daba el primer paso, por lo que hizo de tripas corazón e intentó hacer un comentario jocoso.

—Parece que al final no te has muerto congelada ahí fuera.

—No quería darte esa satisfacción —espetó ella, pero alzó la vista para mirarlo y le regaló el privilegio de su atención.

Seguía enfadada con él, obviamente, pero quizá podían llegar a superar sus diferencias.

—Bien, porque lo cierto es que me hubiese aburrido mucho sin ti.

Además, ¿de qué sirve formar parte de una familia así de misteriosa si no hay nadie que te diga que es una estupidez?

Nicola resopló. Había estado a punto de reírse.

—¿Para qué me necesitas si tienes a Eileen y todo su dinero?

—Aquí nadie ha hablado de dinero aún. Pero me gusta Eileen. Me gusta mucho, incluso. Pero no es igual a ti. Nadie lo es.

Nicola levantó la cabeza para volverlo a mirar, con gesto afectivo y alegre, y en ese instante notó la maraña de sentimientos que se confundían en su interior. Era la mejor amiga de Adam y, bajo ninguna circunstancia, debería hacer algo tan absurdo como empezar a salir con ella, pero lo cierto es que nunca se había sentido tan agradecido. Se imaginó que le rodeaba la cintura con el brazo por encima de los vaqueros y le demostraba ese agradecimiento. Lo había hecho con la misma facilidad con la que se había imaginado colocando a Eileen sobre la encimera de la cocina.

—Estaba con las narices dentro de un libro, para variar —dijo Eileen, que volvió a entrar en la cocina seguida por Finley. Él iba vestido con ropa para estar en el interior, no para trabajar fuera, con un jersey verde de punto que le daba un aspecto gallardo. Adam se sorprendió contemplando cómo se le marcaban los pectorales, para luego bajar la vista a la ensalada. Se estaba volviendo loco. Necesitaba acostarse con alguien, ir a correr durante un buen rato o hacerse religioso y entregarse a la castidad, cualquier cosa que lo ayudase a gestionar aquel deseo incontrolable y confuso que lo dominaba. Estaba tan cachondo que no tenía muy claro lo que quería o con quién lo quería. Solo sabía que ansiaba algo, tanto que le resultaba doloroso.

—En mi defensa, debo decir que se trataba de un libro muy interesante —respondió Finley. Se lavó las manos en el fregadero, con cuidado de no tocar el pato.

—¿La historia marítima es interesante? —se burló Eileen.

—Pues mucho. Sobre todo cuando los fareros se pierden y jamás los encuentran. ¿Sabes lo que ocurrió en las islas Flannan en el año 1900?

Finley empezó a contar todo lo que había aprendido sobre aquel extraño incidente que había tenido lugar en la costa de las islas Hébridas Exteriores, un relato inquietante que hizo que el tiempo pasase más rápido y que le recordó a Adam a los pódcast de crímenes reales que oía su madre. Finley tenía una voz muy bonita para contar historias, grave y agradable, y no tenía que alzarla para que todos los que estaban en la cocina hiciesen caso a todas y cada una de sus palabras. Cuando terminó de contarla, había llegado la hora de poner la mesa.

Para entonces, Nicola ya había empezado a reírse de los chistes de Adam y le había dedicado alguna sonrisa ocasional, y Eileen estaba muy contenta por haber conseguido preparar la cena sin quemar la casa, y Finley se alegraba poque su historia espeluznante hubiese conseguido mantener la atención de los demás.

Mientras colocaban los tenedores y los cuchillos en el comedor (Eileen había dicho que la ocasión lo merecía), se dieron cuenta de que cooperaban a la perfección, como si fuesen capaces de seguir haciéndolo aunque transcurriese una semana o incluso después de que terminase la primavera. A Adam se le antojó peligroso y sintió una punzada en el pecho, como si pudiesen llegar a ser una familia de verdad.

Cuando Eileen se marchó para cambiarse la ropa manchada de harina y ponerse algo para cenar, Nicola también hizo lo propio para vestirse con algo más festivo. Adam se quedó allí en pie, incómodo en presencia de Finley en la cocina, calculando la temperatura interior del pato durante más tiempo del que hacía falta en realidad,

solo para tener algo que hacer y no quedarse ocioso. Finley se miró la uñas, que se había limpiado a la perfección, y justo cuando Adam habían conseguido reunir el coraje suficiente para ser quien rompiese ese silencio tan incómodo, Nicola volvió a entrar en la estancia.

Estaba más guapa de lo que Adam la había visto nunca, o más, si es que algo así era posible. Llevaba uno de esos trajes que había traído a Escocia, uno de estampado floral bastante corto que dejaba al descubierto sus muslos color crema. Sin zapatos. Sin medias. Solo unos pequeños calcetines blancos.

Adam se la quedó mirando durante un poco más de tiempo del que debería, pero Finley y Nicola estaban ocupados mirándose entre sí y no se dieron cuenta.

—Eileen bajará dentro de un momento —dijo Nicola, que se había puesto colorete—. Voy a sentarme. Os veo allí.

Finley y Adam compartieron una mirada mientras se marchaba. Adam no tenía muy claro qué había significado el gesto, pero se le antojó uno cálido y pesado, como si le hubiese puesto una mano firme en la nuca. Dejaron de mirarse cuando Finley extendió el brazo detrás de Adam para agarrar una botella de burdeos que había en la encimera y se marchó detrás de Nicola.

Adam, a quien siempre le habían gustado las aventuras, incluso cuando no eran lo más sensato, enderezó la espalda y siguió a Finley hasta el comedor.

CAPÍTULO VEINTE
FINLEY

Los estadounidenses probaron el vino de buen grado mientras esperaban a que Eileen llegase al comedor, por lo que Finley se acercó al pasillo para hablar con ella a solas un momento.

Era difícil deshacerse de las viejas costumbres, y lo de compartir besos en secreto era algo que hacían a menudo para evitar la ira de los padres de Eileen. James y Jennifer Kirkfoyle querían mucho a Finley, pero todos tenían claro que la relación entre la heredera de la familia y el hijo del guardés no tenía futuro alguno. Se suponía que Eileen tenía que casarse con alguien de alta cuna, y con un hombre y no una mujer, un amigo de la familia de su madre que trajese a casa más dinero británico con el que llenar las arcas menguantes de los Kirkfoyle. Ese había sido siempre el patrón. Una pareja aprobada por la familia era siempre la solución inevitable, incluso cuando Eileen y Finley empezaron a pasar juntos tanto tiempo que se volvió preocupante.

La familia había desalentado aquel romance inocente y luego, cuando se hicieron mayores y dicho amor creció hasta que le salieron espinas, el padre de Eileen le recordó que ir por ahí con aquel sirviente era una negligencia muy egoísta. Tenía que casarse con alguien de buena familia, o al menos con alguien que tuviese dinero suficiente para evitar que Craigmar cayera en la bancarrota y los Kirkfoyle lo perdiesen todo. En aquel momento, Eileen estaba bien enterrada en el corazón de Finley, tanto como espinas que se hubiesen enganchado en un jersey de lana, y no había manera de

sacarla de allí. Así que tuvieron que aprender a mentir. Eileen se inventó que lo habían dejado, y empezaron a fingir muy bien que casi ni se conocían cuando estaban en presencia de otras personas. Incluso ahora, que ya no quedaba nadie con vida que los juzgase, seguían viviendo separados y entregados a sus respectivos oficios. A menudo hacían el amor con prisas, como si fuese algo ilícito, como si los fuesen descubrir en cualquier momento.

Había días en los que les resultaba emocionante, como una fantasía elaborada que les daba una satisfacción interminable. Otros, como aquel, solo servían para que Finley estuviese triste.

—Has decidido quedarte a comer con nosotros —comentó Eileen, que solo estaba a unos pocos centímetros de Finley. Aún llevaba la falda de tubo y las medias de nailon que le llegaban hasta la parte baja de la espalda, pero se había puesto una blusa de seda y también se había soltado el pelo.

—No voy a perderme una cena que he ayudado a preparar —comentó él. Eileen estaba acostumbrada a salirse con la suya, y Finley tenía claro que aquel iba a ser el caso con Adam. Sabía que su relación con Eileen iba a volverse más frágil cuanto más tiempo pasase Adam en Craigmar, y también que podía incluso quedar en peligro si Eileen conseguía llevar a buen puerto todo lo que tenía pensado con Adam. Pero Finley tenía su orgullo. No iba a suplicar ni tampoco a sonreír como si nada. Iba a comportarse y a no ceder—. A veces tengo que comer, ya sabes.

—Sí, claro —dijo ella—. No quieres que piense que te apetece pasar más tiempo conmigo.

—Nos vimos ayer —dijo él irritado.

—Ya. Ahora dime que no estás celoso.

—Sabes que sí que lo estoy.

—Entonces, dime que me perdonas.

Finley la agarró por debajo de la mandíbula y le paso el pulgar por el labio inferior.

—Tus jueguecitos van a acabar con nosotros —dijo—. ¿Cuándo vas a decirle a ese estadounidense lo que quieres de él en realidad? Te pido por favor que no tardes.

—Cuando llegue el momento, amor mío. Te lo juro.

Finley presionó el pulgar contra la boca de Eileen y lo enganchó detrás de los dientes blancos, como si fuese una yegua a punto de embridar. Ella cerró la boca y empezó a chupar, obediente y dejando que la mantuviese así, cautiva.

—Entonces no pienso perdonarte —dijo él, casi con dulzura.

Le apartó el dedo de la boca y la dejó vacía y acalorada.

—Deberíamos entrar —comentó al tiempo que se metía las manos en los bolsillos y se giraba hacia el comedor. Eileen lo agarró por la muñeca.

—Esta noche tienes que ser mío —dijo ella, con ansias en la voz de repente. También sincera. No había artificio alguno en su voz en esos momentos, lo que fue más que suficiente para que Finley se detuviese—. Que lo vean si quieren. Me da igual.

Finley arrugó la frente. Siempre había sido la persona que más tenía que perder en la relación, por lo que era el más cuidadoso y quien controlaba los arrebatos temerarios de Eileen.

—Siempre hemos sido discretos por una razón, Eileen. Ya han visto más de lo que deberían.

—Pues a la mierda la discreción y que les den a las razones. Quiero ser tuya, a nuestra manera. Adam y Nicola no pueden hacernos nada. Además, ahora puedo hacer todo lo que quiera en mi casa.

Finley la examinó durante unos instantes, en busca del más mínimo atisbo de mentira o de argucia en su gesto. No lo encontró, por lo que acercó la boca a la oreja de Eileen y bajó aún más la voz.

—Sé que siempre te ha gustado lo de tener público.

Ella entrelazó los dedos con los de él, momento en el que el calor se apoderó del pecho de Finley. Aquel era un placer que siempre le habían negado, estar con ella, con su Isla, a plena luz del día, frente a Dios y frente a todos sus santos.

—Te quiero —dijo ella, y las palabras brotaron de su boca como los guijarros que arrastra la corriente de un río. Finley sabía que a veces le costaba pronunciarlas, pero eso hacía que fuesen más valiosas para él.

—Yo también te quiero —respondió él, que le apretó los dedos.

Sin volver a mediar palabra, entraron en el comedor agarrados de la mano.



Adam se sorprendió al verlos entrar (aunque no tanto como Finley esperaba), pero Nicola se los quedó mirando. Aquella muestra de cariño entre el lord y su guardés le había resultado más sorprendente que cualquier fantasía carnal que se hubiese imaginado.

—Hola —saludó Adam—. Ya nos hemos bajado buena parte del vino.

—Mientras haya para servirme una copa, no hay problema —aseguró Eileen.

—Que sepas que solo puedes beberte dos —comentó Finley, que pasó sin problema alguno a ser el dominante. Siempre lo excitaba el hecho de que Eileen se rindiese a él, aunque lo cierto es que ansiaba que lo hiciese más a menudo y que no siempre estuviese relacionado con aquel fetiche—. Puedes tomarte una con la cena y otra después.

Finley le sirvió a Eileen un copa bastante agradecida, a sabiendas de que se hubiese quejado en caso de ponerle poco. Después se la

entregó, se inclinó para darle un beso en la mejilla y se sentó presidiendo la mesa.

Eileen, con una agilidad fruto de la práctica, se dejó caer para sentarse a sus pies. Finley le colocó una mano posesiva en la nuca y ella alzó la vista para sonreír con satisfacción.

Tenía que admitir que lo hacía sentir muy bien. Poseerla en público, frente a Adam y Nicola. Es posible que Adam tuviese un vínculo con Eileen contra el que él no podía competir, pero Finley había formado parte de su vida desde que eran niños y la había cuidado durante casi una década. Eso también tenía que significar algo.

Nicola se quedó mirando a Finley con un brillo salvaje en la mirada y un rubor que le adornaba la punta de las orejas. A pesar de notar la calidez de Eileen bajo la mano, Finley se maravilló por la manera en la que Nicola mostraba abiertamente sus sentimientos. Era como si nunca la hubiesen enseñado a sentir vergüenza por querer algo, como si no supiese lo que era la timidez.

—¿Has conseguido adelantar trabajo, Adam? —preguntó Finley, que se sirvió un pedazo del pato que había en mitad de la mesa sobre un plato de porcelana blanca. Sintió un deleite infantil en el hecho de hacer que Adam y Nicola se sintiesen avergonzados, pero no quería que llegasen a sentirse incómodos, por lo que intentó mantener una conversación ligera y agradable—. El wifi a veces se pone un poco tonto.

Adam solo consiguió asentir, y Finley untó con destreza un poco de mantequilla en un pedazo de pan que luego acercó a Eileen, quien le dio un mordisco femenino y delicado. A pesar de estar sentada en el suelo, tenía unos modales impecables.

Finley ensartó un poco de pato en el tenedor y se lo tendió también a Eileen, quien comió como si fuese una gatita. Después, le enjugó

con el pulgar un poco de salsa que le había quedado en el labio y se lo llevó a su boca para chuparlo. Quizá se había pasado un poco, pero no le importó. Le gustaba demostrarles a los estadounidenses a quién pertenecía Eileen en realidad, aunque aquel alarde quizá fuese un tanto malintencionado.

Cuanto más tiempo pasaba Finley con Eileen, más cruel se volvía y más disfrutaba ella de esa crueldad. Había días en los que Finley se preocupaba al respecto, pero la mayoría lo disfrutaba tanto que ni se lo planteaba.

Adam se recolocó en el asiento y se puso la servilleta sobre el regazo.

—Pues… la verdad es que nos lo hemos pasado muy bien —dijo Nicola, que hizo todo lo posible para romper el silencio incómodo que acababa de extenderse por la estancia—. Yo también he conseguido escribir algo.

—Qué maravilla —comentó Finley, como si él fuese el anfitrión y no Eileen—. ¿Sigues trabajando en esa historia de goblins?

Nicola empezó a hablar con naturalidad sobre las ilustraciones en las que trabajaba, lo que hizo que Adam también terminase por comentar la página web con la que estaba ahora. La cena se volvió mucho más agradable después de los comentarios. Finley permitió que Eileen se hiciese con un cojín para sentarse cuando quedó claro que iban a quedarse un rato más por allí después de comer. Su idea aquella noche era someterla de manera agradable y cómoda, por lo que no quería importunarla con posiciones incómodas y también dejó que hablase cuando quisiese. Pero ella se dedicó sobre todo a escuchar y a ir de un lado a otro con el vino, cosas que a Finley le parecieron bien.

Eileen brillaba más cuando Finley le aplicaba algo de calor y de presión, como si fuese un metal precioso.

—Se me había ocurrido que podíamos jugar a algo después de la comida —comentó Eileen, que le dio un sorbo remilgado al vino mientras se ponía en pie para ayudar a limpiar los platos. Finley le había soltado las riendas una vez habían terminado de comer, momento en el que se había inclinado hacia ella para indicarle que podía ponerse en pie cuando quisiese. Pero ella se había quedado cerca de él y lo miró para pedirle su aprobación antes de agarrar la salsera.

—¿Un juego? —preguntó Nicola mientras recogía la cubertería.

—Sí —respondió Eileen con una sonrisilla de satisfacción. Finley conocía muy bien el gesto. Sabía que se había puesto muy juguetona —. Un juego llamado Confesión.

—Pues creo que no he jugado nunca —comentó Adam, que llegó desde la cocina justo en ese momento.

—Es uno de los favoritos de Eileen —explicó Finley, con tono algo pesaroso. Cuando había accedido a cambiar las tornas del poder aquella noche en la que tenían público, no se había imaginado que ella querría jugar a ese juego en concreto. Sabía que lo mejor era cortar la posibilidad de raíz, o al menos advertir a Adam de que…

—Es muy fácil —comentó Eileen con tono animado mientras agitaba la copa de vino—. Y, si se juega bien, puede llegar a ser muy instructivo.

—Quiero jugar —se apresuró a decir Nicola.

—¿Adam? —preguntó Eileen, que lo fulminó con esa mirada que siempre dejaba a Finley sin aliento, muy asustado y también demasiado excitado. ¿Acaso Adam acababa de sentirse igual cuando Eileen lo había mirado así?

Finley debería de haber dicho algo. Advertirles. Pero si le hubiese plantado cara a Eileen en ese momento habría parecido un mojigato y un aburrido, lo que habría hecho que ella se saliese con la suya. Y

si había algo por lo que Finley no estaba dispuesto a pasar era que Eileen Kirkfoyle le ganase jugando a algo.

—A mí me parece bien si los demás también quieren —comentó Adam, ajeno a lo que estaba permitiendo.

—Perfecto —dijo Finley, que se bebió lo que le quedaba de vino de un trago. De perdidos al río.

CAPÍTULO VEINTIUNO
EILEEN

Eileen había dejado los zapatos de tacón con pulsera en algún lugar entre el comedor y el salón, y ahora, al entrar en la habitación que más le gustaba a su madre de toda la casa, hundió los pies en la moqueta acolchada. La estancia le recordaba tanto a sus padres que pisarla solía hacerla llorar de rabia, pero aquella noche no estaba sola y se encontraba de buen humor. Había una luz al final de aquel túnel que su familia llevaba recorriendo desde hacía siglos, una que merecía la pena celebrar por todo lo alto en aquel salón de estilo bohemio con lámparas rosadas con flecos y sofás de dos plazas de terciopelo.

—Dios. ¡Hay cientos! —dijo Nicola, que se había quedado prendada de las estanterías llenas de tableros de ajedrez, juegos de mesa, rompecabezas y barajas de cartas antiguas. Jennifer Kirkfoyle había formado parte de la alta sociedad y se había centrado más en forjar relaciones que en ser alguien competitivo, pero siempre había consentido el apetito voraz de su hija por los juegos. Había encargado que le hiciesen unos dados de jade por su cumpleaños, le había dejado una caja de rompecabezas envuelta en papel de regalo debajo del árbol de Navidad y siempre que volvía a Craigmar, lugar del que no salía demasiado, traía algún regalo en el bolso que conseguía que su hija se exprimiese el cerebro.

—Hay setenta y dos —aseguró Eileen con una sonrisilla de orgullo —. Los he contado. Mi madre quería usar esta sala para entretener a sus amigos de fuera del pueblo, pero no eran muchos los que se

pasaban por aquí, por lo que la convirtió en una sala de juegos para mí. Siempre me dejaba entrar cuando era pequeña, incluso después de enfadarme durante una partida a las damas y romper la lámpara Tiffany.

—¿Has jugado a todos?

—Sí. Y también he ganado.

Adam la miraba con un gesto a caballo entre la pena y el asombro, lo que hizo que Eileen sintiese un cosquilleo en la piel. La miraba como si supiese algo de ella que ni siquiera ella misma alcanzaba a comprender, y no tenía muy claro si le gustaba. Por lo que, en lugar de dejarlo hablar, empezó a representar el papel de maestra de ceremonias.

—Las reglas del Confesión son muy simples —dijo mientras se dejaba caer sobre la alfombra y le indicaba a Finley que hiciese lo propio. Se sentaron como niños, con las rodillas pegadas las unas a las otras y las piernas cruzadas. Nicola y Adam también lo hicieron, tras titubear un poco, y terminaron formando un círculo perfecto entre los cuatro—. Haremos rondas de preguntas personales, una por turno. El objetivo del juego es decir la verdad. Si mentís, perdéis.

—¿Y cómo puedes saber si alguien está mintiendo? —preguntó Adam, que arqueó una ceja.

—Siempre lo sé. Quitando lo de decir la verdad, el juego no tiene más normas. Podéis influenciar de cualquier manera a los demás para sonsacarle la información, con la condición de que una vez terminado el juego habrá que hacer como si nada hubiese pasado.

—Lo está diciendo muy en serio —comentó Finley, que se arremangó el jersey hasta los codos antes de volver a tirar de él para colocárselo de nuevo hasta las muñecas. Estaba nervioso—. Una vez me metió la cabeza debajo del agua en el lago hasta que le dije el nombre del chico que me gustaba.

Finley no había dejado de mirar a Eileen, pero ella vio por el rabillo del ojo cómo Adam le dedicó una mirada al guardés. ¿Acaso sería la primera vez que Adam había oído algo sobre todas la veces que Finley se había enamorado de otro hombre? ¿Y por qué iba a importarle algo así a Adam, que podía decirse que salivaba cada vez que Nicola entraba en la habitación donde se encontraba él y que también obedecía a Eileen sin rechistar y complaciente? Se sorprendió, ya que no se había planteado que tuviese un gusto tan amplio en términos sexuales.

Sí. Era algo muy interesante.

Algo de lo que Eileen podía aprovecharse, de hecho.

—¿Quién será el primero en responder? —preguntó Nicola.

—Lo normal es echarlo a suertes —explicó Eileen—. Pero estoy dispuesta a que alguien se preste voluntario. ¿Algún valiente?

Finley frunció los labios. Nicola parecía algo nerviosa ante el hecho de ser la primera, por lo que Adam se lanzó.

—Venga. Yo mismo.

—Fabuloso. Después iremos en sentido contrario a la agujas del reloj. O sea, yo, Finley, Nicola y luego repetirás tú.

—Me parece bien. Preguntad.

—Encantada —dijo Eileen, que le dedicó una mirada fría—. Adam, ¿crees que la magia es real?

—Eileen, eso es trampa —la interrumpió Finley—. No puedes soltar una pregunta sin más. Tiene que haber un consenso entre todos.

—Es la pregunta que va a responder —dijo ella, que ignoró a Finley por completo—. ¿Crees que la magia es real?

—¿Lo crees tú? —contratacó Adam, lo que la sorprendió. La miraba con fijeza para sopesar su reacción. ¿Acaso sospechaba que Eileen estaba mintiendo sobre todo lo que le había contado de su

familia y lo demás?

Puede que Adam fuese más listo de lo que ella creía.

—Adam, tienes que esperar tu turno —comentó Finley.

—Si Eileen no respeta las normas, ¿por qué debería hacerlo yo? —preguntó él, lo que hizo que a Eileen se le erizase todo el vello del cuerpo. Un giro de los acontecimientos. Le encantaban. Y también le encantaban las personas a las que había que sonsacarle la información—. Además, puede que ella haya aceptado cumplir tus órdenes, pero yo no lo he hecho. Con todo el respeto, creo que deberíais relajaros un poco con todo ese rollo tipo *Cincuenta sombras de Grey*.

Fue como si acabase de darle un tortazo a Finley en la cara para luego escupirle.

—Primero —empezó a decir este, con una voz que solo usaba para reprender a alguien o para las discusiones que sabía que iba a ganar —, estas en mi casa, por lo que yo en tu lugar…

—Vosotros sois los que estáis en mi casa —dijo Eileen, que soltó un bufido de frustración—. Y me estáis empezando a aburrir. Dejad de mediros las pollas y responde a la pregunta.

Nicola se llevó una mano a la boca, pero no fue capaz de evitar que se le escapase una risita. El hecho de ver a Finley y a Adam poniéndose en plan machos le había hecho mucha gracia. Quizá no fuese más que un capricho temporal, como le pasaba a ella, o quizá le gustase de verdad ver a dos hombres pelearse por una mujer.

Eileen también podía llegar a aprovecharse de eso.

—Creo que hay muchas cosas en el universo que no somos capaces de explicar —comentó Adam después de soltar un resoplido—. ¿Es una respuesta lo bastante buena?

—Ni hablar —dijo Eileen en el mismo momento en el que Nicola puso los ojos en blanco y Finley chasqueaba la lengua decepcionado

—. Vamos, quiero detalles. ¿De verdad eres tan racionalista? ¿Las marcas de dientes y el clima extraño no han sido suficientes para convencerte?

—Solo puedes hacer una pregunta, Eileen. Te toca confesar —dijo Nicola, que aprendía mucho más rápido de lo que a Eileen le hubiese gustado.

—Me ha gustado la pregunta de Adam —dijo Eileen, que se cruzó de brazos—. Así que responderé esa. Creo que la magia sí que es real. No solo lo creo, sino que lo sé. Y sé muy bien que no es algo que deba tratarse a la ligera, sobre todo por aquellos que no le tienen respeto.

—¿Qué se supone que has querido decir con eso?

—Solo una pregunta por turno —dijo con desdén.

—Ahora yo —dijo Finley—. No sé durante cuántos turnos me quedaré, así que intentad aprovechar mi presencia al máximo. —Después, entre susurros tan tenues que solo Eileen fue capaz de oírlo añadió—: Este juego siempre termina igual.

Nicola aprovechó el momento, se inclinó hacia delante y preguntó:

—¿Has visto a un fae alguna vez?

—Claro. Muchas veces —respondió Finley.

—Venga ya —insistió ella—. Necesito detalles. Cuéntanos algo.

—Eso no forma parte del juego.

—Claro que sí forma parte del juego —dijo Eileen, que se inclinó y rozó el cuello de Finley con los labios—. ¿Quieres que te motive?

Él se envaró ante el beso, pero no se apartó. Eileen le siguió pasando la boca por el cuello con languidez, saboreado la sal de su piel y notando el agitar de su nuez al tragar saliva.

—Muy bien —espetó él, momento en el que Eileen se apartó con una sonrisa triunfante. Se le daba fatal jugar a Confesión, algo que hacía que le gustase aún más—. Por ejemplo, están esas luces en el

bosque. Las personas mayores las llaman fuegos fatuos. Mi padre no creía en la televisión, decía que lo mejor para mí era que me pusiese a leer o a escalar un árbol, por lo que pasaba mucho tiempo jugando fuera de casa. Cuando seguía por el bosque y se hacía de noche, a veces veía algunos brillos en la distancia, pero siempre se alejaban a medida que yo intentaba acercarme a ellos. La primera vez que ocurrió me asusté tanto que corrí a casa y atravesé la puerta gritando que había visto alienígenas entre los árboles. Mi padre me agarró por el hombro y me dijo, con voz muy seria: «Son muy peligrosos, Fin. Si tienes suerte, solo causarán algún que otro estropicio, pero si no, te secuestrarán y te llevarán bajo tierra. Si vuelves a ver algo así en algún momento, mantén las distancias, ¿entendido?

—¿Y qué fue lo que ocurrió después? —preguntó Nicola, cautivada. El pequeño círculo que formaban se estrechaba cada vez más, y ella se había inclinado tanto hacia delante que casi podía extender el brazo y tocar a Finley. Eileen también estaba más cerca de Adam, lo bastante como para verle la barba incipiente y dorada que le empezaba a brotar de la mandíbula después de un día muy largo.

—Me pasé años sin verlos —continuó Finley—. Y luego, de la noche a la mañana, estaban por todas partes. Terminé por darme cuenta de que solo aparecían en ciertos momentos. En los momentos difíciles.

—¿A qué te refieres con eso de «momentos difíciles? —preguntó Adam, ahora también cautivado.

Finley abrió la boca para responder, pero la cerró al momento.

—Creo que ya he hablado suficiente —dijo.

—Finley —gruñó Nicola, que parecía estar sufriendo de verdad—. Sigue. Venga.

Eileen puso los ojos en blanco, se inclinó hacia Finley y empezó a

besarlo por la mandíbula. Él resistió con gallardía en esta ocasión, inerte como una estatua.

—No funcionará, Isla —dijo.

—¿Seguro? —preguntó ella, que luego le agarró sin pudor alguno la entrepierna.

Finley bufó, un sonido que atravesó el ambiente como si de una bala se tratara, y luego agarró a Eileen por la muñeca, con la fuerza suficiente para hacerle un morado. Ella se limitó a reírse.

—Venga —insistió Eileen, con una risilla nerviosa—. Conoces las reglas del juego tan bien como yo. Nicola, ¿quieres probar a sonsacarle la historia? ¿Adam, qué tal tú?

—Los vi la noche que murieron tus padres —continuó Finley, que tiró de la mano de Eileen hasta volver a colocársela en su regazo.

Ella no hizo amago de rebelarse.

—¿Y qué hacían fuera los padres de Eileen? —insistió Adam, curioso y descuidado como un gato.

—Una pregunta por turno —dijo Finley en voz baja, como escarmentado. Había vuelto a resquebrajar las fantasías de Eileen con esa hoja de doble filo que era la verdad—. Ya he terminado.

—Te toca, gorrioncita —dijo Eileen a Nicola con demasiada brusquedad y demasiado alegre. Odiaba que la viesen dolida, pero era como si las palabras de Finley le hubiesen apuñalado el corazón. Tenía que mantenerse al margen de sus sentimientos. La muerte era la muerte y sus padres no iban a volver por mucho que llorase. No podría haber hecho nada por evitarlo, sin importar lo que Finley hubiese visto esa noche—. Pórtate bien, o habrá que seducirte para sonsacarte la verdad.

Nicola soltó una risilla nerviosa que parecía indicar que tampoco es que fuera quejarse en ese caso. Era una imagen mental maravillosa: Nicola gimoteando con un placer atormentado mientras

Eileen deslizaba la mano por debajo de aquel vestido estampado con flores.

Adam abrió la boca para hacer una pregunta, pero no tuvo la oportunidad, porque Finley reaccionó antes.

—¿Crees en los faes? —preguntó.

—Creo en muchas cosas —dijo ella con naturalidad—. En Dios, en el amor verdadero, en la astrología… Los faes no me parecen tan inverosímiles, teniendo en cuenta el tiempo que la gente lleva contando historias sobre ellos.

—Bien. Una respuesta sincera —comentó Eileen, que volvió a tomar las riendas del juego. Habían empezado a perderse por derroteros sobrenaturales que no le iban a servir de nada. Ya habría tiempo para eso más tarde, después de que todos se hubiesen… calentado lo suficiente. Ella solo había usado la pregunta de la magia para convertir aquello en una conversación algo más íntima—. Tu turno, Adam. ¿Alguna vez te has planteado acostarte con Nicola?

Adam soltó un grito ahogado.

—No nos hemos acostado —dijo él, con la voz constreñida.

—No te ha preguntado si lo has hecho, sino si te lo has planteado —apostilló Finley, con cierto deje dominante en el tono de voz.

—Este juego es absurdo —estalló Adam—. Estoy cansado. Seguid divirtiéndoos. Yo me iré a la cama.

—La partida no ha terminado, Adam —dijo Eileen. Odiaba que la gente interrumpiese las partidas para marcharse. Y también odiaba a los malos perdedores.

Y en ese momento, en un golpe de buena suerte, Nicola empezó a seguirle el juego a Eileen.

—No tiene nada de malo responder a la pregunta —dijo, mientras batía sus bonitas pestañas como si le estuviese pidiendo que usase una chuleta en un examen de Química, en lugar de lo que le estaba

pidiendo en realidad: que les abriese su corazón a todos los presentes. Los ojos de Nicola brillaban con intensidad, como si la respuesta de Adam pudiese granjearle todas las riquezas que desease o, por el contrario, hacer que algo le arrancase la mano de un mordisco.

Adam miró con gesto triste a Finley, ya que sabía que no iba a encontrar consuelo alguno en Eileen. Finley se limitó a mirarlo de arriba abajo, decepcionado por su cobardía en lo referente a temas sexuales.

—Muy bien —dijo Adam al fin—. Sí que lo he pensado.

—Yo tuve que dar detalles —comentó Finley, que metió el dedo en la llaga. Adam lo había insultado y, como respuesta, él iba a humillarlo delante de su doncella, solo por el placer de ver cómo llegaba a retorcerse. Eileen sabía muy bien que en el fondo ella era una persona retorcida, y que sentía una emoción perversa al contemplar la crueldad de Finley. Ver cómo este torturaba a Adam era igual de erótico para ella que un estriptis—. Venga, dile a la chica cómo te sientes. Ha sido muy paciente contigo. Os conocéis desde hace muchos años, ¿verdad? ¿No crees que merece un poco de honradez?

—Lo he pensado una o dos veces —murmuró Adam, sin levantar la vista del suelo—. O puede que más, siendo sincero.

—Adam —suspiró Nicola, que se puso a cuatro patas para luego gatear y acercarse a él. Luego se sentó sobre los talones e intentó mirarlo a la cara, con una expresión beatífica propia de un ángel de Botticelli. Todas las verdades tácitas que había entre ellos se tensaron en ese momento, a punto de romperse o de acercarlos aún más—. Quiero saberlo.

Adam la miró a los ojos, con gesto de alguna manera a caballo entre la penitencia y el deseo.

—No quiero que me odies.

—Jamás podría odiarte —dijo ella, que luego lo besó en la boca.

Eileen extendió el brazo con cuidado y agarró la rodilla de Finley. Él se mantuvo erguido como una estatua, pero ella notó que tenía los músculos tensos.

Adam rompió contra Nicola de la misma manera que las olas rompen contra la costa, envolviendo su cabeza con la mano con la mayor suavidad posible mientras la devoraba. Ella le rodeó los muslos con las manos y se inclinó aún más hacia él, para luego soltar un suspiro conmovedor cuando abrió aún más los labios y deslizó la lengua caliente y escrutadora dentro de la boca de Adam. Eileen había mostrado cierto escepticismo por el hecho de que no se hubiesen acostado antes, pero ahora le había quedado claro que se equivocaba. Aquel no era el beso de dos personas que habían tenido momentos íntimos a lo largo de los años, ni siquiera el de una pareja que se hubiese rendido a una sola noche de lujuria en una única ocasión. Era el de dos personas que se habían deseado todos los días de su vida sin haberlo consumado jamás.

Era como si Eileen y Finley no estuviesen en la habitación.

Cuando Nicola se separó al fin, Adam la miró como si hubiese quedado presa de un encantamiento, con las puntas de los dedos aún contra sus mejillas.

—¿Recuerdas aquellas vacaciones de primavera, cuando te convencí para acompañarme a Barbados? —La voz de Adam apenas se oía. Era como si se hubiese quedado en trance. A lo largo de toda la semana que había pasado con él, y por mucho que se quedase sin aliento cuando ella entraba en la misma estancia, Eileen nunca había visto a Adam mirarla como estaba mirando a Nicola en aquel momento.

—Lo recuerdo —dijo ella. Tenía la boca húmeda del beso y le

brillaba tentadora a luz tenue del salón. A Eileen le dieron ganas de probar el sabor de Adam directamente de los labios de Nicola.

—Fuimos a una discoteca, llevabas un vestido muy corto y te hiciste un moño porque hacía mucho calor. Empezaste a bailar con un tipo y no podía quitarte los ojos de encima, ni de imaginar cómo te arrastraba hasta el baño para levantarte el vestido y… Te tenía tantas ganas que no podía más. Fui incapaz de dormir porque no podía quitarme de la cabeza tu imagen con ese vestido.

—¿Esa fue la primera vez? —preguntó Nicola.

—Sí, pero no la última.

—Una respuesta buenísima —interrumpió Eileen—. Dios, cómo me gusta este juego.

Adam se giró hacia ella para mirarla. No le había gustado nada la pregunta, a pesar de lo que había conseguido por responder con valentía.

—¿Alguna vez te has acostado con alguien que no sea Finley? —preguntó Adam, antes de que a los demás les diese tiempo de hacerlo.

—¿Y eso por qué te preocupa? —se burló Eileen. Adam no iba a intentar hacerla confesar. Eileen sabía que no tenía agallas, aún. Y ella aún no le había clavado lo suficiente las garras como para moldearlo a su voluntad.

Finley entrelazó los dedos por el cabello de Eileen con brusquedad y le tiró de la cabeza hacia atrás, lo que dejó expuesta la curva blanca de su garganta. Ella soltó un grito ahogado, pero no forcejeó, completamente aturdida. No se esperaba que Finley fuese a defender a Adam en lo relativo a ese tema. Y mucho menos que lo ayudase con la pregunta.

—Responde, Isla —dijo él antes de volver a tirarle del pelo. La agarraba con fuerza y rigurosidad, lo que le provocaba ese dolor

intenso que ella tanto ansiaba en la intimidad. Había dejado de andarse con chiquitas, independientemente de que los estuviesen viendo.

—Nunca —consiguió articular ella, que parpadeó para contener las lágrimas—. Es la única persona a la que he querido.

Finley y no Adam fue el siguiente en hablar.

—¿Y sigo siendo la única?

—No se pueden hacer dos preguntas —respondió Eileen con una sonrisa burlona. A pesar del dolor que sentía en el cuero cabelludo y el latido que se extendía por su entrepierna, no pensaba darle la satisfacción de conseguir que suplicase delante de sus invitados—. Te toca, cielo. ¿Quieres follarte a la preciosa Nicola?

La rabia relució en los ojos de Finley. Resultaba curiosa la velocidad con la que podían pasar del amor al oído, como bailarines sobre hielo girando en una espiral con la que desafiaban a la muerte.

—Ya basta, Eileen —dijo Finley, que la soltó como si le hubiese quemado la mano de repente.

—Si Adam ha tenido que responder, tú también lo harás —espetó Nicola, que cruzó los brazos sobre el pecho. Tenía más agallas de las que Eileen se había creído, y apreciaba muchísimo a las mujeres con agallas—. Es lo justo.

—Todo vale en el amor y en la guerra, ¿no es así? —preguntó Adam con vehemencia sin dejar de mirar a Finley.

—No pienso responder a esa pregunta —zanjó él.

Nicola levantó el mentón, ofendida por la testarudez de Finley.

—Eso ya lo veremos —murmuró para sí. Luego se levantó y cruzó el círculo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó él, que alzó la vista para mirarla con los ojos muy abiertos. Parecía aterrorizado, como si acabase de ver una aparición mariana. A Eileen le encantaba ver a

Finley descompuesto y desesperado, pero no estaba acostumbrada a que otra persona ejerciese ese poder sobre él. No obstante, con su risilla agradable, su sonrisa arrebatadora y ese pelo del color de las fresas, Nicola había conseguido atarlo en corto.

Lo agarró por los hombros y se sentó sobre su regazo, a horcajadas sobre sus caderas para quedarse cara a cara. El vestido se le levantó unos pocos centímetros por detrás, dejando al descubierto la generosa curva de sus nalgas debajo de unas bragas transparentes.

Finley gruñó con irritación, pero sus manos se apoyaron en la parte baja de la espalda de Nicola como si tuviesen vida propia. Ella lo rodeó con los brazos por el cuello y empezó a frotar su nariz contra la de él, en un gesto tortuosamente delicado. Adam y Eileen se quedaron mirando, atónitos por lo que Nicola acababa de hacer.

—¿Es cierto eso? —preguntó en voz baja—. ¿Es cierto que quieres follarme?

A Finley siempre se le había dado muy mal Confesión. Era demasiado impetuoso y, peor aún, se frustraba o le afectaban demasiado las preguntas insistentes. Es por eso que Eileen no se sorprendió cuando este miró a Nicola con el ceño fruncido, como si le hubiese arruinado la noche. Pero sí que se sorprendió con lo que hizo a continuación.

Finley emitió un ruido muy parecido a un gruñido y le estampó un beso a Nicola.

Ella gritó sorprendida, pero luego se relajó en los brazos de Finley. Presionó su cuerpo contra el de él, besándolo con pasión mientras él le clavaba los dedos en la piel sensible de la parte baja de la espalda. El traje que llevaba Nicola era muy fino y casi inexistente, más propio de un verano estadounidense que de una primavera escocesa. Eileen veía todas las curvas de su cuerpo a través de él.

Apartó la mirada de la escena y pasó a contemplar a Adam, quien

parecía consumido por la rabia y torturado por la lujuria, algo innegable debido al bulto apretado que destacaba en la entrepierna de sus vaqueros. Estaba muy caliente, para su desgracia y a pesar de lo que estaba viendo: cómo su rival en el amor devoraba a la mujer de la que llevaba enamorado desde hacía más de una década.

Eileen nunca había estado tan loca por él como lo estaba en aquel momento.

Nicola empezó a probar a pasar los labios por el cuerpo de Finley, para luego soltar un suspirito tembloroso que volvió a llamar la atención de Eileen. Por Dios. Estaba claro que se había puesto muy caliente. ¿Tanto le gustaba que la mirasen? ¿Le gustaba darle envidia a Adam? ¿Ponerle los cuernos a Eileen quizá? Todas las opciones eran seductoras a su manera.

—Bueno —le dijo Eileen a Adam, después de carraspear. Estaba fingiendo desafección, pero lo cierto era que había empezado a sentir cómo el rubor se extendía por su cuerpo desde el pecho—. Esos dos se lo están pasando muy bien, así que creo que tú y yo deberíamos seguir con el juego.

—Es el turno de Nicola —dijo Adam en voz baja, hipnotizado por la forma en que Nicola movía las caderas en círculo y por cómo el aliento irregular de Finley brotaba de su garganta.

—Nicola está a otras cosas —comentó Eileen, con más énfasis. Agarró a Adam por la rodilla para llamar su atención—. Será mi turno en su lugar.

—Muy bien. Me gustaría saber qué es lo que hay en esa cueva. Y esta vez en serio, con detalles. Nada de mentir.

Era muy probable que Adam creyese que aquello pondría fin a todo y paralizase por completo lo que estaba ocurriendo el aquel momento. A Eileen le resultó encantador que se hubiese puesto tan dramático e intentado usar aquel último recurso. Pero, en lugar de ir

al grano, Eileen se limitó a sonreír.

—Vas a tener que usar métodos más convincentes si quieres sonsacarme información —dijo, mientras la sangre le bombeaba con fuerza en las venas. No sabía con qué iba a toparse a continuación, si con la consumación de la noche o con una confrontación, pero estaba preparada para cualquier cosa.

Cuando manipulaba a las personas con la maestría de la que hacía gala era cuando más se sentía ella misma. Lo hacía como si dichas personas fuesen poco más que uno de esos juegos de hacer figuras con hilos entre los dedos. Y puede que eso la convirtiese en una persona horrible. Y también sabía que no era lo único por lo que iba a ir al infierno. Pero la hacía sentir muy viva.

Eileen volvió a mirar de soslayo a Nicola y a Finley. Él le había levantado el vestido hasta la cintura para regalar a todos los presentes la imagen de sus nalgas redondeadas.

¿Acaso Nicola estaba usando a Finley para castigar a Eileen por haber atrapado a Adam en sus redes? ¿Estaría Finley dándole una lección a Eileen con esa estadounidense, que era mucho más encantadora y dulce de lo que ella sería jamás, por haberle echado el ojo a otro hombre? ¿O simplemente se debía a la influencia seductora de Craigmar, que los había envuelto a todos con esa intimidad que convertía los deseos que albergaban en lo más profundo de sus corazones en algo verosímil?

Quizá estuviesen intentando castigarse los unos a los otros, a su manera.

Eileen se estiró despacio y separó las rodillas para dejar al descubierto la seda de encaje negro que llevaba debajo de la falda. Era la última oportunidad de Adam.

Él emitió un ruido de repulsión, aunque Eileen no sabía si lo que le daba asco era él mismo o ella, y tampoco le importó. Luego, Adam se

puso de rodillas y se inclinó hacia ella. Hasta ese momento, Eileen había estado convencida de que era una persona maleable, pero no tenía muy claro si casaría bien con lo que ella deseaba. Adam le había parecido demasiado serio, demasiado educado y demasiado inseguro. Pero en aquel momento, cuando bajó la vista para mirarla como si la despreciase y como si la desease tanto que la sensación podía llegar a acabar con él, Eileen descubrió al fin que era perfecto.

Adam le levantó la falda hasta las caderas y, sin mediar palabra, le agarró la entrepierna. Tenía la mano cálida al tacto, y recia, lo que hizo que todo pensamiento racional abandonase la mente de Eileen en aquel mismo instante.

—El juego se llama Confesión, ¿verdad? —dijo él, con voz grave y amenazadora—. Pues empieza a confesar.

—No —respondió ella en un ronroneo.

Adam deslizó la mano por debajo de las bragas y ubicó al instante la pequeña protuberancia de placer entre sus piernas. Eileen siempre había dicho que Finley era la única persona que le había llamado la atención, pero su cuerpo no mentía y se descubrió húmeda y lista para Adam en aquel momento.

Él trazó círculos por su clítoris con los dedos, despacio al principio y luego con más intensidad. Eileen se retorció bajo su mano, con una risilla nerviosa para provocarlo, por lo que Adam usó la mano que le quedaba libre para agarrarla con fuerza por la cadera y hacer que se quedase quieta. La risa terminó en ese mismo momento, y Eileen notó cómo el corazón le latía con fuerza contra las costillas.

Una mano firme era el secreto para ponerla a tono, algo que Adam no tardaría en descubrir.

—Te gusta jugar sucio —susurró Eileen, cuyo aliento brotaba de sus labios sin que estos entrasen en contacto en ningún momento. Por muy encantador que estuviese Adam en aquel momento, se

negaba a besarlo. Era un gesto que le parecía más íntimo que la mano que él le había puesto entre las piernas. Eileen solo había besado a sus padres en la mejilla, y a Finley en la boca. Besar era una de las cosas que más le gustaban, sobre todo esos besos acaramelados y lentos que le relajaban el pulso y la hacían sentir, durante un buen rato, que era una chica normal capaz de tener emociones humanas.

No se sentía capaz de confiarle algo así a Adam por el momento.

Las manos de Eileen encontraron el botón de los vaqueros de él y no tardaron en desabrocharlo. Adam se los bajó y dejó al aire ese miembro dolorosamente duro. Eileen lo envolvió con gesto suave entre los dedos y empezó a menearlo, con firmeza y determinación. Le encantaba aquel sexo furtivo e indecente, aquel que les robaba gritos ahogados y que le daba ganas de correrse cuanto antes.

El sonido de la voz irregular de Nicola consiguió desconcentrar a Eileen, y Adam giró la cabeza hacia la otra estadounidense. Eileen lo vio mirar a Nicola, lo que la puso más cachonda aún al ver la arruga de sufrimiento que apareció entre sus cejas.

Nicola había empujado a Finley contra la moqueta del suelo y lo agarraba por las muñecas, que le mantenía por encima de la cabeza. Finley parecía embobado y aturdido mientras ella frotaba las caderas contra su cuerpo. Eileen nunca lo había agarrado así, nunca había usado su cuerpo para darse placer. Ella disfrutaba de la fricción propia de un enfrentamiento por el poder, pero lo que más le gustaba en realidad era perder dicho enfrentamiento.

¿Le gustaba a Finley aquello, que lo dominasen así con brusquedad? Pensarlo hizo que el calor se apoderase de la entrepierna de Eileen y estuvo a punto de llevarla al clímax.

Nicola fue la primera en llegar, con un grito agudo que hizo que algo se revolviese en el cerebro de Eileen. Finley la siguió poco

después y se quedó con los pantalones llenos de una suciedad deliciosa.

Adam soltó un gruñido y empezó a mover las caderas. Luego, dejándose llevar por el ambiente indiscutiblemente erótico que los envolvía a los cuatro tirados por el suelo, se derramó en la mano de Eileen con un gemido.

—He ganado —dijo ella, triunfante.

—No. No lo has hecho —consiguió pronunciar Adam, que luego metió dos dedos en su interior. Ella soltó un grito ahogado y empezó a sentir un temblor en los muslos. Nunca había dejado que alguien que no fuese Finley se los metiese, y él rara vez la tocaba así, como si buscase tesoros ocultos en su interior. Adam empezó a frotar en círculos un punto muy concreto de la cara interna del sexo de Eileen.

—Adam —gimió ella.

Solo consiguió aguantar unos segundos más. Se tensó alrededor de la mano de Adam mientras el orgasmo le recorría todo el cuerpo. Solo consiguió ver puntos blancos cuando perdió por completo la visión durante unos segundos la mar de exquisitos.

Después apoyó la frente contra el hombro de Adam mientras el pecho se le agitaba a causa del agotamiento.

—El pasado —consiguió articular entre jadeos, un atisbo de verdad que se le había escapado de entre los labios sin querer. No había querido decirlo. Quizá Adam hubiese ganado aquella ronda, al fin y al cabo. Quizá era lo bastante inteligente como para estar a su altura—. Eso es lo que hay en la cueva.

CAPÍTULO VEINTIDÓS
NICOLA

La partida terminó poco después. Ruborizados por el agotamiento y la vergüenza, intercambiaron despedidas y se dirigieron a sus respectivas duchas para eliminar toda prueba de sus victorias. Nicola nunca había estado en el dormitorio de Eileen, pero sospechaba que vivía en el piso más alto de la mansión, sobre esas escaleras estrechas para sirvientes que había al fondo del pasillo principal donde también se encontraba su habitación. La sospecha pareció confirmarse cuando Nicola la vio subir con Finley por ese pequeño tramo de escaleras.

Adam acompañó a Nicola hasta su habitación, igual que todas las otras veces que la había acompañado al coche después de una noche de bares, pero en esta ocasión no era capaz de mirarla a los ojos. A ella aún le dolían los muslos por mantener a Finley clavado en el suelo, y sentía un cosquilleo en los labios en el lugar donde Adam la había besado para confesarse muy cerca de su piel. Sentía el peso del deseo, pero al mismo tiempo se sentía ligera. Era como si, a la vez, tuviese el control de sus actos y estuviese del todo fuera de control.

No sabía a qué había venido lo del salón. Había querido a Adam, pero también a Finley, de manera dispar pero complementaria a su vez. En el ambiente confuso del momento la respuesta le había parecido muy obvia: los podía tener a los dos. Pero ahora, con la mente despejada después del orgasmo, empezó a darle vueltas a las cosas.

Ninguno había hablado sobre lo ocurrido. Finley pertenecía a

Eileen, y Nicola siempre había tenido muy claro que Adam no le pertenecía a ella.

Pero él la había besado como si ella estuviese bajo su control, como si fuese la dama a la que quería agasajar con rosas y entregar su devoción durante el día, para luego desvestirla y devorarla a la luz de las velas por la noche. Y Finley la había mirado con algo parecido a una devoción religiosa, embistiéndola y gimiendo como si Nicola fuese las diosa más cruel a la que se había entregado jamás.

Nicola, que no estaba acostumbrada a significar nada para nadie, había quedado aterrorizada y embriagada por lo ocurrido.

—Pues buenas noches —dijo mientras se retorcía las manos entre sí junto a la puerta de su dormitorio. Adam estaba con ella en el pasillo, a unos pocos centímetros.

Nicola había reprimido el impulso de besarlo durante tanto tiempo que, ahora que aquel velo sagrado que los separaba se había rasgado del todo, lo único que ansiaba era entregarle sus labios una y otra y otra vez.

—¿Estás bien? —preguntó él, que analizaba su rostro con esos ojos azules. Dios, qué alto era.

—¿Por qué no iba a estar bien? —preguntó. Adam podía pensar cualquier cosa sobre ella, pero Nicola no quería que creyese que le daba miedo un poco de sexo grupal. En una ocasión, había hecho un trío en la habitación de su compañera de laboratorio con otras dos chicas, para luego comerse una Domino's desnudas en la cama mientras se hacían trenzas. Podía llegar a ser sensible, pero no se consideraba una persona delicada.

—Ha sido muy intenso —dijo él, como si no fuese obvio.

—Quizá me gusten las cosas intensas —comentó Nicola en voz baja. Se estaba exponiendo más de lo que quería debido a que eran altas horas de la madrugada—. ¿Te parecería mal?

—No —aseguró él, sin aliento y también en voz baja.

Nicola abrió la boca para preguntarle si quería entrar, para suplicárselo prácticamente, pero luego se sorprendió al comprobar que él tomaba la iniciativa. Adam se acercó los pocos centímetros que los separaban y volvió a besarla, con más fuerza en esta ocasión. Nicola se sintió mareada y le ardieron los labios cuando él se apartó.

—No sé lo que nos está pasando —confesó—. Pero necesito un poco de tiempo para asimilarlo.

—Yo tampoco lo sé —aseguró ella.

—Buenas noches, Nikki —dijo Adam. Luego, con ese tono alegre e incondicional que usaban siempre, añadió—: Que duermas bien. Y no te mueras.

—Que duermas bien. Y no te mueras —repitió ella. Y luego, se quedó a solas en el pasillo.

Gracias a Dios, Adam dobló la esquina hacia su dormitorio en lugar de subir por las escaleras hacia el de Eileen. Nicola no se veía capaz de soportar algo así.

Entró en su dormitorio y cerró la puerta con el pestillo, tras lo que empezó a quitarse la ropa. Se deshizo del vestido, se desabrochó el sujetador y liberó sus pechos. Luego, ataviada únicamente con unas bragas de algodón negro, sacó el vibrador de la maleta y se metió en la cama.

Tenía la cabeza llena de preocupaciones, deseos y teorías. La pantalla del MacBook, que se había quedado abierto con un artículo de JSTOR a medio leer, brillaba en el escritorio. Nicola, irritada por la luz y por su búsqueda de la verdad, reptó por la cama para cerrarla y luego volvió a echarse entre los cojines.

No quería pensar en todas las cosas que podían llegar a salir mal en aquel momento ni en lo que Eileen podía tenerles reservado. Solo quería aliviar el calor que notaba entre las piernas.

No creía que fuese a ser capaz de hacerlo con tanta intensidad como para rebajar las ansias que notaba en su interior, pero había decidido intentarlo.

Encendió el vibrador, lo puso al máximo y empezó a moverlo entre sus muslos durante un minuto antes de metérselo hasta el fondo. Normalmente, necesitaba algo más de preliminares, pero estaba tan húmeda que su cuerpo envolvió el juguete sexual sin resistencia alguna. Empezaron a mojársele los dedos mientras lo metía y lo sacaba, cada vez más rápido y con más firmeza.

Su mente se había convertido en un torbellino confuso de lujuria, imaginándose por unos momentos la boca de Finley, después los ojos iracundos de Eileen y luego el olor de Adam, a pasta de dientes mentolada y a desodorante con aroma a ámbar. Intentó obligarse a imaginar una fantasía inventada, algo más controlado y que no enturbiase aún más la relación entre sus amigos y ella.

Pero cuando se corrió, con intensidad, de repente y soltando un grito que sin duda se había oído por toda la casa, se estaba imaginando a los tres tocándola y besándola, intentando conquistarla individualmente, egoístas en su placer como si ella fuese poco más que el plato principal del banquete en el que se habían convertido sus anhelos.

Nicola controló la respiración durante casi diez minutos después de lo ocurrido, intentando calmar los temblores de su cuerpo. Tenía la esperanza de deshacerse de la ansias que la embargaban, pero poco después de recuperarse ya volvía a tener ganas. Sintió cómo la lujuria le atenazaba el estómago cuando volvió a pensar en Adam, Eileen o Finley. Y soltó algo parecido a un sollozo cuando volvió a deslizar los dedos entre las piernas y a tocarse el clítoris con movimientos circulares en busca de un segundo orgasmo.

Al parecer, Craigmar la había convertido en una persona

insaciable.



Nicola no supo cuánto durmió al día siguiente. La noche anterior había caído inconsciente, exhausta, y ni siquiera se le había ocurrido poner la alarma del teléfono. Cuando abrió los ojos su octavo día en Craigmar, el sol relucía a través de las cortinas de gasa y los pájaros cantaban alegres.

Ya había pasado la fecha del vuelo de regreso a casa y casi ni se había dado cuenta. El hecho de que el avión hubiese despegado sin ella se le antojaba como haber cruzado un umbral, como si se hubiese estrechado la relación con sus nuevos amigos de manera muy real e inmediata.

Se incorporó para desperezarse, adormilada y muy irritable. A pesar de los orgasmos, no había dormido bien a causa de las pesadillas. Mientras se vestía, empezó a imaginarse cómo la humillaban: a Adam gritándole por haber cometido una supuesta infidelidad, a Finley topándose con ella en una fiesta y haciendo como si no la conociese, a Eileen prestándole un vestido que luego ella rompía sin querer e intentaba arreglar entre sollozos. Y también había soñado con algo más, con algo más oscuro y extraño: una mano de dedos largos y fríos que le rodeaba el cuello y la atenazaba con la misma suavidad con la que un granjera agarraría un pollo al que no quería asustar antes de sacrificarlo, todo mientras una voz que no conocía de nada le susurraba su nombre al oído.

Nicola se lavó la cara en el baño, se enjugó el exceso de agua y luego se puso rímel, antiojeras y un bálsamo labial brillante, como una soldado que se preparase para la guerra.

Le daba igual cómo se sintiesen los demás por lo que había pasado

la noche anterior, ella no se iba a avergonzar.

Bajó por las escaleras hasta la cocina sin la ayuda de Adam, ya que Craigmar le resultaba más familiar a cada día que pasaba, y empezó a oír voces masculinas a medida que se acercaba. Se quedó a unos pocos metros de la puerta, escuchando. Aquel siempre había sido uno de sus peores vicios.

—¿Has dormido bien? —preguntó Adam.

—Como un tronco —respondió Finley—. Los juegos de Eileen siempre me dejan muy cansado.

—¿Eileen aún no se ha despertado?

—Duerme mucho, pero estoy seguro de que estará encantada de verte cuando despierte.

—¿Tú crees? —preguntó Adam, con cierto tono desafiante en la voz—. Yo también estoy seguro de que Nicola estará encantada de verte a ti.

A Nicola le dio un vuelco el estómago al oír su nombre, como si fuese una adolescente embargada por la esperanza. Notó cómo el rubor se apoderaba de ella al imaginarse a aquellos dos hombres nombrándola sin estar presente, y también deseó que el tema de la conversación virara hacia derroteros más adultos.

¿Por qué la ponía tan cachonda que la cosificasen así? Estaba perdiendo la cabeza. Seguro que era eso.

—¿Te besaste y lo hiciste con Eileen anoche después de aquello? —continuó Adam—. Parecíais tener problemas.

—Siempre tenemos problemas de ese tipo —se burló Finley—. Pero sí, lo hicimos. Varias veces.

—Espero que no te hayas enfadado conmigo por lo que pasó.

—¿Por hacerle un dedo a mi novia, quien también es mi jefa, a un metro de mí? Pues no. Mientras tú no te enfades por haberme tomado ciertas libertades con Nicola.

—Nicola puede hacer lo que quiera. Somos adultos —respondió Adam, con la voz que solía usar cuando quería que lo considerasen un cosmopolita experimentado—. Sabemos compartir.

—¿Y has hablado del tema con ella?

En ese momento, Nicola decidió que aquel momento era tan bueno como cualquier otro para entrar, así que atravesó la puerta de la cocina como si acabase de llegar.

Finley estaba apoyado en la isla sirviendo café en una taza esmaltada, con un aspecto desaliñado y afable, ataviado con una camiseta verde y unos pantalones de pijama a cuadros. Adam llevaba una henley que usaba para los viajes, con un pantalón de chándal gris y, a juzgar por la marca del miembro morcillón en la entrepierna, sin calzoncillos.

Nicola se quedó embobada durante unos instantes al verlos ahí juntos, incapaz de elegir.

—¿Qué tal? —dijo Adam.

—Buenos días —saludó Finley, con tono alegre. Gracias a Dios, no había retintín alguno en su voz. Nicola no se veía capaz de soportar comentarios sobre lo extraña que había sido la noche anterior. Se había dejado llevar por la lujuria, y siempre se le había dado muy mal hacer como si no hubiese pasado nada, incluso con los rollos de una noche—. ¿Quieres café?

—Sí, por favor —respondió ella, que siguió los gestos de Finley mientras preparaba el café tal y como le gustaba a Adam y sin que este le hubiese dicho nada. ¿Se habría estado fijando en sus gustos personales?

Finley le sirvió a Nicola una taza de café caliente con mucha leche y una pequeña cucharada de azúcar, lo suficiente para quitarle el amargor. Después se inclinó hacia delante para darle un beso en la mejilla mientras se la entregaba. Nicola giró la cara en el último

momento para ofrecerle la boca, y Finley la besó encantado en los labios, tan dulcemente como si se conociesen de toda la vida.

Adam los miró con la ceja arqueada y una sonrisilla en el gesto. Nicola no pudo evitar besarlo a él también, presionando los labios contra esa sonrisa que acababa de poner. Adam parpadeó y la miró embelesado. Estaba encantador.

—Hola —dijo, como si no la hubiese saludado ya unos momentos antes.

—Hola —respondió ella.

Finley miró a través de la ventana por encima del fregadero, suspiró y dijo:

—Ahí está.

Y ahí estaba Eileen, caminando por una colina distante, con los hombros encorvados bajo la llovizna plomiza y envuelta en una prenda que no parecía lo suficientemente abrigada.

—¿Está bien? —pregunto Adam, que había levantado una mano sin pensar para apoyarla en la cintura de Nicola.

—Lo hace a veces —murmuró Finley mientras se terminaba el café —. Se le mete en la cabeza que tiene que tomar el aire, o escalar un árbol o nadar en el lago. No conoce límites. Iré a buscarla.

—Puedo ir yo —dijo Adam, animado. Y luego, de repente, se percató de la situación—. Si te parece bien. Es que me ha dado la impresión de que pasas demasiado tiempo preocupándote por ella. No me importa compartir esa carga contigo si confías en mí.

Finley pareció sorprenderse, como si algo así nunca se le hubiese ocurrido. Pero asintió, despacio al principio y luego con más determinación.

—Sí, la verdad es que sería perfecto. No la reprendas. Simplemente, asegúrate de que no se muere ahí fuera e intenta convencerla para que vuelva rápido a casa, ¿vale? Se supone que no

puede salir con este tiempo.

—De acuerdo —dijo Adam, que le robó con avaricia otro beso a Nicola antes de agarrar la chaqueta que había dejado colgada y salir por la puerta de la cocina.

Tan pronto como se marchó, Finley agarró la mano de Nicola y se la llevó a la boca.

—Gracias por lo de anoche —dijo mientras le presionaba los labios contra los nudillos.

Nicola le sonrió y sintió una calidez propia del verano en su interior.

—Fue muy divertido. Deberíamos repetirlo en algún momento.

—Estoy de acuerdo. Pero también me gustaría tener una cita normal contigo, si me lo permites. Podrías considerarlo una disculpa por ser un imbécil y haberte eludido durante tanto tiempo.

—¿Va a dejar de eludirme, señor Buchanan?

Finley le dedicó una sonrisa asimétrica.

—Es usted maravillosa y quiero tenerla cerca, señorita Fairweather.

Nicola le dio un buen sorbo al café para luego sonreírle con gesto travieso y sentarse a la mesa de la cocina. Finley se sentó a su lado, cómodo y tranquilo, como si fuesen algo más que dos meros desconocidos que habían compartido un momento íntimo.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo ella cuando reunió el coraje suficiente—. Sobre el sexo.

—Eres muy directa —comentó Finley.

—Si quieres puedo cambiar de tema.

—No. Me gusta, pero no estoy acostumbrado. Eileen da más… rodeos para hablar de sus sentimientos. Puedes preguntar lo que quieras.

—La manera en la que te comportas con Eileen… ¿Eres así con todo el mundo?

—¿Te refieres a si quiero hacerles daño a todas mis parejas?

—Sí. —Ella se inclinó hacia delante para verle mejor la cara. Era melancólicamente encantador. Parecía un príncipe despreciado de una obra de Shakespeare que pretendía usurparle el trono a su hermano mayor.

Finley se tomó su tiempo para pensar, mientras pasaba el pulgar por el asa de la taza que tenía en la mano. Terminó por decir:

—Me cuesta diferenciar entre quién soy en realidad y lo que aprendí a hacer en presencia de Eileen. Pero sí, creo que esa predilección es algo que forma parte de mí. Y sí, las ansias de hacer daño, morder o agarrar con fuerza a la otra persona siempre han estado ahí. Pero no es lo único que me gusta. Nunca le haría algo así a alguien que no quiera. ¿Tiene sentido lo que estoy diciendo?

—Claro que sí —respondió Nicola con una gran sonrisa en el gesto —. Y diría que también te gustó que te agarrase por las muñecas anoche.

—Pues sí. Mucho.

—¿Te lo había hecho alguien?

—Nadie —respondió Finley, que se la quedó mirando con un gesto ávido que hizo que algo electrizante empezase a correr por las venas de Nicola.

—Pues deberíamos repetirlo en algún momento.

—Me encantaría.

—Será mejor que tengas cuidado con acercarte a mí —dijo ella, con una carcajada brusca. Por unos instantes, se había sentido bien y muy cómoda, pero sus antiguas inseguridades empezaron a resurgir y a acecharla como un ladrón en las sombras—. Puedo llegar a ser una persona complicada.

—No creo que seas una persona complicada.

Nicola podría haberle quitado hierro al comentario, o podría haber

aceptado aquel cumplido sucinto. Y lo habría hecho si Finley hubiese sido alguien que intentase ligar con ella en un bar, o alguien que la invitaba a una segunda cita. Pero a Nicola le gustaba de verdad, quizá tanto como Adam, y eso era algo que la asustaba tanto que se quedaba sin aliento. Llegados a ese punto, creyó que lo más sencillo sería confesar para no decepcionarlo más tarde.

—Mi madre me abandonó a las autoridades cuando tenía diez días. Me pasé la infancia entre orfanatos y familias de acogida. Algunas eran mejores que otras, pero no pasé mucho tiempo con ninguna en realidad. Era una niña muy problemática. Estaba muy celosa del resto de niños y tenía un trastorno de ansiedad por separación muy grave. Tenía… colapsos emocionales. Y los sigo teniendo, para ser sincera. Te parece que soy agradable porque aún no me has visto enfadada.

Enfatizó el comentario con una carcajada con la que intentó quitarle importancia a un tema que en realidad era muy turbio. Pero Finley se limitó a mirarla con ese gesto tranquilo que la hacía sentir como si fuese la única mujer del mundo.

—Eso me ha parecido propio de una persona muy solitaria. Y también parece que te culpes por las acciones de los adultos que se suponía que tenían que mantenerte a salvo. La familia no puede tratarse así. Eres una persona muy inteligente y amable, Nicola. No lo he dudado en ningún momento.

—Gracias, pero aún no me conoces muy bien.

Finley entrelazó los dedos con los de ella por debajo de la mesa.

—No, aún no. Pero me gustaría. ¿Te parece bien?

—Claro —respondió Nicola—. Por supuesto.

Finley se inclinó hacia delante y le dio un beso, uno de verdad, como si aquella fuese su despedida y no fuese a volverla a ver. Nicola se lo devolvió, con dulzura e intensidad, hasta que se quedó

sin aliento.

—Agradezco lo amable que eres conmigo —dijo ella, porque le costaba menos hablar sobre cualquier otro sentimiento que no fuese aquel que bullía en su interior, aquel demasiado parecido al cariño. O al amor. Iba demasiado rápido. Se encariñaba con unos y otros a la velocidad de la luz. Sabía que se debía a sus problemas de apego, o a no tener muy claro lo que era el amor, o a cualquiera de los demás defectos de su alma para los que los psiquiatras seguro tenían un término.

Algo se ensombreció en el gesto de Finley y aflojó la presión en su mano.

—No creo que sea muy amable.

—¿Por qué lo dices?

—Ya has visto cómo trato a Eileen. Puedo llegar a ser egoísta. Exigente. Cruel. Disfrutar del dolor de los demás no es algo propio de una persona amable.

—No tengo muy claro lo que pasa entre Eileen y tú cuando nadie os ve, pero a mí solo me has demostrado que la quieres mucho. Te he visto actuar con cariño, así que no digas que tu relación con ella depende de los látigos y las cadenas.

—Odio las cadenas —dijo él, con una carcajada—. No merecen tanto la pena para todos los problemas que dan. Y lo cierto es que soy muy torpe con el látigo.

Finley había empezado a acariciarle la espalda con la mano para luego terminar en el pelo de Nicola. Empezó a frotar en círculos cerca de la nuca con el pulgar, lo que hizo que ella sintiese una calidez que le recorrió la columna.

—Me sorprende que aún no te hayas asustado de mí —murmuró él.

—Vas a tener que esforzarte mucho más si quieres asustarme —

dijo Nicola, que alzó con mentón con valentía.

—¿Ah, sí?

Finley le agarró el pelo con más fuerza durante unos instantes, y ella abrió los ojos como platos a causa de la sorpresa mientras se le disparaban las pulsaciones. El ambiente se puso muy tenso al instante por culpa de lo que podía llegar a ocurrir. Entonces, Finley la soltó y siguió masajeando aquel punto de la nuca, como si le estuviese pidiendo perdón por su brusquedad.

—Creo que nos gustan mucho las mismas cosas —dijo Nicola, tímida de repente. ¿Desde cuándo se sentía cohibida por hablar de sexo—. No soy una remilgada. Te aseguro que, si supieses la mitad de las cosas que me excitan, llegarías a asustarte.

—Lo dudo. Pero venga, inténtalo. ¿Qué te gusta?

Siempre era más sencillo pensar en todo aquello en la privacidad de su cama y no cuando estaba acompañada, pero estaba intentando confiar todo lo posible en Finley. Si quería llegar a forjar una relación de verdad con él, iba a tener que ser sincera.

—Bueno —dijo con la respiración entrecortada—. Siempre me ha gustado que me persigan.

—¿Que te persigan? —preguntó Finley, con cierto placer siniestro en el tono de voz.

—Que me den caza y me violen, más bien.

—Nunca lo he hecho antes. Me gustaría hacerlo contigo.

—¿Sí? —preguntó Nicola, con una voz una octava más aguda de lo normal.

—Sí —aseguró él, que acercó la nariz para rozarla con la de Nicola —. En cuanto podamos. Pero ahora, me gustaría seguir hablando contigo y besarte. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto —dijo ella—. Y ya que estamos hablando, ¿podrías decirme qué le pasa a Eileen? ¿De qué va?

—Podríamos hablar del tema hasta quedarnos sin aliento y nunca llegarías a tener una respuesta satisfactoria, pero me gusta dejar las cosas claras. ¿Qué te preocupa exactamente?

—Sé que significa mucho para ti y no quiero parecer brusca, pero eres todo lo que ella tiene en este mundo. Me gustas, Finley, me gustas mucho, pero no podría vivir sabiendo que he arruinado lo que hay entre vosotros. ¿Esto que hacemos le parece bien?

Nicola cabeceó hacia las manos que tenían entrelazadas para enfatizar lo que acababa de decir.

—Hablamos mucho al respecto anoche. Le parece bien que ahonde en mi conexión con otras personas mientras también lo haga con ella. Nos queremos, y sé que será así hasta que la muerte nos separe, pero eso no significa que tengamos que controlar todo lo que hace el otro.

—¿Crees que hará algo con Adam? —preguntó Nicola, que se mordió el labio. ¿Por qué el amor tenía que ser tan complicado? ¿Por qué no podía todo el mundo tener lo que quería en cada momento sin complicaciones y sin hacerle daño a nadie?

—Estoy muy seguro de que eso era lo que pretendía anoche —respondió él, que soltó una carcajada cortante—. Eileen preferiría morir antes que pedir directamente lo que quiere. Para ella, todo tiene que funcionar como un rompecabezas. Te voy a dar un consejo: habla con Adam. Pregúntale cómo se siente y asegúrate de que ni tú ni él mentís sobre vuestros anhelos. Con estos temas hay que dejar las cosas muy claras. Si es así, yo no me preocuparía.

—Muy bien —respondió Nicola.

Vio cómo la luz del sol se reflejaba en los bucles ondulados del cabello de Finley y también sus ojos marrones cargados de afecto, y en ese momento dejó atrás toda preocupación.

CAPÍTULO VEINTITRÉS
ADAM

Adam se encontraba a poco menos de un kilómetro de la casa cuando alcanzó a Eileen. Ella había optado por renunciar al sendero tranquilo que atravesaba los pastos para aventurarse por uno que llevaba directo hacia el bosque. Adam la siguió, con dolor en los talones y entre jadeos mientras ascendían por el terreno rocoso. Se había pasado el instituto y la universidad haciendo natación, deporte que seguía siendo su ejercicio favorito. Echaba de menos la resistencia del agua, el romper rítmico de las olas sobre su cabeza. Pero la caminata también era bastante desafiante y le dio el tiempo y el espacio necesarios para pensar.

Empezó a recordar aquel juego llamado Confesión. Por mucho que le hubiese gustado besar a Nicola, no había sido capaz de olvidar la manera en la que los ojos de Eileen lo habían mirado desafiantes cuando le metía la mano en las bragas, o cómo ella había pronunciado su nombre como si de una palabrota se tratara cuando Adam estaba a punto de llevarla al orgasmo. Pero, sobre todo, no podía dejar de pensar en el rubor de sus mejillas cuando él había cedido a sus instintos más crueles y la había sostenido contra el suelo con fuerza. Nunca había disfrutado de imponerse por la fuerza de esa manera, pero había cierta satisfacción animal en sobreponerse a Eileen Kirkfoyle, una que probablemente tendría que haberle activado las alarmas. ¿Había algo más que Eileen disfrutase, aparte de que la sostuviesen así? ¿Qué más le dejaría hacer si se lo pedía?

La mente de Adam volvió a divagar, en esta ocasión al recordar los

bucles de cabello alborotado de Finley contra el suelo, la manera en la que había alzado la vista hacia Nicola como si fuese la reencarnación de Dios mientras ella se alzaba a horcajadas sobre sus caderas. Adam había querido atribuir su excitación al ambiente sexual que había en la estancia en general, pero cuando había bajado las escaleras al día siguiente y encontrado a Finley preparando café, con barba de un día y las marcas de la almohada en la cara, había vuelto a excitarse. Le parecía inapropiado obsesionarse, obviamente, por muy atractivo que fuese Finley recién levantado. Pero Adam lo estaba haciendo y recordar aquello había hecho que empezase a ponérsela dura bajo el pantalón deportivo.

Y luego estaba Nicola, claro. Voluble e irresistible, capaz de pasar de ser encantadora y alegre a enseñar los dientes en un abrir y cerrar de ojos. Adam no había podido dejar de mirarla, incluso cuando tenía los dedos metidos dentro de Eileen, y había algo en la situación, en el hecho de que Nicola lo viese hacerlo mientras Eileen veía cómo ella se frotaba contra Finley, que había provocado en Adam un nudo intrincado de emociones que no era capaz de desentrañar.

Todo había cambiado entre ellos, pero nada lo había hecho al mismo tiempo.

Adam llegó a la cima de una pequeña colina y encontró al lord de la mansión agachada en el barro, examinando una seta blanca de aspecto espectral con interés académico.

—¡Eileen! —gritó Adam, que empezó a acercarse en ese momento.

Ella se puso en pie con una languidez pausada y lo contempló con curiosidad. Llevaba un abrigo largo castaño rojizo sobre un vestido color ciruela que le llegaba por encima de las rodillas, y el pelo había empezado a soltársele del moño. A medida que se acercaba, Adam se percató del sudor que le perlaba la frente a pesar del frío matutino,

del rubor que adornaba sus mejillas. El abrigo era demasiado ligero para principios de otoño, por lo que mucho menos servía para los comienzos de la primavera, cuando la escarcha aún adornaba las mañanas.

—Llevo un rato intentando alcanzarte —dijo Adam, entre algún que otro jadeo—. Finley quería que me asegurase de que estás bien.

—He salido porque quería algo de intimidad —respondió ella. No había dejado de mirar las setas, con gesto reflexivo—. A veces no le digo a mi hombre a dónde voy.

«Mi hombre». Adam volvió a cuestionarse por enésima vez cuál sería la naturaleza de la relación entre Finley y Eileen, de esa devoción tan asentada que casi dolía a la vista, aunque también les permitía tener relaciones con otras personas. No se parecía a nada de lo que él hubiese oído hablar antes, y mucho menos a nada que hubiese visto en persona.

—Deberías tener cuidado aquí fuera —continuó ella—. Hay muchas partes de Craigmar que siguen asilvestradas y baldías. No me gustaría nada que el bosque acabase contigo.

—No veo que tú tengas problema.

—Porque yo crecí aquí. Craigmar forma parte de mí, pero a ti aún no te conoce. Sigues llevando el anillo que te di, ¿verdad?

Había vuelto a ponerse críptica, como si se hubiese puesto la máscara de lord de la mansión para guardar las distancias con él. No tenía nada que ver con las gozosas indiscreciones de la noche anterior. Adam le tendió la mano, con el dedo anular cubierto de hierro. Eileen asintió y soltó un murmullo.

—¿Qué seta estabas mirando? —preguntó Adam. Sabía que había sonado muy estúpido, pero no quería que la conversación quedase interrumpida por el silencio.

—No tengo ni la más remota idea —respondió Eileen, que apretó

los labios como si la seta la hubiese ofendido—. Brotan de la noche a la mañana.

Adam contempló mejor el hongo, pálido y moteado, y se dio cuenta de que era poco más que uno entre muchos que formaban un círculo perfecto en la ladera de la colina.

—Es una forma un tanto extraña —comentó mientras daba un paso hacia el círculo fúngico.

Las manos de Eileen salieron disparadas para agarrarlo por la muñeca, con tanta fuerza que bien podía haberle hecho un morado.

—Los niños aprenden en los cuentos que no se debe jugar en los corros de brujas. Si pones un pie dentro de ese círculo, podrías quedar aislado de la corriente temporal y desaparecer en un mundo donde los años pasan como si de horas se trataran. Podrías salir convertido en un anciano decrépito.

—Es algo que podría haber dicho Nicola —comentó Adam antes de soltar una carcajada. Pero Eileen seguía agarrándolo con fuerza con la mano sudorosa.

—No es broma, Adam. Deberías hacerle más caso a Nicola. Ya no estás en Kansas.

—Soy de Michigan —apostilló él, pero dio un paso atrás a pesar de todo. Bajó la vista para mirar la mano de Eileen, delicada a la luz tenue de la mañana, que aún no lo había soltado. Se quedó allí con aquel gesto abatido en el rostro, agarrándolo con fuerza, como si esperase a que él hiciese algo.

Adam se aventuró a entrelazar los dedos con los de ella, momento en el que Eileen se relajó solo un poco.

—No tienes muy buen aspecto —comentó él. No quería ofenderla ni avivar su ira, pero estaba preocupado de verdad—. ¿Seguro que te sientes bien?

—Nunca me siento bien —respondió ella, taciturna—. Al parecer,

mi destino consiste en sentirme cada vez peor hasta el día de mi muerte.

—Aún queda mucho para eso —dijo Adam con firmeza.

—Quizá —dijo ella, con tono neutro y escéptico—. O quizá no.

—¿Hay algún diagnóstico médico del que no me hayas hablado?

—No. Nada en particular. No es más que un atributo de mi familia. Podemos sentir el momento en el que nos llegará a la hora, a veces con mucha antelación y otras cuando quedan solo unos días. Quizá tú también lo sientas, cuando llegue el momento.

A Adam no le había gustado nada cómo había sonado aquello. Tenía que sacarla de esas aguas frías y lóbregas en las que se había sumido su mente, llevarla a un lugar más cálido, conseguir que encontrase algo que le hiciese recuperar las ganas de vivir.

—¿Te lo pasaste bien anoche? —preguntó con tono animado.

—Sí —respondió ella con una sonrisa lobuna. Eso estaba mucho mejor. Empezaba a parecerse más a la Eileen que él conocía—. Contigo y con Finley. Hablé con él sobre lo ocurrido. Llegamos a la conclusión de que no tiene sentido contener nuestras emociones, mientras sigamos siendo civilizados.

—Entonces, ¿me dejarás darte un beso? —preguntó Adam, que bajó la vista hacia sus labios, enrojecidos a causa del frío. Tenía una boca seria y encantadora. Se preguntó si besaría igual que hablaba, como si intentase imponerse a él, o si quizá aquella brusquedad terminaría por fundirse entre sus labios.

—¿Y si te arrepientes? —preguntó Eileen, aún con esa sonrisa burlona a pesar de la tristeza que reflejaban sus ojos.

—No lo haré.

—¿Y cómo lo sabes, Adam Kirkfoyle?

No se había apartado ni se había acercado, sino que se había limitado a mirarlo con ojos desafiantes. Él no quería presionarla

demasiado, pero sabía reconocer una provocación. Se envalentonó al oír su nombre y el apellido de ella salir de aquellos labios. El corazón empezó a retumbarle en el pecho antes de agachar la cabeza y besarla.

Fue un gesto leve, poco más que un roce. Ella alzó el mentón y dejó que Adam la cubriese de besos suaves y experimentales que le calentaron la piel fría e hicieron que él empezase a notar que algo le atenazaba el pecho. Podía seguir besándola durante un año entero sin cansarse.

Eileen le rodeó la cintura con el brazo y presionó con más fuerza los labios, momento en el que él le pasó la lengua por la curvatura del labio inferior. Sabía a tramontana y a rocío matutino.

Poco después, una alarma bioquímica interrumpió la confusión prometedora del ambiente.

Adam sintió que una sensación extraña le recorría la espina dorsal, como si hubiese notado un peligro inminente, y se le erizó el vello del anuca.

Los estaban vigilando. Alguien los estaba vigilando.

Adam soltó a Eileen y echó un vistazo por encima del hombro. Estaban solos por el lugar a más de un kilómetro y medio de la casa. ¿Quién iba a encontrarlos en la espesura para luego ponerse a espiarlos?

—¿Te da vergüenza? —dijo Eileen, que puso una sonrisa asimétrica—. Tampoco pasa nada si lo único que querías era un beso, pero la verdad es que yo esperaba…

Adam ignoró el aura levemente amenazadora del bosque que se extendía detrás del corro de brujas y volvió a centrar la atención en Eileen, quien lo contemplaba con ansias, como si estuviese hambrienta, como si quisiese devorarlo y no dejar ni las migajas.

Adam se estremeció al notar cómo la excitación le recorría la

espalda y notaba un cosquilleo en la parte baja a causa del deseo.

—¿Qué esperabas? —insistió. Tenía claro que era lo que Eileen quería que le preguntase, pero no pudo evitarlo. Había sido una trampa muy obvia, pero él se abalanzó sobre ella a sabiendas.

—Esperaba que, al encontrarme aquí fuera, tuvieses en mente otra cosa que no fuese hablar sobre micología.

—Hace un minuto actuabas como si no quisieses que te besara siquiera —resopló él, pero había empezado a acercarse a ella poco a poco, como si Eileen le hubiese anudado una cuerda alrededor de la cintura para luego tirar de ella.

—Quizá me guste que los hombres se esfuercen un poco —dijo, con esa arrogancia insensible que hacía que a Adam le diesen ganas de clavarle los dientes para hacerla reaccionar por instinto—. Quizá me excite hacerlo. ¿Qué te excita a ti, Adam Lancaster?

Seguro que hubiese sido mejor actuar con naturalidad, decirle que lo que lo excitaba era algo normal como besarla, lo que tampoco era mentira. O también podría haberse puesto algo más libertino y fingir que estaba dispuesto a cualquier cosa que ella quisiese, lo que no era verdad exactamente.

No estaba muy seguro de qué era lo que quería de Eileen, pero la noche anterior le había hecho descubrir algunas cosas que lo excitaban.

—Me gusta agarrarte y no dejar que te muevas —dijo—. Quizá hacerte daño, incluso. Pero también me excita cuando tú me dices qué hacer. Sobre todo cuando lo haces con crueldad. Supongo que son cosas que no casan demasiado bien, ¿verdad?

Eileen lo examinó con sus ojos negros, implacables y relucientes, como si fuese un semental y estuviese decidiendo si montar en él o no.

—No te creas. Te sorprenderías. —dijo ella, y hubo algo en su tono

de voz que hizo que su miembro pasase de estar algo duro a ponerse como una piedra, tanto que empezó a marearse.

¿Qué le estaba pasando ahí fuera, en la espesura, lejos de las normas y la moralidad propias de una sociedad?

—Cuesta mucho que algo me sorprenda —comentó Adam con tono fanfarrón.

Eileen se rio. Se rio como si conociese al dedillo todo lo que pasaba por su mente. La brisa le agitó el cabello negro, como si se riese con ella. La frustración empezó a apoderarse de Adam, y también la frustración sexual. ¿Sería esa la razón por la que Finley siempre parecía estar en el límite de su paciencia cuando hablaba con Eileen? Como si fuese a estallar en cualquier momento, a dejarse llevar por la violencia y dejarla con una sonrisa triunfante en la cara para él quedarse vilipendiado a pesar de estar agarrándola por el cuello.

—Te aseguro que no quieres que te diga qué hacer. Te asustaría.

—¿Y por qué crees que me asustaría? —preguntó él, desafiante.

—No estamos cortados por el mismo patrón —dijo, mientras la sonrisa desaparecía de su gesto—. Yo soy desagradable como el invierno cuando me conoces bien. Tú eres amable y cálido, como el verano. No puedes evitarlo, incluso en tus momentos más crueles. Lo he visto.

Eileen volvía a irse por las ramas, hablando con tono críptico y repitiendo ideas que parecían llevar a una verdad mayor hasta que se volvían de nuevo incompresibles. Pero Adam estaba decidido a que le abriese por completo su corazón, aunque nunca llegase a encontrar la salida de laberinto que la conformaba, aunque el hecho mismo de intentar resolver el rompecabezas que era Eileen terminara por hacer que se perdiese aún más en ella.

—Puedo llegar a ser cruel —comentó con tono muy serio. Sabía muy bien qué era lo que ella quería, lo que la ponía cachonda. A él le

parecía bien, mientras ella aceptase esa faceta.

Sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo. Otra vez la sensación de que lo estaban vigilando. Se apartó de ella. Empezaba a ponerse paranoico, pero no quería agobiarse en aquel momento, ahora que Eileen parecía ansiar que él tomase las riendas de la situación.

Eileen miró por encima del hombro hacia el bosque, respiró hondo y sacó sus propias conclusiones.

—Estoy segura de que terminarás por saber cómo serlo, con el tiempo —dijo, con tristeza de repente, con un tono de voz que estuvo a punto de conseguir que Adam se quedase sin aliento. Solo había visto una angustia parecida en los museos, en los ojos de los mártires de los cuadros. Pero luego dicha tristeza desapareció de improviso, reemplazada por un júbilo siniestro que anticipaba exactamente el tipo de pecados que Adam esperaba cometer desde que le había puesto los ojos encima a Eileen—. Pero si quieres demostrarme lo malo que puedes llegar a ser, te dejaré intentarlo.

Fue todo el permiso que Adam necesitaba. Le deslizó la mano por el pelo, aferró los bucles entre los dedos y luego tiró de ella para plantarle un beso implacable.

Era inexperto y tenía las palmas de las manos llenas de sudor debido a los nervios, pero a Eileen no pareció importarle el temblor que se apoderó de él antes de estabilizarse, que sus narices no dejasen de chocar entre sí mientras le abría la boca con los labios. Ella se limitó a emitir gemidos graves y animales para luego devolverle el beso, con más intensidad de lo que Adam creía que era posible.

Eileen le pasó las manos por la espalda sobre la camisa y clavó las uñas perladas en la parte superior de sus omoplatos, para luego bajarlas rasgando hasta la caderas. Adam bufó de dolor, por instinto, lo que interrumpió el beso e hizo que la agarrase por las muñecas. Lo

hizo con fuerza, como si aquello no fuese un juego.

—Joder, Eileen —dijo, herido como un niño que hubiese tendido la mano esperando un dulce solo para recibir un renacuajo en su lugar —. Eso ha dolido.

—Pues haz que también me duela a mí —lo desafió ella, que presionó su cuerpo cálido y ágil contra el suyo—. Demuéstrame lo enfadado que estás conmigo. ¿O eres demasiado bueno como para vengarte?

—No quiero hacerte daño —bufó Adam, quien no era capaz de obviar las contradicciones que le pasaban por la cabeza—. Bueno, sí que quiero, pero no así. No quiero hacerlo de verdad…

—Si quieres follarme, me follarás exactamente como a mí me gusta y exactamente como yo te diga —dijo ella, dejando bien claras cada una de las palabras—. Y si no me gusta cómo lo haces, diré «geranio» y pararás inmediatamente. También puedes parar cuando tú quieras, pero si decides seguir lo harás en mis términos hasta que me quede del todo satisfecha. ¿Entendido?

Adam se la quedó mirando durante un buen rato mientras aún la agarraba por las muñecas, con fuerza suficiente para que le saliesen moretones. Se afanó por recuperar el aliento y poner en orden sus pensamientos, por repasar todas esas normas que le parecían innecesariamente complejas pero emocionantes al mismo tiempo.

—¿Y yo qué saco de todo esto? —insistió, tras reunir el coraje suficiente y respirar hondo, como habría hecho en caso de haberse tirado de un trampolín—. ¿Qué gano yo si quedas del todo satisfecha?

—Permiso para volver a hacerlo —respondió ella, con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Vas a limitarte a hacer eso que llevas queriendo desde que llegaste a este lugar o quieres que volvamos a la casa agarrados por el brazo como niños buenos?

Adam sabía que le estaba dando la posibilidad de marcharse, y la parte de su mente que siempre lo avisaba del peligro le indicó que debía aceptarla. Eileen lo perturbaba, de la misma manera visceral que lo perturbaba ver el reflejo de los ojos de un animal en la oscuridad de la noche en un bosque. No obstante, se sentía muy atraído por ella y no podía negarlo, y también se había dejado embriagar por el atisbo de control que Eileen le había mostrado. Era algo que se intensificaba hasta el delirio debido a que era ella en realidad quien le estaba exigiendo que se comportase así.

—Dime que quieres que lo haga —dijo Adam, como si se acercase al borde del trampolín. Le agarró la cara a Eileen entre las manos—. Y sé sincera.

—Quiero que lo hagas —dijo ella con parsimonia—. No. No solo eso. Lo necesito, de una manera que no creía que volviese a necesitar. Tanto que me asusta. ¿He sido lo bastante sincera?

—Sí —dijo él, que hundió los dientes en el suave labio inferior.

Se besaron como si aquello fuese una guerra, mientras Eileen reía, mordía y arañaba con una fuerza sorprendente entre sus brazos, como si estuviese disfrutando de todo el esfuerzo que él hacía por someterla a su control. Adam no tardó en quedarse sin aliento y empezó a notar cómo el calor se extendía por todo su cuerpo, pero estaba decidido a ganarle esta partida. No iba a echarse atrás ahora que tenía aquel cuerpo esbelto entre los brazos, ahora que Eileen le sonreía de oreja a oreja y que reprimía los gemidos como si no quisiese darle la satisfacción de oírlos.

Eileen lo tiró a la tierra del suelo, o puede que fuese Adam quien la dejó de rodillas en la hierba. Era complicado de saber. El mundo era poco más que un borrón lleno de jadeos y dientes, tan absorbente que hasta la certeza amenazadora de que alguien los estuviese mirando quedaba eclipsada por la excitación de Adam.

De alguna manera, terminó arrodillado detrás de Eileen, con un brazo alrededor de su cintura y la mano libre levantándole la falda para agarrarle el culo.

—¿Esto es lo que quieres? —la desafió, con un tono entre libidinoso y suplicante—. ¿Quieres que te lo haga aquí mismo, en la tierra?

Eileen se limitó a reír. Era como si hubiese dado cuenta de que Adam empezaba a entenderla al fin. Adam le arrancó el tanga negro y simple, para luego empezar a forcejear con el cordón de sus pantalones de chándal. Eileen arqueó la espalda y empezó a hacer ruiditos de desesperación hasta que el miembro duro de Adam se le deslizó entre los muslos. Él la aferró con fuerza y la apretó contra él, sin penetrarla aún durante unos segundos que a ella le parecieron angustiosos, para luego sacar un preservativo del bolsillo de atrás del pantalón. Consiguió abrirlo con los dientes de alguna manera, una hazaña que no había conseguido jamás.

—¿Vas a follarme ya y a dejar de hablar? —espetó Eileen mientras él se ponía el condón—. Me aburro, Lancaster.

Adam soltó un ruidillo desesperado, le abrió las rodillas y se la metió hasta el fondo.

—Sí —dijo Eileen, como si llevase esperando aquello desde hacía una semana, o una vida.

Adam mantuvo el brazo alrededor de su cintura y le rodeó los hombros con el otro, presionándola con tanta fuerza contra él que Eileen jamás podría haber escapado de un agarre así. Él dudaba que ella quisiese, pero había algo en el gesto, en sostenerla tal y como quería y donde más le gustaba para penetrarla con fuerza una y otra vez, que lo hacía perder el sentido. Eileen se rindió a él por completo e incluso llegó a sostenerse la falda para que a él le resultase más fácil, a pesar de que las piedras que tenían debajo habían empezado

a clavársele en las rodillas. Se entregó como si fuese un botín de guerra, como si Adam fuese un rey que disfrutaba de su tributo. Cuanto más egoísta y brusco se mostraba, más estruendosos eran los ruidos de placer que soltaba Eileen, que terminó por frotarse con tres dedos entre las piernas.

Adam deslizó la mano por su vientre y cubrió la mano de Eileen con la suya, haciendo más presión de la que ella era capaz de hacer por sí misma. Se preocupó durante unos instantes por si le estaba haciendo daño de una manera que no le gustase, pero luego ella apoyó la cabeza en su hombro y gimió con ansias. Estaba cerca, y Adam también se acercaba a su clímax vergonzosamente rápido. Quería que ella también llegase, satisfacerla lo suficiente para que le permitiese disfrutar de su cuerpo una y otra vez.

Apartó a un lado el cuello de la camisa de Eileen y hundió los dientes en la unión del cuello y el hombro, con tanta fuerza que le dejó la marca.

Ella soltó un grito tan alto que asustó a una paloma que había en un árbol cercano, y luego cerró con más fuerza aún las piernas alrededor de él. El orgasmo de Adam lo arrastró como una ola hacia las profundidades y se derramó en su interior con un grito ahogado, pero ella no cedió. Empezó a corcovear contra él hasta que no pudo más, hasta que Adam quedó tan sobrexcitado que estuvo a punto de suplicarle clemencia. Al terminar, los músculos de los muslos de Adam parecían gelatina, por lo que se relajó cuando Eileen y él cayeron juntos sobre la hierba. No importaron la tierra fría y húmeda ni las rocas que tenía bajo cuerpo. Quedó envuelto en el olor del musgo aplastado, de la lluvia y del sexo, entre los brazos de Eileen.

—Gracias —dijo ella mientras presionaba los labios contra su boca, como si estuviese besando un sello para hacer un juramento—. Lo has hecho muy bien. Tenía que saber si eras capaz de darme lo que

necesito.

—Te daré todo lo que me pidas —aseguró Adam, demasiado sincero debido a la embriaguez de la confusión poscoital.

—Sé que lo harás —murmuró Eileen, que se estiró como una gata satisfecha a su lado—. Eres muy obediente en la cama.

Era probable que Adam tardase unos veinte minutos en recuperarse lo suficiente como para continuar, pero notó cómo su miembro se agitó levemente ante la felicitación, ansioso por seguir a pesar de todo.

—¿He sido lo bastante cruel para ti? —preguntó, intentando recuperar la normalidad y el control. Pero no había nada normal en Eileen. Tanto era así que era muy probable que Adam consiguiese domar antes a una tormenta inclemente de las Tierras Altas que a ella.

—Sí —respondió mientras lo besaba suavemente, casi con timidez, como si le avergonzase actuar con tanta ternura—. Pero sigo creyendo que en el fondo eres amable.

Después terminaron los arrumacos. Ella se alisó la falda y se cubrió los muslos con ella, haciendo caso omiso de lo sucia que había quedado debajo, y tendió una mano hacia Adam, quien dejó que Eileen tirase de él para ayudarlo a levantarse. Le temblaban los pies y todo giraba a su alrededor.

El rostro de la mujer se puso serio de repente cuando miró por encima del hombro de Adam, como si alguien no bienvenido acabase de interrumpirlos. La certeza de que no estaban solos ahí fuera volvió a apoderarse de los pensamientos de Adam. ¿Acaso Finley había estado por allí cerca todo el tiempo? ¿O Nicola?

Siguió la mirada de Eileen hacia el bosque, pero no vio a nadie. Solo había sombras, tan densas y oscuras que parecían moverse por voluntad propia. La rama de un árbol se estremeció y empezó a

balancearse, pero ninguna liebre salió corriendo entre la maleza ni ninguna bandada de aves escapó al vuelo entre las hojas.

—Deberíamos irnos —dijo ella—. ¿Me acompañas hasta la casa?

Eileen le tendió el brazo como si fuese un caballero de la regencia, como si Adam no acabase de tirarla al suelo para follársela entre la hierba y el barro. Él la agarró, agradeció la determinación de Eileen y se dejó llevar lejos de aquel corro de brujas, de vuelta a la mansión.

No obstante, Adam no pudo evitar echar la vista atrás por encima del hombro durante gran parte del camino, como si aquella presencia invisible los estuviese siguiendo como una sombra.

Tampoco fue capaz de acallar las voces de su cabeza, aquel instinto que le decía que saliese corriendo de allí.

CAPÍTULO VEINTICUATRO
NICOLA

Nicola se percató de que algo había cambiado entre Adam y Eileen cuando regresaron a la casa agarrados del brazo, empapados a causa de la lluvia y oliendo a tierra removida. Y sospechaba que ese algo era sinónimo de sexo. Nicola pensaba que algo así conseguiría volverla loca de envidia, pero cuando Adam se acercó a ella en el pasillo del piso superior y le susurró un saludo muy cerca del cuello con el aquel perfume de lirios típico de Eileen rezumando de su piel, lo único que sintió Nicola fue excitación.

Siempre había sentido una pasión culpable cada vez que veía a Adam desaparecer en habitaciones oscuras con otras chicas en las fiestas o cuando volvía de «salir a fumarse un cigarrillo» con otro chico que luego aparecía con un chupetón en el cuello. Pero lo que sintió en ese momento fue aún mejor, porque ahora no tenía por qué contenerse. Ahora podía tocar a Adam, podía besarlo en el pasillo hasta que no solo oliese a lirios, sino también a margaritas, y también podía presionar su cuerpo contra el suyo, aplastarlo contra la pared y burlarse de él por haberse acostado con Eileen hasta que, ruborizado, cachondo y sonriente, le contase detalles suficientes como para avivar la emoción entre las piernas de Nicola.

—¿Y te gustó? —preguntó ella entre besos—. ¿Hacerlo al aire libre donde cualquiera pudiera veros?

—Pues no lo sé —comentó él entre jadeos mientras clavaba los dedos en las caderas carnosas de Nicola—. Últimamente me gusta todo. Quiero hacerlo todo con todo el mundo.

Nicola soltó un gemido y se limitó a besarlo con más intensidad, como si su promiscuidad respondiese a la de Adam. Él era la única persona tan libertina y contumaz como ella que conocía, y le gustaba aún más debido a eso.

En ese momento, Finley gritó desde el piso de abajo:

—¡Se va a enfriar la sopa, tortolitos! Eileen ha encontrado un Muscadet en la bodega. Bajad antes de que se lo beba todo.

—¡No pensaba hacerlo! —gritó ella, con tono ofendido impostado.

Nicola y Adam se apresuraron escaleras abajo con las manos entrelazadas sin apretar demasiado y haciendo todo lo posible por contener la risa. Había algo en la cordialidad que irradiaba de la casa que le resultaba tan balsámico como un buen día de verano, algo en aquella domesticidad, en aquella carnalidad, a pesar de la lluvia del exterior, que hacía que Nicola sintiese una calidez que le recorría desde los pies hasta la cabeza.

Podía acostumbrarse a ello.

Esperaba que Adam y ella tuviesen la oportunidad de profundizar en su vínculo de una manera más física después de comer, pero él se sumió casi de inmediato en una sesión de investigación genealógica en la biblioteca con Eileen, y hasta dejaron la puerta abierta para que Nicola viese que estaban investigando de verdad.

Adam y Eileen parecían muy compenetrados después de su encuentro amoroso al aire libre; ella lo agarró por la cintura cuando quiso que leyese atentamente el párrafo de un libro, y él le recogió el pelo detrás de la oreja mientras Eileen se inclinaba sobre una caja de cartón para sacar algunos documentos. Por desgracia, Finley había tenido que ir a arreglar un muro de contención en la parte oriental de los terrenos, por lo que Nicola se había quedado trabajando con su libro en silencio en el rincón más soleado que fue capaz de encontrar. Era un asiento acolchado encajado en el alféizar de la

ventana que había en uno de los rellanos de las escaleras, debajo de una vidriera policromada en la que destacaba un trío de liebres.

Agradeció el tiempo en silencio que tuvo para escribir y aprovechar para su obra la nueva inspiración. Pero hacerlo no relajó la presión dolorosa que sentía entre las piernas.

Al día siguiente, Eileen y Adam desaparecieron en el ático para bajar más cajas de documentos familiares, por lo que Nicola y Finley se quedaron a solas para llevar a cabo las tareas de la mansión. Finley llevaba todo el día holgazaneando por la casa, tirado por los asientos y leyendo (o fingiendo que leía) *Nuestra Señora de París*, con las mangas de su camisa de cuello henley subidas hasta los codos, como si quisiese tentar a Nicola. Se acababa de duchar y olía un poco a colonia, a vetiver, a madera y a sarrapia dulce y delicada. Estaba realmente seductor, a pesar de lo natural de su pose, sentado en el sofá mientras le relucían los bucles del cabello y mordiéndose el labio inferior con gesto reflexivo.

Nicola recordó lo que Finley le había dicho en el exterior, lo de que Eileen nunca tomaba la iniciativa y siempre tenía que hacerlo él. Quizá le viniese bien que alguien cambiase las tornas. Quizá la estuviese tentando para hacerlo y comprobar si tenía lo que había que tener.

Nicola se quitó los vaqueros en su dormitorio, se puso las medias negras más transparentes que tenía y luego una falda color arándano sobre ellas. También se embadurnó con un poco de aceite labial. Oyó a Adam y Eileen en el piso de arriba y consiguió confirmar que seguían ocupados rebuscando entre las cajas.

Si Finley quería que fuese atrevida, podía serlo sin problema.

Nicola entró en silencio en la biblioteca y se quedó descalza frente a Finley hasta que él alzó la vista. Le dio la impresión de que había tardado en darse cuenta de que estaba ahí.

—Hola, Finley —dijo Nicola, que se puso de puntillas. Estaba emocionada, pero también nerviosa.

—Hola —saludó él antes de cerrar el libro y dejarlo a un lado—. ¿Querías algo?

—Me preguntaba si querías jugar conmigo —respondió Nicola. Ahora era él quién tenía que tomar la decisión.

Finley se enderezó en el asiento y se echó hacia delante, tanto que las rodillas casi rozaron las de Nicola. Estaba apoyado en el borde del asiento, como si esperase a que ella le diese permiso para agarrarla y tirarla sobre él, o para deslizarse entre sus muslos y besarle la humedad que se extendía por allí.

—¿De qué juego estamos hablando? ¿Al ajedrez, al mahjong o…?

Nicola empezó a trazar el estampado de flores de la alfombra la punta del dedo gordo del pie. Estaba muy segura de lo que quería y de que Finley era la persona con la que quería hacerlo, pero también estaba un poco avergonzada.

—Me gustaría jugar a Violación —dijo ella finalmente.

Unas ansias un tanto siniestras relucieron en la mirada de Finley a pesar de su sonrisa agradable, y había algo en aquella contención absoluta, en la manera en la que nunca movía un músculo ni se deshacía por completo de aquel afecto amistoso pese a su su predilección por las cosas que no eran tan amistosas, que hizo que a Nicola le diese un vuelco el estómago.

—Me gusta el nombre —comentó—. Pero diría que no lo he jugado antes. ¿Podrías decirme cuáles son las normas?

—Es muy fácil —dijo ella, que empezaba a quedarse sin aliento—. Yo corro y tú me persigues.

—¿Y qué pasa si te alcanzo?

—Si me alcanzas, puedes hacerme todo lo que quieras.

Finley le pasó las manos por detrás de los muslos sin decir nada,

para luego agarrarle el culo por debajo de la falda y acercarla aún más a él, hasta que la dejó justo delante, entre sus rodillas separadas. Le pasó el pulgar por la tela fina de las medias, un gesto rítmico que conseguía ser relajante y afrodisiaco al mismo tiempo.

—Me gustaría perseguirte. Y más aún alcanzarte —dijo él con voz suave—. Pero quizá no sepa qué hacer contigo hasta ese momento. Y a saber qué se me ocurre. ¿Hay algo que no quieras que haga llegado el caso?

Nicola negó con la cabeza. La lujuria la volvía una persona imprudente, así que no tardó en pensárselo mejor. Hasta ella tenía límites. Al menos la primera vez y sin unos buenos preparativos.

—Podrás hacer lo que quieras con mi boca o con mi coño —dijo ella, con voz tan baja que era poco más que un susurro. La ponía muy cachonda decir aquellas palabras en voz alta, pero tenía miedo de que si alzaba más la voz llegase a estropear aquel momento tan perfecto e intenso—. Pero no con mi culo. Y también me asusto cuando no puedo respirar. Así que nada de estrangularme.

Finley asintió y mantuvo una expresión neutral, a pesar de que había emitido un ruidito leve y angustioso casi imperceptible. Después siguió asintiendo mientras le besaba el vientre por encima del jersey, mientras se planteaba qué hacer.

—¿Puedo hacer lo que quiera contigo aunque me digas que pare? —preguntó contra la lana del jersey.

—Sí, por favor. Quiero que sigas. Quiero que hagas lo que te apetezca aunque no me apetezca a mí, porque eso hará que sea perfecto.

Nicola nunca había estado tan excitada ni se había sentido tan poderosa, de pie frente a un hombre que parecía estar a punto a llorar de gratitud por tener el privilegio de dejarle unos buenos moratones.

Finley se apartó y alzó la vista para mirarla, con ojos marrones y siniestros.

—¿Te tomas la píldora? —preguntó.

—Uso un DIU. Nunca me ha fallado.

—¿Y qué harás para comunicarme que se ha terminado el juego, por si se da el caso?

—Diré algo estúpido que no diría jamás. Como esa palabra que Eileen usa contigo.

—¿Y qué palabra quieres que sea la tuya?

—Mazapán —respondió Nicola sin pensárselo. Le gustaba mucho el mazapán. Era una palabra que no iba a olvidar por muy asustada que estuviese.

Finley soltó un resoplido burlón y alzó la vista para mirarla con una sonrisa. Parecía un lobo deleitándose al ver a una oveja, o un perro leal ansioso por correr detrás de su dueña.

—¿Te parece bien que te deje quince segundos de ventaja?

—Sí, sí —respondió Nicola, que asintió muy rápido. La adrenalina ya había empezado a correrle por las venas, a acelerarle el pulso y a instarla a correr para salvar la vida.

—Hazme un favor: intenta no romper nada dentro de la casa, porque Eileen podría matarme. Aun así, estoy seguro de que merecerá la pena aunque ocurra —dijo Finley, que le indicó que podía empezar al ponerse de pie. Se llevó las manos a la base de la espada para estirarse del todo, y luego miró el reloj y esperó a que el segundero llegase hasta las doce. Después, con una brusquedad que Nicola sintió que le caía a plomo en el estómago, dijo:

—Ya.

Nicola salió a la carrera de la biblioteca, no sin antes tropezarse con la alfombra, para luego empezar a correr por el pasillo. Aún no conocía del todo bien la mansión, pero pensar en que podía toparse

con un callejón sin salida o equivocarse al girar y toparse con Finley, que había crecido en aquel lugar, solo servía para que el juego la excitase aún más. El corazón le latía desbocado y la sangre le batía por las venas por culpa de un pavor y de un júbilo animal que sabía que no sería capaz de describir ni aunque les dedicase un libro entero.

Lo único que sentía en aquel momento era que estaba viva, y esa era la palabra que no dejaba de repetirse en su mente: «Viva, viva, viva».

Nicola intentó esconderse en un armario de la limpieza muy estrecho, pero termino por darse cuenta de que no cabía entre tanta toalla y ropa de cama, por lo que se abalanzó hacia la puerta que daba a la bodega y descubrió que Eileen la había cerrado. Cuando llegó al comedor, Nicola no tenía ni idea de cuántos segundos habían pasado, cinco o quince. Empezaba a entrar en pánico debido al paso del tiempo, lo que la volvía muy temeraria.

El mantel no llegaba al suelo, pero era lo bastante largo como para ocultarla si Finley no la buscaba allí con mucho esmero.

En aquel momento era su única opción, por lo que Nicola decidió gatear hasta debajo de la mesa y ocultarse allí como una niña pequeña. Hizo todo lo posible por controlar la respiración entrecortada mientras esperaba oír a Finley persiguiéndola, o quizá gritando su nombre por la casa y haciendo comentarios jactanciosos sobre lo que le haría en caso de encontrarla.

Pero no oyó nada de eso. Lo que oyó fue una serie de pasos ligeros y rápidos mientras Finley recorría la casa muy tranquilo, examinando a fondo cada habitación con una eficiencia impecable. Había algo absolutamente terrorífico en la manera en la que se tomaba su tiempo para encontrarla, una que la excitaba más de lo que lo había estado en mucho tiempo.

Nicola se llevó la mano a la boca para que su respiración no revelase su presencia, pero Finley estaba cerca y se detuvo unos instantes en el pasillo para revisar el armario antes de entrar en el comedor. Le vio los calcetines y la parte baja de las perneras de los vaqueros mientras rodeaba la mesa, con la misma parsimonia con la que sin duda echaba un vistazo a los paquetes de semillas en una tienda de jardinería.

Nicola cerró los ojos con fuerza, sin tener muy claro si deseaba que la encontrase o que pasase de largo.

Una mano recia se metió debajo del mantel y la agarró por el tobillo para luego sacarla de debajo de la mesa. Nicola gritó para quejarse, pero él era más fuerte de lo que parecía cuando usaba toda su fuerza, y Finley no tardó en colocarse sobre ella, que quedó tumbada bocarriba.

Nicola se quedó paralizada, paralizada de verdad, como un conejo que temiese por su vida. Tenía las rodillas algo separadas, lo que dejaba a la vista la ropa interior que llevaba bajo la falda.

Finley se la quedó mirando un rato, como si estuviese a punto de devorarla bocado a bocado, como si estuviese memorizando la imagen de Nicola ruborizada y asustada para reproducirla más tarde en su mente.

—Bu —dijo, y luego se abalanzó sobre ella sin piedad.

Finley se afanó por mantenerla pegada al suelo, agarrándole las muñecas mientras hacía fuerza para colocárselas por encima de la cabeza. Nicola se retorció y forcejeó con todas sus fuerzas para quitárselo de encima. Finley era más grande que ella, pero Nicola era muy artera y no le importaba jugar sucio.

—Suéltame —espetó mientras se retorcía debajo de él, sin suerte, ya que Finley no tardó en volver colocarse bien sobre ella—. ¡Suéltame o gritaré!

Finley le cubrió la boca con una mano ancha. Nicola lo mordió, por instinto y descontrol, y él soltó un taco cuando notó los dientes clavándosele en la carne.

—Joder.

Eso había sonado muy real, como si se hubiese enfadado con ella de verdad, como si quisiese desahogar la rabia con ella. Eso hizo que Nicola soltase un gemido.

Finley se colocó bien sobre ella con fuerzas renovadas, y en ese momento Nicola se percató de que había estado conteniéndose. Se dejó de juegos, le clavó los dedos en las muñecas con fuerza suficiente para dejarle unos morados y luego empezó a meter la rodilla entre sus piernas para abrírselas y dejarla en la postura que quería.

—Puedes resistirte todo lo que quieras —dijo Finley—. Pero así solo conseguirás que se me ponga más dura.

Nicola se dio cuenta de que estaba interpretando un papel, de que le estaba dando su aprobación tácitamente, incluso después de que ella le hubiese arañado los brazos con tanta fuerza que le había dejado unas marcas rojas. Y sí que la tenía dura. La notaba contra el muslo.

Podría haberle dejado que se la metiese así mismo y seguro que hubiese estado genial, pero se lo estaba pasando demasiado bien como para dejar de jugar tan pronto. Y lo cierto es que no quería rendirse sin luchar como era debido.

Nicola levantó la rodilla y la clavó en el vientre de Finley, quien consiguió no quedarse sin aliento moviéndose un poco a un lado para evitar el golpe, aunque el gesto lo hizo perder el equilibrio. En ese momento, Nicola consiguió zafarse y salir de la habitación soltando una risilla sin aliento. Finley emitió un grito ahogado para luego reír también mientras se ponía en pie.

La interpretación dramática no había durado demasiado.

La persiguió por toda la casa y estuvo a punto de agarrarla en dos ocasiones, pero ella siempre se escapaba en el último segundo. Cuando llegó el tercer intento, las palmas de las manos de él y los brazos de ella estaban cubiertos de sudor, lo que hizo que Nicola se deslizara bajo su agarre como un pececillo astuto. Ambos se habían puesto a jadear, a causa del miedo, del agotamiento, del deseo o de una mezcla embriagadora de todo al mismo tiempo.

Nicola estuvo a punto de perder la partida cuando se resbaló en el suelo de madera por culpa de las medias, pero recuperó rápido el equilibrio y se dirigió a toda velocidad hacia las escaleras.

Si conseguía llegar hasta el piso de arriba, quizá lograse ocultarse en una de las habitaciones libres hasta que Finley la encontrase y aprovechase la cama del dormitorio.

Pero no llegó tan lejos. Finley la agarró en las escaleras, le pasó un brazo por la cintura y tiró de ella hacia la moqueta del suelo. Nicola consiguió gatear los últimos escalones que le quedaban para llegar al rellano, pero justo en ese momento Finley se colocó sobre ella y la aprisionó con una mano contra el vientre y otra entre los hombros. Nicola aulló de frustración, una genuina, y empezó a darle puñetazos al suelo. No podía hacer nada en aquella posición. No había nada que pudiese usar contra él. Estaba completamente a su merced.

Nicola gruñó, pero el ruido no tardó en convertirse en un gemido cuando Finley le metió la mano debajo de la falda y le dio una palmada en el culo. Después se la deslizó entre los muslos y le agarró el sexo por detrás, como tanta determinación que parecía que lo considerase suyo.

—Te lo veo todo debajo de las medias —dijo él, que le acercó la boca al oído y apoyó aún más su peso contra ella. Nicola empezó a

asfixiarse, agobiada por el peso, por el olor y por el aliento caliente de su boca—. Es como si no las llevaras, como si quisieras que todo el mundo viera lo que tienes debajo de la falda.

Finley enganchó la costura de la entrepierna de las medias con los dedos y empezó a tirar. Nicola no tardó en oír cómo le tela se desgarraba. La brisa fría de Craigmar sopló contra su piel caliente mientras él abría el agujero de las medias más y más. Siguió rompiéndolas hasta que quedaron completamente destrozadas y Nicola quedó bajo él abierta como un regalo de Navidad con el papel roto.

Ella intentó volver a zafarse, pero Finley la agarró con presteza y clavó las rodillas a ambos lados de su cuerpo.

—Estás muy mojada —murmuró, mientras le frotaba en círculos las bragas de encaje hasta que ella empezó a retorcerse—. Algo me dice que te gusta que te persigan.

—Finley —dijo Nicola entre gemidos. Después, como aún seguían jugando, añadió—: Por favor, no…

Por suerte, el ignoró las quejas. Le apartó las bragas a un lado y le metió dos dedos con firmeza. Era probable que hubiesen cabido tres sin hacerle daño, lo que hablaba bien de lo preparado que estaba su cuerpo para él.

Nicola estaba demasiado expuesta en el rellano de la escalera, a la vista bajo la luz que se proyectaba desde la ventana. Seguro que tenía un aspecto muy indecente, allí retenida por el guardés mientras este le metía los dedos. Adam o Eileen podían pasar y verlos en cualquier momento, podían llegar a ver cómo Finley hacía con ella todo lo que quería mientras le decía lo indecente que era por habérselo pedido. Pero algo así solo mejoraría las cosas.

«Quizá sí que soy una depravada», pensó Nicola con gesto ausente, pero luego perdió por completo la razón cuando oyó a

Finley desabrocharme la cremallera de los vaqueros. Gruñó y la movió un poco, levantándole el culo para acercar su cuerpo a él mientras seguía sosteniéndola contra el suelo. Nicola sintió la aspereza de la moqueta del rellano contra sus nalgas y el pelo le caía alborotado por la cara.

—Tenías ganas, ¿eh? —continuó Finley, que empezó a frotar el glande de su pene al descubierto contra los labios húmedos de Nicola. Parecía ebrio, como si se hubiese descontrolado por completo en algún momento del viaje que lo separaba de la biblioteca. Aquello era lo que Nicola había querido desde el principio: ver a un buen hombre sacar lo peor de sí mismo y ofrecérselo sin miramientos, convertirse en la belleza atormentada que hacía que el autocontrol de una persona desapareciese por completo—. Pues tengo algo para ti.

—Suéltame ya —insistió Nicola, pero no tardó en soltar un gemido.

Finley la embistió sin mediar más palabra. Nicola soltó un grito ahogado al sentir que la llenaba por completo, sin control ni remordimientos.

Él le metió un brazo por debajo del suave vientre y tiró de ella contra él, sosteniéndola con fuerza, como si quisiese que notase hasta el último centímetro de su miembro, como si quisiese memorizar la sensación de estar dentro de ella.

Nicola se sintió tan bien que se olvidó de forcejear, tanto que le dieron ganas de llorar, de derretirse entre sus brazos y manchar toda la moqueta antigua de la mansión de Eileen.

—Tienes carita de ángel —dijo él, que voz ronca y ansiosa mientras la apartaba un poco. Después le acarició la espalda arqueada con la mano mientras entraba y salía de ella. Nicola se dio cuenta de que él también había dejado de interpretar un papel, de que estaba siendo

sincero, con esa honestidad propia que algunas personas solo son capaces de expresar durante el sexo, cuando están a punto de perder el sentido—. Eres muy dulce y suave y estrechita. Vas a acabar conmigo. Vas a acabar conmigo, Nicola.

Finley empezó a follársela más rápido, haciendo justo lo que necesitaba y a la velocidad que le parecía bien, que también era lo que ella quería. Le resultó maravilloso sentirse como si fuese una fruta madura, una que acabasen de arrancar de un árbol para ser devorada hasta que no quedase nada de su mente consciente, de su ansiedad, de sus problemas y de sus miedos por lo que podía pasar en el futuro. Solo estaban Finley y el placer cada vez mayor que sentía dentro. No se estaba tocando siquiera y estaba a punto de llegar al clímax. Siempre se corría muy rápido cuando fantaseaba con aquel juego con cualquier otra persona, pero estar haciéndolo de verdad era demasiado, casi insoportable.

Finley continuó hasta terminar y se corrió en su interior mientras gruñía. Nicola gimió al borde del éxtasis pero sin llegar a alcanzarlo. Terminaría más tarde, en su dormitorio. Aquello había sido mucho mejor de lo que esperaba y ya le había exigido demasiado a Finley. No quería ser avariciosa ni…

—¿Te has corrido? —preguntó él, que seguía agarrándola con fuerza como si estuviese cautiva. Quizá no había terminado con ella.

—Eh… Pues… —balbuceó Nicola, que se sintió avergonzada. ¿Se enfadaría con ella por no haber terminado? ¿Se sentiría insultado por no haber sido capaz de conseguirlo o porque estaba tardando demasiado?—. Pues no, pero…

—Date la vuelta —ordenó Finley, casi sin aliento—. Quiero verte.

Nicola obedeció y se puso bocarriba. Se levantó la falda para que viese cómo la había dejado toda manchada, con restos entre los muslos y las medias.

Él la miró como si fuese un ídolo sagrado bañado en oro, como si existiese para ser idolatrada y adorada.

—Suéltame ya, por favor —dijo, con la voz prácticamente quebrada por el deseo. Nicola se vio reflejada en Finley en ese momento, en las ansias incontrolables y en el tormento que veía que su mirada. Finley podía hacérselo de cualquier manera, en todas las habitaciones de aquella casa, una y otra vez durante toda la eternidad, y no quedar del todo satisfecho. La ansiaba tanto que podía llegar a considerarse una blasfemia y, a pesar de ello, era capaz de seguir ansiando a Eileen, a Adam y a cualquier otra persona. Era capaz de seguir ansiando esa consumación que solo podía encontrar en la frontera entre el placer y el dolor. Finley era igual que ella: dependiente, codicioso y desesperado. Era como si siempre intentase llenar de intimidad un pozo que no podía llenarse porque no tenía fondo, porque no tenía principio ni final, porque no podía quedar seco ni aunque el destino de la humanidad dependiese de ello.

En ese momento, Nicola sintió un cariño muy intenso por él, una ternura tan arraigada en su alma que no estaba segura de que pudiese llegar a deshacerse de ella.

—Sí —dijo, y le rodeó el cuello con una de sus piernas mientras él bajaba la cabeza para besarla entre ellas.

Finley se entregó al placer de Nicola con la atención propia de un sirviente, haciéndola soltar gritos ahogados con lengüetazos largos que iban desde los fluidos que se le resbalan entre los muslos hasta la esquina superior de sus genitales. Cuando empezó a lamerle y a chuparle el clítoris, Nicola le agarró el pelo con fuerza y empezó a tirar mientras se frotaba contra su boca con un desenfreno egoísta que no había experimentado con nadie más. Finley soltó un gemido de gozo mientras ella lo usaba para darse placer, y hubo algo en ese ruido, tan leve y servicial, que la llevó al orgasmo.

Nicola tuvo que poner todo su empeño en no gritar mientras se corría abrumada y con los ojos llorosos. No se dio cuenta de que se había puesto a llorar hasta que la sensación empezó a remitir tras la avalancha, hasta que Finley se inclinó sobre ella para enjugarle las lágrimas del rostro. Había empezado a temblar un poco, por la bajada de adrenalina o por la intensidad del orgasmo, o quizá por el nudo que se le había formado en la garganta a causa de la emoción. Nunca se había sentido tan tenida en cuenta por alguien, ya fuese en la cama o fuera de ella, y ahora que Finley había contemplado los rincones más oscuros de su corazón, le aterrorizaba que perdiese el interés y se marchase.

Pero, en lugar de marcharse, Finley la besó con tanta ternura que Nicola creyó que iba a ponerse a llorar otra vez. Le apartó el pelo de la cara y le colocó bien la falda sobre los muslos, para luego darle un abrazo bien fuerte. No era el típico abrazo adormilado y poscoital al que estaba acostumbrada. Fue uno intenso, como si llevasen mucho tiempo separados y acabasen de volver a verse.

—Gracias —susurró ella, con voz quebrada a causa de la emoción. Dios, tenía que dejar de llorar. Finley podía llegar a pensar que le pasaba algo raro si no paraba ya.

Pero él rio entre dientes, un ruido que retumbó por el pecho de Nicola como si de un trueno se tratara. Había algo en esa risa que hizo que se tranquilizase un poco, que la ayudó a relajarse entre sus brazos.

—Gracias a ti por invitarme a jugar contigo. Eres un milagro, Nicola.

Ella lo agarró con más fuerza aún y soltó un resoplido de satisfacción animal. Se quedaron así durante un buen rato, respirando al unísono mientras se relajaban tras el frenesí que habían alcanzado juntos.

—¿Te apetece té y galletas? —preguntó Finley—. Podríamos sentarnos juntos un rato y tomar algo. Siendo egoísta, creo que me vendría bien. Aunque no sé qué opinas tú.

—Me parece perfecto —respondió ella, con una sonrisa de oreja a oreja.

Pero lo que no dijo en voz alta, sino que susurró en su corazón, fue:

«Me parece perfecto y podría hacerlo durante el resto de mi vida».

CAPÍTULO VEINTICINCO
FINLEY

«Las cosas buenas nunca duran demasiado». Era algo que Finley siempre había pensado en la intimidad. No estaba orgulloso de su naturaleza taciturna, y su madre siempre le decía que era el niño más pesimista que había conocido jamás, un anciano arisco disfrazado de chiquillo. Pero él siempre se había topado con un mundo en el que la culminación de sus fantasías más alocadas: un dormitorio de una cama con su nombre en la puerta y tener a Eileen en sus brazos llamándolo «querido mío», siempre traía consigo tragedia, tristeza y muerte. Cuando llevaba cuatro meses en la universidad, su padre se había puesto tan enfermo que había dejado de poder cuidar de los terrenos de los Kirkfoyle, por lo que Finley se había visto obligado a volver a casa para ayudarlo a hacer las maletas antes de viajar a la cabaña en la isla de Skye donde planeaba jubilarse. Al llegar, descubrió que Craigmar no había cambiado y que Eileen lo estaba esperando en la puerta de la mansión con mirada afligida. La había oído decirle que lo quería más veces de las que era capaz de contar, pero, siempre que intentaban tener un bebé, las despiadadas menstruaciones de Eileen regresaban con ganas. Y siempre que soñaban con casarse, dichos sueños desaparecían de un plumazo cuando la realidad recuperaba terreno. Eileen necesitaba un pareja que estuviese a su altura, alguien que pudiese sanear las cuentas de los Kirkfoyle o al menos ayudarla a seguir con el legado maldito de su familia.

Finley lo sabía.

Pero eso no le proporcionaba consuelo alguno.

No obstante, a pesar de que Finley no creía en la felicidad duradera, los días siguientes en Craigmar fueron largos y lánguidos, como ese primer día de verano que, todos los años, parece que no va a acabarse nunca. Eileen lo trató bien, lo abrazó por la cintura y hundió la cabeza en su pecho mientras le preguntaba cómo le había ido el día o le pedía que le preparase una taza de té. Nicola estaba encantadora, siempre comentándole cómo iba la novela mientras cargaba con libros de la biblioteca personal de Finley, tras jurarle que no les iba a doblar las puntas para marcar las páginas y que le pagaría el favor con besos. Hasta Adam estaba mucho más agradable, ya que había ayudado a Finley a cargar la leña, a lavar la vajilla y a jugar una partida amistosa pero animada de damas en el salón.

Adam parecía estar muy emocionado por haber empezado a formar parte de la familia de Eileen, aunque Finley no tenía muy claro por qué, ya que nunca había conocido a un Kirkfoyle que no terminara por maldecir su apellido. Pero no actuaba con altanería ni petulancia, algo que Finley le agradecía. Veía a Adam y a Nicola paseando juntos a menudo, arropados entre la niebla mientras hablaban animados, o robándose besos bajo la lluvia, en la biblioteca o en la escalera principal. Eran como esas liebres de los cuadros y las vidrieras que había por toda la casa: maravillosas, pomposas y desesperadas por follar.

El ambiente doméstico era prácticamente perfecto, ya que se dividían las tareas entre los cuatro, las comidas sabían mucho mejor en buena compañía y el sol empezaba a brillar con más fuerza y durante más tiempo a cada día que pasaba. Las flores silvestres no tardarían en brotar desenfrenadas dentro de poco, y Finley esperaba que Nicola se quedase en Craigmar el tiempo suficiente para llegar a

mostrárselas.

En la intimidad, esperaba que se quedara el tiempo suficiente para mostrarle también las hojas de otoño. Era una fantasía absurda, y egoísta además, pero si Eileen podía ser infinitamente egoísta en todos los aspectos de su vida, quizá Finley tuviese permitido serlo con sus sentimientos, al menos esta vez.

A pesar de la aversión cada vez mayor que sentía por sentirse cómodo y feliz, estaba tan de buen humor que había decidido plantar unas campanillas en la maceta tipo caldero que se estaban pudriendo en el cobertizo, para luego llenar de flores la entrada de la casa. Finley no solía molestarse con decorar la mansión. Estaba en un estado de abandono bastante obvio y, sin trabajadores para cuidarla, no tenía sentido hacerlo. Pero a Eileen le encantaban las campanillas, así que ¿por qué no intentarlo solo por esta vez?

Tardó menos tiempo de lo que pensaba en plantarlas, por lo que decidió volver a su cabaña por el camino con mejores vistas, atravesando el bosque y pasando junto al lago, donde había pasado muchos días de verano cuando era pequeño. Era una charca oscura y pequeña en la que casi no cabía ni un bote, pero a Eileen y a él les había servido como piscina para nadar cuando eran pequeños.

Cuando llegó a lo alto de la colina y lo miró desde la distancia, se sorprendió al descubrir que había alguien en el agua, nadando con determinación y formando olas que llegaban hasta la orilla. Finley se detuvo a observar entre los árboles mientras se preguntaba si tendría que echar a algún niño de la ciudad que se había colado en los terrenos de Eileen. Pero luego el nadador miró por encima del hombro, momento en el que Finley reconoció a Adam.

Había dejado la ropa amontonada en la orilla, y la luz del sol le marcaba los músculos de sus relucientes hombros. El pelo se le había pegado a la cara, lo que le daba un aspecto mucho más serio, casi

aristocrático. Daba la impresión de sentirse como en casa, como un joven señor que hiciese buen uso de sus tierras ancestrales.

Finley se había fijado en el atractivo de Adam desde el principio, y creía que esa rivalidad tan obvia que había entre ellos también tenía algo de erótica. Pero, cada vez que se daba cuenta de que lo estaba mirando demasiado, intentaba convencerse de que no era para tanto. ¿Qué más daría que el azul de los ojos de Adam fuese de una tonalidad sobre la que solo había leído en los cuentos de hadas? No era asunto suyo. Y quizá le había resultado más excitante de lo que estaba dispuesto a confesar el hecho de que Adam quisiese convertirse en su alumno en lo que a fetiches se refería, pero seguro que se debía a que Eileen también iba a estar involucrada. Y quizá Finley quisiese defender el bienestar de Adam con demasiado ímpetu, y estuviese cada vez más preocupado porque acabase atrapado en el fuego cruzado de las argucias y los cambios de humor del lord de Craigmar. Sabía que todo aquello solo significaba que era buena persona y no que tuviese algún tipo de pensamientos indecorosos por Adam.

Pero al ver las brazadas intensas de Adam, Finley se dio cuenta de la verdad. Ahí en la espesura, sin nadie que lo viese, empezó a fijarse de verdad en él. Y se permitió anhelarlo durante un momento íntimo y bochornoso.

Luego apartó la mirada.

Lo último que necesitaba era otro Kirkfoyle capaz de enmarañar aún más las fibras de su corazón. Adam era una distracción que no podía permitirse, no si quería conservar la cordura. Cuanto más tiempo permaneciese Adam en Craigmar, más difícil sería para Finley mantenerse alejado de él, que era exactamente lo que necesitaba por el bien de todo el mundo.

Se giró para continuar andando y empezó a bajar por la colina

rocosa.

Después, un grito hendió el ambiente.

Adam.

Finley volvió a subir por la colina y miró hacia el lago. Adam no estaba por ninguna parte. Solo había unas ondículas que se extendían desde el centro del lago, donde unas burbujas estallaban al llegar a la superficie. ¿Estaría intentando bucear hasta el fondo?

Finley esperó tres latidos. Luego cuatro y después cinco. Esperaba que Adam saliese de debajo del agua.

Pasaron seis.

Siete.

¿Dónde estaba?

Adam salió del agua, tomó aire con brusquedad y empezó a agitar los brazos. Finley sintió que el estómago le daba un vuelco.

Algo iba mal.

Adam se afanó por recuperar el aliento para luego volver a desaparecer debajo de las olas. Cuando salió a tomar el aire por segunda vez, casi no fue capaz de mantener la cabeza debajo del agua.

Algo tiraba de él hacia el fondo.

Finley estaba viendo cómo se ahogaba.

—Mierda —dijo, momento tras el cual se quitó los zapatos y la chaqueta. Empezó a correr colina abajo por la ladera, ajeno a las rocas afiladas del suelo, y recorrió el muelle.

Sin pensárselo dos veces, se lanzó a las aguas verdes del lago.

Estaba fría y tonificante, pero no le sorprendió, ya que conocía aquel lago desde que era pequeño. Era antiguo, pero no demasiado profundo, y Finley llegaba hasta el fondo antes de quedarse sin aire.

Cuando lo encontró, Adam no dejaba de agitar los brazos y las piernas debajo del agua, como si luchase contra un enemigo

invisible. Había levantado tantos sedimentos del lecho del lago que casi no se veía nada, pero había una sombra extraña junto a él.

Seguro que Finley se la estaba imaginando, porque le había parecido ver una mano palmeada agarrando a Adam por el tobillo y tirar de él hacia el fondo de aquella tumba acuática.

Dejó de sacrificar su valioso tiempo en intentar encontrarle sentido a lo que acababa de ver, enganchó a Adam por debajo de los brazos y empezó a darle a los pies con fuerza hacia la superficie. Adam era como un peso muerto, más pesado de lo que debería, y por un momento Finley creyó que no lo iba a conseguir. Iban a morir los dos ahí abajo. Se imaginó a Eileen encontrándolos a flote y con los cuerpos hinchados e inertes en el lago, a Nicola gritando de dolor. Se imaginó a su padre en Skye recibiendo las noticias con ojos llenos de lágrimas.

Poco después, cuando esas imágenes morbosas empezaban a asfixiarlo tanto como la falta de aire debajo del agua, llegaron a la superficie.

Tomó aire, con los ojos enrojecidos y el pecho agitado. Adam seguía siendo un peso muerto, y lo de «muerto» comenzó a repetirse ominosamente en la mente de Finley. Pataleó hacia la orilla hasta que sintió la piedra y el cieno del lago bajo los pies. Luego sacó a Adam del agua.

De alguna manera, lo había conseguido. Una brisa inclemente sopló por las montañas y lo hizo estremecer, pero Adam seguía sin moverse, lo que resultaba mucho más preocupante. Le quitó la ropa hasta dejarlo solo con el bóxer y vio que tenía los labios y los párpados azules.

—Adam —suplicó Finley, arrodillado junto a las piedras húmedas —. Despierta, Adam.

Lo empujó varias veces por el hombro, pero no sirvió de nada. No

lo había visto agitar el pecho. Si seguía respirando, era casi imperceptible.

El pánico empezó a apoderarse de Finley. No conocía técnicas de reanimación cardiopulmonar. Si Adam moría ahí frente a él, las mujeres jamás volverían a mirarlo siquiera y él jamás podría perdonarse a sí mismo.

—Vamos, Lancaster —dijo Finley entre los dientes apretados. Empezaba a quedarse sin opciones, por lo que le dio una torta con fuerza en la cara.

Adam soltó un gruñido. Después, rodó a un lado y escupió una cantidad preocupante de agua.

Finley se echó hacia atrás para sentarse sobre los talones y cerró los ojos con fuerza.

—Gracias a Dios —consiguió articular.

—Finley —saludó Adam con voz ronca al tiempo que fijaba esos ojos azules de aciano en su rescatador—. ¿Cómo me has encontrado?

—Te oí pedir ayuda —mintió Finley. Seguro que Adam le estaba agradecido por haberle salvado la vida, pero no se hubiese tomado muy bien el hecho de que Finley lo estuviese espiando.

—Había algo… —continuó Adam, que luego tosió más agua y hasta un pedazo de alga—. Había algo en el agua. Lo juro.

—¿Un pez, dices? —preguntó Finley esperanzado, aún balanceándose sobre los talones. El pánico y el agotamiento le habían atenazado el pecho y estaba un poco mareado.

La mirada de Adam se ensombreció.

—No. Algo grande. Algo con manos.

—¿No llevabas el anillo? —preguntó Finley.

—Me lo quité —respondió Adam, que señaló la sortija que se encontraba junto a su camisa—. Fue un regalo y no quería que se me resbalase y se perdiese en el fondo…

—No te lo quites nunca —imprecó Finley con brusquedad, para luego agarrar el anillo y ponérselo a Adam. Se hizo con el control de la situación sin pensar; presionó la palma de Adam con el pulgar para luego abrirle los dedos y ponérselo. Al terminar, lo sostuvo por la muñeca como si fuese un niño que se hubiese portado mal—. Prométeme que no volverás a quitártelo. Dilo.

—Vale, vale. Dios —dijo Adam—. Lo prometo. No sabía que tenía que llevarlo puesto todo el tiempo. Pensaba que…

—El agua es un portal —explicó Finley, que repitió lo que Eileen le había contado tantas veces, que era lo mismo que su padre le había contado a ella cuando le había prohibido nadar en el lago—. Venga. Volvamos a casa.



—¡Eileen! —aulló Finley, que abrió la puerta con el hombro al entrar —. ¡Baja ahora mismo!

Arrastró a Adam al interior tirándole de un brazo. Él podía caminar por sí mismo y tampoco es que le fuese a dar una hipotermia, pero agarrarlo hacía que Finley se sintiese mejor, por lo que no lo había soltado en todo el viaje.

—¿Qué pasa? —preguntó Eileen, que apareció en la parte superior de las escaleras. Estaba despeinada, como si se acabase de levantar, con el pelo recogido en un moño y los ojos hinchados. A juzgar por la manera en que le molestaba la luz, era probable que tuviese una migraña galopante—. Intentaba dormir.

Cuando finalmente bajó la vista y los vio, se quedó muy pálida.

—Por Dios —dijo mientras bajaba lo escalones a toda prisa, agarrándose con fuerza a la barandilla y sujetando la cara de Adam entre las manos para asegurarse de que seguía con vida—. ¿Qué ha

pasado?

—Salió a nadar —dijo Finley, que agitó la cabeza para sacudirse el agua de los rizos. Se había secado casi por completo durante el viaje de vuelta, pero seguía frío y húmedo.

—A-algo me agarró —respondió Adam mientras le castañeteaban los dientes. Quizá estuviese conmocionado, o quizá no estuviese tan acostumbrado al frío como Finley—. En el agua. Finley me arrastró hasta la orilla.

—Se quitó el anillo —explicó Finley.

Eileen abrió los ojos como platos, enfadada por el hecho de que sus vecinos subterráneos hubiesen intentado robarle a Adam y porque él hubiese sido tan estúpido como para ir a nadar sin llevar nada de hierro.

—¿Por qué has dejado que haga una cosa así, Finley? —espetó Eileen.

—No soy su guardaespaldas —respondió Finley, que empezaba a enfurecerse.

—Adam, escúchame —dijo Eileen—. El agua es…

—Un portal, sí —dijo él, que empezó a frotarse los brazos para recuperar un poco el calor—. Ya me lo han dicho.

Eileen lo fulminó con la mirada, pero luego lo rodeó con el brazo y le dio un abrazo fuerte. Rodeó a Finley con el otro brazo, y el guardés se encontró de repente aplastado entre Eileen y Adam, entre el olor a lirios, agua del lago y piel húmeda. Las manos se le levantaron como si tuviesen vida propia y colocó una en la espalda de cada uno de ellos. Adam estaba frío al tacto, y Eileen se había puesto a temblar. Finley no sabía si era de rabia o de miedo.

—¿Adam? —preguntó Nicola, que apareció al doblar una esquina —. ¡Dios! ¿Qué te ha pasado?

—Estoy bien —dijo él, pero disfrutó de la mirada de enfermera que

le dedicó Nicola antes de empezar a besarlo por toda la cara—. Finley me encontró.

Nicola abrazó a Finley sin molestarse en pensar siquiera que se le iba a empapar el jersey. Él sintió como si algo le atenazase el pecho.

Estaba intentando permitirse disfrutar de aquella felicidad mientras durase, pero le costaba creer que no fuese a perderla cuando la verdad saliese a la luz, y le costaba creer que Adam o Nicola quisiesen seguir teniendo relación con ellos cuando descubriesen quién era Finley en realidad. Cuando descubriesen las cosas de las que era capaz y las cosas de las que había sido cómplice.

—Necesitas una ducha caliente y una muda de ropa —dijo Eileen, que tiró de Adam hacia las escaleras—. Vente con nosotros a la biblioteca cuando termines. Pondremos más leña en la chimenea y no tardarás en recuperarte.

—Pero tenéis que escucharme —dijo Adam, que se tambaleó hacia delante como si siguiese mareado—. Había algo ahí fuera, en el agua, algo perverso, fuerte y…

—Yo diría que hay más de una de esas cosas ahí fuera. No me sorprendería nada.

—¿Y no deberías preocuparte?

—Lo que te ha pasado es lo mismo que le ha pasado a los Kirkfoyle desde hace siglos. Me preocupa mucho más tu salud que drenar el agua del lago para mantener a raya a los faes.

—Pero ¿qué cojones pasa en este lugar, Eileen? —preguntó Adam, que se zafó del agarre de la mujer y se detuvo al pie de la escalera. Ella lo miró desde unos escalones más arriba, irritada por el gesto, pero Finley vio que Adam empezaba a hartarse y ya no le quedaba paciencia alguna prácticamente. Se mascaba la tensión en las miradas de Adam y Eileen, como un arco a punto de ser disparado.

Nicola, que estaba junto a él, le dio la mano y se la apretó con

nerviosismo.

—Ya te he dicho lo que pasa —respondió Eileen con tono brusco—. Tú eres quien no me cree.

—He hecho todo lo posible por creerte. Y de verdad que me he tomado todo lo que me has dicho con filosofía, pero es como si algo me atacase cada vez que salgo ahí fuera y…

—Tienes razón —convino Eileen—. Es probable que lo mejor sea que te quedes en casa durante un tiempo.

—No puedes encerrarme en esta casa porque creas que ahí fuera está Campanilla, Eileen…

—Cuidado con la manera en la que hablas de nuestros vecinos —dijo Eileen, palabras que le brotaron entre los dientes como si no quisiese mentar al mismísimo diablo.

—Eso es justo a lo que me refiero —dijo Adam, que subió la mitad de las escaleras para luego darse la vuelta y volver a mirarla. Finley estuvo a punto de interrumpir la discusión doméstica, pero ni siquiera él tenía el coraje suficiente para meterse en una discusión entre Eileen y otra persona—. No sé lo que es real y lo que forma parte de las supersticiones, y tampoco sé lo que le ocurrió a mi abuelo cuando estuvo aquí ni por qué se marchó. Ni siquiera sé cuánto tiempo voy a tener que quedarme.

—El que sea necesario. Eso lo tengo claro —dijo Eileen con voz muy seria, revelando más de lo que pretendía. Era una persona muy calculadora, pero se descuidaba mucho cuando estaba enfadada.

—Déjalo marchar, Isla —dijo Finley, desesperado por hacerla callar antes de que revelase más de la cuenta—. Está asustado.

—¿Ahora te pones de su parte? —preguntó Eileen—. Qué propio de los hombres.

—No necesito que me ayudes, Finley —dijo Adam, con la misma rabia en la voz.

Finley se quedó en silencio. Estaba claro que, si intentaba ayudar, iba a salir escaldado.

—¿Podrías contarme al menos qué le ocurrió a tu abuela? —continuó Adam—. Tengo claro que sabes por qué desapareció. Sé que hay algo que no me estás contando…

—No sé lo que le ocurrió —dijo Eileen.

—¡Mientes! —dijo Adam, que golpeó la barandilla con tanta fuerza que asustó a Eileen. Al parecer, el temperamento de los Kirkfoyle estaba igual de arraigado que el carisma en sus descendientes—. ¿Para qué quieres que me quede si no me cuentas la verdad?

—Estás aquí para complacerme, Adam Lancaster —dijo Eileen, con voz fría como el hielo—. Y te vendría bien recordarlo.

Adam miró a Eileen de arriba abajo, como si la estuviese viendo por primera vez. Una expresión de puro asco se le reflejó en el gesto, como si acabase de levantar una roca para encontrarse debajo con una criatura húmeda y que no dejaba de retorcerse con la cara de Eileen.

—Voy a la ducha —dijo Adam, mirando a través de Eileen como si esta no estuviese allí.

Y luego se dio la vuelta y desapareció al subir las escaleras. Nicola se apresuró detrás de él, gritando su nombre con brusquedad al principio y con tono de súplica poco después. Finley se quedó mirando a Eileen desde abajo. Se parecía mucho al ángel caído melancólico y con aureola roja que tenía en la vidriera de detrás. Sin mediar palabra, subió las escaleras a toda prisa hacia su dormitorio.

Dos horas después, cuando con suerte ya se habría tranquilizado, Finley subió por las escaleras estrechas que daban al tercer piso y tocó con cuidado en la puerta.

—Márchate —dijo Eileen desde el interior.

Finley abrió la puerta y entró.

El dormitorio de infancia de Eileen era pequeño y no se parecía en nada al aspecto que tendrían que tener los aposentos del lord de la mansión. El panelado de madera oscura de los zócalos y de la tapicería contrastaba en gran medida con el papel de pared cerúleo adornado por aquí y por allá con pequeñas enredaderas. Las paredes estaban llenas de cuadros enmarcados, la mayoría de lugares extranjeros, y había un tapiz muy grande de un hombre cazando un unicornio colgado sobre una pequeña chimenea. En una esquina también había una estantería modesta a rebosar de libros de poesía, mitología, ficción e ilustrados, muchos de los cuales podían considerarse antigüedades.

Finley le había preguntado muchísimas veces a Eileen si quería mudarse a una habitación más grande o al dormitorio principal de sus padres. Pero ella siempre respondía que no y ponía como excusa que habría que bajar los muebles al piso inferior y que ya tenía la mejor chimenea de la mansión. Aunque era demasiado educado como para comentárselo, Finley sabía que Eileen se negaba a abandonar los últimos vestigios de su infancia, que había sido el único momento de su vida en el que había llegado a ser feliz.

Eileen estaba enfadada, vestida, debajo de una sábana y con un aspecto terrible. Leía un libro de poemas (aunque odiaba la poesía y seguro que fingía hacerlo para ocultar el hecho de que había estado llorando unos segundos antes de que Finley entrara en el cuarto), con un decantador de whisky junto a la cama que seguro había estado más lleno unos minutos antes. Se lo estaba bebiendo solo en un vaso de tubo, sin hielo ni agua con gas.

—¿Quieres bajar a cenar? —preguntó Finley—. Si no, podría traerte algo de la cocina.

—No tengo hambre —murmuró ella, aún con la mirada perdida en el libro.

Finley se sentó al borde de la cama y extendió una mano para apretar el pie de Eileen. Lo notó frío a pesar de tocarlo a través de la colcha, y se fijó en que ella tenía la respiración acelerada, la frente pálida y la piel perlada de sudor. El problema con Adam no le había sentado nada bien a su salud. Y el whisky mucho menos.

—No tendría que haberle dicho nada —comentó Eileen mientras pasaba una página con rabia, como si el libro tuviese la culpa de algo —. Ahora se pondrá a hacer preguntas. Y encima me odia. Esto no va a salir bien.

—Sí que lo hará —dijo Finley. Era justo lo que ella necesitaba oír en aquel momento, aunque él también tuviese serias dudas—. Solo tienes que darle algo más de tiempo.

—Pero tiempo es justo lo que nos falta —espetó Eileen para luego cerrar el libro—. Han intentado secuestrarlo dos veces. Dos veces, Finley. ¿Y si lo consiguen la próxima? Ya casi no duermo por las noches. Tengo demasiadas pesadillas. Mi salud está empeorando y nos quedamos sin dinero. De verdad esta vez. Necesitamos sangre nueva. Me da miedo que sea demasiado tarde si no lo conseguimos pronto.

Finley no le dijo que no pensase al respecto. Sabía lo arriesgado de la situación y también que era la única opción que le quedaba a Eileen. Aun así, deseó poder decirle que se tranquilizase.

Eileen miró el vaso y luego se lo bebió con una facilidad alarmante. A juzgar por lo que quedaba en el decantador, era probable que aquella fuese su tercera copa.

—¿Quieres que te traiga un poco de agua? —preguntó Finley.

—No tengo sed.

—Has bebido demasiado —dijo él, con un tono de voz más autoritario en esta ocasión, pero teniendo en cuenta la tesitura en la que se encontraba Eileen. Decirle qué hacer solía calmarla, aunque a

veces respondía de malas maneras—. Dame el vaso, Isla.

Eileen lo miró a los ojos al fin, y Finley vio que estaban llenos de lágrimas. La mujer le entregó el vaso sin decir nada.

—Sí, señor —dijo luego, en voz muy baja.

A Finley le encantaba ser el dominante. Era una de las cosas que más lo satisfacían del mundo, pero también era agotador. No era nada fácil prever los caprichos de su pareja, apoyarla en sus malos momentos y convertirse en el pilar sobre el que sostenerse.

Los días buenos, dicha autoridad era muy emocionante. Se le antojaba como embridar un caballo salvaje para luego galopar entre los árboles agarrando con fuerza las riendas, como templar el acero en un fuego llameante que solo respondía ante él, como volver a casa.

Los días malos, era como estar solo.

Sabía que en aquel momento era el dominante, pero al mismo tiempo entendía muy bien la razón por la que Eileen se había dejado someter. Tenía que ser muy agradable tener a alguien que te quitase ese peso de encima y tomase decisiones por ti.

—Necesitas descansar —dijo Finley.

—Pues oblígame —respondió ella, con voz ronca.

Finley no estaba muy seguro de lo que debía hacer, pero continuó con lo que creía que ella esperaba de él. No sabía si debía tocarla o no, si debía hablarle con amabilidad u ordenarle que se fuese a dormir, si debía insistir en que se pusiese el pijama o dejarla descansar con la ropa que llevaba puesta.

Era probable que durmiese mejor si la enviaba a la cama tras haberla hecho pasar por el subespacio. El cosquilleo doloroso de las cuerdas alrededor de las muñecas o un buen tortazo detrás de los muslos sin duda harían que se olvidase de la discusión con Adam, al menos. Pero Finley no fue capaz de encontrar en su interior ni el

deseo ni las ganas de hacerle año.

—¿Intentarás dormir si te lo pido? —preguntó en voz baja—. Por favor.

Eileen se colocó de lado y se tapó con la colcha, tras lo que Finley respiró aliviado. Al menos no parecía tener ganas de llevarle la contraria.

Cuando apagó la luz y salió de la habitación, con el decantador y el vaso en las manos, Finley rezó a un dios en el que no creía para que Eileen no tuviese pesadillas, al menos esa noche.

También esperaba que el mismo dios lo perdonase por lo que estaba a punto de hacer.

Finley agarró el juego de llaves maestras que llevaba en el bolsillo de atrás del pantalón, el mismo que le había dado su padre, y encerró a Eileen en su dormitorio sin hacer ruido. No quería que fuese a buscar más licor en ese estado y, si estaba diciendo la verdad sobre esas pesadillas, tampoco quería que se dejase llevar por los cantos de sirena de los faes y saliese al bosque para desaparecer. Finley había oído demasiadas historias sobre el padre de Eileen, sobre las épocas que pasaba inquieto después de estar días sin dormir y amenazaba con suicidarse para acallar las voces que oía en sueños. Él mismo había sido testigo de algunos de esos ataques y no había sido capaz de olvidarlos, a pesar de todos los años que habían pasado.

El doctor Dasgupta había dicho que era bipolar, y Finley lo había creído. James era una persona encantadora, llena de vida y de buen corazón, pero también era alguien atribulado, propenso a estar de mal humor y a tener rachas autodestructivas.

Aun así, eso no significaba que no estuviese pasando algo extraño. A los faes les gustaba jugar con las mentes que estaban un poco desequilibradas, sobre todo en los momentos difíciles. Les gustaba

comprobar lo que uno era capaz de llegar a hacer en esas circunstancias.

Finley sabía que estaba haciendo lo correcto, pero esperaba que Eileen opinase igual que él al despertar.

CAPÍTULO VEINTISÉIS
ROBERT

—¡Espera, Arabella! —gritó Robert—. ¡Vas demasiado rápido!

Robert corría tras Arabella por la hierba alta, siguiendo el sonido de sus carcajadas. Se habían librado de las clases porque ella había dicho que la comida le había sentado mal y, cuando el tutor se había marchado de la casa, ella había abierto las ventanas del salón y saltado hacia los prados.

Robert la había seguido, como siempre.

Era capaz de ir a cualquier parte si ella iba delante.

—¡Sígueme si puedes! —gritó ella por encima del hombro, mientras los bucles de cabello negro y el lazo rojo se le agitaban con el viento. Robert hizo todo lo que pudo para seguirle el ritmo, con cuidado de no tropezarse y romperse el cráneo contra una roca. Arabella tenía quince años y parecía una gacela de patas largas, pero Robbie tenía trece y no había crecido tanto.

—¿A dónde vas? —preguntó sin aliento cuando la alcanzó después de que ella se detuviese. Habían atravesado los prados y se encontraban en el bosque, tras cruzar esa frontera liminal que separaba la parte más descuidada de Craigmar.

Arabella le sonrió. Era una sonrisa brillante y asilvestrada, más propia de una bestia que de una niña.

—¿Tú qué crees?

—No, Arabella —dijo Robert, que puso el tono más serio que fue capaz. Le costaba, ya que había empezado a cambiarle la voz hacía tan solo unos meses—. Papá nos matará.

—Papá no tiene por qué enterarse. A menos que te chives —dijo ella, al tiempo que pellizcaba con fuerza a su hermano en la parte superior del brazo—. Venga. Quiero ver qué hay por allí.

A Robert no le hizo falta preguntar dónde era «allí». Solo había estado en la cueva dos veces, ambas para dejar ofrendas de dulces y nata con el resto de la familia. El lugar tenía un ambiente que le resultaba… extraño, y Robert no se había sentido nada bienvenido. Lo habían criado como si fuese un Kirkfoyle más y enseñado a evitar la cueva y no creerse nada de lo que viese u oyese cuando estuviese cerca.

Robert sabía que no debía provocar a sus extraños vecinos bajo ninguna circunstancia. También sabía que eran los responsables de esas luces que veía de vez en cuando por la ventana de su dormitorio antes del amanecer, y de que su padre recorriese los pasillos por la noche murmurando para sí mientras su esposa le decía que volviese a la cama. Pero eso era lo único que sabía. Siempre se mantenía alejado de la cueva y también temía a los faes, aunque nunca hubiese visto a uno en persona. Arabella sí que lo había hecho, o al menos era lo que le decía para asustarlo. Comentaba que los veía en sueños, donde le susurraban secretos al oído y le cantaban canciones maravillosas.

Robert abrió la boca para volver a quejarse, pero Arabella ya lo había agarrado por la mano y había empezado a tirar de él para internarse aún más en el bosque. Justo cuando consiguió pensar bien qué decir para convencerla de volver a casa, llegaron a una colina y terminaron delante de la entrada de la cueva. Se alzaba frente a ellos, flanqueada por árboles deshojados de ramas retorcidas y cubiertos de líquenes húmedos.

—Esto no me gusta —consiguió articular Robert en voz baja—. Venga. Volvamos a casa. Hace mucho frío, y papá regresará pronto

del pueblo. Sabes que, si ve que no estamos, seré yo quien se meta en problemas.

—No permitiré que nadie te meta en problemas —aseguró Arabella, que dio unos pasos hacia la cueva con las bailarinas empapadas. Últimamente se había obsesionado con *El lago de los cisnes* y había empezado a practicar piruetas a todas horas. Al parecer, no se había cambiado el calzado antes de salir—. ¿No quieres verlo por ti mismo? Nadie tiene por qué enterarse.

Robert tuvo que admitir a regañadientes que una parte de él sentía mucha curiosidad. Pero una parte mucho más concluyente estaba asustada, tanto de la cueva como del castigo de su padre. Se zafó del agarre de Arabella, pero ella no se giró para insistir, sino que alzó el mentón y dio varios pasos más hacia la cueva con determinación.

La oscuridad se la tragó a una velocidad alarmante. En un momento dado, estaba ahí mismo, visible, y poco después había desaparecido. El corazón de Robert le latió desbocado entre las costillas. No podía perder a Arabella. No.

Se tragó lo poco que le quedaba de orgullo y sentido común, cerró los ojos con fuerza y se dirigió hacia la cueva.

Al principio, empezó a recorrerla a ciegas, apoyando las manos en las paredes mojadas y siguiendo el sonido de los pasos de su hermana delante de él. El ambiente estaba húmedo y denso, con olor a hojas podridas y a los excrementos de animales pequeños, pero a medida que se internó en la montaña empezó a oler algo diferente. Era un aroma muy similar al de los panecillos de Pascua calientes que preparaba su madre todos los años. Le hubiese resultado apetitoso, pero era un olor tan dulzón que hasta le revolvía el estómago.

—Arabella —llamó Robert en la oscuridad. Extendió una mano para intentar agarrar a su hermana, pero frente a él solo había un

espacio vacío—. Arabella, ¿dónde estás?

—Vamos —susurró ella en respuesta, con una voz que parecía venir de todas partes. Le resultó imposible averiguar a qué distancia se encontraba.

Robert tomó aire con desesperación e intentó no entrar en pánico. De hacerlo, podía llegar a respirar todo el oxígeno del lugar y asfixiarse, y luego Arabella tendría que arrastrar su cuerpo hasta la salida, si es que la encontraba, y después…

Se olvidó por completo de sus pensamientos obsesivos cuando notó que el camino empezaba a inclinarse hacia abajo, adentrándose aún más en la montaña.

Y luego vio un tenue brillo frente a él.

Robert se dirigió hacia la luz, con la esperanza de que hubiesen dado la vuelta en algún momento y aquello fuese el sol en el exterior. Pero notaba el ambiente cada vez más frío en lugar de cálido, y el olor dulzón se había intensificado aún más.

Empezó a darse prisa y terminó por salir en una estancia subterránea. Sobre él, el techo era bajo y estaba lleno de estalactitas, y la mica de las paredes centelleaba y titilaba como si se mofase de él. ¿Cómo era posible? No podía haber luz ahí abajo.

Robert miró a su izquierda y el corazón estuvo a punto de salírsele del pecho.

Había una mesa de madera en mitad de la caverna, llena de frutas de fuera de temporada, un cochinillo con una manzana en la boca y bollos que se parecían a los de su madre. No. Cuando se acercó aturdido, se dio cuenta de que sí que eran los de madre, con esa cruz irregular en la parte superior.

En ese momento supo que había cometido un error garrafal al entrar en la cueva. Pero Arabella parecía encantada. Estaba de pie junto a la mesa, con las manos entrelazadas, como si alguien hubiese

dispuesto todo aquel banquete para ella.

—Mira, Robbie —dijo sin aliento—. Es magnífico, ¿verdad? Y todo huele muy bien.

—Mira las luces —susurró él, demasiado aterrorizado como para moverse.

Había unas velas gruesas y goteantes en la mesa que tenían un olor dulzón a cera de abeja y a manzanilla, pero las llamas que bailoteaban en las mechas no eran de ese tono dorado y alegre del fuego normal. Eran de un azul inquietante, pálido como un huevo de petirrojo, y proyectaban una luz fría por toda la estancia.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Robert, que encontró al fin el coraje suficiente para extender el brazo y agarrar a Arabella. Tenía la piel fría debajo del jersey fino—. Antes de que alguien nos encuentre aquí.

—Ni se te ocurra. ¿Esto es lo que nuestra familia ha estado ocultándonos todo este tiempo? ¿Amabilidad y buena voluntad? —Robert quería convencer a Arabella cuanto antes para que se diese cuenta de que aquello parecía una trampa, pero ella ya se había sumido en una de sus fantasías ostentosas—. Me siento como una princesa en un banquete. Mira esas grosellas espinosas. ¡Y también hay ciruelas del tamaño de mi puño!

—No tengo hambre —dijo él con voz triste.

—¿Te acuerdas? —comentó Arabella, que empezó a deslizar unos dedos curiosos por el borde de la mesa—. Una vez oí a mamá decir que los faes eran aliados de nuestra familia. ¿Y si llevan todo este tiempo intentando ser amables con nosotros y lo único que hemos hecho ha sido portarnos mal con ellos?

Robert sintió ganas de tirarse de los pelos. Su hermana lo había arrastrado a situaciones descabelladas muchas veces, y normalmente era él quien sufría las consecuencias, pero aquella era la primera vez

que sentía que de verdad estaban en peligro. En el fondo, nunca había creído que las consecuencias de sus acciones mereciesen mucho más que un par de nalgadas y una tarde encerrados en el cuarto sin cenar.

No tendría que haber entrado en la cueva. Nunca tendría que haberle hecho caso a Arabella.

—Por favor —dijo Robert al borde de las lágrimas—. Tengo frío, estoy asustado y quiero volver a casa.

—¡Pues vete! —espetó ella, antes de soltar una risilla despreocupada.

—No me iré sin ti. No te voy a abandonar, Arabella. Jamás.

Las súplicas no sirvieron para nada. Arabella estaba en trance con el banquete que tenía delante, y su rostro reflejaba un gesto de deleite a la luz azul de las velas. Extendió un brazo, agarró una ciruela y se le llevó a los labios.

—No lo hagas —advirtió Robert, justo cuando los dientes de su hermana atravesaron la piel de la fruta.

El zumo se le resbaló por el mentón mientras tragaba, y el júbilo se le reflejó en la mirada.

Cuando Arabella le sonrió, con gesto travieso y los dientes manchados de ciruela, a Robert le dio la sensación de estar mirando a una desconocida.

Sintió que algo se rompía entre su hermana y él en ese mismo momento, algo que no fue capaz de identificar debido a lo joven que era y para lo que no tendría nombre durante muchísimo tiempo.

Arabella le tendió la fruta, abierta, rezumante y con un mordisco perfecto. Presa de una extraña emoción, se vio tentado por un instante a enterrar la boca en el mismo lugar que los labios de su hermana y saborear lo mismo que ella. Había algo en el ambiente asfixiante o en lo atractiva que parecía Arabella con el cabello

alborotado que intentaba confundirlo, asegurarle que no pasaría nada por darle un mordisquito.

Pero luego recordó lo mucho que se había enfadado con su hermana, le quitó la ciruela de la mano y la tiró al suelo.

—¡Robbie! —gritó ella indignada, igual de infantil que él por mucho que le gustase fingir que ser mayor la hacía parecer mucho más madura—. ¡Eres un salvaje!

Robert no tuvo la oportunidad de defenderse, porque en ese momento se apagaron todas la velas de la estancia. El lugar quedó completamente a oscuras. Durante un buen rato, lo único que oyó fue su respiración entrecortada en los pulmones.

Después, en la distancia, un ruido tenue. Rítmico, como un tamborileo.

—¡Silencio! —susurró Robert—. ¿Has oído eso?

El retumbar de los tambores se intensificó, y el chirrido agudo de lo que parecían las cuerdas de una viola empezó a resonar junto al repiqueteo de una campanillas. Una música extraña, con instrumentos que Robert no era capaz de reconocer y que se extendía por la mismísima roca de las paredes, cada vez más cerca.

—Tenemos que marcharnos —insistió al tiempo que se giraba hacia la salida.

En esta ocasión, Arabella no se negó. Seguro que se había asustado al darse cuenta de que no estaban solos, porque se acercó a su hermano y empezó a empujarlo hacia el exterior.

Caminaron rápido al principio, pero cuando la música resonó con más fuerza y empezaron a oír el siseo distante y agudo de unas voces incomprensibles, se agarraron de la mano y empezaron a correr.

Robert había tenido razón al dar por hecho que iban a echarle la culpa a él. Cuando llegó junto a su hermana al interior de la casa, mojados por el rocío, con los ojos abiertos como platos y envueltos en el hedor de la cueva, no había excusa alguna que pudiesen blandir en su defensa. Su madre les gritó durante diez minutos seguidos, antes de que su padre los llevase agarrados por las muñecas hasta el piso de arriba. Encerró a Arabella en su habitación y luego empezó a golpear a Robert con un peine. Estaba muy mayor para que le azotasen así, pero eso no sirvió para ignorar el dolor de los golpes ni evitó que balbucease como si de un bebé se tratara.

Arabella y él nunca volvieron a hablar sobre ese día, y ella nunca les confesó a sus padres que se había comido una de las frutas de los faes. Pero Robert a veces la encontraba sentada en la ventana por la noche, mirando hacia la cueva como si estuviese obsesionada con algo que Robert no era capaz de comprender.

Como si algo la estuviese llamando.

CAPÍTULO VEINTISIETE
NICOLA

Adam no le había querido contar gran cosa a Nicola después de su enfrentamiento con Eileen, pero ahora, recién duchado, con una muda limpia y sentado a la lumbre de la chimenea de la biblioteca, parecía mucho más abierto a la conversación.

—Tendría que haberte hecho caso —murmuró él—. Es una persona imposible. Somos huéspedes de una perturbada.

—Estoy de acuerdo con lo de perturbada, pero no tenemos prueba alguna de que sea una mentirosa —dijo Nicola, que tiró otro tronco de leña al fuego para que ardiese con más fuerza. Acababan de añadir los besos, los toqueteos y compartían a dos escoceses muy atractivos, pero eso no quería decir que tuviesen que dejarse de dar consejos. A Nicola, de hecho, le hubiese gustado añadir más cosas a esa lista, como citas de verdad, declaraciones de afecto y sexo en todas las posiciones imaginables, pero solo habían pasado unos pocos días desde que quebrantasen la norma de no darse besos. Adam era algo más voluble que ella y necesitaba más tiempo. A Nicola no le importaba esperar.

—¿Seguro que no? Está ocultando algo.

—Eso casi seguro, pero no sabemos qué ni por qué razón. También es muy posible que esté ocultando algo personal y doloroso para ella, algo que no tenga nada que ver con nosotros. Quizá aún podáis ayudaros mutuamente sin conseguir que os maten. Los cuatro no tenemos a nadie más en este mundo. Nos vendrá bien cooperar mientras tengamos que hacerlo, nos guste o no.

—Prefiero matarla y quedarme con el dinero del seguro —dijo Adam, con tono funesto y sarcástico.

—Que Finley no te oiga decir eso —comentó Nicola, que rio entre dientes.

—¿Que Finley no le oiga decir qué? —preguntó Finley, que en ese momento apareció en el umbral de la puerta de la biblioteca.

—Nada. Estábamos desahogándonos —comentó Adam, que se pasó una mano por el pelo para apartárselo de la cara—. ¿Eileen está durmiendo?

—En la cama seguro que está —respondió Finley, que agitó un juego de llaves antes de guardárselo en el bolsillo—. Espero que duerma. La he encerrado, así que tampoco es que pueda hacer mucho más.

A Nicola le dio un vuelco el estómago al ver las llaves. No estaba segura de cómo sentirse al respecto. Puede que Eileen estuviese enferma y fuese una persona difícil, pero ¿de verdad era necesario que Finley la encerrase como una esposa secreta en el ático? Sabía que el hombre era muy pragmático, pero una buena persona en el fondo, y el juego de llaves que le acababa de enseñar no casaba para nada con la imagen que tenía de él.

A pesar de la afinidad que habían desarrollado durante los últimos días, había muchas cosas sobre Finley que no había descubierto aún. El hombre tenía secretos y también una lealtad muy profunda y misteriosa con Eileen que Nicola no llegaba a entender del todo. Sería mejor que lo tuviese en cuenta.

—¿Y si se quema la casa? —preguntó Nicola.

—Mientras no sea ella la que provoque el incendio, no habrá fuego alguno —respondió Finley, que se acercó para colocarse de pie junto a la chimenea y calentarse las manos—. ¿Todo bien, Adam? Al menos parece que ya has recuperado la temperatura corporal.

—Viviré —dijo él—. Pero ¿qué fue lo que pasó ahí fuera? En el lago, quiero decir. Sé que algo me agarró, Finley. Lo juro por la tumba de mi abuelo.

—Y te creo. Mi teoría es que este lugar sabía exactamente quién eras desde el principio, antes incluso que Eileen, porque los terrenos de los Kirkfoyle siempre reconocen a la familia, igual que nuestros vecinos subterráneos. Su objetivo siempre ha sido el mismo: burlar los términos del acuerdo acabando con los Kirkfoyle uno a uno, mediante accidentes que no lo parezcan o secuestrándolos y llevándolos bajo tierra para hacerles Dios sabe qué. Probaron tu sangre en la cueva y ahora quieren más.

—¿Qué hay en la cueva, Finley? —preguntó Nicola, que se cruzó de brazos y lo miró directo a los ojos. No le importaba que tuviese algunos secretos, durante un tiempo o para siempre, pero aquel no era uno de ellos.

—Nicola, no me pidas que…

—No te lo estoy pidiendo —dijo ella. Un estallido de energía la recorrió en aquel momento, como si de repente hubiese desenvainado una daga. Ella también sabía ir por ahí dando órdenes, como Finley—. Dímelo.

Finley se achantó de inmediato y pareció incluso aliviado, como si alguien hubiese tomado por él la decisión de contarlo y estuviese esperándolo, como si contar la verdad fuese el bálsamo que necesitaba su alma.

—Es un portal —dijo Finley—. Entre este mundo y uno contiguo. Entre Craigmar y el mundo subterráneo de los faes.

—¿Estás diciendo que si entramos en la cueva…? —empezó a decir Nicola. Ya sabía la respuesta, pero quería oírla de labios de Finley.

—No volveréis a salir. Y si lo hacéis no seréis los mismos. Yo no entraría en esa cueva por mucho que me pagasen. Ni por todo el

dinero del mundo.

—Me sorprende que solo haya hecho falta que Nicola te lo pregunte muy seria para que nos lo hayas contado —comentó Adam, que lo dijo un poco en broma aunque le había afectado, como si quisiese ser él quien tenía control sobre Finley o quien recibía órdenes por parte de Nicola. Ella llegó a la conclusión de que debía hablar con él al respecto más tarde, cuando no estuviesen intentando resquebrajar poco a poco aquel muro que habían creado Finley y Eileen.

Quizá la clave para hacerlos hablar era hacerlo cuando no estuviesen juntos.

—No sirve de nada negar los hechos —dijo Finley, quien luego añadió, en voz más baja y sin dejar de mirar las llamas—: Además, quizá esté empezando a cansarme de protegerla.

Nicola se quedó en silencio y con las manos entrelazadas durante unos instantes, como si todos estuviesen de luto por algo. En ese instante, Finley la miró con esos ojos marrones y atormentados.

—Es lo único que puedo contarte, Nicola. Es lo único que sé sobre la cueva. ¿Es suficiente?

—Sí —aseguró ella en voz baja. Y como Finley parecía estar esperando su aprobación, desesperado incluso, añadió—: Así me gusta.

Finley asintió y dejó caer los hombros en gesto de alivio. ¿Qué carga era aquella que llevaba sobre ellos todos los días y que le resultaba tan pesada? Nicola quería ayudarlo, proporcionarle un lugar donde aligerar su corazón, aunque para ello él tuviese que arrodillarse.

Finley se sentó en el extremo del sillón opuesto a Adam y llamó a Nicola para que se sentase en medio, con Adam a la izquierda y él a la derecha.

—Algunas historias tendrá que contarlas Eileen —continuó Finley, que empezó a hablar en voz baja y muy despacio, como si una tragedia pudiese desatarse en cualquier momento si decía algo que no debía en voz alta—. Y hay historias de Eileen que yo ni siquiera conozco. Pero siempre os contaré todo lo que pueda. Creo que os lo debemos.

—Gracias —dijo Adam, y en ese momento los dos hombres compartieron una mirada penetrante, lo bastante como para caldear el ambiente de la estancia. Nicola también notó la intensidad del momento.

—Adam —continuó Finley—, el día que volvimos de la cueva dijiste que habías olido algo dulce.

—Sí. Alcohol y fruta y azúcar húmeda —explicó él—. Me dio hambre, pero también me resultó un poco desagradable. Nicola, ¿tú lo oliste?

—Lo único que olí fue el bosque —respondió ella. Adam le posó la mano en la rodilla y empezó a frotarla con el pulgar, un tic nervioso que era más para tranquilizarse él que para calmarla a ella. El gesto ayudó a Nicola de igual manera.

—Yo tampoco lo olí —comentó Finley, que extendió el brazo por el respaldar del sillón y rodeó con él a Nicola. Se reclinó y se sumió en sus pensamientos—. Pero no me sorprende que tú hayas podido. Mi teoría es que estaban intentando que fueses bajo tierra. Los Kirkfoyle sienten… atracción por ese lugar. Todos, sin excepción.

—Pero ¿por qué? —dijo Nicola. Era un giro de los acontecimientos que ni siquiera ella entendía, una anomalía en la historia que no podía llegar a desentrañar investigando ni observando.

—Los Kirkfoyle y los faes solían casarse entre ellos —explicó Finley—. He oído historias que aseguran que, durante mucho tiempo, siempre había Kirkfoyle viviendo en la superficie para

cuidar de los terrenos al tiempo que al menos uno de ellos lo hacía bajo tierra, con un matrimonio que era una especie de… ofrenda de paz. A veces, aparecían niños de pelo negro en la puerta principal, como si los hubiesen enviado desde el mundo subterráneo para saludar a su familia de la superficie. Todas esas veces, acogían a esos niños en la casa sin cuestionárselo siquiera. Todos los Kirkfoyle tienen algo de sangre salvaje en sus venas, y la cueva los llama.

—Pero yo no soy un Kirkfoyle —insistió Adam, que se inclinó sobre Nicola para mirar mejor a Finley. Los tres estaban demasiado cerca en el sillón, envueltos en aquel ambiente conspiratorio de descubrimiento mutuo y al calor de la chimenea—. Bueno, lo soy, pero no soy consanguíneo. ¿Por qué iban a querer matarme?

—Quizá no quieran matarte. Eso es lo que os estoy diciendo —respondió Finley, y la caja rompecabezas a la que Nicola no había dejado de darle vueltas una y otra vez mentalmente se abrió de repente.

—No fue un intento de asesinato —dijo sin aliento—. Intentaron secuestrarte. Puede que en el lago no estuviesen tirando de ti para ahogarte, Adam. Puede que lo hiciesen para arrastrarte a otro portal, una puerta trasera que diese a su mundo. Seguro que quieren que Eileen se quede sola y desesperada para que su linaje desaparezca al fin. Creen que les perteneces, así que ¿por qué no llevarte a casa? Un Kirkfoyle arriba y otro abajo.

Nicola se quedó mirando a Finley durante un rato, aturdida y en silencio. Le sostuvo la mirada, como si le estuviese suplicando perdón por algo que había hecho o dejado de hacer. Él parecía un penitente, alguien que había confesado hasta el último de sus pecados. Aun así, Nicola no podía evitar que le diese la sensación de que aún quedaba algo que no les había contado.

—Esto es demasiado —comentó Adam, con esa risilla fingida que

siempre soltaba cuando estaba muy asustado.

—Craigmar es así —dijo Finley.

Nicola se apoyó en Adam y entrelazó el brazo con el suyo. Él se acercó aún más, girando el cuerpo hacia ella para que pudiese apoyarse mejor. Finley le acarició el pelo con indecisión, como si no conociese otra forma de consolarla. Adam lo vio acariciarle los bucles de cabello y no dijo nada, como si la seriedad de la situación hubiese eliminado por completo sus insignificantes celos.

—No podrán hacerse contigo —dijo Nicola, con la convicción desesperada de una niña que asegurase que sus padres no iban a morir jamás. Agarró a Adam con más fuerza todavía, como si eso fuese a servir de algo—. No lo permitiré.

—Tranquila, Nikki —dijo Adam en voz baja—. Sigo aquí.

—Pero hoy casi te pierdo. Casi os pierdo a los dos.

Nicola se giró para darle un beso a Finley en el hombro y respiró su aroma. La mano de Adam se estrechó con fuerza sobre la rodilla de Nicola y ascendió unos pocos centímetros por el muslo. Estaba muy cerca de aquellos dos hombres, pero no era suficiente para ella. Quería quedar envuelta entre ambos, aferrarlos con tanta fuerza que la muerte no llegase a alcanzarlos jamás.

Nicola alzó el mentón y le dio un beso a Finley en la boca, dulce y lento. La mano de Adam se apartó del muslo, pero justo en ese momento ella se la agarró, entrelazó los dedos con los suyos antes de que la alejase demasiado y luego volvió a colocársela donde había estado antes. Después, se inclinó sobre Adam para darle un beso a él, sincero y minucioso. El brazo de Finley seguía sobre los hombros de Nicola, y en ese momento empezó a clavarle los dedos en la parte superior del brazo, como si quisiese dejarle marca pero se estuviese reprimiendo.

Quizá Nicola estuviese pidiendo demasiado, quizá solo fuese a

conseguir arruinar un momento vulnerable por culpa de su codicia. O quizá aquel fuese el consuelo que todos necesitaban, uno que iban a comunicarse mediante el lenguaje corporal.

—Tranquila —murmuró Adam, que le rozó los labios con los suyos —. Nadie ha muerto.

«Nadie ha muerto». Quizá aquello era lo mejor que podían esperar ahora que estaban perdidos en esa maraña de magia y en esa historia trágica. Nicola había soñado toda su vida con formar parte de un cuento de hadas, pero ahora que había llegado el momento no se sentía muy afortunada. Estaba asustada y confusa y ansiaba a todas horas del día un tipo de intimidad que temía que nadie podía llegar a proporcionarle. Craigmar estaba envenenando las aguas del pozo de su corazón gota a gota, con esa magia oscura y embriagadora.

Quizá una persona hubiese dejado de ser suficiente ahora que su corazón estaba tan lleno de Finley y de Adam, tanto que sentía que podía llegar a estallar mucho antes de quedar satisfecha.

De hecho, Nicola no sabía si podría llegar a volver a alcanzar esa satisfacción. Pero al menos sabía que podía llegar a sentirse bien y conseguir que otros también se sintiesen así.

Nicola volvió a besar a Finley, con más ansias, con más deseo, mientras Adam bajaba por su cuello y parecía querer tomarle el pulso con los labios. Después, Nicola volvió a besar a Adam y luego a Finley, una y otra vez, como si de un bucle glorioso e interminable se tratara. La dulzura no tardó en dar paso a la pasión, apuntalada por la desesperación debido a la adrenalina de haber estado tan cerca de la muerte. El brazo de Finley pasó a rodear la cintura de Nicola y la aferró con fuerza mientras la mano de Adam la agarraba por la cadera. Finley le mordió el labio y la hizo gemir.

Cuando se separó de él, se había quedado sin aliento.

—Quiero volver a hacerlo —consiguió articular ella.

Finley y Adam intercambiaron miradas de sorpresa, como si acabasen de darse cuenta de que estaban juntos en la misma estancia.

—¿Hacer el qué? —preguntó Finley.

—Seguir con esas lecciones que le estabas dando a Adam —dijo ella, que habló sin pensar siquiera—. Quiero volver a hacerlo.

—¿Ahora? —preguntó Adam.

—Quiero teneros cerca a los dos y quiero ayudar a calmarnos. Necesito que haya alguien que me dé órdenes —continuó Nicola, con voz quebrada prácticamente—. No tenéis por qué hacerlo si no queréis, pero no os neguéis porque estáis preocupados por mí. Sé muy bien lo que quiero. Por favor.

Finley apretó los labios con fuerza. Estaba sopesando algo. Los riesgos, quizá.

—Eileen está en la cama —dijo.

—Pues yo tomaré su papel —dijo Nicola, con voz suplicante. No estaba segura de a qué se estaba ofreciendo en realidad, pero quería llegar a comprender lo que Finley hacía con Eileen a puerta cerrada. Quería saber si a ella también le gustaba. Y, sobre todo, quería que Finley la mirase como había mirado a Eileen la última vez y que Adam lo hiciese también con el mismo éxtasis y asombro—. Puede que no tenga mucha experiencia, pero aprendo rápido. Aprenderé al mismo tiempo que Adam.

—Es Adam quien tiene la última palabra —comentó Finley, que decidió ser diplomático por muy interesado que estuviese él en continuar—. Él también tiene mucho que aprender, pero seguro que está agotado después de…

—Vamos a ello —dijo Adam.

Era algo que Nicola lo había oído decir miles de veces, una de sus expresiones favoritas que decía antes de irse de fiesta, de tomarse un

chupito de tequila o de un enfrentamiento de voleibol de uno contra uno. Nunca se lo había planteado antes, pero esas tres palabras le daban ánimos a ella también. Sonaban a una afirmación. A una promesa. A consentimiento.

—¿Me arrodillo? —preguntó Nicola. La última vez que había visto a Eileen, no se había fijado tanto en ella como para memorizar sus movimientos. La había mirado con asombro, con estupor y con excitación. No es que se hubiese puesto a tomar apuntes.

—No —respondió Finley, con una risilla leve que hizo que a Nicola se le acelerase el pulso—. Esa es una técnica más avanzada y ya se me ocurrirán mejores formas de hacer que te duelan las rodillas en otro momento. Deberíamos empezar con algo más simple. Algo muy básico.

Pasó a mirar a Adam, quien bajó la vista hacia los labios de Finley mientras estos articulaban la palabra siguiente.

—Negación —dijo Finley.

—¿Negación? —preguntó Nicola, que aún seguía conmocionada por el hecho de haber estado a punto de perder a Adam, la horrible revelación de la historia de Finley y los nervios que le provocaba que aquello estuviese ocurriendo de verdad.

—A veces, no conseguir lo que quieres es más divertido. Adam, en este ejercicio aprenderás a tener paciencia y autocontrol. ¿Te parece bien?

—Perfecto —respondió él.

—Bien. Nicola tiene razón. Esto quizá nos ayude… a calmarnos un poco.

Finley se puso en pie y se dirigió hacia un sillón que había en el otro extremo de la habitación. Nicola esperaba que adquiriese una pose regia al sentarse, como un rey a punto de dar órdenes a su corte, pero en lugar de eso cruzó las piernas delante de él y se inclinó

hacia delante sobre las rodillas. Parecía un académico que diese consejos a sus pupilos para el examen final.

—Puedes besarla si quieres —dijo.

Adam, que al parecer había albergado esperanzas de volver a experimentar otra de las lecciones de Finley, agarró a Nicola por el mentón, le giró la cara hacia él y le dio un beso muy intenso. Finley no dijo nada, pero ella sintió como si la mirada del hombre le dejase quemaduras en la piel.

Adam la agarró por la cintura y luego subió la mano hasta cubrir uno de sus pechos con ella. Nicola soltó un gemido entrecortado y acercó la mano a la de Adam, como si lo estuviese animando a presionar con más fuerza.

—Quieta —dijo Finley, con brusquedad y determinación—. Nicola, no puedes tocarte. ¿Has entendido?

El rubor se extendió por el cuello de Nicola, pero cuando miró a Finley vio que este no estaba enfadado con ella. De hecho, podría decirse que la miraba con aprecio.

—No vas a correrte hasta que Adam te diga que puedes hacerlo —dijo Finley, que movió la cabeza como si esperase su respuesta, como si le estuviese dando una última oportunidad de retractarse, algo que ella no necesitaba.

Nicola asintió.

—¿Voy…? ¿Voy a hacer que se corra? —repitió Adam.

—Solo si quieres —comentó Finley—. Pero supongo que no te negarás.

Adam giró la cara hacia el cuello de Nicola y la enterró en ella.

—¿Vas a dejar que lo haga? —le susurró, para que lo oyese ella y no Finley. Era una pregunta muy simple y vulnerable, pero consiguió que a Nicola se le formase un nudo en la garganta. Llevaba años soñando con que Adam le preguntase algo así y se

había llegado a convencer, una y otra vez, de que él no era lo bastante valiente como para arriesgarse a estar con ella.

Ahora, después de tantos años de esperanzas vanas, a Nicola aún le costaba creer que Adam quisiese hacer algo así con ella. Pero, aunque para él no fuese más que un capricho pasajero, aunque agachase la cabeza y se marchase asustado como siempre hacía cuando algo bueno se volvía demasiado real, Nicola iba a permitirse disfrutar del momento.

Asintió para darle su consentimiento a Adam, cuya mano volvió a ascender por su cuerpo, con dedos curiosos que se colaron por debajo de su minifalda de pana. Era un regalo que le había hecho Eileen para suplir la falta de mudas de ropa que llevaba en la maleta y, por un momento, Nicola recordó la sonrisilla petulante de la mujer al entregarle la prenda. Pero la imagen no tardó en desaparecer de su mente.

—Eres la mejor, Nikki —dijo Adam en su hombro. Le levantó la falda por encima de los muslos y dejó al descubierto unas bragas rosa normales y corrientes, para luego pasar un dedo por el dobladillo, haciéndole cosquillas e incitándola, durante unos segundos que a Nicola le parecieron interminables.

Luego, momentos antes de que Adam la tocase donde más lo necesitaba, Finley dijo:

—Un momento. Acabo de darme cuenta de una cosa.

Adam soltó un gruñido de frustración, pero se detuvo.

—¿Sí?

—Vosotros… A ver, cómo puedo decirlo. Vosotros… lo habéis hecho antes, ¿verdad?

Adam y Nicola compartieron una mirada fugaz de culpabilidad, como niños a los que hubiesen pillado con las manos dentro del tarro de galletas. Era como si se entendiesen telepáticamente: si Finley

pensaba que aquella era su primera vez, quizá se arrepintiese de lo que estaba haciendo y todo acabaría mal, por lo que era mejor inventarse algo entre los dos.

—Claro que sí —respondió Adam.

—Muchas veces —apostilló Nicola al tiempo que asentía.

—Qué mentirosos sois —dijo Finley—. Entonces, me niego a seguir. Tenéis que resolver ese problemilla antes de que haya otra persona. Es sagrado. No voy a…

—Va a ocurrir estés aquí o no —dijo Adam, con una convicción que hizo que Nicola se sintiese muy querida. Adam la quería de verdad, con una inevitabilidad sexual que parecía guiada por el destino. Eran las palabras perfectas para que a Nicola llegase a gustarle aún más—. Me estoy divirtiendo y Nikki también. ¿Cuál es el problema?

—Yo pienso igual —dijo ella—. Voy a hacerlo con Adam estés aquí o no, pero la verdad es que me pone que nos digas qué hacer.

La frase sonó demasiado sincera hasta para alguien tan atrevido como Nicola. ¿Lo había arruinado todo?

Los rostros de Adam y de Finley se giraron hacia ella como si fuese una aparición de la mismísima santa patrona del morbo, por lo que dio por hecho que, si acaso, la situación acababa de mejorar aún más.

—Tócala —ordenó Finley, con voz siniestra y algo de impaciencia.

Adam le tocó al fin el sexo y consiguió que un escalofrío le recorriese el vientre.

Nicola empezó a mover las caderas al notar la mano. Ansiaba usar la suya para presionar con más fuerza la de Adam contra ella, para enseñarle formas mejores de darle placer, pero de alguna manera consiguió resistirse.

—La negación es el resultado de la confianza entre dos personas —citó Finley—. Adam, tienes que confiar en que Nicola te esperará. Y

Nicola, tienes que confiar en que Adam sabrá cuándo ha llegado el momento.

—¿Y cómo sabré cuándo ha llegado el momento?

—Lo sentirás —dijo Finley con tono críptico. Después volvió a quedarse en silencio.

Adam y Nicola siguieron besándose lánguidamente, perdidos el uno en el otro mientras él la tocaba por encima de la ropa interior. Ella había conseguido sincronizar su respiración con la de Adam y disfrutaba del tiempo que este se estaba tomando con ella. Pero Nicola no conseguía olvidar que Finley estaba en la misma estancia, con una presencia imperturbable y excitante al mismo tiempo. Se sintió demasiado expuesta, pero también protegida al saber que se encontraba allí guiándolos.

Los besos de Adam se volvieron más insistentes, y la presión de la mano entre las piernas de Nicola empezó a trazar círculos complacientes y abrumadores sobre su clítoris. Nicola ansiaba colocarse mejor, pasarse las manos por los pechos, pero se obligó a respirar más despacio en lugar de hacer nada de eso. Estaba desesperada por hacer las cosas bien. Por complacer a Adam y a Finley, pero también por encontrar todo lo bueno que había más allá de la negación.

Adam le apartó las bragas a un lado y probó a meter los dedos. Nicola soltó un gemido cuando el primero se le deslizó dentro.

—Así me gusta, Nicola —dijo Finley.

¿Cómo no iba a estar orgulloso de ella? Tenía asientos de primera fila, colocado justo frente a las piernas abiertas. Oír la voz de Finley hizo que la entrepierna de Nicola se tensase, y Adam notó la tensión de su cuerpo y tuvo que hacer algo más de fuerza.

—Adam —dijo ella casi sin aliento.

Él le metió otro dedo con facilidad y la llenó aún más. Empezó a

meterlos y a sacarlos despacio pero con firmeza para llevarla poco a poco hasta el clímax. Nicola lo miró a los ojos, con esa pasión indómita que había asustado a muchas personas. Pero él no se achantó y le devolvió la mirada, cautivado.

—Dios, Adam. No pares… Me…

Adam paró. Sacó los dedos y siguió rozándola un poco, lo suficiente para recordarle quién era el dominante en aquel momento. Nicola, que se encontraba al borde del orgasmo, sintió de repente que se desvanecían las descargas que había empezado a sentir en el bajo vientre. Se quedó jadeante, con las uñas aún clavadas en la espalda de Adam.

—¿Cómo te sientes, Adam? —preguntó Finley.

Adam miró a Finley, sin aliento y sonriente. Tenía un aspecto asilvestrado y eufórico. Perfecto.

—Me siento poderoso.

—Bien —dijo Finley, con voz más grave. Más ronca—. Repítelo.

Adam volvió a darle placer a Nicola, con más brusquedad en esta ocasión, sin piedad. Y, justo cuando estaba a punto de llegar al clímax, volvió a apartar la mano.

—Colócate bocarriba —dijo Adam—. Quiero probarte.

Nicola sabía que podía negarse. Le parecía demasiado para ser la primera vez. Pero después de haber estado tan cerca del orgasmo y de la emoción que le provocaba la presencia de Finley en aquel momento tan íntimo hacía que le diesen ganas de más.

Adam no se lo había chupado aún, a pesar de haberle levantado la falda por encima de las caderas y de haberse puesto de rodillas, antes de que Eileen hubiese estado a punto de verlos en el salón el día anterior. Habían hecho muchas cosas juntos: se habían ayudado entre sí con varias mudanzas, se habían cuidado el uno al otro los días de resaca, se habían escuchado hablar una y otra vez sobre sus

exparejas, se habían besado, tocado y suplicado por más, pero nunca habían llegado a aquel punto.

Nicola se colocó bocarriba y abrió las rodillas para Adam. Él le agarró las bragas con los dedos y tiró para bajárselas hasta que el encaje cayó al suelo y Nicola quedó del todo expuesta frente a él.

Adam se tumbó bocabajo, le agarró las caderas con las manos y le besó la entrepierna, que no dejaba de latir.

Nicola arqueó la espalda que tenía apoyada en el sillón. Lo cierto es que tendría que haber sentido vergüenza, ahí desnuda de cintura para abajo en un sillón antiguo que no le pertenecía, con su amigo comiéndoselo mientras alguien que podía considerarse un desconocido los contemplaba. Sí, tendría que haberse sentido avergonzada de alguna manera.

Pero lo único que sintió en realidad, mientras Adam la lamía y la besaba, fue un placer exacerbado y cegador. Adam se centró en ella como si aquello fuese lo más importante de su vida, como si llevase soñando con algo así tanto tiempo como ella, como si nunca fuese a ser suficiente para él. Nicola le agarró el pelo entre los dedos y apretó, haciendo todo lo posible por contener el orgasmo.

Cuando alzó la vista, vio la maravillosa imagen de Finley presionándose la erección insistente que le abultaba los pantalones con el dorso de la mano. La miraba como si la mera existencia de Nicola lo atormentase, como si fuese la mujer más atractiva del mundo.

Durante toda su vida, Nicola había tenido mucho miedo de perder a las personas. Ya fuese por las circunstancias que la habían dejado sin padres, o por el abandono de las familias de acogida que argumentaban que «no encajaba» o que «tenía demasiadas necesidades», o por la soledad que le había provocado tener que alejarse siempre de sus amigos…, Nicola había llegado a aceptar que

iba a terminar sola. Pero en aquella mansión, con Adam y con Finley regalándole su atención mientras la magia acechaba amenazante en el exterior, se sintió cuidada y el centro de atención…, aunque le faltaba algo.

Empezó a notar cómo un deseo desesperado arraigaba en su interior: no quería que Finley y Adam la abandonasen jamás.

Una lágrima solitaria empezó a caerle por la mejilla. Le resultó imposible distinguir si era por lo que le estaban haciendo en ese momento o por la emoción que sentía.

—Adam, por favor —suplicó mientras le apretaba la cabeza con los muslos—. Estoy lista. Estoy muy lista. ¿Vas a dejar que me…?

Adam alzó la cabeza un instante y usó una mano para apoyarse en el sillón mientras con la otra empezaba a abrirse la bragueta.

—Ya casi está Nikki —dijo—. Lo estás haciendo genial. ¿Podrías aguantar una ronda más?

—Sí —respondió ella, con voz casi quebrada a causa del deseo.

Adam sacó un condón del bolsillo trasero del pantalón y lo abrió. ¿Desde hacía cuánto tiempo que lo llevaba ahí? Nicola intentó recordar cómo respirar mientras él se ponía el preservativo y tiraba de ella para tenerla más cerca, sin molestarse siquiera en quitarse del todo los vaqueros.

Nicola volvió a mirar a Finley, que tenía una mirada perdida en aquellos ojos oscuros como nubes de tormenta.

—Avísalo cuando estés lista —dijo Finley en voz baja, con la veneración que merecía la situación en la que se encontraban.

—Estoy lista —aseguró Nicola, y luego Adam la penetró y él mundo pasó a convertirse en él, en quedar conformado únicamente por su presencia, por el olor a ámbar de su piel y por la presión que ejercía sobre ella.

Ninguno duró demasiado. En unos pocos minutos, los muslos de

Adam empezaron a temblar y Nicola se puso a implorar para llegar al clímax entre balbuceos. Adam se inclinó sobre ella y empezó a penetrarla más profundo y más rápido.

—Tócate —le susurró él al oído—. Tócate y córrete.

Nicola empezó a frotarse el clítoris muy rápido e intentó llegar al orgasmo por su cuenta antes de que Adam la abocase a ello. El ritmo de él se volvió desesperado e irregular a medida que él empezaba a llegar al suyo.

—Tú eres el que decide cuándo —le recordó Finley, con uno tono de voz indiferente y desapegado que hizo que Nicola se pusiese aún más caliente.

—Córrete para mí, Nikki —dijo Adam.

Cuando llegó al orgasmo, Nicola sintió como si la hubiese atropellado un camión. No dejaba de gemir ni de hacer todo lo posible para alcanzarlo y, un instante después, llegó y sintió cómo una puñalada de placer se le extendía desde el vientre hasta los dedos de los pies, que no dejaba de retorcer.

—Joder, voy a… —dijo Adam. Y justo después soltó un gruñido y derramó dentro del condón ese calor pegajoso y dulzón.

Nicola y Adam se quedaron tumbados durante unos instantes, con los cuerpos juntos y la piel pegajosa a causa del sudor cada vez más seco. Después, él levantó la cabeza y los ojos le brillaron más que nunca. Era el mismo Adam, ese joven bobalicón amable y cabezota hasta la extenuación que Nicola siempre había considerado su mejor amigo. Pero también era algo diferente, algo que no tenía palabras para definir pero por lo que estaba muy agradecida.

—Ha sido increíble —dijo él entre jadeos—. Eres increíble.

—Lo mismo te digo —dijo ella, ruborizada a causa del orgasmo.

Nicola miró a Finley y sintió cómo se le aceleraba el pulso. ¿Se habría quedado satisfecho con ella? ¿Estaría celoso o decepcionado?

Finley seguía en la silla, sentado muy quieto como si mover un músculo siquiera fuese a disipar el ambiente onírico de la estancia. Los bucles oscuros de su cabello le cubrían los ojos, por lo que no era fácil desentrañar su expresión.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Adam. Y Nicola creyó notar cierto tono desafiante en su voz.

Finley carraspeó.

—Creo que todos nos lo hemos pasado bien —respondió con voz constreñida.

—Diría que sí —murmuró Adam con una sonrisa y mirando a Nicola en lugar de a Finley. Después se puso en pie y añadió, con voz algo avergonzada—: Creo que será mejor que vaya a limpiarme.

Finley asintió e hizo un ademán para indicarle que podía irse. Nicola sintió que Adam se inclinaba para luego darle un beso en la frente, y luego lo oyó dirigirse al baño. Pero no vio nada porque no podía dejar de mirar a Finley. El hombre tenía la respiración entrecortada y seguía teniendo el miembro marcado en la entrepierna de los pantalones. Nicola no sabía cómo había aguantado sin marcharse a un rincón para tocarse.

Quizá fuese porque comprendía la negación mejor que ninguno de ellos.

—Nicola —dijo poco después, con tanta adoración en la voz que Nicola sintió como si algo le atenazase el corazón.

Ella se bajó la falda para volver a cubrirse los muslos y luego se levantó del sillón con cuidado para dejarse caer al suelo, de rodillas.

Sin dejar de mirarlo, empezó a gatear por la habitación en dirección a Finley. Intentaba no perder la consciencia de sí misma, centrarse en la presión de sus rodillas contra la madera del suelo, en su espalda recta. Sentía un dolor muy agradable en la entrepierna y el cosquilleo del orgasmo aún le recorría la espina dorsal.

No paró hasta colocarse frente a él. Luego, se sentó sobre los talones y apoyó las manos en los muslos de Finley.

Él respiró con brusquedad y luego descruzó las piernas. Nicola se colocó entre sus rodillas y, con dedos torpes, empezó a bajarle la cremallera de los vaqueros. La tenía dura como una piedra cuando la sostuvo entre las manos.

—No tienes por qué hacerlo —dijo él, que le apartó el pelo de la cara a Nicola y luego se lo acarició.

—Pero quiero darle las gracias a mi profesor por esta clase tan buena —comentó justo antes de cubrirle la punta con los labios.

Era algo que Nicola había hecho muchas veces, pero de alguna manera le resultó diferente: arrodillada a los pies de una persona ante la que había expuesto por completo su placer unos momentos antes. Empezó a mover la cabeza arriba y abajo, metiéndosela todo lo que pudo y usando la mano libre para agarrarlo por los huevos.

—Voy a hacerte daño —dijo Finley, y Nicola no supo si se refería a lo que estaba a punto de hacerle o si, por el contrario, le estaba advirtiendo que las cosas iban a terminar mal entre ellos. Sea como fuere, a ella no le importó. Como buenamente pudo, empezó a hacer ruidos para indicarle que no le importaba y luego le pasó la lengua por el miembro de arriba abajo.

Finley siseó, y Nicola sintió cómo la agarraba con más fuerza por el pelo, como si ansiase tomar el control.

Ella gimió con satisfacción y dejó que se le metiese por la boca sin pensar en otra cosa.

Cuando Finley se corrió, dio un empellón brusco con las caderas y emitió un gemido más leve de lo que Nicola esperaba. Ella se tragó hasta la última gota y lo saboreó. Hasta lamió los restos para limpiársela después.

Luego, Finley se agachó y apoyó el nudillo bajo la barbilla de

Nicola, antes de empujar hacia arriba para colocarla cerca de sus labios. Ella lo besó con intensidad y compartió el sabor con él, para luego apartarse y dedicarle una sonrisa.

Finley centró la vista en algo por encima del hombro de Nicola. Cuando ella miró hacia atrás, vio que Adam se encontraba en pie en el umbral de la puerta con una trapo de cocina entre las manos, que seguro le había traído a Nicola. Tenía una expresión muy extraña en el gesto. No parecía sentirse traicionado, ni celoso en realidad.

Era más bien deseo.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —preguntó ella. No tenía por qué pasar nada. Adam le había dicho que podía hacer con Finley lo que quisiese, y Finley también parecía estar de acuerdo. Pero Nicola sabía que había veces en que las cosas se decían con la cabeza y luego el corazón no atendía a razones.

Se sintió muy aliviada al comprobar que Adam no parecía enfadado.

—Lo bastante para haber disfrutado del espectáculo —dijo antes de acercarse y de tenderle la mano a Nicola. Ella la agarró para ponerse en pie mientras Finley se la guardaba en el vaquero—. ¿Alguien quiere una bebida caliente? Voy a hervir agua.

—Creo que aún queda algo de chocolate de Eileen en la alacena —comentó Finley mientras se levantaba—. Te ayudaré a encontrarlo. A menos que queráis pasar tiempo a solas.

—Puedes venir con nosotros —dijo Nicola, que rodeó a Adam por la cintura. Tenía la piel caliente y notó la dureza de sus músculos, mientras que ella aún estaba borracha y adormilada por culpa de la dopamina—. Si a Adam le parece bien.

—Me parece perfecto —dijo él, y los tres se dirigieron hacia la cocina.

CAPÍTULO VEINTIOCHO
EILEEN

—¿Está muy mal? —gritó Eileen, que hacía bocina con la mano para ampliar todo lo posible el sonido de su voz.

Finley estaba sobre una escalera oxidada que habían sacado del cobertizo del jardín y comprobaba el estado del tejado. Por toda respuesta, tiró algunas tejas al suelo, que aterrizaron junto a los pies de Eileen, antiguas y deterioradas.

—Me lo tomaré como que deberíamos empezar a plantearnos la reparación —dijo ella.

Finley se sacudió las manos y luego bajó de la escalera para colocarse junto a Eileen. Había dejado el abrigo en la casa y tenía los antebrazos húmedos a causa de la niebla que flotaba en al ambiente. Eileen llevaba el abrigo de *tweed* más grande que tenía y una boina de repartidor para no mojarse el pelo. Había dormido casi doce horas la noche anterior, para despertarse luego con la sensación incontestable de que había ocurrido algo en la casa mientras ella estaba inconsciente, algo que le hubiese gustado mucho que le consultasen antes de hacer. La mirada de cordero degollado de Finley al encontrarse con él en la cocina había sido toda la confirmación que necesitaba, y este le conto el resto cuando ella le indicó que la acompañase al salón para tener algo más de intimidad.

Eileen hizo todo lo posible para fingir que no le importaba. ¿Por qué iba a hacerlo? Finley no era su marido y ella no era su mujer. Siempre habían estado con otras personas, aunque era cierto que las opciones de ella eran mucho más limitadas. Y, pensándolo bien,

Adam y Nicola eran las mejores personas para hacer algo así. Todo lo que sirviese para estrechar lazos, para conseguir que Adam no quisiese marcharse de allí jamás y para que Nicola lo apoyase en su decisión de quedarse era bienvenido.

Sentía que la habían apartado y no le gustaba nada que su salud se hubiese interpuesto en algo que, en realidad, tenía ganas de hacer, pero eso era algo que tendría que superar por su cuenta. Se había quejado a Finley por encerrarla en su habitación, sin importar la razón, pero él había insistido en que lo había hecho para protegerla. Le sentaba bien pelearse con él, ya que era algo rutinario y que la hacía sentir que la vida tenía un motivo. Y había ganado esa pelea, con tanta ventaja que él le había ofrecido revisar el tejado y repararlo si era necesario, algo que llevaba retrasando mucho tiempo.

—Muchas de las tejas están resquebrajadas a causa del clima, y otras tantas se han caído —comentó—. Tus padres nunca repararon el tejado, ¿verdad?

—Lo dudo. En su época tampoco había mucho dinero para este tipo de reparaciones.

—Bueno, pues el daño y el desgaste de las tejas a lo largo de los años va a requerir que llamemos a una empresa de reparaciones.

Eileen arrugó la nariz y negó con la cabeza.

No. Eso no lo podía consentir.

—Nada de desconocidos —dijo—. Lo arreglaremos nosotros mismos.

—Eileen, no sé nada de tejados. Si no me rompo el cuello subiéndome ahí arriba, lo más probable es que le haga más mal que bien a la casa. He hecho todo lo que estaba en mi mano para mantener limpios los terrenos y hacer reparaciones básicas, pero no tengo experiencia para algo así. Sé que no hay mucho dinero, pero no es algo que podamos ignorar. Hay que llamar a una empresa de

reparaciones.

Eileen negó con la cabeza otra vez, con más brío en esta ocasión. Craigmar llevaba en pie cientos de años e iba a seguir siendo así durante cientos de años más. Ella era Craigmar. Lo llevaba en la sangre. Tenía muy claro que el lugar no se iba a derrumbar mientras ella viviese.

—¿Quieres que llame a un desconocido y le diga que mi casa necesita estar protegida contra criaturas sobrenaturales? ¿Eso es lo que quieres?

Finley soltó un suspiro largo y atribulado que hizo que pareciese que tenía el doble de edad. A Eileen no le gustaban nada sus costumbres de señor mayor. Solo servían para recordarle que, en realidad, Finley tenía unos pocos días más que ella y le gustaba actuar como el de más edad.

—No he dicho eso. Sé que no te gusta que vengan desconocidos…

—No es que no me guste. Es que es peligroso.

—Pero hay que hacer excepciones. El médico viene a verte a ti, ¿no? Pues ahora es la casa la que necesita un médico.

—No me hables como si fuese una niña pequeña —dijo Eileen, que se dio le vuelta y empezó a andar hacia la mansión con zancadas largas y cargadas de determinación. Dios, sí que estaba enfadada con él. La simpatía que había sentido por Finley cuando este le había prometido que iba a arreglar el tejado se había evaporado por completo.

Finley trotó para alcanzarla y luego la agarró por la muñeca.

—Tienes que hacerme caso, Eileen. Esto empieza a ponerse muy serio y no creo que…

—Esto ha sido muy serio desde el principio —espetó ella, cuya rabia restalló como una rama seca—. Ha sido muy serio desde que asesinaron a mis padres. Este lugar es mi cruz, Finley. Es mi hogar.

Solo mío. Tampoco espero que lo entiendas.

Una advertencia funesta se reflejó tras los ojos de Finley, indicativa de que Eileen estaba a punto de tocar un tema muy peliagudo, pero ella no cambió de tema debido a la rabia que le fluía por las venas.

—Puedes irte cuando quieras. Puedes mudarte a Edimburgo o volver a la universidad o irte a vivir a Skye con tu padre. No hay nada que te retenga aquí, solo una lealtad desacertada por mi familia de la que te eximo en este mismo instante. Yo no me puedo marchar, Finley, y nunca lo haré. Nací aquí y moriré aquí, así que seré yo quien tome todas las decisiones sobre la casa.

—¿Eximirme? —repitió Finley, con una carcajada poco halagüeña —. ¿Ahora quieres que me vaya? ¿Es eso?

—Me da igual lo que hagas —respondió Eileen, aunque sabía que no le daba igual. No le daba igual para nada. El problema era que le costaba mucho controlar sus palabras cuando estaba enfadada o asustada. No podía dejar de pensar en lo cerca que había estado de perder a Adam, de acabar con una vida inocente y con la única esperanza que tenía de sobrevivir. Había muy pocas cosas que evitasen que los faes devorasen Craigmar: antiguas promesas y una magia muy vaga que no llegaba a comprender del todo.

Eileen se acercó a la puerta principal, pero Finley volvió a colocarse a su lado bajo el umbral. En esta ocasión, la agarró por los hombros y la obligó a mirarlo.

—Como no me sueltes, te arranco los ojos —ordenó ella.

—No estoy aquí por lealtad a tu familia, Eileen. No me importan. Estoy aquí por ti, y lo sabes. Cómo puedes decir algo así cuando…

—Mira, sabes que odio oír a un hombre rebajarse así, así que no empieces.

Él la agitó con la fuerza suficiente como para que le repiqueteasen los pendientes. Estaba enfadado, y Eileen casi llegó a sentir la

maldad retorciéndose en las entrañas de Finley como un nido de víboras. Después, lo fulminó con la mirada cuando él empezó su perorata.

—Estoy harto de darte todo mi ser y de que lo desprecies. No puedes ni cuidarte a ti misma y me suplicas que te dé órdenes y actúe como si fuese tu padre para no tener que tomar decisiones. Y luego me tratas como un sirviente cuando hago algo que no te gusta. Eres una desagradecida, una mimada, y yo soy el único que lo sé, pero aquí sigo. Me lo debes, Eileen. He hecho mucho por ti. He sobrepasado límites que…

Se contuvo para no terminar la frase y se quedó pálido. Eileen miró por encima de Finley y vio a Adam de pie en la puerta, con Nicola detrás de él. Se los imaginó mirándose a los ojos, o haciendo el amor con cariño en la postura del misionero, o haciendo alguna de esas cosas que hacían las parejas jóvenes y normales. Le era imposible saberlo. Para ella, las relaciones sexuales y las miradas siempre venían acompañadas con enfrentamientos, manipulación, dolor y luchas por el poder.

—He oído gritos —comentó Adam inseguro, mientras pasaba la mirada desde los ojos de Eileen hasta las manos con las que Finley le aferraba los hombros.

Eileen sintió un acceso de crueldad funesta y le dieron ganas de pegarle a Finley. Pero de verdad. Después de los planes tan bien pensados y de la información dispuesta con tanta meticulosidad, Finley estaba a punto de echarlo todo a perder delante de los estadounidenses porque no era capaz de mantener la boca cerrada.

Lo apartó de un empujón. Con fuerza. Él se tambaleó unos pasos hacia atrás y luego se acercó para agarrarla otra vez, pero Adam fue más rápido. Se colocó entre Finley y Eileen con una velocidad propia de un atleta y agarró al hombre por la parte superior del brazo.

—¡Tranquilos todos! —aulló Adam sin soltar a Finley. Eileen se había quedado muy sorprendida por la eficiencia con la que este había atajado la discusión—. Eileen, entra en la casa. Finley, acompáñame.

—No te metas —dijo Eileen—. No necesito un caballero de brillante armadura para protegerme de este imbécil…

—¡Eileen! —gritó Nicola, que extendió una mano—. Venga, entra. Odio las discusiones.

—Claro —comentó Finley con tono malhumorado—. Lleva a la princesa a su torre y sírvele un té con bollos. Se merece lo mejor a pesar de todo, ¿no es así? ¿Por qué iba a plantearse por un instante siquiera el efecto que producen sus acciones en los demás…?

—Basta —dijo Adam, con ese tono afable pero firme que a buen seguro había interrumpido más de una pelea de bar—. Ven a dar un paseo conmigo, ¿vale, Finley? Nicola, tú lleva a Eileen dentro.

Eileen se planteó tirar a Adam al suelo para llegar hasta Finley. ¿Quién se creía que era? ¿Es que no veía que se estaba metiendo en algo que no era capaz de comprender? Finley y ella siempre se peleaban para luego hacer las paces. Las cosas eran así. Habían crecido entrelazados como una enredadera, ansiando la luz del sol, y eran los únicos capaces de entenderse. Eileen nunca había pedido ayuda. No la necesitaba.

Notó cómo algo le rozaba la muñeca y, sorprendida, se giró para encontrarse a Nicola de pie a su lado.

—Respira hondo, ¿vale? —dijo ella. Aquel gesto tan simple de amabilidad le resultó tan inesperado y tan ridículo que acabó por completo con la rabia que llevaba un rato agitándose en su interior. Empezó a seguir a Nicola por la casa, no sin antes mirar por encima del hombro y ver a Adam agarrando a Finley por el cuello para decirle algo tranquilizador al oído, con ese gesto tan propio de los

hombres.

Y luego la puerta se cerró detrás de ella.

—Lo que necesitas es una buena infusión —dijo Nicola—. Para calmarte.

Llevó a Eileen de la mano a la cocina, donde corría la brisa, y puso al fuego el hervidor de cuello de cisne. Eileen sintió un cosquilleo en el lugar donde la había tocado Nicola, como si la imposibilidad de sentir aquella amabilidad le hubiese abrasado la carne.

Nicola se hizo con dos bolsitas de manzanilla, vertió un poco de miel en dos tazas, como si fuese sirope de chocolate que derramase en una taza del Starbucks, y luego las llenó de agua caliente cuando la tetera empezó a silbar. Después, se sentó a la mesa desgastada de la cocina e hizo un ademán para que Eileen hiciese lo propio. Eileen se dejó caer en la silla más cercana y, a pesar de las circunstancias, se vio asediada por los recuerdos de cuando ayudaba a su madre a cortar zanahorias y a pelar patatas. Las marcas del cuchillo en la madera eran tan profundas que la mesa siempre olía a tomillo, la especia favorita de su madre.

—Esto… ¿Estás bien? —preguntó Nicola al tiempo que le acercaba la taza a Eileen—. Me dio la impresión de que Finley te estaba agarrando demasiado fuerte.

—No me da miedo que un hombre me agarre —dijo Eileen, despreocupada, ya que tenía muy claro que ella le hubiese hecho algo mucho peor a Finley si Adam no se hubiese entrometido.

Nicola arrugó la frente mientras removía el té.

—Pero que alguien te agarre cuando estáis jugando no es lo mismo que lo haga cuando se enfada contigo, ¿no?

—Supongo que no lo es —dijo Eileen, que le dio un sorbo al té ardiendo. Se le quemaron varias papilas gustativas, pero lo prefería. Merecía sentir dolor.

—Y tú también lo empujaste. Con mucha fuerza, que lo vi.

—Sí que lo hice —convino Eileen con dificultad mientras soltaba el té. Sabía a hogar y a amor entregado sin ataduras, dos cosas que en aquel momento le abrasaban la piel como si fuesen ácido clorhídrico —. ¿Y qué?

—No es que tu relación sea de mi incumbencia, pero… Bueno, en realidad sí que lo es, ya que hay algo entre Adam y tú, y también entre Finley y yo. Sé que vamos improvisando, pero no quiero hacerle daño a nadie.

—Te entiendo —dijo Eileen, que deseó en ese momento que alguien le atravesase el corazón con un cuchillo para librar a todo el mundo de su existencia. Quizá esa fuese la ruta de escape más simple. Sin mentiras ni planes, sin daños colaterales. Eileen y su legado desangrándose sin remedio en el suelo. Se conocía demasiado bien como para pensar que era lo bastante magnánima como para librar a Adam o a Nicola de su espiral de muerte y lujuria. La única manera de que volviesen a ser libres era desapareciendo por completo.

—Me alegra oírlo —dijo Nicola, que se terminó la infusión—. A mí no me gustaría nada que Finley me agarrase así. Y sé que tampoco hay razón para que te lo haga a ti.

—Finley tiene razón con algunas cosas. Puedo ser una egoísta y una niña mimada. De hecho, hablando claro, lo cierto es que puedo ser un grano en el culo para la gente. —Eileen tiró de sus riendas mentales para contenerse y no desvelar toda la verdad—. Intento ser mejor persona y quiero que todos seamos amigos, al menos.

—Diría que ya lo somos. Aunque quizá debería dejarte clara una cosa…

Nicola rascó las flores desgastadas de la taza con la uña del pulgar.

—¿Tienes algo que confesar? —preguntó Eileen con una carcajada.

Sabía que Nicola no tenía miedo de enseñarle los dientes, ciertamente, pero le costaba imaginársela en su casa haciendo algo que luego tuviese que ocultar. Parecía demasiado sincera y agradable.

—Te he insultado delante de Adam hace unos días.

—¿Insultado? —repitió Eileen, a quien empezaba a desaparecerle la sonrisa del gesto.

—Me enfadé la noche que Adam y tú encontrasteis la fotografía de su abuelo de pequeño. Creo que me sentí… apartada. Se me metió en la cabeza que tenías un plan grandioso y siniestro del que no nos habías hablado.

Eileen no fue capaz de articular palabra, por lo que se limitó a mirar a Nicola con la esperanza de tener gesto neutral, con la esperanza de que el latido ensordecedor de su corazón no la delatase.

—Sé que tienes secretos —continuó Nicola, en voz algo más baja —. Y no tienes por qué contarlos. Pero espero que compartas algunos de ellos conmigo cuando creas que ha llegado el momento.

—Es muy amable por tu parte —dijo Eileen, con voz constreñida. De alguna manera, la paciencia y la generosidad de Nicola le sentaban peor que cualquier otra cosa.

—¿Quieres jugar conmigo a algo? —continuó Nicola.

A Eileen le vino a la mente la partida a Confesión y, por unos instantes, creyó que Nicola iba a hacerle una proposición. Empezó a marearse.

—¿Jugar a algo? —repitió con la boca seca.

—No es a lo que estás pensando —comentó Nicola con una risilla nerviosa. Eileen no sabía si se lo estaba imaginando, pero le pareció ver un leve rubor en las mejillas de Nicola—. Había pensado en jugar a las cartas o al Scrabble. Ese último se me da muy bien, la

verdad. Tienes muchos juegos de mesa en el salón. Y te gustan, ¿verdad? Puede que te ayude a relajarte.

Eileen se asustó al comprobar que las paredes de hielo de su corazón empezaban a derretirse en presencia de Nicola Fairweather. Se le antojó como un lago congelado que volvía a la vida en presencia del sol de primavera, pero le resultó horrible a pesar de todo. No podía permitirse que le importasen las personas. Sabía que era algo que se le daba fatal.

Pero quizá en el caso de Nicola mereciese la pena intentarlo.

Quizá en esta ocasión no acabase en desastre.

—Pues me encantaría —dijo Eileen, que estrechó con fuerza la mano de Nicola—. Puedo enseñarte a jugar a uno que me gusta mucho.

CAPÍTULO VEINTINUEVE
FINLEY

Finley avanzaba delante de Adam con las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos y la boca apretada en una línea funesta. Siguieron así, sin decir nada, hasta que llegaron a un pequeño puente de piedra que el padre de Eileen había construido sobre un arroyo borboteante. Finley había ido muchas veces a aquel lugar con Eileen cuando eran niños, para ver patos y tirar piedras al agua. O solo de mayor para reflexionar. Se apoyó con los antebrazos en la barandilla e hizo que una hoja descendiese lentamente hacia el agua que tenían debajo.

—Qué buen día hace —se aventuró a decir Adam mientras se colocaba junto a él.

Finley resopló por la nariz. Hacía un día horrible y deprimente, muy a juego con sus sentimientos.

—Puedes volver a la casa si quieres —dijo él—. No tienes por qué hacer de terapeuta. No voy a tirarme al río ni nada de eso. Eileen seguro que se alegra de verte.

—Ahora mismo no me apetece ver a Eileen. Quiero verte a ti —dijo Adam, que se inclinó también sobre la barandilla para mirar a Finley a la cara.

Finley se giró hacia él y se fijó en esos ojos azules y sinceros, en esos labios finos y curvos.

«Quiero verte a ti». Finley sabía que Adam no lo había dicho en ese sentido, pero era imposible no pensar en el hecho de que Eileen era la única que había visto a Finley tal y como era, como una persona

de verdad y no como un trabajador o como el hijo descarriado de alguien. La gente siempre lo ignoraba. Su trabajo era pasar desapercibido, al fin y al cabo. Eileen siempre se había fijado en él, siempre había dicho que era una persona lista y fuerte. Y cuando Finley le había revelado sus deseos más oscuros, ella le había seguido el juego. Eileen había contemplado ese egoísmo y esa fealdad y detrás había encontrado a alguien merecedor de su amor.

Quizá esa era la razón por la que Finley estaba enganchado a ella.

Quizá esa era la razón por la que nunca se marchaba de aquel lugar.

—¿Hola? —llamó Adam, que le dio un empujoncito a Finley con el hombro—. ¿Sigues por aquí? Pareces ausente.

—Sigo aquí —murmuró él, que agarró una piedra y la tiró al agua con todas sus fuerzas. Rompió contra la superficie con un chapoteo satisfactorio que resquebrajó la quietud de aquella escena inmaculada. A Finley le dieron ganas de tirar más rocas. De arrancar la hierba. De tumbar los pilares del puente y llenar el arroyo de escombros. Solo para sentir algo. Por rencor hacia el padre fallecido de Eileen. O hacia la propia Eileen.

O quizá simplemente llevase la destrucción en las entrañas y estuviese condenado a arruinar todo lo que tocaba.

—Perdón por perder la compostura —dijo—. Fui un estúpido. A veces Eileen me saca de mis casillas.

—¿Qué te dijo?

—Me estaba diciendo que tengo que abandonarla, que este no es mi lugar.

—Eso no es justo —dijo Adam, con ese acento propio del medio oeste. Finley no había conocido a muchos extranjeros a lo largo de su vida, y la imagen que se había formado de los estadounidenses era la que había visto principalmente en la televisión. A veces se imagina a

Adam como un vaquero, desvergonzado e insensible, recorriendo Craigmar a lomos de su montura, que levantaba la tierra y lo dejaba todo echo un desastre. Tampoco le costaba demasiado imaginárselo como el sheriff de un pueblecito, intentando mantener la paz con una estrella reluciente en el pecho y chaparreras de cuero.

—Bueno, no dijo eso exactamente —admitió Finley—. Pero sé que era lo que quería decirme.

—¿Os peleáis a menudo?

—A veces.

Adam asintió con gesto reflexivo y frunció los labios.

—En mi opinión, deberíais intentar ser más amables entre vosotros. Sois todo lo que tenéis, al fin y al cabo.

—Ese es justo el problema —comentó Finley, que se apartó del puente como si pretendiese volver solo a la casa. No le había gustado el consejo espontáneo de Adam, ni tampoco el talento que este parecía tener para hurgar en sus pensamientos.

—Venga —dijo Adam—. No te vayas. Tengo algo que decirte.

—Pues será mejor que lo digas ya —comentó Finley, que lo rodeó al momento a modo de advertencia. Adam no parecía asustado. En lugar de eso, le dio una palmadita en el hombro a Finley.

—Me gustaría darte las gracias —dijo Adam—. Sé que Nicola y yo te hemos puesto la vida patas arriba, pero te has portado muy bien con nosotros, más de lo que nos merecemos. Y no has dejado de preocuparte por Nicola. Y por mí. Eres una buena persona, Finley.

Finley dudaba que Adam quisiese hacerlo vomitar por sentirse culpable, pero ese era exactamente el efecto que habían tenido sus palabras. Una culpa enfermiza se apoderó de sus entrañas, agitándose y batiendo en su interior. Se zafó del agarre de Adam en el hombro.

—Mira, Adam. Me gustas. Más de lo que deberías, seguramente. Y

por eso voy a decirte directamente que no lo soy.

—¿Que no eres qué?

—Una buena persona.

Finley esperaba que sus palabras zanjasen la conversación, que Adam se diese la vuelta y se marchase taciturno. Pero lo único que consiguieron fue que este hiciese algo desconcertante que Finley terminaría por descubrir que era muy propio de él.

Sonrió. No fue una de esas insultantes sonrisas de superioridad de Eileen, sino una sincera, amplia y benevolente.

—Ya… La verdad es que nunca se me ha dado muy bien juzgar el carácter de mis amigos.

«Amigos». Finley consideraba a Adam como poco más que un conocido, uno íntimo quizá, pero no se había permitido añadirlo a la categoría mental donde se encontraban sus amigos. Sí, era cierto que habían comido juntos y hablado mientras paseaban por los terrenos. Y sí, habían llegado a hacer algo parecido a un trío. Pero se negaba a pensar en Adam como si fuese un amigo de verdad. Hacerlo le parecía peligroso, sobre todo teniendo en cuenta el papel tan decisivo que Finley había tenido a la hora de sellar su destino.

Pero Adam tenia razón. Finley estaba solo, a excepción de Eileen y ahora de Nicola. Llevaba solo toda su vida.

Y puede que no le viniese nada mal llevarse mejor con Adam. Lo cierto es que tenía ganas de poder hablar con otro hombre, sobre algunas cosas al menos.

Finley sorbió los mocos y extendió la mano. Adam se la estrechó para luego tirar de él y abrazarlo de lado, probablemente tal y como solía hacer con otros amigos en su país. Finley levantó la mano y la presionó contra la espalda de Adam, entre los hombros, con intención de acercarlo aún más, a pesar de la negativa de su mente a aceptar lo que estaba ocurriendo.

Luego, el abrazo terminó tan rápido como había empezado.

Finley se quedó aturdido por la inesperada muestra de afecto y empezó a notar cómo el calor se le acumulaba en la nuca.

—Estás frío —se limitó a decir Adam—. Deberías abrigarte.

Quizá todos los estadounidenses fuesen iguales, o quizá fuese cosa de Adam, pero esa amabilidad que le entregaba a Finley sin pedir nada a cambio le parecía incómodamente sexi.

Llegó a la conclusión de que aquello no podía ser. Puede que Eileen le permitiese todo tipo de indiscreciones en su casa, pero solo cuando ella era quien manejaba los hilos.

Finley estuvo a punto de hacerlo otra vez en su mente, de defender a Eileen a pesar de su pésimo comportamiento. Y ni siquiera estaba allí. ¿A quién intentaba complacer?

A la mierda los planes de Eileen. Sí, a la mierda Eileen. Finley tenía permitido guardar secretos que no tenía por qué compartir con ella, y quizá aquel atisbo de interés por alguien era algo que podía mantener en privado. Tampoco es que fuese a llegar a nada más. ¿Qué mal les podía hacer?

—¿Quieres acompañarme a casa? —se aventuró a preguntarle a Adam, permitiéndose dejar entrever una leve insinuación en sus palabras. Había sido tan leve que dudaba que Adam se hubiese percatado, pero aun así lo embargó la emoción, como si fuese un chico echando un vistazo a los regalos de Navidad antes de que lo viese su padre.

—Me encantaría —respondió Adam, que empezó a caminar a su lado.



Encontraron a Eileen y a Nicola acurrucadas en el sofá biplaza,

mirando la pantalla iluminada de un teléfono que se encontraba en manos de Eileen. Nicola tenía la frente arrugada a causa de la concentración y se apretaba los labios con los dedos.

—¿Y si mueves el grupo de cerezas hacia la izquierda? —preguntó —. ¿Se completaría el patrón?

—No —respondió Eileen, sin alzar la vista del teléfono. Lo tocó unas cuentas veces, y se oyó el ruido de unas burbujas al estallar y unas campanillas. No se habían percatado de que Adam y Finley habían entrado en la casa—. Primero deberíamos quitar las manzanas, que hay más. Pero no veo la forma.

—¿Podrías usar un potenciador?

—Podría, pero en mi opinión es como hacer trampas.

—¿Desde cuándo tienes ética si se trata de ganar?

—No tiene nada que ver con la ética. Ganar cuando supone un desafío es más satisfactorio.

Finley carraspeó, apoyado con torpeza junto a la puerta y al lado de Adam. Le parecía de muy mala educación interrumpir aquel extraño ritual femenino de vínculos afectivos que estaba teniendo lugar entre Eileen y Nicola, que parecían centradas en pergeñar la estrategia perfecta para superar aquel juego de combinación de frutas. A Eileen solían gustarle más los juegos analógicos, pero siempre tenía dos o tres en el teléfono y se gastaba una fortuna en microtransacciones para superar sus propios récords.

—Ah —dijo Eileen, que pareció volver a la realidad en aquel instante. Apagó la pantalla del teléfono—. Habéis vuelto.

—Hemos vuelto —repitió Finley.

Eileen alzó la vista y lo miró a través de sus pestañas con rímel. Finley conocía esa mirada. Era lo más parecido que iba a ver a una disculpa.

—¿Ya te has quitado la tontería de encima? —preguntó.

Nicola le dio un leve codazo en las costillas.

—Porque yo ya lo he hecho con la mía —añadió Eileen.

—Parece que los dos nos sentimos mejor —dijo Finley, impresionado por aquella muestra de responsabilidad afectiva, por muy pequeña que fuese. ¿Qué clase de conjuro le había lanzado Nicola para que de repente estuviese tan simpática?

—¿Sabéis lo que creo que necesitamos todos? —dijo Adam, que le dio una palmada a Finley en el hombro. Finley intentó no ponerse demasiado tenso. Al parecer, Adam era muy efusivo con los toqueteos a sus amigos—. Un brandy.

—Y luego creo que ya es hora de que dejemos las cosas claras. ¿Estamos de acuerdo en hablar las cosas como adultos que somos?

—Vamos a ello —dijo Adam.

—Vamos —convino Nicola.

—Tú trae el brandy y yo me traeré mi cara más amable —aseguró Eileen.

Finley asintió. Era un buen comienzo.

CAPÍTULO TREINTA
EILEEN

Eileen se sirvió una copa de brandy para calentarse y animarse un poco mientras los otros tres hablaban. Finley estaba mucho más amable desde su conversación con Adam; en aquel momento, se encontraba cerca de Nicola, sentada en un sillón, y le comentaba algo al oído en voz baja. Nicola le sonrió, un gesto radiante con un leve atisbo de picardía.

Eileen se bebió lo que le quedaba en la copa, que había llenado bastante, y empezó a cambiar de pie el peso del cuerpo sobre la alfombra del salón. Quería integrarse en aquel mundo íntimo de camaradería, pero no sabía muy bien cómo hacerlo. Era algo que le resultaba del todo ajeno.

No era una mujer fácil con la que convivir, y las cosas se complicaban aún más cuando había amor de por medio. No podía culpar a Finley por intentar encontrar algo de sosiego.

—Bueno —dijo Adam, que removió el brandy en la copa. Estaba sentado con las piernas cruzadas en el sofá del salón, ataviado con unas medias que le daban un aspecto muy juvenil—. Hablemos de los faes. En mi opinión, seguir ignorando el tema no es nada racional.

—Gracias a Dios —dijo Nicola—. Empezaba a cansarme de veros titubear tanto con el tema.

—Es normal que Adam tenga miedo después de sufrir una experiencia cercana a la muerte con los faes —indicó Finley.

—Si esas cosas van a por mí, será mejor que empiece a

comprenderlas —comentó Adam—. Y también me gustaría saber qué protagonismo tienen en la historia familiar de Eileen.

—Me parece bien —dijo Finley, que se sentó en la alfombra a los pies de Nicola, momento en el que ella le pasó los dedos por el pelo con gesto ausente. Eileen no había llegado a comprender aún cómo Finley se rendía a ella de esa manera, cómo se dejaba controlar sin plantarle cara.

—Empecemos por el principio —dijo Adam—. ¿Qué es lo que sabemos?

—Los faes existen y no son muy amables —respondió Nicola, que apoyó la barbilla con hoyuelo sobre la mano que le quedaba libre—. Pero tampoco es que sea una novedad. Al parecer, tienen una especie de reyerta familiar con la familia de Eileen, de la que Adam también forma parte, ya que el abuelo de este era el hermano adoptado de la abuela de Eileen. No tenemos claras ni las fechas ni las razones, eso sí.

—Aún no sé muy bien por qué van a por mí —comentó Adam—. Eileen y yo no tenemos una relación consanguínea. Eso debería ser importante, ¿no?

—Tienes que comprender que son unas criaturas antiguas —comentó Eileen, que habló al fin—. Llevan vivas desde una época en la que la humanidad aún no era lo que es hoy. Y creedme cuando os digo que a los adoptados por la familia le hacen la vida imposible tanto como a los que nacen dentro de ella. El ADN les da igual. Para ellos eres un Kirkfoyle.

—Eso no suena tan romántico como hace unos días —murmuró Adam—. Entonces, básicamente podría decirse que voy por ahí con una diana en la espalda, ¿no?

—Por ahora, sí. Es muy probable que lo más seguro sea que no te alejes de la casa, al menos no sin estar acompañado.

Adam se puso tenso y apretó uno de los músculos de la mandíbula.

—Pero no puedo quedarme encerrado en esta casa para siempre. ¿Y si quiero ir al pueblo? ¿Y si quiero marcharme? ¿Y si…? —Se quedó en silencio, mordiéndose el labio inferior hasta que se le puso rojo como una cereza.

Eileen no conocía a Adam tan bien como debería, pero sí que sabía que había pasado la mayor parte de su vida adulta viajando de país en país, sin quedarse demasiado tiempo en un único lugar, porque se aburría o porque le daba miedo quedarse atado a él. Era un nómada por naturaleza, por lo que el apellido de los Kirkfoyle que le habían grabado a fuego en la piel era para él como una sentencia de muerte. Se volvería loco si Eileen no lo dejaba salir de allí, igual que los Kirkfoyle anteriores a él que no habían soportado el confinamiento.

Eileen deseaba que hubiese otra manera de hacer las cosas. Por un instante, sintió que podía ser buena y dejarlo marchar si lo hacía lo bastante rápido. Pero la situación en la que se encontraba, oscura e implacable como una nube de tormenta, no tardó en echar por tierra la idea y se resignó al destino que ambos compartían.

—En los antiguos relatos siempre hay una manera de romper los tratos con los faes —continuó Nicola—. Puede que no sea buena idea y que requiera ser muy astutos o engañarlos, pero es posible. Llevas toda la vida bajo el yugo de esta maldición, Eileen. ¿Has descubierto algún vacío legal que podamos aprovechar para que Adam se marche sin problema?

Eileen abrió la boca para hablar, pero volvió a cerrarla. La verdad había adquirido vida propia en su interior y empezaba a acumulársele en la garganta como si fuese bilis. Tenía el estómago revuelto. Llevaba días sin comer mucho y cada vez le costaba más admitir que todo se debía a que cada vez se sentía, en cierto sentido,

más culpable por lo que había hecho.

Sí que había un vacío legal, y lo conocía muy bien. Era el único que había sido capaz de encontrar después de pasarse años buscando, aquel que no habría encontrado de no haberse topado con él aplastado entre las páginas del diario oculto en la tarima junto a su cama. Pero si se lo contaba a Adam en aquel momento, lo echaría todo a perder. Tenía que esperar.

Pronto. Se lo contaría muy pronto y, entonces, lidiaría con las consecuencias. Pero aún no.

—Adam, puedes ir adonde quieras —mintió Eileen. No hacía falta usar la fuerza bruta para retenerlo en la casa a menos que fuese absolutamente necesario. Lo ideal era hacerle creer que era libre—. Mientras haya un Kirkfoyle en esta casa, Craigmar estará a salvo. Aún no han sido capaces de matarme. Como ya te he comentado, esta es mi cruz, primo. No la tuya.

—No. Las cosas no son así —respondió Adam—. Aquí he visto cosas que no olvidaré jamás. Todos las hemos visto. No puedo volver a seguir con mi trabajo de autónomo en mi estudio de Michigan después de haber encontrado al fin pruebas de los cuentos que me contaba mi abuelo… Y menos aún después de haberte encontrado a ti y…

Adam se quedó en silencio para acallar la ternura que había empezado a arraigar en su corazón como si fuese una planta invasora, y Eileen se lo quedó mirando horrorizada. Sabía que no volvería a encontrar a otra persona que le entregase su afecto tan rápido. Ni aunque llevase puesta esa máscara de amistad, se ofreciese a prácticas sexuales de todo tipo y fingiese ser buena y amable. Nadie que intimase con ella podía llegar a enamorarse a esa velocidad, ni siquiera Finley, a quien le había inoculado su veneno a lo largo del tiempo mientras aprendía a evitar las espinas que

rodeaban a su guardés.

Adam recuperó la compostura y se lanzó a continuar:

—Llevo toda la vida esperando para conseguir esto y, para serte sincero, me importan mucho todas las personas que hay en esta estancia, quizá más de lo que deberían. No puedo marcharme sin más.

Desde que empezó todo aquello, Eileen no había dejado de recordarse que Adam estaba ahí por un propósito, que no tenía por qué gustarle a ella ni viceversa. Pero había algo en su franqueza que había conseguido deshacerse de la defensas que había preparado con tanta meticulosidad para ocultar su humanidad, y ahora la culpa había empezado a afectarla. Adam Lancaster le gustaba mucho. Le gustaba esa sonrisa fácil y la manera en la que gesticulaba con las manos al hablar, y también el hecho de que hubiese espacio en su corazón tanto para ella como para Nicola. Le gustaba su curiosidad voraz y cómo veía el mundo con esa mezcla de asombro y razón implacable.

Le gustaba, joder, algo que se suponía que no iba a ocurrir.

—Entonces estás tan condenado como lo estoy yo —dijo ella, que contuvo la dulzura que amenazaba con brotar de su interior. Dicha dulzura nunca le había servido para nada y no iba a servirle tampoco ahora.

—¿Has pensado abordarlo de forma más proactiva? —preguntó él —. ¿Y si tapas la entrada de la caverna con rocas?

—Lo intentamos en el siglo dieciocho —respondió Eileen—. Las rocas se desprendieron durante la noche y rodaron colina abajo hacia la casa, lo que provocó muchos daños en la parte oriental.

—¿Y si renegocias el contrato? —preguntó Nicola—. ¿Eso lo ha intentado alguien?

—Sí, uno de los Kirkfoyle lo intentó en el año 1920. Se dirigió a la

cueva con intención de hacer las paces y nunca se volvió a saber de él.

—No hay nadie dentro de esa cueva que quiera la paz —apostilló Finley.

—¿Por qué iban a quererla? —resopló Eileen—. Las leyendas aseguran que viven siglos. ¿Por qué iban a mover un dedo para solucionar las cosas cuando pueden limitarse a esperar a que los miembros de mi familia caigan como moscas?

Un ambiente funesto se apoderó de la estancia, y Eileen se miró las manos. De repente, Adam se dio una palmada en los muslos y se puso en pie de un brinco, como si no pudiese permanecer sentado ni un segundo más.

—Necesito aire fresco y pensar un poco. Creo que voy a ir al pueblo.

—No vas a ir solo —le aseguró Eileen—. Finley, acompáñalo.

—No necesito un guardaespaldas —aseguró Adam.

—Da igual. Es demasiado peligroso que vayas solo por ahí. ¿De verdad quieres volver a enfrentarte a lo que quiera que te haya mordido en la cueva? ¿O a lo que quiera que te agarró en el lago? ¿Solo? Pueden causarte muchos problemas sin tocarte, lleves el anillo de hierro o no.

Adam se quedó en silencio.

—Yo también necesito estirar las piernas —comentó Finley, que se puso en pie—. Y no me puedo negar a una buena porter en el pub. Adam, ¿podría acompañarte?

—Sin problema, pero invitas a la primera ronda —dijo él, que arqueó una ceja con gesto travieso. Finley le devolvió la sonrisa, y Eileen volvió a percatarse de que a veces la relación entre ambos adquiría un tono demasiado cercano que no hacía mucho por ocultar el flirteo.

—Que vaya bien —dijo Eileen, que prefirió dejar que todo siguiese su curso—. Y buena suerte.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO
ADAM

Adam y Finley se sentaron a una mesa del rincón más oscuro de El sabueso y el urogallo, con las rodillas prácticamente las unas contras las otras. Adam no llevaba mucho tiempo en Craigmar, pero ya notaba cómo el lugar se había apoderado de sus entrañas, cómo las flores de aulaga se extendían por su pecho sobre los cardos. No era su hogar, pero ahora se sentía muy fuera de lugar a pesar de estar a unos pocos kilómetros de la casa, como si se hubiese olvidado de existir en el mundo que había tras las fronteras de su sofocante magia. Se había convencido a sí mismo de que Craigmar era el mundo de fantasía, pero ahora se había dado cuenta de que era precisamente allí donde de verdad se sentía real, de que las sombras del pub revoloteaban por los límites de su visión como si aquel fuese un lugar onírico.

Finley trajo dos porters en jarras cubiertas de condensación y las colocó sobre la mesa con un golpe decisivo que sacó a Adam de su ensimismamiento.

—Salud —dijo Finley.

—*Sláinte* —respondió Adam mientras tintineaba el cristal.

—Buena pronunciación. Pareces nativo.

Adam le dio un trago largo a la cerveza antes de responder.

—Solo intento estar a la altura que merecéis Eileen y tú.

Bebieron en un silencio incómodo durante un rato y dieron buena cuenta de la mitad de la cerveza, y luego Finley se inclinó sobre la mesa y cruzó las manos sobre la madera. Los pendientes de hierro le

relucían a la luz de la chimenea, testimonio de la deuda que tenía que pagar a Craigmar y a su magia asilvestrada. El anillo de hierro irritó la piel de Adam en su dedo. En una ocasión, mientras comían pasada la hora unos cruasanes rellenos en la biblioteca, le había preguntado a Eileen por qué Finley llevaba hierro tan alegremente cuando ni siquiera era un Kirkfoyle. Los ojos de Eileen se habían ensombrecido a causa de la emoción y luego había murmurado en respuesta algo sobre que a los faes les gustaba arrebatar a los Kirkfoyle todo aquello que más les importaba. La respuesta lo había confundido en aquel momento. Ahora, Adam empezaba a comprenderlo todo.

—No te lo agradecí como era debido —terminó por decir Adam poco después—. Por haberme sacado del lago.

—No fue nada —comentó Finley, que encogió solo un hombro—. Es lo que hubiese hecho cualquiera en mi lugar.

—Es lo que hubiese hecho cualquier buena persona —lo corrigió Adam.

Finley se mordió el labio y apartó la mirada. Siempre lo hacía cuando Adam se ponía demasiado serio con él, o cuando lo miraba muy fijamente.

—Gracias —dijo al fin.

Se terminaron la primera de las cervezas poco después, y Finley desapareció en busca de la segunda ronda. Cuando regresó a la mesa, la emoción le iluminaba la cara.

—Me ha dicho la camarera que invita la casa —dijo mientras cabeceaba hacia la pelirroja muy guapa con arrugas de sonrisa muy atractivas que estaba detrás de la barra esa noche. Parecía tener unos diez años más que Adam, con pecas y bastante alta—. Dice que lo hace porque eres muy atractivo.

Adam volvió a mirar a la camarera, que le guiñó el ojo.

—Podría llegar a ser un problema —dijo Adam, que no pudo evitar sonreír.

—Un problema de los buenos —comentó Finley—. Pero solo si te apetece. ¿Quieres que le pida el teléfono?

—No, mejor no —dijo Adam, que intentó sonar lo más desinteresado posible. Finley no tenía por qué saber lo coladito que estaba por Eileen y por Nicola, lo mucho que pensaba en ellas siempre que estaba despierto. No había espacio en su mente para nadie más. Al menos, no para alguien que no estuviese ya afectado por aquel conjuro embriagador de Craigmar—. Pero deberías pedírselo para ti. Está buenísima.

—Qué va —dijo Finley, después de darle otro trago a la cerveza—. Ya tengo suficiente entre manos con Nicola y con Eileen. Dos mujeres, dos manos, supongo.

La sonrisa de Adam se tensó un poco en ese momento, tras el cual Finley empezó a darse cuenta de que lo estaba incomodando. Adam no tenía nada en contra de un poco de sexo amistoso, mientras nadie se sintiese mal por ello ni se denigrase a esa persona, pero aún sentía mucha envidia cada vez que Finley hablaba sobre las mujeres, una que le costaba controlar. Empezaba a pensar que, en realidad, aquello no se debía a ellas, sino a Finley.

—Perdón —dijo Finley—. No quería ser un insensible.

—No importa —mintió Adam, en parte porque no tenía ni idea de qué era lo que lo perturbaba. El hecho de que lo molestase algo que hacía Finley era absurdo de por sí.

—Pues sí que parece que te importa.

—Pues te equivocas —espetó Adam, que luego ocultó su vergüenza bebiéndose el resto de la segunda cerveza.

Finley empezó a tamborilear con los dedos en el vaso de pinta durante un rato, reflexionando en silencio. Justo cuando Adam

empezaba a pensar que había estropeado las cosas entre ambos aún más, que iban a quedarse en silencio el resto de la velada, Finley le confesó algo.

—Ojalá pudiese auxiliarte, o decirte algo reparador que te ayudase con este asunto tan sórdido, pero no es el caso.

A Adam le gustaba mucho oírlo hablar, la forma en la que mezclaba expresiones en desuso o palabras más largas de lo habitual con una manera de hablar más común. Dejaba muy claro que Finley había aprendido gran parte de su vocabulario gracias a la lectura, y no oyendo dichas palabras en una conversación en la vida real, y había algo en ese aspecto que atraía mucho a Adam. A él nunca le había interesado la lectura, ya que no podía concentrarse ni quedarse sentado quieto en el mismo sitio. Pero le encantaba escuchar hablar a las personas, sobre todo cuando usaban palabras tan llamativas.

—Es una historia que lleva rondando por este lugar desde antes de que naciese cualquiera de nosotros —continuó Finley—. Y no voy a fingir que crea que vayan a cambiar las cosas. Así que lo siento. Lo de animar a la gente no se me da demasiado bien.

—A mí tampoco —comentó Adam.

—¿Sabes lo que sí que se me da bien? —preguntó Finley con parsimonia mientras se frotaba el mentón—. Beber.

Un pensamiento ilícito empezó a abrirse camino por la mente de Adam, sin duda por culpa del agotamiento y del alcohol: la sensación de notar esa barba incipiente de Finley contra su piel.

Tendría que haberse marchado en ese momento. Finley y él no iban a sacar nada en claro, y seguro que Nicola y Eileen los estaban esperando en Craigmar. Pero una parte traicionera de su ser no quería dejar atrás aquel momento íntimo con él. Adam siempre había ansiado vivir nuevas experiencias y aventuras, y Finley era ambas cosas y muchas más. Adam lo respetaba, por mucho que

quisiese negarlo. Era un enigma que quería desentrañar y conocer a fondo.

Quería conocer sus intimidades si era necesario.

Al final, fue esa parte traicionera de su ser la que resultó vencedora.

—¿Sabes qué? —dije—. A mí también. ¿Vamos a por la tercera ronda?

Finley le sonrió desde el otro lado de la mesa, momento en el que le apareció un hoyuelo perfecto en la mejilla. Adam tuvo la claridad mental suficiente para saber que aquel había sido el último clavo en su ataúd.

Llegaron a las cuatro rondas. Pasaron de una porter a una stout y después de la stout a un whisky doble de las Tierras Altas, que intentaron atemperar con un cesto de patatas fritas que compartieron entre los dos. Cuando terminó la noche, actuaban como si fuesen amigos de toda la vida, y Finley había recibido tantos empujones de los parroquianos que abarrotaban el pub que había terminado empotrado contra Adam, en un ambiente muy agobiante y caluroso. Adam empezó a quedarse sin aliento y a notar que necesitaba tomar algo de aire.

—¿Quieres que nos vayamos? —preguntó, y justo cuando terminó de decir la frase notó el atisbo de insinuación que había en sus palabras.

Finley miró a Adam de arriba abajo, y el estadounidense se sintió del todo desnudo frente a esos ojos.

—No vas a conducir así —dijo—. ¿Quieres que primero vayamos a tomar un poco el aire?

—Me encantaría.

—Voy a pagar —dijo Finley, que le dio una palmada en los hombros a Adam como si fuesen hermanos, como si fuesen amigos.

Las entrañas de Adam se revolvieron a causa de las ansias y de la excitación al notar el contacto, pero luego Finley desapareció para ponerse a contar el dinero en la barra mientras hablaba con la camarera. La hizo reír, una carcajada estruendosa que hizo que la mujer echase la cabeza hacia atrás. Él le devolvió la sonrisa, llena de hoyuelos y con ojos relucientes.

¿Había alguien que no quedase prendado de Finley?

Finley y Adam salieron a duras penas del local por la entrada trasera a la fría noche escocesa, a una callejuela de paredes de ladrillo rojo. Se estaban riendo por algo que Adam no recordaba, tanto que casi no podía ni hablar. Finley se apoyó en la pared de la callejuela para recuperar el aliento y se llevó una mano al pecho.

—No eres tan malo, ¿sabes? —comentó Finley con una sonrisa asimétrica—. De hecho, en mi opinión eres perfectamente tolerable. Podría convivir contigo durante bastante tiempo si me viese obligado a ello.

La risa cesó en la garganta de Adam. El mundo también empezó a girar más despacio, y la noche se volvió más silenciosa y aterciopelada a su alrededor.

—¿Tolerable? —repitió Adam, que dio un paso al frente sin querer.

—Soportable —dijo Finley, como si supiese que demostrarle que conocía varios sinónimos era algo que atraía a Adam—. Aceptable. Admisible, incluso.

Eso fue lo que terminó por destrozar a Adam. Dio otro paso al frente, como si estuviese al borde de un precipicio, y agarró la cabeza de Finley con las manos por los lados. Los ojos de este brillaron al instante, como si acabase de recibir justo lo que estaba esperando.

—¿Qué vas a hacer, Lancaster? —lo desafió.

—Hablas demasiado —dijo Adam, momentos antes de estamparle un beso en la boca.

Finley sabía a whisky con notas de brezo y a toques de caramelo parecidos a lo de una porter, todo ello mezclado con un regusto irreconocible que seguro que era algo único en él. Adam sintió como si lo estuviesen resucitando una y otra vez, igual que se había sentido cuando Finley lo había arrastrado fuera del lago para devolverlo a la vida. Sintió un ardor intenso en el pecho, apasionado y perfecto.

Finley lo besaba como si estuviese intentando demostrarle algo, como si bloquease los avances de Adam con mordiscos y con esa lengua juguetona. De alguna manera, aunque era difícil saberlo a ciencia cierta debido a la confusión provocada por el alcohol y la lujuria, Adam terminó con la espalda apoyada contra la pared de ladrillo y con Finley agarrándolo por la camisa. Nunca había sido objeto de las órdenes del guardés ni este lo había tratado con brusquedad, pero en ese momento descubrió que le encantaba.

Finley lo besó otra vez, con vehemencia, como si aquello fuese poco más que una guerra. Estaban a la vista de todo el mundo en la callejuela, con barro en el suelo y la luz de luna brillando sobre ambos, pero a Adam le daba igual. No le importaba lo más mínimo el pudor ni quienquiera que pudiese verlos. Finley y él habían estado destinados a acabar así desde que se habían visto, y Adam no iba a reprimirse ahora.

Finley presionó su cuerpo con fuerza contra el de Adam, que sintió la longitud dura de su miembro clavándosele en el muslo. Adam soltó un leve gemido y agarró al hombre con más fuerza aún. Podía morir así, morir feliz.

Eileen iba a matarlo, y Nicola se burlaría de él por toda la eternidad, pero el corazón le latía desbocado y le ardía la piel y le apretaban mucho los vaqueros.

«De perdidos al río», pensó Adam.

Bajó la mano para empezar a abrir la cremallera de los pantalones de Finley.

—Deja que lo haga —dijo con tono casi suplicante. Dios, ¿en qué se estaba convirtiendo?

Finley se echó hacia atrás y empezó a mirar a su alrededor, confuso.

—¿Aquí? ¿Ahora?

—Deja que te la chupe —dijo Adam, que se arrodilló en el barro de la callejuela. Normalmente, le importaban cosas como la higiene y no infringir leyes de alteración del orden público, pero lo único que le importaba ahora llevar a Finley hasta el límite.

Finley no dijo nada para negarse. Se limitó a dejar que Adam le bajase la cremallera de los vaqueros y se la sacase del interior, para luego sisear en la oscuridad mientras Adam le daba un buen lametón fruto de la experiencia. Adam había visto a muchos hombres desnudos en su vida, y se había llevado a muchos de ellos a la cama, pero nada podía compararse con aquello. Tener a Finley en la palma de su mano, literalmente, sentir cómo se tensaban los músculos de sus muslos mientras él le cubría el glande con los labios… Sabía a jabón, a sal y a sudor.

—Dios —dijo Finley, que entrelazó los dedos entre el pelo de Adam—. Adam…

Adam soltó un gemido complaciente y se metió todo lo que pudo de Finley en la boca, aplicándose con las ganas de un estudiante muy entregado. Finley no dejó de murmurar improperios cada vez más elaborados, mientras Adam se la metía en la boca y se la lamía por debajo. Podía seguir haciéndolo durante una hora entera si Finley no dejaba de hablar.

Adam tenía la espalda apoyada contra la pared de la callejuela, por lo que cuando Finley empezó a empujar contra su boca, no tenía

ningún lugar al que ir. Se limitó a dejarse llevar por la sensación, con los ojos llorosos cerrados mientras Finley se deleitaba con un desenfreno inclemente. Iba a tener las rodillas doloridas por la mañana, pero contaría todas las heridas como un valioso tesoro si gracias a ellas podía disfrutar de aquel momento, de los dos desahogándose bajo el sedoso cielo nocturno.

Finley no tardó en correrse en la garganta de Adam, entre gruñidos y tras un grito ahogado. Adam lo dejó bien limpio y se lo tragó con diligencia.

—Por todos los santos —dijo Finley, que aún no había recuperado el aliento—. Se te da muy bien.

—Lo sé —respondió Adam con altanería.

Finley lo agarró por la muñeca y tiró de él para levantarlo y darle otro beso. Adam había estado a punto de echarse atrás, convencido de que nadie querría besarlo después de lo que acababa de hacer, pero Finley no parecía tener pudor alguno al respecto. Le tocó los vaqueros mientras le deslizaba la lengua dentro de la boca, lo que hizo que Adam se estremeciese.

—Ahora me toca a mí —dijo Finley, que no dejó lugar a discusión. Le desabrochó los pantalones a Adam, le metió la mano por la parte delantera de los bóxer y le agarró el miembro como si le perteneciese. Adam contuvo el aliento y notó cómo se le tensaba el vientre.

—Joder —consiguió decir—. Sí.

—Llevas así de duro desde hace un buen rato, ¿verdad? —preguntó Finley, con tono despreocupado y travieso al mismo tiempo, como si aquello no significase nada. Luego bajó la boca hasta el hombro de Adam y le dio un beso cerca del cuello, con una dulzura que no fue capaz de evitar. Siguió besándolo así, despacio y con curiosidad, mientras movía arriba y abajo la polla de Adam con

una habilidad cruel.

Adam, que volvía a estar atrapado entre Finley y la pared, no tuvo más elección que aceptar las oleadas de placer que rompían contra su ser, acumulándose insoportables en la base de su vientre. Clavó los dedos en el hombro del otro hombre, como si estuviese al borde de un abismo.

—Finley —consiguió articular—. Voy a…

No tuvo la oportunidad de terminar la frase, porque llegó al clímax con una sensación tan intensa que estuvo a punto de cegarlo. Finley se echó a un lado para evitar el chorro y siguió moviendo la mano hasta que Adam terminó del todo y la sensación empezó a volverse insoportable, tanto que estuvo a punto de suplicarle que dejase de mover la mano. Pero Finley, que lo había estado mirando con gesto entusiasta y analítico, se detuvo segundos antes de que Adam tuviese que pedírselo, subiendo la mano sobre el vientre plano de Adam para empujarlo luego contra la pared a la altura del pecho. El gesto hizo que Adam recuperase el equilibrio y actuó como centro de gravedad mientras recuperaba el aliento.

—Llevo queriendo hacerte esto desde que te vi por primera vez —confesó Finley, que seguía mirándolo como si Adam fuese algo fascinante, como si pudiese observarlo durante cientos de años sin llegar a aburrirse.

Adam soltó una risotada, con las mejillas ruborizadas.

—¿Eso significa que he ganado algún tipo de apuesta?

Finley lo empujó aún más contra la pared, con gesto juguetón en esta ocasión, y le dio un último beso cerca de la comisura de los labios.

—No dejes que se te suba a la cabeza.

Un coche pasó por la callejuela, y los faros les iluminaron los pies, momento en el que Adam recordó de repente que seguían estando

en un lugar público.

—Deberíamos marcharnos —comentó Finley, que dio unos pasos atrás—. Llevamos horas fuera. Las chicas nos echarán de menos.

Adam asintió, y la realidad empezó a colarse entre la niebla que eran sus endorfinas. Las chicas. Eileen. Nicola. ¿Tendría Adam que pedir perdón por lo que acababa de hacer? Nunca había puesto en común los límites siempre cambiantes de su relación, y las normas parecían cambiar a cada día que pasaba o cada vez que alguien hería los sentimientos de alguno de los de la casa. La vida parecía irle bien a Adam en términos de trabajo y amorosos, pero le preocupaba que hubiese acciones que no pudiese enmendar o problemas que no pudiese solucionar solo con palabras.

—¿Crees que deberíamos contárselo? —espetó Adam. Puede que hubiese sonado algo brusco, pero tenía que saberlo.

—Claro que sí —respondió Finley sin dudarlo—. No obstante, te recomiendo que compruebes si Eileen está de buen humor antes de que hacerlo. Puede llegar a ser…

—Muy temperamental —terminó Adam. Después, cambió la palabra por otra que le sonaba menos insultante—. Muy territorial.

—Bien. Creo que nos entendemos —comentó Finley, que agarró a Adam por el brazo como si estuviese sellando algún tipo de pacto. Adam se echó un poco hacia atrás, como si intentara mantener el equilibrio en la cuerda floja que separaba la frontera entre la amistad y el amor—. Venga. Conduzco yo.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS
NICOLA

Cuando le quedó claro que los chicos iban a tardar un buen rato en llegar, Nicola subió por las escaleras estrechas que daban a la habitación de Eileen. Aún no había estado ahí arriba y tocar en la puerta la ponía muy nerviosa, pero Eileen la invitó a entrar, y Nicola la encontró jugando una partida muy seria al solitario. La mujer tenía la frente arrugada a causa de la concentración mientras colocaba cartas sobre la colcha blanca de la cama. La curiosidad había hecho que Nicola se imaginase cómo podía llegar a ser aquella habitación, a veces con inocencia y otras no tanto, y siempre había fantaseado con que se trataba de una especie de estancia gótica, adornada quizá con aves disecadas o con prendas fetichistas colocadas con gusto. Pero, en lugar de eso, lo que encontró fue una estancia pequeña y acogedora, con cuadros de paisajes y tapices, decorada con baratijas propias de una adolescente, como campanillas talladas a mano y figuras de porcelana de pastoras en miniatura. Eileen tenía incluso un osito de peluche color caramelo sobre la cama. Parecía tan bien cuidado que Nicola supuso que se trataba de algún tipo de reliquia familiar.

—Está oscureciendo —dijo Nicola mientras se ceñía aún más contra el cuerpo la manta que había traído de su habitación. Era casi verano, pero la temperatura seguía fresca y siempre había corriente dentro de la casa—. ¿Los llamamos?

—Yo creo que deberíamos dejarlos —comento Eileen, que colocó una carta más sobre la colcha antes de alzar la vista para mirar a

Nicola. Llevaba una camisa de lino de hombre y unos pantalones negros, con el pelo alborotado pero recogido en un moño hecho con maestría—. Tampoco va a pasar nada, mientras no terminen muertos en una cuneta o en la cárcel.

—No pienses eso —dijo Nicola, pero en realidad le había hecho gracia. Había aprendido a comprender mejor el humor brusco de Eileen, y hasta lo apreciaba—. ¿Tienes hambre? A mí está empezando a darme un poco.

—Supongo que tendremos que alimentarnos por nuestra cuenta si los chicos no vuelven para la cena. ¿Nos preparamos un aperitivo?

—Claro —respondió Nicola—. No tendrás uvas por casualidad, ¿no?

—Y también miel. Venga, comamos algo.

Nicola siguió a Eileen escaleras abajo hasta la cocina, donde esta sacó algo de queso, galletas saladas con romero, uvas y miel, que sirvió en un plato que parecía hecho de plata. A Nicola se le antojó como un lujo, y vio que dicho plato estaba deslustrado y tan usado que los adornos florales habían desaparecido casi por completo. Eileen no parecía darle mayor importancia a estar comiendo algo ligero sobre vajilla de plata, pero ella había nacido entre algodones.

Después sacó una botella de merlot de la bodega y llevaron todo a la biblioteca, donde se sentaron juntas en el sillón. Eileen recuperó algo de color en las mejillas ahora que estaba junto a las llamas de la chimenea, y Nicola notó cómo el vino le empezaba a calentar el cuerpo desde dentro.

—¿Te gusta? —preguntó Eileen mientras le servía otra copa de vino—. Soy más de chianti, pero este es un reserva bastante bueno. ¿Notas el toque a clavo? Me gusta cuando un vino tiene ese regusto a tierra.

—No se me da muy bien lo de saborear los vinos, la verdad —

comentó Nicola—. Soy más de comprar packs de seis latas de cerveza de las que están de oferta. Nada sofisticado.

—Yo creo que sí que eres muy sofisticada —aseguró Eileen, con una chispa traviesa en la mirada—. Y la cerveza barata también tiene su encanto. Teniendo en cuenta que eres una artista a la que se le dan muy bien los colores y la texturas, seguro que podrías notar más cosas de las que crees en el vino. Te enseñaré. Venga. Dale un sorbo.

Nicola levantó la copa entre titubeos y se la llevó a los labios para luego tragar con determinación.

—Un sorbo pequeño —indicó Eileen—. No te lo tragues. Mantenlo en el paladar y deja que el vino te acaricie la boca.

Nicola se sonrojó y se sintió un poco rara por tomarse tanto tiempo para beber alcohol, una acción que normalmente hacía sin pensar y con un fin, ya fuese para encajar en una fiesta o para alcanzar ese estado de consciencia con el que no se sentía tan paranoica por todo lo que decía y se le quitaba el miedo a que la gente la abandonase. Pero Eileen no le quitó ojo de encima y esperó pacientemente a que Nicola obedeciese. Había algo en esa atención que hizo que Nicola quisiese de verdad seguirle el juego, portarse bien.

Le dio un sorbo muy leve al vino y dejó que este le cubriese la lengua antes de llevar el líquido hasta el velo del paladar.

—¿Qué sabores notas? —preguntó Eileen.

—Sabe a vino —dijo Nicola, que se sintió más imbécil aún mientras lo tragaba lo más despacio que podía—. ¿Vino tinto…? Un poco… ¿amargo?

—Bien. Bebe otra vez e intenta encontrar más sabores.

Nicola volvió a llevarse la copa a los labios y, en esta ocasión, lo olió como había visto hacerlo a algunas personas en los restaurantes caros.

—¿Frutas el bosque, quizá? Pero no fresas, sino otras. ¿Moras?

—¡Sí! —dijo Eileen, a quien se le iluminaron los ojos de la emoción —. A mí también me sabe mucho a mora. Buena chica. ¿Algo más?

Nicola intentó ignorar la sensación cálida que se había asentado en su vientre al oír las palabras «buena chica». ¿Era la primera que alguien le decía algo así? No lo sabía, pero sí que tenía claro que era de las primeras que se lo habían dicho con tanta sinceridad y muy en serio.

—Vainilla —comentó Nicola, ahora con mucha más confianza. Le gustaba más bien poco creerse buena y lista cuando Eileen la animaba como estaba haciendo.

—Así me gusta —comentó Eileen—. Saber apreciar un buen vino no tiene nada que ver con el talento, sino con la velocidad a la que lo bebes. Hacer las cosas más despacio te permite llegar a apreciar todas las formas que puede llegar a adquirir el placer.

—Sigo pensando que a ti se te da mucho mejor que a mí — comentó Nicola, que mordió una uva y la hizo estallar dentro de su boca.

Eileen le dedicó una leve sonrisa, como si fuese una gata que acababa de captar la presencia de un ratón detrás de las paredes.

—El hedonismo puede llegar a aprenderse. Y diría que has sido una alumna muy diligente.

Los dobles sentidos eran muy habituales cuando hablabas con Eileen, ya que solía ser una persona muy críptica y dada a las metáforas sugerentes. Pero a Nicola le costó obviar la sensación de que la frase que acababa de pronunciar iba dirigida a ella y solo a ella, ahora que estaban allí sentadas la una junto a la otra y solas en aquella casa enorme.

Ahora que no había un público y que no había hombres a su alrededor a los que excitar, que Eileen le hablase así se le antojaba muy real, muy significativo.

Podía decirse que parecía más bien una provocación.

—Brindemos por no dejar nunca de aprender —dijo Nicola, que levantó la copa. Eileen chocó la suya y las hizo resonar. Nicola entendió muy bien a Finley en aquel momento. Comprendió cómo podía haber llegado a enamorarse perdidamente de ella, a pesar de los secretos, los caprichos y las exigencias. Experimentó en sus carnes que el hecho de que te mirase así, como si fueses el centro de su universo, resultaba más embriagador que el vino más intenso.

Nicola sabía que Eileen no era una persona muy segura de la que hacerse amiga, o no era la más sincera, al menos. Pero tenía mucho carisma, así como unos ojos negros que reflejaban la misma infancia problemática que ella y las ansias por recuperar la vida que había perdido. Y, además, era preciosa y estaba apoyando la rodilla con mucho cuidado sobre la suya.

—Estás fría —dijo Nicola, que acarició los nudillos de Eileen con los dedos—. ¿Quieres volver a la cama?

—Para nada —respondió Eileen mientras soltaba la copa—. Me lo estoy pasando muy bien contigo. Espera, deja que avive el fuego.

Nicola se quedó en silencio mientras Eileen avivaba el fuego con destreza. Se sintió como una princesa mimada por un pretendiente noble. Cuando Eileen volvió a sentarse, la chimenea chisporroteaba con alegría detrás de ella, y Nicola quedó tan prendada por sus aptitudes que lo único que fue capaz de hacer fue sonreír con nerviosismo.

—¿Cómo te va con el libro? —preguntó Eileen.

—Pues muy bien —respondió Nicola—. Aunque escribir sobre criaturas inventadas me resulta un poco estúpido ahora que sé que hay cosas sobrenaturales de verdad ahí fuera.

—No es estúpido —dijo Eileen muy seria—. Los niños necesitan cuentos de hadas para desarrollar sus mentes. Además, son historias

que nos enseñan a estar seguros y a ser amables. No me cabe la menor duda de que hay muchos niños solitarios que encontrarán un amigo en un libro.

—Eso es —dijo Nicola, contenta por lo que acababa de escuchar—. Qué bien que lo entiendas. Yo no tuve… Bueno… No tuve la infancia más estable del mundo, pero los libros me ayudaron a sentirme menos sola.

—A mí me pasó lo mismo. Siempre estaba enferma, encerrada en esta mansión y acompañada únicamente por mis padres y el doctor. Nunca conocí a muchos niños de mi edad, quitando a Finley. Los libros fueron mis únicos amigos.

Nicola se había sorprendido al ver todos los libros infantiles que había en la habitación de Eileen y que no se hubiese deshecho de ellos, pero ahora comprendía que se sintiese tan unida a ellos. Le resultó muy agradable imaginársela leyendo *Perico el conejo* o *Las aventuras de Alicia en el País de las Maravillas* una y otra vez. Le resultó… encantador.

—¿Crees que Finley y tú hubieseis acabado juntos si las circunstancias no os hubiesen obligado a ello? —preguntó, pero se arrepintió de inmediato. Nicola a veces era demasiado sincera y daba rienda suelta a su curiosidad. A menudo ofendía a la gente por accidente. No obstante, Eileen no pareció enfadada y se limitó a reflexionar durante un rato.

—Creo que hubiésemos terminado por encontrarnos —respondió —. Somos las dos caras de una misma moneda.

—Pero también has terminado por encontrar a Adam —se aventuró a decir Nicola, dispuesta a hacer más preguntas al comprobar que la primera no había causado ningún problema.

—Sí, supongo que sí. Diría que ha sido una bendición que no esperaba encontrar.

—Voy a repetirle lo que acabas de decir —se burló Nicola.

—No te recomiendo que lo hagas —respondió Eileen con una sonrisilla—. Intento que no se le suba a la cabeza.

—Me sorprende que puedas controlarlos a los dos.

—Tú tampoco pareces tener muchos problemas haciéndolo —dijo Eileen, que le dio un leve codazo a Nicola. Estaban aún más cerca en el asiento, con los muslos y los hombros pegados para llegar hasta la mesa donde habían colocado la comida. Pero habían terminado de cenar hacía quince minutos. ¿Acaso Eileen había empezado a acercarse a ella? Nicola no lo tenía claro, y darlo por hecho en una situación así podía llegar a ser desastroso.

—Hay lugar en mi corazón para ambos —dijo ella en voz baja, al tiempo que bajaba la vista hacia los labios de Eileen, quien aquel día no se había puesto el lápiz de labios castaño rojizo. ¿Lo había hecho para parecer más vulnerable? ¿Se había quitado aquella pintura de guerra, aquel semáforo en rojo, para dejar claro que el camino hacia la bendición que eran sus labios estaba despejado?

—Yo soy muy egoísta —comentó ella, que pasó el brazo por encima de los hombros de Nicola sobre el respaldo del sillón—. Me temo que no soy una persona muy amable.

—Ser más o menos amable no tiene nada que ver con ser buena persona. Y yo creo que sí que eres buena persona, en el fondo.

—Habría que rebuscar mucho en mi interior para encontrar a esa buena persona que dices —aseguró Eileen, que empezó a acariciarle el hombro a Eileen con el pulgar. El roce hizo que sintiese un cosquilleo por la espalda—. ¿Acaso eres la doncella valiente y de corazón puro que ha venido a intentar domar al dragón?

Nicola empezó a sentirse embriagada, y no por el vino, sino por Eileen. La tenía muy cerca y notaba su calor, su olor a maquillaje y el aroma más masculino a la savia de los árboles del exterior.

—¿Quieres jugar conmigo, gorrioncita? —murmuró Eileen echándole el aliento dulce a Nicola en los labios.

—Nada de juegos —respondió Nicola al momento.

Eileen se apartó de inmediato y abrió la boca para intentar cambiar de tema al momento, pero Nicola la agarró por la cara antes de que terminase de retirarse. Notó la mejilla de Eileen extrañamente fría, como si tuviese una pátina de sudor después de que le acabase de remitir una fiebre.

—No quiero que haya juegos entre nosotras —continuó Nicola, que tragó saliva para reunir el coraje suficiente—. Pero sí que quiero besarte.

El desconcierto se apoderó de los ojos de Eileen, como si no fuese capaz de aceptar que alguien quisiese estar con ella de verdad, sin mentiras de por medio, como si creyese que no había nadie en el mundo capaz de tolerarla a menos que dependiese de un juego.

Luego, Eileen se abalanzó hacia delante y le dio un beso en la boca a Nicola.

Esta soltó un gemido de placer y abrió los labios aún más mientras Eileen le agarraba la mandíbula y pasaba la lengua caliente por su labio inferior. Nicola empezó a acariciarla por todas partes hasta terminar por agarrarle la cintura.

—Qué bonita eres —dijo Eileen sin aliento, inclinada hacia delante para besarla una y otra vez. Lo hacía con torpeza y apremio, nerviosa y con manos temblorosas que la agarraban también por la cintura—. Qué doncella tan valiente.

—No eres un dragón —dijo Nicola entre besos—. No eres un monstruo.

Eileen soltó un gemido constreñido que bien podría haber sido una palabra, pero se vio incapaz de articularla. Luego, tumbó a Nicola bocarriba en el sillón y se inclinó sobre ella, apoyando una mano en

el reposabrazos y besándola hasta que se quedó sin aliento.

El beso de Eileen fue firme y excitante, como si fuese una estrategia bien calculada, como si intentase besar a Nicola de manera perfecta, como si su única intención fuese descubrir cómo le gustaba que la besasen. Pero a Nicola le gustaba de cualquier manera, en general, y aceptaba cualquier cosa cuando se trataba de alguien con quien había fantaseado, por lo que Eileen podía hacer lo que quisiese, incluso entrechocar los dientes contra los de ella. Al ver que Nicola se volvía más y más sumisa, cada vez más caliente bajo las manos de Eileen, como arcilla entre los dedos de un escultor, esta empezó a besarla de manera más natural. Y cuando le mordió el lóbulo de la oreja y Nicola gimió como una gatita que requería más atención, Eileen tomó aire con la respiración entrecortada y dijo:

—¿Puedo tocarte por debajo de la falda que te presté?

Nicola empezó a asentir antes de que su cerebro hubiese procesado por completo la pregunta siquiera. Se levantó la falda de *tweed*, que le quedaba lo bastante ceñida como para marcarle el culo, y en ese momento se dio cuenta de que Eileen se la había prestado a sabiendas. Lo hizo hasta las caderas y dejó al descubierto las bragas de algodón negras. Eileen pasó los dedos por el lazo de satén rosa decorativo y luego metió la mano debajo de la tela.

Nicola soltó un grito ahogado mientras Eileen deslizaba los dedos entre los rizos rubios para luego llegar a esa humedad que había empezado a latirle con ansias. Una andanada de placer recorrió el vientre de Nicola mientras Eileen la tocaba, despacio y tanteando, como si fuese la primera vez que había tocado a otra mujer. Tras otra de esas oleadas de placer, Nicola recordó que Eileen le había admitido que nunca lo había hecho.

—Mas fuerte —gimió Nicola. Intentó contener el aliento y reprimir las ganas de darle órdenes, a pesar de lo mucho que quería hacerlo

—. Me gusta más fuerte. Si quieres, puedes…

Eileen presionó el canto de la mano contra el clítoris de Nicola y no la dejó terminar la frase. Aunque tampoco es que hubiese podido decir nada, porque al mismo tiempo empezó a besarla otra vez. Nicola tiró del cuello de la camisa de Eileen y empezó a desabrocharle los botones, con tanta intensidad que le rompió uno en el proceso. Luego pasó una mano por los pechos firmes y bien puestos de Eileen. No llevaba sujetador debajo de la camisa de seda y se estremeció cuando Nicola le pasó el pulgar por los pezones duros.

—Quiero meterme dentro de ti, mi estornina —dijo Eileen—. Déjame, por favor. Me gustaría…

Nicola empujó la mano de Eileen hacia abajo con la suya y movió un poco las caderas para facilitarle las cosas. Cuando Eileen deslizó dos dedos fríos por su interior, Nicola se sintió tan llena y aliviada que hasta le dieron ganas de llorar.

—Vas a tener que enseñarme cómo te gusta que te lo hagan —comentó Eileen, cuyo cabello azabache le caía sobre las clavículas mientras agitaba los hombros para terminar de quitarse la camisa—. Enséñame cómo te tocas cuando estás sola.

Nicola mantuvo la mano sobre la de Eileen y empezó a meterle y a sacarle los dedos, despacio al principio y luego más rápido. Estaba tan concentrada, en los dedos y en las ganas que tenía de morderle las clavículas y esos pezones rosados como una flor, que al principio no oyó los tambores.

Al principio creyó que eran los latidos de su corazón retumbándole en los oídos, o una especie de ilusión auditiva provocada por un trueno en la lejanía. Pero luego aquel zumbido inconfundible se intensificó cada vez más y empezó a filtrarse al interior de la casa desde la distancia.

—¿Qué es eso? —preguntó Nicola, que dejó de besar a Eileen. No sabía muy bien por qué se había asustado, pero un recuerdo ancestral y muy profundo se agitó en su interior, uno en el que luchaba, se quedaba paralizada o escapaba.

Eileen sacó los dedos y agarró el muslo de Nicola, con tanta fuerza que estuvo a punto de hacerle un morado. Siguió sosteniéndola con fuerza y escuchó, con más seriedad y concentración de la que Eileen creía que podía llegar a tener.

Eran tambores, sin duda. Y se acercaban cada vez más.

—¿Eileen? —susurró Nicola.

—Cierra las ventanas y corre las cortinas —dijo esta al momento mientras se apartaba de ella. Su rostro parecía del todo afectado. En ese instante, parecía la mujer más abatida del mundo—. Y no hagas ningún ruido.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES
EILEEN

Eileen aún tenía el sabor a fresa del aceite labial de Nicola mientras cerraba desesperada las ventanas y corría las cortinas, con el corazón latiéndole desbocado en el pecho. Era estremecedor, el sabor a verano y esa dulzura femenina en la boca mientras el miedo hacía que la bilis le subiese hasta la garganta.

Los tambores habían empezado a sonar más cerca, así como el sonido inarmónico de las campanillas que oía en sueños. Pero, en esta ocasión, no había manera de despertar de la pesadilla.

Le habían contado que algo así solo les había ocurrido a sus padres en una ocasión, una noche de mitad de invierno cuando la luna estaba llena. Eileen era pequeña y se había pasado durmiendo todo el rato. Sus padres le habían comentado que los faes los habían rodeado durante horas, haciendo repiquetear el tejado con ruidos de júbilo sin dejarse ver a través de las ventanas en ningún momento. El ataque había cesado con el amanecer, justo cuando James amenazaba con salir al patio con el fusil y terminar con todo aquello de una vez por todas, significara lo que significasen esas palabras.

Eileen quería ser valiente. Quería agarrar a Nicola como una heroína salida de los libros de aventuras de Finley y encerrarla en su habitación para mantenerla a salvo. Pero se había quedado paralizada a causa del miedo que le recorría la espina dorsal, mientras las risotadas agudas se filtraban a través de las tejas y de las ventanas. Y también de la tarima.

Le daba igual si aquello era un truco de los faes, o de la antigua

casa, o si su mente le estaba jugando una mala pasada. En el fondo de su ser sabía que estaban del todo rodeadas, a merced de las criaturas que habían ido a por ellas.

«Se acabó —pensó Eileen—. Han venido a por mí al fin».

Se internó lo suficiente en el vestíbulo como para cerrar la puerta delantera, como si aquello fuese a servir de algo, y luego regresó a la biblioteca, febril y más enferma de lo que se había sentido en mucho tiempo.

Siempre había pensado que terminaría por rendirse en algún momento, que se dejaría llevar por los susurros de sus sueños y saldría en pijama al bosque, tan desorientada por la magia antigua que terminaría por perderse hasta morir de hambre, o quizá hasta llegar a la cueva y entrar en ella, en esa boca voraz del enemigo más antiguo de su familia. Pero había resistido todo este tiempo y los faes se habían impacientado, tanto que habían terminado por ir a buscarla.

No sabía si estar orgullosa de sí misma o no.

La música le resultaba ensordecedora, con esos tañidos disonantes y el chirriar de las cuerdas que reverberaba por la biblioteca. El techo crujió, y el polvo y el yeso cayeron sobre los hombros y el pelo de Nicola. No tenían ningún lugar al que escapar ni en el que esconderse, pero ella no lo sabía. Nicola se limitó a mirar a su alrededor, confusa y asustada, hasta que Eileen hizo lo único que se le ocurrió. Le indicó que se tirase al suelo con ella, donde permanecieron acurrucadas entre el sillón y las estanterías para esperar a que acabase todo, aunque eso significase su muerte.

—¿Qué está pasando? —susurró Nicola, que tocó el rostro de Eileen con manos escrutadoras.

—No lo sé —murmuró ella—. Creo que…

Se oyó un golpe ensordecedor en la puerta delantera. Eileen dio un

brinco por el susto y empezó a marearse a causa del miedo. Dios, le estaban dando ganas de vomitar.

Todos sus planes, todas sus mentiras y sus argucias, toda su deliberada paciencia… no habían servido para nada. Estaba a punto de morir, y Nicola iba a hacerlo con ella. Y luego Finley encontraría sus cuerpos acurrucados juntos, tal y como estaban ahora. Quizá Adam continuase con el linaje de los Kirkfoyle y se ocupase de lo que quedara de la casa, o quizá todo terminaría allí y su legado acabase sepultado por la decadencia.

Se oyó otro golpe más fuerte aún. Nicola soltó un grito ahogado y enterró el rostro en el hombro de Eileen.

Ella ignoró el sudor frío que había empezado a cubrirle el cuerpo y fijó la vista en la puerta de la biblioteca.

¡Bam!

¡Bam!

Los golpes siguieron hasta que sonó somo si alguien estuviese atacando la puerta con un ariete. La tarima se estremecía con cada uno de ellos.

Eileen empezó a ponerse en pie despacio mientras le temblaban las manos.

—No —se limitó a decir, como si esa negativa tan rotunda fuese suficiente para salvarlas de lo inevitable.

¡Bam!

—¡No! —repitió, con voz ahogada por el estruendo.

Se oyó otro golpe ensordecedor, momento en el que las puertas delanteras cedieron con un crujido agotado. En ese momento, cesó la música estridente del exterior y la casa quedó en un silencio sepulcral.

Unos pasos retumbaron por el vestíbulo, más nítidos a medida que se acercaban a ellas.

Finley atravesó la biblioteca y luego entró Adam. Parecían confusos, pero no preocupados.

—¿Qué hacéis ahí con todas las ventanas cerradas? —preguntó Finley—. ¿Y por qué habéis cerrado la puerta delantera? No tenía las llaves.

—Tocamos a la puerta —indicó Adam, que señaló sobre el hombro con el pulgar en dirección a la entrada—. Varias veces. ¿Estáis bien? Nikki, ¿qué haces en el suelo?

—Adam —consiguió articular Nicola mientras se ponía en pie a duras penas. Se lanzó a sus brazos—. Dios, ha sido horrible. ¿No habéis oído nada? ¿Tampoco habéis visto nada ahí fuera?

—No sé de qué estás hablando —comentó Adam mientras levantaba las manos por instinto para acariciarle el pelo. Dios, qué bueno era Adam. Lo era de una manera en la que jamás lo sería ella, ya que no tenía que esforzarse para serlo—. Tranquila. ¿Qué ha pasado?

Al ver a Adam consolar a Nicola, Eileen lo entendió al fin. La situación la había llevado al límite absoluto de su paciencia, y sabía que intentar olvidarlo o superarlo no iba a hacerle bien a nadie. Puede que Adam la deseara y hasta que sintiese cariño por ella algunos días, pero Eileen sabía que nunca iba a mirarla como miraba a Nicola. Nunca iba a confiar en ella del todo, y tendría todo el derecho a no hacerlo. Daba igual lo que hiciese Eileen, daba igual la manera en la que midiese sus palabras, lo paciente que fuese o la manera en la que intentase compartir su relación con Finley… Adam jamás iba a formar parte de todo aquello por voluntad propia.

Había llegado el momento de presionarlo un poco.

Eileen salió de la biblioteca tras pasar a toda velocidad junto a Finley e ignoró cuando este se puso a llamarla por su nombre una y otra vez. Ya fuese su nombre de pila, el que usaba cuando hacían sus

juegos o ese que había usado de pequeño cuando no era capaz de pronunciar bien «Eileen» y que había terminado por convertirse en…

—Isla —dijo Finley mientras ella empezaba a subir por las escaleras—. ¿A dónde vas?

Cuanto más tardase más posibilidades había de que acabasen por secuestrar a Adam al salir, o de que ella se volviese loca a causa de las pesadillas y terminase ahogándose en la bañera.

El diario estaba justo donde lo había dejado, guardado a los pies de su cama bajo la misma tarima que Arabella había soltado hacía muchos años. Eileen lo había encontrado, como era de esperar. Era una nieta muy digna. Igual de curiosa y con la misma voracidad por lo prohibido. Lo había encontrado y, obviamente, lo había leído. Hasta la última palabra.

Si los padres de Arabella hubiesen hallado aquel diario, seguro que lo habrían destruido. Pero ella, al igual que Eileen, había sido lista y paranoica a partes iguales. Sabía cómo ocultar sus secretos más oscuros de aquellos que la odiarían en caso de descubrirlos.

Eileen bajó las escaleras a toda prisa, agotada y a punto de desmayarse debido al dolor de cabeza que empezaba a notar en las sienes. Volvió a entrar a la carrera en la biblioteca y todos se quedaron en silencio cuando dejó caer con fuerza el diario sobre el escritorio de su padre.

—Se acabaron los juegos —dijo con voz casi quebrada—. Estoy cansada. Hagamos el recuento de puntos y acabemos con esto de una vez. Ya.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Adam, que la miró con cautela. Finley había empezado a separarse de Adam para dejarle espacio, porque parecía estar a punto de estallar. De todo lo que habían pensando que podía llegar a ocurrir, jamás habían imaginado

algo así. Eileen había tenido en cuenta la seducción, la extorsión, la fuerza o una mezcla de las tres, pero no había pensado que llegaría a perder la compostura, que los faes terminarían por someter su mente.

—Me preguntasteis cómo desapareció mi abuela —empezó a explicar mientras abría el diario por la página adecuada. Lo había leído tantas veces que era capaz de encontrarla con poco más que el tacto, guiándose gracias al peso del papel entre los dedos—. En resumidas cuentas, una noche, después de haberse casado con un hombre elegido por sus padres y dos años después del nacimiento de mi padre, escapó de la casa. Salió por la noche bajo la tormenta en dirección a la cueva. Entró y nunca volvió a salir.

—Cuando Adam te preguntó al respecto, respondiste que no lo sabías. ¿Por qué? —dijo Nicola, con el rostro ensombrecido por la rabia. Unos momentos antes estaba acurrucada junto a Eileen, pero ahora parecía como si esta le hubiese dado un puñetazo—. Sabía que estabas mintiendo. Tendría que haber confiado en mis instintos. Tendría que…

—Tu abuelo se marchó de Craigmar antes de que mi abuela escapase —continuó Eileen. Le gustaba Nicola, pero no había tiempo para discusiones. Mantuvo la vista fija en Adam, ya que contemplar la expresión dolida de Nicola le hacía demasiado daño—. Justo antes de la boda, de hecho. Y quizá porque era adoptado o por su enorme fuerza de voluntad, consiguió mantenerse lejos de este lugar. Os contaré más detalles en otro momento, pero ahora no tenemos mucho tiempo.

—Eileen —dijo Finley, con tono de advertencia. ¿De qué podía estar advirtiéndola? ¿De que estaba yendo demasiado lejos e iba a asustar tanto a Adam que este dejaría de suspirar por ella? ¿De que estaba reaccionando de manera exagerada al hecho de que el tejado

de su casa hubiese estado a punto de ser arrancado por unos faes itinerantes que parecían disfrutar de darle sustos de muerte? No. No podía pedirle que se contuviese. Ya era demasiado tarde para eso.

—Silencio, Finley —espetó Eileen. Se sentía tan desgastada que, de haberse acercado a una ventana, estaba segura de que la luz del sol se reflejaría a través de su cuerpo. No podía permitir que nadie se pusiese en su contra—. Adam, tengo que pedirte algo…

—Me da igual lo que me vayas a pedir —respondió Adam. Por primera vez desde que había llegado, Eileen vio la frialdad que emanaba de él, esa indiferencia total, miserable e imperiosa por los sentimientos humanos que solo brotaba de él cuando llegaba al límite de lo que podía soportar. En su rostro se reflejaba una expresión sorprendentemente cruel. Para Eileen era como mirarse en un espejo—. No quiero oír ni una palabra más a menos que me expliques a qué viene todo esto, despacio y en orden cronológico, para encontrarle el sentido. Has empezado a hablar de tu abuelo y luego te has puesto a hablar sobre mí… ¿Por qué se marchó de aquí?

Eileen miró a Finley, más por instinto que por otra cosa. Siempre había sido un alivio para ella, su lugar seguro para ser tan mala persona y egoísta como quisiese sin que hubiera consecuencias. Pero ahora, a pesar de que la había ayudado a pergeñar aquel plan, Finley no era capaz ni de mirarla. Se había quedado contemplando las llamas de la chimenea, como un santo que apartarse la vista de un pecado tan horrible que no pudiese siquiera mirarlo.

No había dicho una palabra, y aun así Eileen jamás se había sentido tan abandonada por él.

—Muy bien —dijo ella, que dio una patada a la silla que había debajo del escritorio de su padre e hizo un gesto en dirección a Adam para que se sentase. Adam no la obedeció y se quedó en pie, desafiante. Ella cerró los puños en gesto de impotencia, los dejó

colgando de los costados y estalló de rabia—. Pues muy bien. Vamos a dejar las cosas bien claras y acabemos con esto de una vez por todas, entonces. ¿Os parece?

Eileen pasó las páginas del diario de su abuela hacia atrás, hasta dónde la caligrafía se volvía más ininteligible y el papel parecía manchado de lágrimas. Luego empezó a leer.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO
ROBERT

Robert Kirkfoyle estaba muy enfadado en las escaleras mientras su hermana se despedía de su pretendiente en el recibidor de la casa. «Pretendiente» era una palabra que sonaba anticuada, pero no había otra manera de describir a ese amigo de un amigo de la familia que había empezado a quedar con Arabella, siempre con sus padres comentando a una habitación de distancia la buena pareja que hacían mientras se bebían un té. Robert ni siquiera se había molestado en aprenderse su nombre. Era Daniel o Darren o algo parecido, pero le daba igual, porque Arabella se cansaría de él muy pronto y dejaría de cogerle las llamadas.

Aun así, no podía evitar sentirse como un imbécil sobreprotector cuando Arabella dejaba que el pretendiente le besase en la mejilla, o en la boca, o incluso en el cuello en los momentos en los que la familia se estaba despidiendo y pensaban que nadie los veía.

Pero Robert sí que lo hacía. Siempre veía lo que ocultaban el resto de habitantes de la casa.

En aquel momento, el pretendiente se había puesto a murmurarle algo a su hermana mientras le daba un abrazo demasiado largo y le pasaba la mano por la espalda para luego apoyarla en sus nalgas. Arabella soltó una risilla y se colocó bien el pelo, que se había recogido en una cola ondulada.

Robert los vio y la rabia empezó a bullir en su interior. Su hermana podía hacer lo que quisiese. Ya tenía veinte años. Podía estar con quien quisiese, aunque se tratase de un tarugo demasiado mayor de

Stirling que casi no tenía tema de conversación y al que le daba igual la opinión de aquel Robert de dieciocho años.

Arabella podía hacer lo que quisiese. Pero eso no significaba que a Robert tuviese que gustarle.

Le dio un beso más a su pretendiente y luego se despidió con la mano mientras él se perdía en la noche lluviosa. El cielo llevaba toda la tarde iluminándose con los relámpagos impropios de la estación en la que se encontraban, y los truenos no habían dejado de retumbar.

La tormenta estaba a punto de estallar. Robert era capaz de sentirla.

Arabella se limitó a marcharse escaleras arriba, mientras el vestido de seda le acariciaba las piernas largas. Era muy ligero y nada adecuado para la temperatura que hacía, pero por alguna razón la hermana de Robert nunca pasaba frío. Le daban escalofríos, pero no parecía importarle. Era como una serpiente cubierta únicamente por unas escamas relucientes.

—¿Ya me estabas espiando otra vez, Robbie? —preguntó al detenerse en el rellano frente a él.

—Yo no lo llamaría espiar si estabas a vista de todos —respondió él.

—Bueno, sé que siempre te ha gustado mirar —respondió ella, con voz alegre y despreocupada mientras se apoyaba en la barandilla.

Robert sintió que algo le atenazaba el pecho. Nunca habían hablado del tema, pero a veces Arabella se quitaba la ropa, hasta quedar en bragas y medias, para luego cambiarse el vestido mientras él estaba sentado en su cama hablando con ella. Robert siempre intentaba apartar la mirada, pero nunca conseguía hacerlo del todo. Tampoco habían hablado de todas la veces que se habían escapado de las lecciones para correr al lago, quitarse la ropa y sumergirse en

las aguas vigorizantes juntos, un pasatiempo que resultaba mucho más inocente cuando eran niños. Y mucho menos habían hablado de la semana anterior, cuando Robert había pasado junto a la puerta de uno de los baños y había visto, a través de la puerta entreabierta, a Arabella tumbada en la bañera con el pelo recogido en un moño y uno de los cigarrillos de su padre encendido entre los dedos.

No habían comentado cómo ella había dirigido la mirada hacia la puerta antes de fingir que seguía allí sola, como si Robert no se hubiese quedado paralizado y con la mirada fija. Se había quedado viendo a Arabella pasándose la mano por los pechos y por la leve curva de su vientre, para luego meterla en el agua entre las piernas.

Sin duda, no habían hablado de la manera en la que había arqueado la espalda aún más para luego frotarse con más fuerza cuando él, aún tras la puerta, se llevó la mano al bulto que empezaba a endurecerse en su entrepierna. No habían hablado de cómo Robert se había metido la mano en el pantalón y había empezado a tocarse a través de la tela fina de los bóxer, lo que había hecho que Arabella se pusiese a gemir. Y tampoco habían hablado de cómo se habían quedado así durante un minuto entero, tocándose separados únicamente por la puerta y unos pocos metros de baldosas, intentando a la desesperada fingir que no eran conscientes de lo que estaba haciendo el otro.

Pero Robert tenía claro que Arabella lo sabía. Al fin y al cabo, habían crecido juntos y ambos sabían muy bien cómo él quedaba prendado de todas y cada una de las palabras de ella, cómo detrás de todas sus discusiones había cierto trasfondo de desesperación últimamente. Era como si intentasen exasperarse el uno al otro de todas las maneras posibles sin tocarse.

Robert sabía que todo aquello estaba mal. Solo porque no fuese ilegal no significaba que hacerlo fuese lo correcto. Y, aunque Arabella

no tuviese con él una relación consanguínea, eso no quería decir que no fuese su hermana. Desearla podía llegar a convertirse en un pecado que terminase por condenarlo.

Pero Arabella era todo lo que había conocido en su vida, su torturadora y su protectora, y al crecer se había vuelto encantadora, mientras que él se había hecho fuerte y también muy curioso. ¿Cómo no iba a amarla, cuando era tan cruel y tan lista? ¿Cómo se suponía que no iba a tocar esa piel lechosa y ese pelo oscuro como la noche?

—Gracias a Dios que ya se ha ido —comentó Robert, que cambió a un tema menos problemático—. Si hubiese oído a mamá adularlo un poco más me hubiese puesto a vomitar.

—Venga ya. Tienes que ser educado —comentó Arabella—. No es tan malo.

—Es un imbécil, Belle.

—Viene de una familia de bien y me hace reír. Y lo mejor es que se ha quedado prendado de mí. Eso es lo importante.

—Te estás planteando ir en serio con él de verdad —dijo Robert, con una risilla que usó para ocultar lo traicionado que se sentía. Puede que Arabella fuese una persona voluble, pero en el fondo era tan romántica como él. Aquello suponía un cambio que no le estaba gustando nada.

—De verdad —dijo al tiempo que entrelazaba los dedos con gesto ansioso. Estaba usando ese tono de chica de ciudad que había visto en las películas, intentando hablar con una desafección apática, pero Robert no iba a dejarse engañar—. Me ha pedido que me case con él.

—¿Cuándo lo ha hecho? ¿Ahora?

—En el salón, con mamá y papá. Lo habrías visto si hubieses estado allí, en lugar de quedarte aquí enfadado. Se apoyó sobre una rodilla y todo. Fue muy romántico.

Robert se quedó mirando a su hermana e intentó articular palabra.

Se había jurado hacía muchos años que no iban a casarse a menos que fuese por amor. Arabella le había comentado que era más probable que acabase como abadesa por la zona que aceptar una boda concertada por sus padres. Robert le había dicho que era más probable que él acabase como vagabundo sin hogar que asentándose con alguien a quien no le gustasen las aventuras. Él no había mentido. ¿Acaso ella sí?

—Pero, Belle… Dijiste que…

—Dijera lo que dijese, era una niña. Ahora soy adulta. Es un buen partido, Robbie. Y tiene dinero suficiente para mantener este lugar durante unas pocas décadas más. Mamá y papá se han puesto muy contentos. Esperaba que tú también lo estuvieses.

Robert podría haberlo dejado estar. Podría haberle dado un fuerte abrazo para luego dedicarle una sonrisa impostada y felicitarla por la boda. Podría haberse dedicado a elegir las flores, el vestido y la tarta para luego colocarse en primera fila en la iglesia y aplaudir como todos los demás. De haber sido más joven, es posible que lo hubiese hecho. De haber tenido más que perder, sin duda hubiese sido el caso. Pero ahora era adulto, empezaba a agobiarse con las expectativas de sus padres y lo único que tenía que perder estaba ahí frente a él, con un vestido de seda y diciéndole que iba a casarse con otro hombre.

—No puedes casarte con él —dijo Robert. Ansiaba ser más elocuente y que se le ocurriese una justificación convincente en aquel momento, pero no fue el caso. Lo único que quedaba de él era su corazón y la manera en la que latía y sangraba por Arabella.

—¿Por qué no? —se aventuró a preguntar ella.

—Ya sabes por qué.

—¿Ah, sí?

—Belle —gruñó él—. Venga. Sabes que yo… Sabes que creía que lo

nuestro… La semana pasada cuando estabas en el baño y me viste en la puerta…

—Las cosas que hace alguien cuando se aburre y está solo… —comentó ella, que bajó la vista a sus zapatos de satén para no mirarlo a los ojos mientras le rompía el corazón—. No son las mismas que quieres seguir haciendo durante el resto de tu vida.

Robert sintió como si le hubiese dado un puñetazo y dejado sin aire. Aquello no estaba bien. Se suponía que las cosas no tenían que haber sido así si alguno de los dos hubiese tenido la valentía suficiente para ser sincero con sus sentimientos, con la confianza que se tenían, con la manera en la que deslizaban notitas por debajo de sus puertas para quedar para jugar al escondite, un juego que se había vuelto más deliciosamente agresivo a medida que crecían. El último día después de Navidad, Arabella había encontrado a Robert escondido en el armario de la limpieza y lo había arrastrado por el pasillo, para luego colocarse a horcajadas sobre su pecho y agarrarle las muñecas por encima de la cabeza con un gesto triunfante en el rostro. ¿Por qué había hecho algo así si no sentía lo mismo que él?

Robert se enderezó por completo y se apartó de la pared contra la que se había estado hundiendo. Era muy alto para un chico de su edad, mucho más que Arabella, y ella alzó la cabeza para mirarlo con ojos llorosos.

—¿Eso es lo único que soy para ti? —exigió saber—. ¿Un juguete que puedes usar cuando estás aburrida para luego abandonarlo cuando estás con otra persona?

—Dios, no seas tan trágico…

—No estoy siendo trágico. Estoy siendo sincero. Y si tengo que ser yo quien lo diga primero, pues así será. Te quiero, Belle. Te quiero como si fueses familia, y lo haré siempre, pero a estas alturas también deberías saber que te quiero de otra manera.

—Eso es porque estás confuso —comentó ella, que intentó pasar junto a él agitando el pelo y el vestido de seda. Robert la agarró por la muñeca con fuerza y, cuando Arabella se giró para mirarlo, él aflojó el agarré y empezó a deslizar el pulgar en círculos por la palma de la mano de ella.

—No lo hagas, por favor —suplicó, poniendo todas las cartas sobre la mesa—. Sé que no quieres casarte con él. Siempre me has dicho que preferirías irte a vivir en los árboles con los pájaros y comer frutos secos y bayas antes que ser moneda de cambio para un aristócrata de poca monta. ¡Pues eso es justo lo que está pasando! No sé cómo no te has dado cuenta…

—No eres una chica, Robbie —espetó con tanta rabia que él se echó un poco hacia atrás—. No sabes lo que se siente al ser yo. Tengo que casarme y tengo que darle hijos. De lo contrario, mi familia acabará por desaparecer. Mis sentimientos son lo de menos.

—Pues cásate conmigo —dijo él. El pánico estaba haciendo que dijese lo primero que le venía a la cabeza. Se frotó la cara, la barba de pocos días y la garganta, que tenía más caliente de lo normal—. Ten hijos conmigo si es lo que quieres.

—Esto es justo lo que temía. Estás demasiado unido a mí, Robbie. Esperaba que, si me veías con otra persona, me dejarías marchar y…

—Puedo cuidarte, Belle, como tu hermano o como tu esposo, o como ambas cosas si es lo que quieres. Cásate conmigo y te juro por Dios que nunca te aburrirás. Te prometo que…

—No sigas, por favor —dijo ella mientras las lágrimas empezaban a acumulársele en los ojos—. Ya le he dicho que sí, Robbie. Tengo un futuro de verdad a su lado, uno que no existe para ti y para mí. Nuestros padres nos matarían.

—Nuestros padres me dan igual —afirmó mientras tiraba de ella para acercarla. Robert entrelazó los dedos con los de Arabella

mientras presionaba su cuerpo contra el de ella, igual que habían hecho varias veces cuando eran pequeños y sellaban un pacto—. Lo único que me importa es lo que quieras tú. Dime lo que quieres, Arabella. Es lo único que te pido.

—Quiero que me dejes marchar —dijo ella en un susurro que sonó impostado.

Mentir siempre se le había dado muy mal.

Robert posó las manos bajo los muslos de su hermana, la levantó en peso y la colocó en el hueco de la ventana que usaba para leer. El trío de liebres de la vidriera los miraba desde arriba con esos ojos inertes y las orejas iluminadas por los relámpagos distantes.

—Pues dime que me marche —dijo Robert, que puso los brazos en jarras y mantuvo la boca a escasos centímetros de los labios de Arabella, del beso que llevaban negándose desde hacía años—. Convénceme de que quieres que me vaya y lo haré. Venga, échame. Dilo.

Arabella lo fulminó con la mirada, como si fuese la persona que más odiaba en el mundo. Y Robert permaneció allí en pie y permitió que lo hiciese. Se negó a tocarla, pero también a apartarse. Ocurriese lo que ocurriese a continuación, la decisión estaba por completo en manos de Arabella.

Después, al mismo tiempo, gimió con frustración y se abalanzó hacia delante para besarlo en los labios.

Robert le rodeó la cara con las manos, esa piel suave como la porcelana y el doble de fría, y le devolvió el beso. Se afanaron por hacerse con el control durante unos instantes, como si aquello fuese otra expresión de su rivalidad entre hermanos, pero luego Arabella empezó a ceder ante Robert. Se le relajó la respiración y empezó a besarlo con más suavidad e intensidad, con la reverencia de un sacerdote. Lo agarró por las muñecas con manos temblorosas y dejó

que se tomase su tiempo con ella y la tratase con toda la amabilidad con la que había querido hacerlo desde que eran adolescentes.

Robert tiró de ella para acercarla aún más e ignoró el murmullo distante de las voces de sus padres en el piso inferior. Notó a Arabella más cálida, ahora que el rubor se le había extendido por el cuerpo mientras él le levantaba el vestido por encima de los muslos hasta las caderas. Le clavó los dedos en la carne, con la fuerza suficiente como para dejarle la marca de medialuna de las uñas cortas.

—No puedo —dijo ella a duras penas, antes de apartarse para interrumpir el beso.

Robert la soltó como si le hubiese quemado y luego volvió a colocarle el vestido sobre las piernas.

—Lo siento —empezó a decir él, una disculpa que era un impulso infantil demasiado arraigado—. No quiero hacerte daño. Yo…

—No podemos estar juntos —dijo ella con determinación mientras se enjugaba una lágrima del rostro—. No me vuelvas a besar, por favor.

—Belle… —dijo él, con la voz quebrada hasta hacerse añicos. Ella se apartó y se bajó del alféizar de la ventana.

—Creo que será mejor que no hablemos durante un tiempo —espetó antes de salir corriendo hacia la oscuridad—. Al menos hasta después de la boda.

Robert se quedó solo en el rellano, con las lágrimas de su hermana secándosele en las mejillas, unas ansias abrasadoras en la sangre y una vergüenza enfermiza y pesada en el estómago. Se sentía como si lo acabasen de despedazar, como si una parte de él estuviese sentada ya en esa boda, otra tuviese diez años y no dejase de perseguir el sonido de la risa de su hermana y otra fuese a quedarse por toda la eternidad en aquel rellano, reviviendo un beso del que jamás sería

capaz de recuperarse. Las voces de sus padres se intensificaron en el piso inferior, enfatizadas por el tintineo de las copas de champán y las risas.

Ya habían empezado a celebrarlo. Se habían deshecho de su hija, y ahora Robert iba a quedarse solo con ellos. El hijo ignorado al que solo habían adoptado para que fuese una distracción y un entretenimiento para su querida niña. Daba igual que le dijesen que lo querían, porque Robert distinguía claramente la diferencia entre la forma en la que lo miraban a él y en la que miraban a Arabella.

Odiaba Craigmar, odiaba sus cuadros antiguos y deprimentes de personas que no se parecían en nada a él, odiaba la corriente de esos pasillos que no llevaban a ninguna parte. También odiaba a sus padres por haberlo traído hasta allí y a su hermana por ser tal y como era: una criatura asilvestrada más enamorada de los terrenos que veía por la ventana que de él. Robert era demasiado humano para aquel lugar, demasiado falible y dependiente. Nunca sería lo bastante bueno para sus padres ni para Arabella.

Robert, que tomó una decisión con la determinación decisiva de alguien que llevaba considerando lo impensable desde hacía meses, se dirigió a su habitación y sacó el morral de cuero negro de debajo de la cama. Lo había usado para viajar unas pocas veces, ya que solo lo hacía con Arabella y no le permitían salir de Craigmar muy a menudo. Sacó toda la ropa con brusquedad del armario y lo llenó.

Lo que estaba haciendo no tenía sentido alguno y se pasó la mayor parte del tiempo llorando, pero en diez minutos había conseguido guardar también todos los artículos de aseo personal, los documentos y su mejor bolígrafo, así como material de papelería, sobres, unas zapatillas y su ejemplar ajado de *Los viajes de Gulliver*. Sacó del interior a Tammany, el osito de peluche, porque supuso que sería mejor viajar con el menor equipaje posible y prefería no llevar

encima nada que le recordarse a su familia. Colocó a Tam entre las almohadas de la cama, apagó la luz y salió al pasillo. Puede que tuviesen otro hijo que supiese apreciar al osito, un hijo que se adaptase mejor a aquel lugar.

Robert podía ser el hermano de Arabella, pero tenía muy claro que no era un Kirkfoyle, al menos no en el sentido que importaba realmente.

Bajó en silencio por las escaleras y cruzó la puerta de la cocina, lejos del salón donde sus padres seguían hablando. Arabella estaba en alguna parte de la casa, seguro que llorando y esperando que a él fuese a disculparse, pero Robert no lo iba a hacer. No tenía nada más que decirle. Aquel lugar estaba consiguiendo pudrirlo por dentro y convertirlo en un esclavo de sus anhelos sobrenaturales. Lo mejor que podía hacer era marcharse.

Robert salió al exterior justo cuando empezó a caer una llovizna muy fría. Se colocó bien el abrigo para protegerse del viento.

El camino hasta Wyke iba a ser algo complicado, pero allí podría calentarse un poco en El sabueso y el urogallo para luego pedirle a alguien que lo llevase en coche hasta la ciudad más cercana. Una vez en ella, podría ir a cualquier parte de Escocia, de Gran Bretaña o del mundo.

Siempre había querido viajar, libre de la oscuridad de Craigmar, de su magia exigente y de las miradas de desaprobación de sus padres. Quizá, cuando se encontrase en el otro extremo del mundo, encontraría la felicidad que siempre se le había antojado imposible.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO
EILEEN

Eileen se enjugó la boca con el dorso de la mano mientras terminaba de leer la entrada de diario, de caligrafía irregular y temblorosa, de la noche en la que Robert había escapado. También se había puesto a temblar, aunque no tenía muy clara la razón. Puede que se debiese al bajón de adrenalina después del miedo, o a la manera en la que Adam la estaba mirando, como si quisiese hacerla añicos de la manera más precisa posible.

—Lo sabías. Sabías muy bien que mi abuelo había estado aquí y la razón por la que se marchó.

—Sí —aseguró Eileen, contenta por haber contado la verdad al fin. Le daban igual las consecuencias ahora que se sentía más aliviada—. Al parecer, viajó por Gran Bretaña y por todo el continente durante un tiempo antes de asentarse en Estados Unidos. Fue entonces cuando se cambió el apellido a Lancaster, claro. Jugaba a la guerra de las Dos Rosas con Arabella cuando eran pequeños, fingiendo que se decapitaban entre sí en el jardín. Ella siempre elegía a los York. Y él a los Lancaster.

—¿Por qué no me lo contaste? —preguntó Adam. Eileen esperaba que se enfadase, pero parecía más dolido que otra cosa. Aquello le resultó aún peor.

—Necesitaba tiempo para convencerte. Todo hubiese salido mejor si hubieses llegado a algunas conclusiones por tu cuenta, si hubieses creído que lo habías descubierto todo tú. Pero nos hemos quedado sin tiempo, por lo que… —Eileen apoyó una rodilla en el suelo, se

tambaleó un poco y luego extendió el brazo hacia Adam—. Adam Kirkfoyle, ¿quieres casarte conmigo?

Nicola soltó una risotada aguda y delirante, como si se hubiese topado con una atracción de feria en un carnaval.

—Finley, ¿qué está pasando aquí? —exigió saber—. Di algo.

Finley se limitó a contemplar el suelo, incapaz de mirar a nadie a los ojos. Nicola dio un paso para apartarse de él, como si acabase de darse cuenta de que no era alguien de fiar.

—Venga ya. Esto no es serio —respondió Adam—. ¿Casarme contigo? Basta, Eileen. No tiene gracia.

—No es una broma. Te estoy pidiendo de verdad que te cases conmigo. Ahora. Por favor.

—No estás en tus cabales —continuó Adam, que la dejó allí con la rodilla clavada en el suelo como una imbécil. Eileen sabía que estaba haciéndole sentir presionado, pero esperaba que le gustase aquel gesto formal para proponerle matrimonio de igual manera. Siempre había creído que las cosas importantes había que hacerlas bien.

—No me amas. Ni siquiera me conoces.

—Quizá sí que te amo —espetó ella, con una ferocidad que la sorprendió. Le dolía la cabeza y una presión cegadora le atenazaba el nervio ocular—. O podría amarte con el tiempo. El amor ahora mismo da igual. Lo único que importa es que sobreviva mi linaje. Generalmente, la única manera de crear a un nuevo Kirkfoyle es dar a luz a uno, o adoptarlo. Los votos matrimoniales no tienen la misma importancia para los faes. Pero tú ya eres un Kirkfoyle, ya perteneces a la familia, y espero que casarnos sirva al mismo nivel que tener un hijo tuyo. Es lo único que puedo hacer para sobrevivir por el momento. Es la única manera.

Adam se quedó mirando el diario y a Eileen, para luego bajar la vista al anillo de hierro que le cubría el dedo.

—Esto… ¿Esto era un anillo de bodas?

—Es el anillo de mi padre. Y lo usó para sellar su compromiso con mi madre, sí.

—¿Desde hace cuánto tiempo llevas planeando esto? —exigió saber Adam—. ¿Desde que te besé por primera vez? ¿Desde la noche que encontramos la fotografía?

Ahora empezaba a entenderlo. Eileen siempre se aburría cuando la gente no podía seguir sus movimientos sobre el tablero de ajedrez. Era un alivio, aunque uno funesto, que alguien llegase a comprender al fin su estrategia.

—Antes de eso —dijo, y arrancó al fin la verdad de su ser—. Desde que encontré esa foto de la infancia de tu abuelo en el ático hace meses y la colgué en esa pared para que la vieras. Admito que tardaste más de lo que esperaba en unir las piezas.

—Tú… —Nicola tomó aire a duras penas. Tenía los puños cerrados a ambos lados del cuerpo—. ¿Fuiste tú quien colocó ahí esa foto? ¿Lo sabías desde el principio?

—¿Quién crees que os trajo hasta aquí? —preguntó Eileen, que contuvo las ganas de poner los ojos en blanco—. ¿Quién crees que envió esa antigua carta a la madre de Adam a sabiendas de que él terminaría por leerla? He pasado toda mi vida buscando la manera de romper este pacto, Adam. ¿De verdad crees que no terminaría por encontrarte?

Un silencio sepulcral parecido al de una morgue se apoderó de la estancia. Tanto Adam como Nicola se quedaron mirando a Eileen como si fuese una especie de monstruo, y quizá lo fuese, quizá fuese la villana de la historia. No obstante, merecía ser feliz, aunque solo fuese un poco. O sentir algo de alivio, al menos.

—Podemos hacerlo rápido —comentó Eileen, que se puso en pie. Abrió un cajón del escritorio de su padre y sacó una carpeta con el

certificado de matrimonio sin firmar, que le había solicitado al abogado del pueblo hacía tan solo unas semanas—. Tenemos dos testigos y yo tengo los documentos aquí mismo. Ya nos encargaremos en otro momento de los cortejos y de la iglesia si quieres hacerlo de esa manera. Pero espero que esto sea suficiente para mantener a raya a los faes por el momento. Después ya decidiremos qué hacer entre los dos.

—No voy a hacer nada contigo —aseguró Adam, que pronunció con vehemencia cada una de las palabras. Eileen fue capaz de ver prácticamente cómo el veneno se le derramaba entre los labios.

—No es que tengas elección —dijo ella con rabia—. Somos inseparables. Lo llevas en la sangre. Y sí que me gustas, Adam. Me gustas mucho. Esto podría acabar bien si lo intentas. Podría darte todo lo que siempre has querido y no te prohibiré absolutamente nada. Cumpliré todas tus fantasías y todos tus anhelos. Podrías tener a Nicola si es lo que quieres. Y también a Finley si él lo acepta. Serías dueño de estas tierras, de la casa y también de mí, de cualquier manera que se te ocurra. Solo necesito que te quedes aquí.

—Las cosas no son así, Eileen. No puedes tomar decisiones por otras personas ni tampoco obligarme a que me case contigo, por Dios. ¡Me hiciste creer que éramos amigos! Me hiciste creer que… que pertenecía a este lugar, que me querías por quién soy y no para usarme de esta manera.

—Te hice creer lo que tú querías creer —dijo Eileen con tranquilidad—. Te hice el regalo de dejarte pensar que eras el elegido. ¿Quién no quiere ser un héroe? Aún puedes serlo, Adam. Por favor. Sálvame. Sálvanos a los dos.

—¿Lo sabías? —preguntó Nicola. No a Eileen, sino a Finley. El amor prohibido de Eileen y la niña bonita a quien había empezado a apreciar se contemplaron durante un instante largo y agonizante

mientras la verdad caía a plomo entre ellos.

—Nicola… —empezó a decir Finley, en voz tan baja que sonó como una confesión.

—¡Sí que lo sabías! —aulló Nicola, que luego soltó una carcajada. Él abrió la boca para intentar explicarse, pero ella no se lo permitió —. ¡Lo has sabido desde el principio! Desde el pub, ¿verdad? Desde que nos invitaste a este lugar para que cayéramos en la telaraña inescapable de Eileen. Harías cualquier cosa que te pidiese, ¿no? Acudes a su llamada cuando chasquea los dedos y te arrastras como un perro.

—Nicola —repitió Finley, con más firmeza en esa ocasión y alzando la voz por encima de la de ella.

—Te vino bien acercarte a mí para follarme. ¡Pero luego me abandonaste como un trapo sucio y sacrificaste a Adam! —gritó Nicola, quien había perdido por completo la compostura. Los puños empezaron a temblarle en los costados, como si estuviese a punto de darle un puñetazo—. Te dejé perseguirme y que me hicieses daño. Te dejé entrar dentro de mí. Me hiciste creer que te importaba. ¡Pero todo era mentira!

—No era mentira —dijo él al momento para luego dar un paso hacia ella—. Nicola, por favor. Te admiro de verdad. Me encanta estar contigo. No quería…

Nicola agarró lo primero que vio, que era uno de los gruesos libros de historia que Finley llevaba a todas partes y dejaba desperdigados por la casa, y se lo lanzó con una fuerza impresionante. Finley consiguió hacerse con él después de recibir un buen golpe en el pecho.

—Ni se te ocurra acercarte —bramó Nicola, que levantó un dedo amenazador—. No me toques.

—¿Me dejas hablar? —espetó Finley—. Hay cosas que jamás

entenderías. Yo solo…

Nicola siguió gritándole, aullando de rabia en realidad, y él ajustó el volumen de su voz para estar a la altura, lo que no ayudó para nada a calmarla. A Eileen le importaba bien poco lo que se dijesen. Era algo que podían resolver en otro momento. Ella misma era una persona muy temperamental que se tranquilizaba rápido y olvidaba las afrentas con un beso y una sonrisa. Seguro que en el caso de ellos sería igual. El pitido en los oídos se volvió tan intenso que casi no podía oír nada, así que se puso manos a la obra.

Agarró la pluma estilográfica de su padre y firmó con su nombre en la parte inferior del certificado de matrimonio. Se le antojó como si estuviese firmando su sentencia de muerte, pero ignoró la manera en la que había empezado a constreñírsele el estómago. Cualquier tipo de vida era mejor que morir lentamente, que ver cómo la casa de su familia y su mente sucumbían a la tortura de los faes. Al fin y al cabo, «*Vivere militare est*» era el lema de su familia. Vivir era luchar.

—Ahora tú —dijo Eileen, que tendió la pluma a Adam. Una gota de tinta cayó de la punta afilada como una cuchilla, como si fuese sangre que rezumaba de una herida.

—Que te den —dijo él. Se quitó el anillo de hierro del dedo y lo tiró a los pies de Eileen.

Después, Adam Lancaster le dio la espalda y salió de la habitación a toda prisa. Eileen acababa de ver cómo la abandonaba su última esperanza.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS
ADAM

Adam no se molestó en ponerse un abrigo siquiera. Ni una bufanda. De hecho, había estado a punto de salir sin zapatos. Estaba tan enfadado que no era capaz de pensar con claridad, se sentía tan ultrajado que creía que iba a vomitar todo lo que había comido en el pub, y aún seguía lo bastante borracho de porters y whisky para pensar que largarse de la casa no era solo una buena idea, sino lo único que podía hacer en aquellas circunstancias.

Pasó junto a Finley a toda velocidad y atravesó las puertas de la biblioteca, para luego avanzar por el pasillo tan rápido que daba la impresión de que estaba a punto de ponerse a correr. Se dirigió a la cocina, a la salida más cercana, donde había dejado secando las botas llenas de barro junto a la puerta.

Volvería pronto a buscar a Nicola, y se las ingeniarían para hacer algo. Podían marcharse juntos, o también podían atar a Eileen a una silla y torturarla hasta que les contase todos sus secretos. Ya se le ocurriría algo…, cualquier cosa. Pero en aquel momento solo tenía ganas de correr, tanto que no podía hacer otra cosa. Era una sensación que se había ido haciendo más presente en su interior a lo largo de las semanas, y que solo había conseguido contener gracias a la extraña compañía que había encontrado en aquellos amigos y amantes. Pero ahora que la buena voluntad había quedado atrás, ahora que Adam se sentía atrapado de una manera tan absoluta y agobiante que no era capaz de expresar, necesitaba escapar de allí.

A la mierda Eileen y a la mierda todos los halagos que le había

hecho, a la mierda todos los besos prolongados, todos los abrazos fuertes y todas las palabras con las que lo había convencido de que era digno de aquel legado, de que merecía estar allí y disfrutar de los privilegios de una vida de lujos. Y Finley… A la mierda Finley, quien le había hecho sentir que quizá podían llegar a ser amigos de verdad, quien se había ganado el respeto de Adam muchas veces gracias a su pragmatismo y a su humor, quien le había puesto encima sus manos ásperas y llenas de callos para luego sonreírle de una manera que conseguía hacerla arder por dentro.

Nada de todo aquello había sido real. Nicola no había mentido al decirle que aquel lugar era como una telaraña. Y Eileen era la viuda negra que lo controlaba todo, la que los había cubierto de seda y de palabras bonitas mientras se preparaba para devorarlos, mientras que Finley no era más que su sirviente, una araña disfrazada de un insecto más amistoso que se dedicaba a engañar a todo el que pasaba por ahí.

Los habían atrapado en aquella mentira, una que se volvía más oscura y más sórdida a medida que pasaban los días.

Nicola había tenido razón. Adam no era el príncipe del cuento, sino la persona a la que iban a sacrificar.

Se puso los zapatos y atravesó la puerta de la cocina con rabia, ignorando a Finley, que no dejaba de gritar su nombre detrás de él. Eileen, quien también lo había seguido hasta allí a toda prisa, empezó a gritarle desde la puerta mientras él atravesaba la hierba, suplicándole que volviese a entrar en la casa. Adam llegó a ignorar a Nicola incluso, que corrió tras él por el patio gritando algo sobre el anillo. Necesitaba estar solo y no podía hablar con ella, debido a lo culpable que se sentía por haberla arrastrado hasta allí y haberla hecho partícipe de aquel horror. Tendría que haberla dejado en Estados Unidos, o haberla llevado de vuelta al coche para marcharse

con ella a un lugar seguro nada más ver a Eileen. Tendría que haber tenido más cuidado.

Adam atravesó los pastos mientras tragaba saliva a pesar del nudo en la garganta y el viento le enjugaba las lágrimas que asomaban en sus ojos. La casa se alzaba tras él, siempre presente e ineludible.

Craigmar había llegado a arraigar en su interior a esas alturas, envolviendo con fuerza sus órganos dentro de un cuerpo que consideraba su hogar. Ya no había marcha atrás. Si conseguía volver a su antigua vida, no iba a hacerlo indemne. Quizá podría haberlo hecho de haberse marchado antes de besar a Eileen, o antes de aceptar ayudarla a ahondar en la historia familiar que compartían. O antes de haber pisado siquiera Craigmar por primera vez. Los acontecimientos se habían desatado con su llegada, y ahora estaba atrapado en un escenario bajo unos focos abrasadores y condenado a recitar los diálogos que le habían entregado. La alternativa era su perdición.

Adam siguió caminando en silencio, a excepción del agitar de las ramas de los árboles. No tenía nada claro hacia dónde se dirigía. Y luego oyó una voz, aguda e insistente, que destacaba sobre todo lo demás. Se detuvo, se giró y vio tres puntos que salían de la casa en dirección a él. Eileen agitaba los brazos con frenetismo mientras Finley y Nicola corrían a toda velocidad frente a ella. El grito había sido de Nicola, que lo repetía una y otra vez, como si intentase advertirle de algo.

Adam nunca llegó a comprender lo que le decía, porque el suelo se abrió bajo sus pies y un agujero que olía a podredumbre, hierbas amargas y agua mineral empozada se lo tragó entero.

EPÍLOGO

La tierra envolvió al chico en un abrazo muy cariñoso y amortiguó la caída con liquen y barro. Los pasajes subterráneos secretos de Craigmar se abrieron bajo él mientras caía en la negrura y la humedad. Había pasado mucho tiempo desde que un Kirkfoyle se internaba en la tierra, mucho desde que la sangre noble y caliente alimentaba la tierra. Cuando el joven se abrió una herida en el brazo con una piedra afilada y cayó a las estancias más profundas, los micelios, las criaturas microscópicas y los filamentos de las raíces de los árboles que tenía encima sorbieron con avidez su ofrenda, más dulce aún a causa de su sufrimiento.

El chico permaneció tumbado en la oscuridad un buen rato, como si durmiese con la mejilla apoyada sobre una almohada de musgo. Después gruñó, como si su cuerpo fuese poco más que un enorme cardenal, y abrió un ojo a duras penas.

La tierra compacta bajo sus pies se mantuvo firme cuando apoyó las palmas contra ella e intentó orientarse. Estaba oscuro a su alrededor, una oscuridad pura propia de las cavernas donde no había brillado luz alguna desde hacía siglos. Y él aún era humano. Sus ojos no estaban lo bastante desarrollados para esa penumbra ni consiguieron penetrar las sombras.

Las setas bioluminiscentes hicieron todo lo posible para brillar con fervor y ayudarlo, con una luz azul y titilante que iluminaba un poco la estancia a intervalos regulares. Movió las extremidades con cautela, como si quisiese comprobar si se le había roto algún hueso.

Después, cuando empezó a hiperventilar y a jadear en la

oscuridad, oyó unos pasos que se acercaban.

Craigmar reconocería ese sonido en cualquier parte, el chasquido pausado de las botas relucientes de su querido guardián.

El joven tomó aire, listo para ponerse en pie y luchar, pero notó una bota en su hombro de repente que lo empujó contra el suelo.

Levantó la barbilla todo lo que pudo.

El rey subterráneo se alzaba frente a él, con una gracilidad sinuosa, la piel del color del bronce pulido y el cabello cayéndole por los hombros como una cascada azabache. Llevaba una capa de hule negro que le llegaba hasta los tobillos, ajada por el tiempo y llena de barro, y unas prendas de cazador que quizá habían estado de moda la última vez que se había aventurado a la superficie. Aquello podría haber sido hace diez años o hace cien. Craigmar era demasiado antiguo como para estar al tanto de cifras tan insignificantes.

El rey le dedicó una sonrisa de labios apretados, con ojos ovalados que brillaban como esquirlas de ónix. Eran del todo negros, como una noche sin estrellas.

—Los ojos de Eileen —consiguió articular el chico, en voz lo bastante alta como para que lo oyese la tierra.

—Tranquilo, caballerito —dijo el rey, con esa voz que parecía agua helada, cristalina y fresca, ajena por completo a toda calidez humana —. No desenvaines tu arma por el momento.

—¿Quién eres? —exigió saber el joven.

—Soy el amigo más antiguo de tu familia —respondió el rey.

—Nunca te había visto —espetó. Estaba intentando hacer algo de tiempo.

—Puede que tú no me hayas visto —continuó el rey, sin prisa alguna. Estaba en sus dominios, al fin y al cabo. Tenía más tiempo para malgastar que cualquier mortal. Podía permitirse esperar a que el joven accediera si era necesario. El chico terminaría por tener

hambre. Sed. Por ansiar un lugar cálido y un gesto amable—. Pero yo sí que te he visto a ti.

—¿Cuándo?

—Por la noche. Mientras duermes. Y también durante el día, cuando jugaste a ese jueguecito tuyo de hacer daño a la joven Kirkfoyle junto a mi corro de brujas.

—Deja que me vaya —exigió el joven, con más pánico cada vez en la voz.

—No tienes ningún lugar al que ir. No tienes hogar y no tienes pasado. Solo el presente y el camino que te ofrezco hacia el futuro. ¿Lo recorrerás conmigo? Puedo hacer que sea muy placentero para ti. Y, a su debido tiempo, te explicaré todo lo que ansías saber.

El rey apartó la bota del hombro del chico y luego extendió la mano para hacer las paces con él.

—Bienvenido a casa, Adam Kirkfoyle —dijo con una sonrisa llena de dientes afilados—. Tenía muchísimas ganas de conocerte.

El joven contuvo el aliento mientras reflexionaba, y Craigmar contuvo el aliento al mismo tiempo. Toda la flora y la fauna de las profundidades empezó a temblar y a ponerse muy tensa. Craigmar ansiaba equilibrio, que el velo que había separado la superficie y el mundo subterráneo desde hacía tanto tiempo desapareciese al fin. Ansiaba sangre, una catarsis exultante y que la magia antigua regresase y reinase al fin.

No le quedaba más remedio que elegir lo que le estaba ofreciendo. Era la única opción posible para cualquier Kirkfoyle que hubiese terminado por recorrer aquellos caminos.

El chico soltó un suspiro tembloroso, agarró la mano del rey y dejó que tirase de él para ponerlo en pie.

AGRADECIMIENTOS

El equipo de Orbit ha trabajado incansablemente a ambos lados del océano Atlántico para que este libro haya acabado en tus manos, y me gustaría darles las gracias a todos los editores, revisores, diseñadores, compositores tipográficos, personal de marketing y publicistas. Me gustaría agradecer especialmente la labor de Nadia Saward, quien tuvo bastante fe en mí como para comprar una novela romántica, erótica, *queer*, gótica, poliamorosa, folclórica y muy picante sin pestañear siquiera. Gracias por demostrar que son palabras que pueden casar bien en otros lugares que no son mi cabeza, y por apoyarme a la hora de arriesgarme con esta novela. También me gustaría agradecer a Tara Gilbert, mi agente, por apoyarme profesionalmente de todas las maneras posibles mientras me abría paso en esta industria de locos. Te deberé una cesta de frutas toda la vida.

Gracias a Elizabeth Unseth por llevarme de aventuras por las costas de Escocia, donde nos topamos con Craigmar en la vida real. Tu amabilidad sirvió para recordarme que hay cosas buenas en el mundo que merece la pena conservar. Gracias a Elias Eells, por tu pragmatismo y tu humor tan vivaz. Tengo muchas ganas de hacer vibrar el ambiente contigo cuando seamos viejos y arrugados, mientras nos bebemos unos cócteles en el porche de alguna parte. Gracias a Elizabeth Kilkoyne por ser una de las mejores escritoras que he conocido jamás, y también por ser una amiga tan intensamente encantadora que ha conseguido rescatar de ese tramo central espeso y complicado todos y cada uno de mis libros. Te deseo

tranquilidad y un éxito astronómico. Gracias a Sydney Shields por vibrar tan intensamente en la misma onda que yo, tanto que podríamos iluminar una ciudad pequeña entre las dos. Ojalá nunca dejemos nuestras payasadas.

Gracias a Laura Samotin, que salvó la trama de esta novela tantas veces como me ha salvado a mí de cuestionarme mi oficio. Gracias por compartir visiones astrales y por hacerme una escritora más valiente de formas que nadie más sería capaz. Haces que mi corazón esté más blandito que la carne fresca.

Y, como siempre, gracias a Kit Mayquist, por ser la luz incondicional que me guía por el laberinto que es mi mente, aunque esté tan oscuro que ni yo soy capaz de ver en su interior. Gracias por amarme con una lealtad y una paciencia que jamás creí que existiesen en el mundo real, y por demostrarme que el romance alcanza su punto álgido con sinceridad, con risas y en ausencia del miedo. Eres el fertilizante, el consejero astrológico y el final feliz con el que jamás me atreví a soñar siquiera.

Gracias a todas las autoras de novela romántica asentadas, esas auténticas titanas que fueron tan amables conmigo mientras intentaba abrirme camino en este género. Especialmente, a aquellas que nunca dudaron a la hora de compartir conmigo sus consejos y, en algunos casos, todo lo que habían aprendido: Katee Robert, Sierra Simone y Elizabeth May. No habría sido capaz de hacer algo así sin vuestros ánimos.

También tengo que darle las gracias a todo lo que me ha inspirado, a esos libros que me ayudaron a darle forma a esta historia. Sobre todo a *Cumbres borrascosas* de Emily Brontë, que consiguió arraigar en mi alma, y a la catarsis lacrimógena y dolorosa que provocó en mí la saga Thornchapel de Sierra Simone. Ojalá pudiese darles las gracias a todos los cuentos de hadas que leí en mi infancia, por

plantar en mi corazón esas semillas mitológicas, pero en su lugar le daré las gracias a mi madre, quien siempre me animó a leer y compartió conmigo sus queridos libros de folclore.

Finalmente, tengo que daros las gracias a vosotros, los lectores, tanto a los peregrinos guiados por la curiosidad como a los devotos más fervientes, por acompañarme en este viaje. Vuestro entusiasmo es el combustible de mi motor creativo y me ayuda a continuar incluso los días en los que el hastío melancólico, la frustración artística o la situación en la que se encuentra el mundo complican mi capacidad para escribir. Nunca me cansaré de haceros disfrutar y haré todo lo posible por sorprenderos. Perdón por el *cliffhanger* con el que termina esta historia, por cierto. Las cosas van a empeorar mucho antes de mejorar, pero os prometo que empeorarán de manera sexi al menos.

Mientras, sed buenos con los demás y manteneros a salvo. ¡*Sláinte*!